NUESTRO ENGELS

Claudia Korol | Renan Vega Cantor | José Castillo | Elvira Concheiro
Pablo Bonavena | Carla Rodríguez | Miguel Vedda | Michael Löwy
Hernán Ouviña | Alejandra Ciriza

MUCHOSMUNDOS ediciones

NUESTRO ENGELS

Claudia Korol | Renan Vega Cantor | José Castillo | Elvira Concheiro
Pablo Bonavena | Carla Rodríguez | Miguel Vedda | Michael Löwy
Hernán Ouviña | Alejandra Ciriza

Las ilustraciones de este libro, lejos de ser una producción individual, se construyeron como parte de un diálogo en permanente ida y vuelta entre quien dibujó (Ignacio Pardo), quien diseñó sobre esas ilustraciones (Esteban Sambucetti), lo dicho por lxs autores/as de los textos y el colectivo editorial en su conjunto.

MUCHOSMUNDOS ediciones

Ouviña, Hernán Darío
Nuestro Engels / Hernán Darío Ouviña ; ilustrado por Ignacio Andrés Pardo Vasquez . - 1a ed . - Lanús : Hernán Darío Ouviña, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-86-7589-3

1. Marxismo. 2. América Latina. I. Pardo Vasquez, Ignacio Andrés, ilus. II. Título.
CDD 320.5322

Copyleft

Esta edición se realiza bajo la licencia de uso compartido o Creative Commons.
Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

Atribución: se debe mencionar la fuente (títulos de la obra, autores, editorial y año)

No comercial: se permite la utilización de ésta obra con fines no comerciales.

Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o total de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que éstas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

ÍNDICE

Heterodoxia de la tradición engelsiana 5
Muchos Mundos Ediciones

Federico Engels y los estudios urbanos críticos. 8
María Carla Rodríguez

Sangre, sudor y contaminación en "Algodonopolis" 21
Renan Vega Cantor

Engels y la saga de la crítica de la economía política 55
José Castillo

Engels revisitado en clave feminista 72
alejandra ciriza y claudia korol

¿Arte o tendencia? Sobre la crítica literaria del joven Engels 89
Miguel Vedda

Friedrich Engels sobre la religión y la lucha de clases 102
Michael Löwy

Repensar la praxis con Engels 110
Elvira Concheiro Bórquez

El "general" y el "profeta" 120
Pablo Augusto Bonavena

Estado capitalista y revolución de la mayoría 135
Hernán Ouviña

Autores/as 154

Presentación

Heterodoxia de la tradición engelsiana

Nacido un 28 de noviembre de 1820 en Barmen (actual territorio alemán, en ese entonces parte de la Prusia renana) y fallecido el 5 de Agosto de 1895 en Londres (Inglaterra), sobre la figura de Friedrich Engels se signa un extendido manto de sospecha y desconfianza, construido durante gran parte del siglo XX a fuerza de sucesivas lecturas canónicas: vulgarizador del legado de Marx, determinista creador de un sistema tan esquemático y lineal como unicausal de explicación de la Historia, reformista precursor de la vía parlamentaria y gradual al socialismo, responsable de pretender llevar la dialéctica al plano de la naturaleza y mellar así su carácter revolucionario... Los epítetos y diatribas contra él son infinitos, y acaso alguno de ellos encuentre cierto asidero real si rascamos en párrafos y afirmaciones que habitan sus textos o borradores.

Este libro no se propone revertir el crisol de representaciones negativas acerca de Engels, edificadas por diversos intérpretes del marxismo (e incluso por lecturas ajenas a él), ni oficiar de contraprueba ante esas y muchas otras acusaciones. Busca más bien revitalizar y traer al presente algunas de sus reflexiones, hipótesis y aportes más potentes, en los que se destaca como precursor de un conjunto de luchas y temáticas que hoy resultan de suma actualidad, y que en la época en que fueron formuladas ni siquiera Marx o sus contemporáneos dieron cuenta de ellas.

Partimos de una sospecha, que en cierto sentido también es una convicción: varias de estas cuestiones y problemáticas que en la actualidad despuntan como prioritarias y centrales (feminismo, ecosocialismo, vivienda, entre otras), en la segunda mitad del siglo XIX e incluso durante buena parte del siglo XX, no fueron consideradas relevantes por algunos de los principales referentes del marxismo, en particular dentro de ciertas corrientes ortodoxas. Esto explica por qué las lúcidas inquietudes de Engels en torno a la cuestión socioambiental y la espacialidad urbana, su invariante sensibilidad por la lucha de las mujeres y la denuncia radical del patriarcado, o la necesidad de entrelazar la historia humana con la de la naturaleza, hoy se muestran sin duda como certeras y urgentes, pero quizás, de tan avanzadas en su época, resultaron desoídas o desechadas por incómodas. Rosa Luxemburgo retomó una intuición engelsiana que, en medio de la crisis civilizatoria que padecemos, cobra una significación existencial más aguda: *¡socialismo o barbarie!*.

De ahí que nos parezca importante como editorial revisitar determinadas tradiciones de la izquierda, que puedan oficiar de anticuerpos, aunque desde los interrogantes y desafíos de nuestro tiempo histórico. En esto retomamos a José Carlos Mariátegui, para quien un proyecto revolucionario genuino jamás niega a las tradiciones emancipatorias que lo preceden, menos aún si se las revitaliza desde la heterodoxia que no busca ser calco ni copia. "La tradición -afirma el amauta peruano- se caracteriza precisamente por su resistencia a dejarse aprehender en una fórmula hermética".

En este caso, nos propusimos elaborar y convidar un libro que privilegie los aportes y "contornos originales" del propio Engels, alguien por lo general ninguneado y hasta en no pocos casos denostado. A diferencia de Marx, de quien hay infinidad de libros, compilaciones y lecturas, de Engels son escasos o prácticamente nulos los materiales que lo recuperen desde un prisma latinoamericano y contemporáneo, que como se propone en este libro, discuta acerca de la problemática de la vivienda y el feminismo,

la crisis ecológica y la explotación de clase, la literatura y el arte, la religión y la filosofía de la praxis, la lucha armada y el poder estatal, la reinvención de la revolución y la crítica de la economía política, entre otros temas que se abordan a lo largo de sus páginas. Por cierto, sin que prime en ellas ánimo alguno de clausura; más bien con el firme convencimiento de que leer es, siempre, tanto una actitud frente al mundo como un delicado ejercicio de recreación de sueños e ideas.

Por ello, la presente compilación se asemeja a un *cortaziano modelo para armar* en el que, al decir de Mariátegui, "las imágenes engendran conceptos, lo mismo que los conceptos inspiran imágenes". Sus modalidades de abordaje, ensamble y lectura son variadas, pero lejos de poder pensarse cada texto e ilustración por separado, como meras sumatorias o piezas sueltas, hay un magnetismo que propicia el collage, algo así como una idea-fuerza que atraviesa y enhebra la totalidad del libro: compartir conceptos e imágenes que, en su interrelación y complementariedad, inviten a revisar críticamente los aportes engelsianos desde Nuestra América, asumiendo, como alguna vez expresó Gramsci sobre el propio Marx, que no estamos ante un "pastor con báculo", sino a lo sumo, entre otros posibles, frente a *nuestro* Engels.

Muchos Mundos Ediciones

Buenos Aires, noviembre de 2020

Federico Engels y los estudios urbanos críticos. Contribuciones y vigencia

María Carla Rodríguez

Introducción

Este artículo indaga y reflexiona sobre los aportes del pensamiento y la obra de Federico Engels al campo de los estudios urbanos con perspectiva crítica, su vigencia y productividad. En la perspectiva del materialismo histórico, ciudad y campo configuran dos polos interdependientes entre los cuales se desarrolla la interacción dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, que dinamizan la transformación social. Junto con Carlos Marx, su inseparable compañero de militancia política revolucionaria, amigo y colega de la aventura intelectual, Engels desplegó la indagación de esa relación, dentro de una reflexión más general sobre la alienación urbana y la dinámica histórica de la lucha de clases.

La ciudad industrial, en particular, la analiza como un lugar de degradación y desestabilización social, pero también como la matriz de los procesos que "desestructuran" un sistema y posibilita fraguar la emergencia de un nuevo actor histórico: el proletariado industrial. La ciudad como centro de desarrollo de las fuerzas productivas, en este proceso de reestructuración rápida y violenta de la sociedad, se caracteriza entonces más por su fuerza civilizatoria que por su carga deshumanizadora de la vida cotidiana de las masas en la ciudad, aunque ambas facetas interactúan. En la ciudad de la burguesía, se prefigura la ciudad del porvenir; la lógica del capital crea la burguesía y el proletariado que crece con y lucha contra ella, preparando las condiciones para la transformación sistémica.

La ciudad es entonces algo más que un escenario de maduración de la transformación social, porque la vida urbana coadyuva a la transformación de la clase obrera en sujeto político. El conflicto de clase adquiere nuevas y decisivas connotaciones, tanto en la producción (la vida de fábrica) como en la vida cotidiana (las condiciones del habitar). La gran ciudad favorece los procesos de difusión de solidaridad, promoviendo aquellas situaciones objetivas de homogeneidad social que arrastran a la mayoría de los habitantes hacia una acción política consciente. La gran ciudad industrial concentra al proletariado y le confiere, por lo menos potencialmente, una enorme fuerza de choque facilitando, además, las comunicaciones, un elemento esencial para la organización política del movimiento obrero

En la actualidad, asistimos a un nuevo proceso de "acumulación primitiva", donde la reiniciada oleada de privatización de la tierra y otros recursos comunales, el masivo empobrecimiento, el saqueo y el fomento de la división de comunidades antes cohesionadas, vuelven a formar parte de la agenda mundial, bajo nuevas formas de dominación más abstractas y lejanas a nuestro control, que continúan expropiando activos y saberes populares, arrebatan o cancelan la capacidad productiva autónoma de grandes sectores sociales y ponen en riesgo la continuidad de la vida humana y no humana. En el marco de este "capitalismo de catástrofe" (Luxemburgo, 1913)[1], la

1 La catástrofe constituye el elemento vital y el modo normal de existencia del capitalismo en su fase final. Rosa Luxemburgo (1913)

"urbanización total" o supresión de la dicotomía ciudad-campo planteada como hipótesis por Henry Lefebvre a fines de la década del 60 (1972), se ha expandido a escala planetaria, pero profundizando la lógica extractiva, el saqueo y las desigualdades, en correlato territorializado de la era de la financiarización y las TICs. En este contexto, identificamos tendencias que se continúan, diferencias respecto de las previsiones elaboradas en el siglo XIX, pero, sobre todo, la vigencia de un pensamiento fértil que nos invita a seguir formulando interrogantes de conocimiento para la transformación.

Como señala Federici (2010), las actuales resistencias a lo largo y ancho del planeta, forman parte de una larga lucha contra la privatización y el "cercamiento" de las tierras comunales y de las relaciones sociales, que data de los orígenes mismos del capitalismo en Europa y América en el siglo XVI y que se produce a la par de un tercer "cercamiento": la creciente pérdida entre las nuevas generaciones, del sentido histórico de nuestro pasado común.

Por ello, para contribuir a hilar esa memoria, aquí se revisita un conjunto heterogéneo de fragmentos sobre el pensamiento de la ciudad y lo urbano de Federico Engels, mediante una operación de recomposición de conceptos, observaciones e hipótesis, sobre su particular elaboración de la cuestión urbana, a partir de tres obras de su autoría, concebidas en distintos periodos de su coherente trayectoria biográfica, que vertebran los siguientes apartados.

La situación de la clase obrera en Inglaterra (1844)

Esta obra de juventud[2], nos sitúa de lleno en la segregación socioespacial como corazón de la lógica territorial de desarrollo y expansión del capital. Engels indaga con perspicacia las consecuencias que el modo de urbanización tiene sobre la vida cotidiana del proletariado en las grandes ciudades inglesas de la primera mitad del siglo XIX y caracteriza certeramente la lógica de producción del espacio urbano y su uso socialmente diferenciado, una temática central de los estudios urbanos, que será retomada en profundidad a partir de los 60 del siglo XX, por la denominada corriente estructuralista de la sociología urbana francesa[3]. Más allá de las alteraciones en los patrones formales, a escala macro y micro, la lógica de la segregación socioespacial constituye el ADN de los procesos de acumulación del capital por desposesión, que han transformado la faz planetaria y expandido el tejido urbano, hasta hacer estallar la existencia misma de la ciudad compacta, en el ciclo iniciado durante la década del 70 del s XX, que aún transitamos.

Por 1840, el joven Engels, recorre y observa las calles de Manchester y hace referencia a esas observaciones, las complementa con fuentes documentales e interpreta el conjunto de datos así construidos, esbozando un marco conceptual. La situación del proletariado inglés del siglo XIX es el resultado de un proceso de transformación social rápido y radical, cuyos agentes principales, según Engels, son la división del

2 En 1842, Engels llegó a Manchester para encargarse de los intereses de la empresa algodonera Ermen & Engels, de la que su padre era asociado. Durante casi dos años, en sus tiempos libres, se dedicó a recorrer diferentes barrios, conversar con los trabajadores, participar en algunas de sus actividades y observar sus "condiciones de vida".

3 Como referencias de esta escuela Manuel Castells y Christian Topalov, a considerar junto con David Harvey y Henry Lefebvre, como epicentro europeo de los estudios urbanos críticos, que tuvieron su influencia y conexiones en América Latina (donde podemos mencionar a Samuel Jaramillo, Emilio Pradilla y urbanistas como Marcos Winograd).

trabajo, la explotación de nuevos tipos de energía y la difusión de nuevas técnicas de producción relacionadas con la invención de la máquina a vapor y para la elaboración del algodón. La concentración de la población, transforma a su vez la nación entera, generando una importante y rápida transformación de las condiciones económicas y sociales de los sectores sociales que constituirán la mano de obra industrial.

La contraposición entre ciudad y campo adquiere nuevas connotaciones a través de una dinámica conocida, pero que ocurre a una escala tan amplia, que no tiene precedentes históricos. Los viejos tejedores-agricultores, cuya vida se ajustaba económica y socialmente a las decisiones del hacendado, contemplan la destrucción de su mundo cotidiano. La difusión de la máquina para hilar y los cambios de las condiciones de mercado les obligan a transformar su papel de productores, abandonar el campo y asentarse en la ciudad como obreros en busca de trabajo. El mismo destino arrastra a los pequeños propietarios y arrendatarios que administraban de manera tradicional sus tierras. La tierra abandonada por los nuevos obreros de la industria, es ocupada ahora por grandes arrendatarios, que condenan al hambre a los pequeños propietarios, transformándolos a su vez en proletariado agrícola y en obreros tejedores. La invención de nuevas máquinas y su perfeccionamiento continuo, aumentan posteriormente la producción, agudizando el ciclo.

El sistema de la gran fábrica, impacta sobre la ciudad y sobre el territorio en su conjunto, impulsando una forma urbana caracterizada por una expansión sin límites, basada en el criterio económico de la localización más conveniente. La concentración del capital, provocó a su vez, una fuerte centralización de la población obrera. "Así pues, del pequeño pueblo nace una pequeña ciudad, de la pequeña nace una gran ciudad." (Engels, 1974: 22) De este modo, la gran ciudad ejerce su fuerza de atracción tanto sobre el proletariado como sobre los empresarios, cada vez mayor, debido a las ventajas económicas propias del gran tamaño y la aglomeración (lo que Topalov conceptualizará como el bien de uso complejo). Engels detecta que rige una especie de ley según la cual cuanto mayor es una ciudad, más rápidamente se engrandece. Pero, ¿cuáles son los efectos sociales del aumento progresivo de la población urbana debido a la fuerza de atracción de la ciudad industrial?

Engels aporta su aguda y temprana mirada acerca de la lógica que guía la producción territorial de la ciudad capitalista: la segregación socioespacial. El desorden urbano es una manifestación necesaria del orden burgués. La ciudad refleja y alimenta esta contradicción, que se manifiesta en múltiples dimensiones. El caso de Manchester, el principal caso de análisis de Engels, es ejemplar: la city cumple funciones directivas, comerciales y regula la distribución de la población que allí vive y produce. Alrededor del corazón de la ciudad, se extiende una amplia franja de barrios obreros, y más allá de ésta, se sitúa la zona residencial de la media y alta burguesía.

El urbanismo hipócrita permite que las residencias de las clases dominantes estén unidas al centro, sin que tengan una visión directa de la penuria de los barrios obreros. La ciudad está construida de modo que puede vivirse en ella durante años y pasear diariamente de un extremo a otro, sin encontrar un barrio obrero o tener contacto con obreros, o tener que darse por enterados de que están conviviendo junto a la mayor miseria. Todo esto es posible gracias a la función mimética desarrollada por las numerosas tiendas de la pequeña burguesía. Estas tiendas levantan una ininterrumpida

y decorosa fachada en todas las calles principales que unen la city con los barrios residenciales.

El espacio urbano-industrial se organiza en correspondencia con una jerarquía de funciones económicas desarrolladas por los diferentes estratos sociales. En este marco, los barrios obreros son un espacio-mercancía, cuyo valor de cambio está en relación directa con el crecimiento industrial de la ciudad y con la creciente demanda de viviendas del proletariado asentado en la ciudad. Engels analiza dos tipos de barrios obreros: los barrios de la ciudad antigua y los barrios de construcción más reciente. En la ciudad antigua, se observa un fenómeno de sucesión entre obreros autóctonos y obreros irlandeses o emigrantes procedentes del campo. Estos sustituyen a los primeros en la ocupación de las viviendas más miserables y se amontonan en casas-tugurios, construidas en los pequeños huecos entre una vivienda y otra.

Sobre la base de sus observaciones relativas al *uso del espacio habitable* en las zonas más nuevas de la ciudad, se puede comprobar que su degradada e inhumana situación se deriva de una acción responsable de quienes gobiernan económicamente la ciudad: una acción orientada exclusivamente hacia el máximo rendimiento. Aquí los cottages obreros se construyen según el sistema de hileras paralelas, que permite al contratista una mejor explotación del espacio y una diferenciación en los alquileres según la hilera en que se habita.

De este modo, Engels nos presenta la mercantilización de la Naturaleza en la producción del hábitat capitalista: aire y luz se transforman en mercancía, una mercancía cuyo precio, mientras más aumente esta caótica expansión, resulta cada vez más alto. La naturaleza se controla hasta tal punto que queda incorporada al "bien casa" y hace aumentar el valor de cambio, con ventaja para el propietario de este bien, que contribuye a asegurar -a duras penas en aquella época- la reproducción de la fuerza-trabajo. Aire y luz se convierten en una pertenencia de la vivienda, muy bien remunerados para el propietario.

En otras zonas de la ciudad, Engels identifica y denuncia otro procedimiento especulativo, que consiste en un proceso de "obsolescencia programada de la vivienda". Explica que esto depende en buena medida, de un conflicto de intereses determinado por la separación entre la propiedad del suelo y la propiedad de la construcción que allí se edifica. Al existir una norma que codifica que, al término del período de alquiler del suelo, éste vuelva al antiguo propietario con todo lo que, eventualmente, se haya edificado en él, se crean las condiciones para construir casas de vida breve para alquilar a los trabajadores. El conflicto entre dos formas de propiedad se descarga, de hecho, sobre el inquilino, obligándolo a vivir bajo un techo precarizado por la especulación capitalista. En este recorrido de procedimientos y prácticas sociales que concretan la ley del valor en la dinámica urbana de la ciudad capitalista, Engels deja bien sentadas las bases de la violencia propietaria, que hoy vemos recrudecer (Cavallero- Gago, 2020).

En relación con la observación de las condiciones de vida en los barrios obreros y sus efectos sobre la sociabilidad urbana, Engels afirma que la densidad urbana confiere a las relaciones sociales la huella de la indiferencia, el aislamiento y el conflicto. Como observa Henri Lefebvre,[4] Engels nos introduce en el tema de la "muchedumbre soli-

4 *"Engels' contribution to Marxism should neither be passed over in silence nor thought of on a lower level. In particular, says Lefebvre, it was Engels who attracted Marx's attention to economic factors and the situation of the proletariat. We might also*

taria" y de la atomización social. Alienación significa para Engels la práctica de la vida cotidiana de la clase obrera no sólo en el lugar de trabajo, sino también en la familia, en el domicilio y en la calle. La descomposición de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales tiene un principio de vida particular y un fin especial, el mundo de los átomos, se lleva aquí a sus últimos extremos. De aquí proviene también la guerra social, la guerra de todos contra todos abiertamente declarada.

Se puede sostener que su análisis desarrolla, implícitamente, una ley de la creciente entropía de la sociedad urbana como resultado del modo de producción capitalista. Este principio se manifiesta de forma física en el caos urbanístico y constructivo, y de forma social en el aumento de la movilidad territorial de amplias masas de población.

De este modo, el joven Engels ha dejado planteado en su obra de juventud temprana, tópicos centrales del campo de los estudios urbanos, que son a la vez terreno de la lucha de clases: la segregación socioespacial, la movilidad de la población, la influencia del modo de vida urbano sobre las relaciones sociales y el hábitat de la clase trabajadora en el capitalismo.

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (1884)

En esta obra de su madurez, volvemos a reconocer tres tópicos significativos para los estudios urbanos con perspectiva crítica: i) la problematización de la relación campo/ciudad[5] y su efecto en la dinámica del desarrollo de la historia de la sociedad y la lucha de clases, ii) el carácter específicamente territorial de dominación del Estado y su relación con las distintas formas y concepciones acerca de la propiedad desarrolladas a lo largo de la historia de la humanidad, iii) la función consustancial del patriarcado para la consolidación de los arreglos institucionales que legitiman y canalizan las formas de organización y dominación social.

Engels vincula el análisis del desarrollo urbano con el proceso histórico de división del trabajo y el papel del conflicto -la lucha de clases- en una dinámica de complejidad creciente de la sociedad. Así, la aparición simultánea de las clases sociales y el Estado -unidad de dominación específicamente territorial que sustituye la estructura de lazos familiares (gens)- se corresponden con la escisión -y conflicto- entre campo y ciudad.

> "La sociedad antigua, basada en las uniones gentilicias, salta por los aires a consecuencia del choque de las clases sociales recién formadas. Su lugar lo ocupa una sociedad organizada en Estado y cuyas unidades inferiores ya no son gentilicias, sino territoriales. Se trata de una sociedad en la que el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad y en la que se desarrollan libremente las contradicciones de clase y la lucha de clases, que constituyen el contenido de toda la historia escrita hasta nuestros días" (Engels, 1964: 12).

note, as a pointer toward later concerns, that it was Engels more than Marx who looked at questions of space, in his work on the city, housing and the family" (Lefebvre citado en Elden, 2004: 18)

5 Construida en común con Marx, que podemos identificar también en *La ideología alemana*, algunos fragmentos de los *Grundisse* y el *Manifiesto Comunista*.

> "el Estado se caracteriza en primer lugar por la agrupación de sus súbditos según divisiones territoriales. Las antiguas asociaciones gentilicias, constituidas y sostenidas por vínculos de sangre, habían llegado a ser, según lo hemos visto, insuficientes en gran parte, porque suponían la unión de los asociados con un territorio determinado, lo cual había dejado de suceder desde largo tiempo atrás. El territorio no se había movido, pero los hombres sí. Se tomó como punto de partida la división territorial, y se dejó a los ciudadanos ejercer sus derechos y sus deberes sociales donde se hubiesen establecido, independientemente de la gens y de la tribu. Esta organización de los súbditos del Estado conforme al territorio, es común a todos los Estados. Por eso nos parece natural; pero en anteriores capítulos hemos visto cuán porfiadas y largas luchas fueron menester antes de que en Atenas y en Roma pudiera sustituir a la antigua organización gentilicia" (Engels, 1964: 184).

En los distintos modos de producción, la ciudad y el campo se muestran como expresión de intereses antagónicos, de lucha entre instituciones y clases sociales portadoras de estos intereses. Ciudad y campo, alternativamente, asumen el rol y la pretensión de informar a la totalidad de la sociedad. "La civilización consolida y aumenta todas estas divisiones del trabajo ya existentes —sobre todo acentuando el contraste entre la ciudad y el campo (lo cual permite a la ciudad dominar económicamente al campo, como en la Antigüedad, o al campo dominar económicamente a la ciudad, como en la Edad Media)" (Engels, 1964: 179). Esto se torna particularmente evidente en un tipo de organización social urbana: la gran ciudad industrial, forma de la totalidad social que tiende a identificarse con la sociedad entera.

Por su parte, las formas históricas de propiedad se transforman acompañando la historia de la división social del trabajo y su territorialización, desplegando un drama que, si bien centrado en el antagonismo principal de las clases, registra el papel consustancial del patriarcado y la subordinación de género:

> "El paso a la propiedad privada completa se realizó poco a poco, paralelamente al tránsito desde el matrimonio sindiásmico a la monogamia(...) confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado (...) la emancipación de la mujer sólo es posible cuando el trabajo doméstico le ocupa un tiempo insignificante y puede participar a gran escala, a escala social, en la producción. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más, a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública" (Engels, 1964: 174).

Es particularmente sugerente el modo en que Engels – junto con Marx - presentan las relaciones entre división del trabajo, configuración de la territorialidad y formas de propiedad.

En su mirada histórica, la propiedad tribal comunitaria es la forma originaria de propiedad presente en una sociedad donde el conflicto ciudad-campo no existe, donde la división del trabajo es embrional y funciona casi a nivel de la institución familiar, como "prolongación de la división del trabajo en la familia".

Con la unión de las tribus en una ciudad, sea por contrato o por guerra y conquista, nace la segunda forma de propiedad: la propiedad de la comunidad antigua y del Estado. Esta forma de propiedad "no presupone como base el campo, sino la ciudad como sede ya creada (centro) de los agricultores (propietarios de tierras). El agro se

presenta como territorio de la ciudad. Aparece la propiedad privada, como una forma mediatizada colectivamente por la presencia de la Ciudad-Estado.

De este modo, "la historia de la Antigüedad clásica es una historia de ciudades, pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura"[6]. En el origen histórico de la ciudad clásica está el conflicto entre comunidades por la apropiación de la tierra. La guerra es, de este modo, la gran tarea general, el gran "trabajo colectivo" necesario a la comunidad para poder establecer las condiciones objetivas de la propiedad y, por tanto, de la existencia para las familias que la constituyen. La organización militar es decisiva, y "base de esta organización militar es la concentración de las viviendas en la ciudad". La ciudad antigua se convirtió en la expresión política y colectiva de un poder que se ejerce manteniendo sus raíces en el mundo exterior a la ciudad. La ciudad sintetiza y sublima en el concepto de ciudadanía las relaciones sociales sobreentendidas por la propiedad de tierras.Y es el carácter de la propiedad lo que nos ayuda a comprender esta situación.

Si comparamos -juntamente con Engels- el mundo antiguo, el mundo germánico y la sociedad asiática, vemos claramente cómo el elemento de la propiedad acompaña distintos arreglos institucionales y cosmovisiones del mundo que implican una relación diferenciada con la territorialidad.

En el mundo antiguo (greco romano) el propietario privado de tierras es así al mismo tiempo ciudadano urbano. Desde el punto de vista económico, la ciudadanía estatal se resuelve convirtiendo al campesino en habitante de una ciudad. En este mundo, la comunidad es unión, entidad estatal, ciudad que funcionan como equivalentes con entidad propia. De este modo, existe una forma de propiedad pública de tierras y una forma de propiedad privada, esta última, mediatizada por la primera.

Para los germanos, en cambio, la comunidad significaba "reunión", por lo tanto, la relación se invierte, la propiedad común constituyó una forma mediatizada, que expresaba relaciones recíprocas entre sujetos autónomos.

Estas diferencias, acarrean otras significativas: si en el mundo antiguo, la totalidad económica venía dada por la ciudad-estado (con su marca rural), en el mundo germánico, esa totalidad se identifica en cada vivienda dispersa por el territorio y ocupada por cada familia, concebida como unidad autónoma.

En la forma asiática finalmente, no existe propiedad individual, sino sólo posesión de lo individual; de allí que la comunidad es el verdadero propietario efectivo, y, por tanto, la propiedad es únicamente propiedad colectiva de la tierra, como en las comunidades primitivas americanas.

En el orden feudal, el suelo, objeto de la propiedad, no tenía valor comercial; por esta causa las relaciones sociales que se desarrollaron en el feudo, debido a la íntima relación con una propiedad de semejante naturaleza, transparentaban las relaciones de subordinación en señores y vasallos.

Finalmente, la moderna ciudad capitalista, fue la sede privilegiada de una metamorfosis con consecuencias sociales de alcance revolucionario: la propiedad de la tierra, el origen histórico de la propiedad privada, fue completamente absorbida por el movimiento histórico de esta última y se transformó en mercancía.

6 Como señala Marx en Fundamentos de la Crítica de la Economía Política.

Un papel particular, merece el desarrollo de los instrumentos financieros asociados: la propiedad privada de la tierra se vincula con la hipoteca "Así como el heterismo y la prostitución pisan los talones a la monogamia, de igual modo, a partir de este momento, la hipoteca se aferra a los faldones de la propiedad inmueble. ¿No quisisteis tener la propiedad del suelo completa, libre, enajenable? Pues, bien ¡ya la tenéis! *Tu l'as voulu, George Dandin!*" (Engels, 1964: 180). De este modo, junto a la extensión del comercio, junto al dinero, el endeudamiento y la usura, junto a la propiedad territorial y la hipoteca, se desarrolla la concentración y la centralización de la fortuna en manos de una clase poco numerosa acompañada del empobrecimiento de las masas y del aumento numérico de los pobres.[7]

Contribución al problema de la vivienda (1872-1873)

En esta obra, publicada por entregas en el periódico *Der Volkstaat*, Engels subraya la conexión que existe entre el proceso dialéctico ciudad-campo y el potente desarrollo de la ciudad capitalista. Además, proporciona recomendaciones para que la política urbana no entrampe el impacto revolucionario de la clase obrera, en la compleja dialéctica reforma/revolución.

Según Engels, la falta de viviendas para la clase trabajadora es uno de los efectos negativos -entre los más evidentes, pero no entre los más importantes- del trastorno ocasionado por la transformación de la manufactura en pequeña escala, hacia la gran industria que actúa para un mercado nacional y mundial.

Tanto en los artículos de 1872/73 como en su Prólogo de 1887, describe cómo la posesión de la vivienda y del campo aseguraban al obrero de la industria doméstica cierto bienestar pero, una vez desarrollada la gran industria, el mismo hecho se vuelve perjudicial para la clase trabajadora en su conjunto, porque coadyuva a la reducción de su salario, porque lo que la familia resuelve con el cultivo de su huerto en su parcela de tierra, el capitalista lo deduce del precio de la fuerza de trabajo. Al no poder vivir únicamente de sus tierras, estos obreros se veían obligados a aceptar cualquier salario. Al mismo tiempo, las tierras que cultivan se vuelven una atadura que les impiden buscar otra ocupación. El peso de esos salarios, mantenidos muy por debajo del valor de la fuerza de trabajo, influye en la tendencia a la baja del conjunto de los salarios obreros de las grandes ciudades; y esto se conjuga con la persistencia de la industria a domicilio mal retribuida, que ocupa el lugar del antiguo artesanado y refuerza la tendencia a la baja.

En estas condiciones, la seguridad de la vivienda es una quimera para el obrero urbano. Y no sólo para él. Engels señala tempranamente cómo la escasez de viviendas une a la clase obrera con las clases oprimidas más pobres como también con una parte de la pequeña burguesía. La vivienda empeora cualitativamente a causa del progresivo aumento de la demanda por parte de una masa muy grande de recién llegados a la ciudad. Los alquileres aumentan y crecen también las incomodidades debido al nú-

7 Esto tiene resonancias actuales, como señalan Cavallero y Gago (2020), en el contexto del exponencial endeudamiento de los hogares que constituye el correlato del endeudamiento externo a escala macro, las financieras están comprando deuda para más adelante ejecutar las propiedades. Lo cual, a su vez, plantea una analogía con un circuito global de fondos de inversión que en varios países del mundo hoy están haciendo grandes negocios con los desahucios y desalojos.

mero cada vez mayor de personas que ocupan cada vivienda. Para muchos es incluso difícil encontrar cualquier tipo de solución. Una dinámica cuya actualidad resulta sorprendente.

Engels identifica y describe con mucha claridad el mecanismo especulativo del suelo que actúa en la ciudad moderna; las áreas centrales adquieren un valor cada vez mayor con el crecimiento de la ciudad; se sustituyen los viejos edificios del centro, y la población más pobre que allí residía se ve obligada a mudarse hacia la periferia y define el papel del urbanismo estatal en estas operaciones de renovación:

> "Entiendo aquí por ´Haussmann´ la práctica, ya generalizada, de abrir brechas en los distritos obreros, especialmente en los situados en el centro de nuestras grandes ciudades, bien responda esto a una preocupación por la sanidad, a un deseo de embellecimiento, a la demanda de grandes locales comerciales en el centro o a las exigencias de la circulación, como instalación de vías férreas, calles, etc. Sea cual fuere el motivo, el resultado es en todas partes el mismo: las callejuelas y callejones más escandalosos desaparecen, y la burguesía se jacta ruidosamente de este gran éxito... pero pronto callejuelas y callejones reaparecen en otro lugar, a menudo en la inmediata vecindad" (Engels, 1986: 76).

Hacinamiento, barrios enteros sin agua, alquileres que se vuelven impagables ... Manchester del siglo XIX, pero también postal de Buenos Aires en el siglo XXI, efectos persistentes de lo

que la urbanista crítica Raquel Rolnik (2017) denomina la "colonización financiera del suelo y la vivienda", el modo en que las tendencias identificadas tempranamente por Engels, se han desplegado a través de la maduración del sistema del capital, actualmente caracterizador por la financiarización del acceso a la vivienda y su correlato de expansión de mercados informales del hábitat altamente expoliativos para amplias capas populares.

Engels, establece una dura polémica con Proudhon, quien sostiene que el arrendatario representa para el propietario de la casa lo que el obrero asalariado para el empresario capitalista. Para Engels, esto no funciona así, la falta de viviendas "no es en absoluto una consecuencia directa de la explotación del trabajador en cuanto tal por el capitalismo" (Engels, 1986:16) y los propietarios de viviendas no son un enemigo principal.

En particular, considera erróneo sostener, como sostienen los proudhonianos, que la solución del problema de la vivienda es importante para llegar a la sociedad socialista y que la abolición de la vivienda de alquiler es una "reivindicación de primer orden", priorizando el objetivo de la propiedad de la vivienda para los trabajadores. Considera que no se sostiene económicamente y que se fundamentan en el hecho equivocado de que es suficiente un decreto legislativo para transformar las condiciones sociales que tienen en otras partes su base real. Para Engels, la creación en el ámbito del proletariado urbano de un estrato privilegiado de obreros propietarios de casas representa más bien un peligro para la solidaridad de clase y un obstáculo para la revolución. Engels critica asimismo otros remedios empleados por la burguesía para resolver el problema: las colonias obreras construidas por empresarios, la cooperación mutualista y la asistencia estatal.

"La escasez de viviendas puede remediarse inmediatamente con la expropiación de una parte de las viviendas de lujo de las clases dominantes y mediante la admisión de nuevos arrendatarios en las demás" (Engels, 1986: 47). Sin embargo, esto se interpreta en el marco global de las relaciones de producción en cuya transformación está la solución efectiva del problema. Para Engels, la expropiación de la casa no es la expropiación de un medio de producción, así como el capitalista propietario inmobiliario no es el empresario industrial. La eliminación del modo de producción capitalista, coincide con la eliminación de la antítesis entre ciudad y campo, antítesis "que la actual sociedad capitalista ha llevado a su grado más alto" y cuya eliminación -sostiene con energía Engels- no es en absoluto utópica.

En la actualidad, la pérdida de límites entre espacios habitables productivos y reproductivos y el desarrollo del mercado inmobiliario como segundo circuito del capital en función de la financiarización, en el contexto de la urbanización total, que ha borrado las fronteras ciudad/campo sin quebrar la lógica del capital, son aspectos donde las distinciones que propone Engels precisan ser repensadas para las desafiantes condiciones actuales.

Conexiones presentes y desafíos futuros

El recorrido precedente, evidencia que la obra de Federico Engels -personal pero inescindible del contexto de su obra co-producida con Carlos Marx, la fenomenal "pareja pedagógica" iniciadora del materialismo histórico-, introduce tempranos y significativos aportes para el desarrollo de los estudios urbanos con perspectiva crítica. En primer lugar, muestra cómo en la ciudad industrial moderna, el conflicto de clase desborda el ámbito de cada fábrica y de las diferentes categorías productivas, para manifestarse en un plano distinto del salario y de la reivindicación sindical: su objetivo será la sociedad socialista, una sociedad que encuentra en las diversas manifestaciones de la crisis urbana las precondiciones de su fundación.

En esa caracterización, Engels aporta una certera y temprana mirada sobre la segregación socioespacial como lógica que guía la producción territorial de la ciudad capitalista. El caos urbano es una manifestación necesaria del orden burgués. En este sentido, detalla un exhaustivo recorrido de procedimientos y prácticas sociales que concretan la ley del valor en la dinámica urbana de la ciudad capitalista, identifica en particular la dinámica de la especulación inmobiliaria y describe minuciosamente distintos procedimientos operativos ligados con el hábitat de la clase trabajadora. En paralelo, echa luz sobre los efectos de esta lógica, con agudas observaciones relativas a la calidad y el uso del espacio habitable por les trabajadores en sus distintos estratos y deja así bien sentadas las bases para la comprensión de la violencia propietaria, inherente a la lógica del capital. En esa mirada integral, prefigura -sin equipararla ni confundirla- la alienación residencial, al reflexionar sobre las condiciones de vida en los barrios obreros y sus efectos sobre la sociabilidad urbana, que confiere la huella de la indiferencia, el aislamiento y el conflicto individual.

Otro tema crucial, es la interrelación entre el carácter específicamente territorial de dominación del Estado y las distintas formas y concepciones acerca de la propiedad desarrolladas a lo largo de la historia de la humanidad. Así da cuenta de que la

moderna ciudad industrial capitalista, se constituye como sede privilegiada de una metamorfosis con consecuencias sociales de alcance revolucionario: la propiedad de la tierra, que es el origen histórico de la propiedad privada, ha sido completamente absorbida por el movimiento histórico de esta última y transformada en mercancía. Las consecuencias del desarrollo de instrumentos financieros ligados con la dinámica de la especulación inmobiliaria del suelo-mercancía, dominan nuestra vida cotidiana presente[8].

Engels hizo ver el carácter estructural del problema de la vivienda para amplias capas de la población (la universalización de la seguridad de tenencia, es una quimera en el sistema capitalista), el carácter parche de las medidas puntuales que actúan sobre los efectos habitacionales y moduló una crítica demoledora del papel de la pequeña propiedad privada personal, poniendo en debate su función sistémica al tirar "a la baja" el precio del salario y su función ideológica, fragmentadora de la solidaridad de clase. Un hermoso debate con plena vigencia en sociedades material e ideológicamente modeladas por la creencia extendida entre las capas populares– muy conveniente para los poderosos- de la legitimidad del carácter irrestricto de la propiedad privada individual y que esto, otorgaría una mágica "seguridad ontológica" a les propietaries.

Muy sugerente y actual, es posible sostener que su análisis desarrolla, implícitamente, una ley de la creciente entropía de la sociedad urbana como resultado del modo de producción capitalista. La ciudad como segunda naturaleza construida por la humanidad se ha transformado en tejido urbano que se expande a escala planetaria bajo la forma de suelo-territorio/mercancía. En este proceso, cuando Engels habla de la ciudad, no podemos dejar de apreciar su visión acerca de la naturaleza, manifiesta por ejemplo en sus reflexiones acerca de su mercantilización mediante la producción del hábitat capitalista, al tornar parte del valor de cambio, el aire y la luz, asociadas al "biencasa".

La humanidad produce naturaleza en tanto el desarrollo depende del uso de los bienes naturales, por otro lado, la naturaleza se manifiesta como conjunto de limitaciones de modo que las comunidades humanas puedan crecer y asumir configuraciones peculiares también en relación con el ambiente natural que las acoge. El modo de producción capitalista confiere a la naturaleza un valor de cambio, pero con esta transformación, se desarrolla un proceso que acarrea degradación y destrucción. Esta temática, preludia el punto de partida del carácter catastrófico del espacio capitalista.

En la actualidad, muches nuevamente nos interrogamos sobre los modos de trabajo y los modos de habitar el territorio, en busca de un horizonte futuro. Lo cierto es que, para la visión de Engels, estas tensiones entre la sociedad y el ambiente, entre la expansión de la pobreza y las condiciones del hábitat, no forman parte, per se, de un proceso de toma de conciencia revolucionaria que aporte al proyecto de una nueva fundación social, si no hay construcción y práctica organizada específicamente política, desde los cotidiano y con mirada estratégica, que interactúe dialécticamente con esas realidades. Los estudios urbanos críticos y su devenir, quedan entrelazados en esta encrucijada.

8 Ver los resultados recientes de investigaciones de Saskia Sassen. Un ejemplo, en DF México, los propios trabajadores pueden contribuir con sus aportes jubilatorios a alimentar fideicomisos que sirven para desplazarlos de los barrios en que habitan con operaciones de gentrificación.

Bibliografía.

Cavallero, L. y Gago, V. (2020) "Contra el extractivismo financiero. Extender la cuarentena a las finanzas", en *La deuda en nuestras vidas. Crisis, negociaciones y alternativas,* Friedrich Ebert Stiftung.

Engels, F. (1974*) La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Ediciones Diáspora, Buenos Aires.

Engels, F. (1986) *Sobre el problema de la vivienda,* Editorial Anteo, Buenos Aires.

Engels, F. (1964) *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Claridad, Buenos Aires.

Engels, F. (2006) *El origen de la familia, la propiedad privada y del Estado*, Fundación Federico Engels, Madrid.

Elden, S. (2004) *Understanding Henri Lefebvre. Theory and the Possible*, Continuum Studies in Philosophy, Londres.

Federici, S. (2010) *Calibán y la bruja*, Ediciones Tinta Limón, Buenos Aires

Lefebvre, H. (1972) *La revolución urbana*, Alianza, Madrid.

Luxemburgo, R. (1913) *La acumulación del capital*. Ediciones internacionales Sedov.

Rolnik, R. (2017) *La guerra de los lugares. La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas,* LOM, Santiago de Chile.

Sangre, sudor y contaminación en "Algodonopolis"

***La actualidad ecosocialista de La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845)**

Renan Vega Cantor

> "Mucho de lo que creemos saber acerca del Manchester victoriano es, en sí mismo, producto de Engels y su prosa lacerante. Escrita cuando él apenas tenía veinticuatro años, La Situación de la clase obrera (...) llegó a ser el equivalente literario del horror, la explotación y el conflicto de clases de la Europa urbana e industrial".
>
> Tristram Hunt (2011: 85)

Este título puede resultar extraño a la hora de comentar algunos de los aportes que Federico Engels efectuó al pensamiento revolucionario, máxime cuando se centra en el análisis de su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Intentamos demostrar que esta no es una pretensión forzada ni una lectura desfasada, que pretende trasladar al pasado algo de nuestro presente. Lo que hacemos es una lectura poco convencional del libro señalado.

A esta obra se le considera como el primer acercamiento al mundo obrero, desde una perspectiva revolucionaria y anticapitalista. En este sentido es, como lo señala Eric Hobsbawm, "un análisis del impacto social de la industrialización y urbanización capitalista que en muchos aspectos todavía no ha sido igualado". También puede verse como "una importante fuente primaria para nuestro conocimiento de la Inglaterra industrial de la época". E Igualmente, "Es un libro de su tiempo. Pero no hay nada que pueda ocupar su lugar en la biblioteca de todo historiador del siglo XIX y de todo aquel que esté interesado en el movimiento de la clase obrera. Sigue siendo una obra indispensable y un hito en la lucha por la emancipación de la humanidad" (Hobsbawm, 2011: 104, 108 y 109).

Valga decir que cuando Engels escribió este libro, en 1844-1845, nadie había utilizado el término de ecología, el cual se usó en forma pública por primera vez en 1866. Desde cuando se empezó a emplear este vocablo, su énfasis inicial se centró en el terreno de las relaciones entre sistemas naturales. Recordemos que *ökologie* fue acuñado por Ernst Haeckel, a partir de la fusión de las palabras griegas Oikos (casa) y logos (tratado, estudio), es decir, que la ecología sería literalmente el estudio del hogar de la vida, el planeta tierra. El momento en que se inventa el término es importante porque se inscribe en el ámbito de la revolución analítica que generó la teoría de la evolución de las especies, la cual "ratificó el triunfo de la historia sobre todas las ciencias, aunque la 'historia' en este sentido fue confundida por sus contemporáneos con el 'progreso'". Además, al introducir al propio hombre en el esquema de evolución biológica, abolió la línea divisoria entre ciencias naturales y ciencias humanas y sociales" (Hobsbawm, 1989: 253).

Es el momento de la segunda expansión colonial durante el siglo XIX, cuando la industria capitalista destruye el medio ambiente en varios lugares del planeta, empezando por Inglaterra, y muchos individuos se preguntan acerca de la explotación de la naturaleza. Cuando se ha conquistado hasta el último rincón de la tierra, se multiplican los medios de observación de la naturaleza. En ese instante también emergen inquietu-

des sobre los efectos destructivos de la industrialización y, por ello, "los naturalistas no son los únicos en plantearse las nuevas cuestiones a que da lugar el tumultuoso desarrollo del capitalismo" (Deléage, 1993: 76).

En este contexto debería situarse la importancia del pensamiento de Engels, que se plasma en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Llama la atención que casi nadie haya visto el rol de esa obra en la historia de la ecología (de la ecología humana, social, urbana y laboral). A mi parecer eso se debe al hecho de que Engels ha sido señalado de ser uno de los responsables de la invención del "marxismo" de la Segunda Internacional, con su culto del progreso y al que se le condena como un pretendido apologista del crecimiento de las fuerzas productivas. En esta dirección, se desconoce una obra, a partir del desenvolvimiento de los hechos posteriores, tanto en la trayectoria intelectual y política de Engels, como del movimiento obrero y revolucionario de influencia marxista, por los avatares de ese proyecto después de la Revolución Rusa y durante el corto siglo XX. Al respecto, alguien llegó a decir este disparate: "Sin Manchester no habría Unión Soviética. Y la historia del siglo XX habría sido muy distinta" (cit. en Hunt, 2011: 113). Esta alusión quiere decir que sin la lectura que Engels hizo de Manchester no se hubiera presentado la Revolución Rusa y, por ende, la evolución posterior hubiera sido diferente. Este disparate quiere resaltar que Engels hizo una lectura sombría de Manchester, exagerada sobre los males de la industrialización, y el efecto nocivo del capitalismo, y ese tipo de lectura se prolongaría después en el desenvolvimiento del proyecto revolucionario inspirado en la tradición de Karl Marx.

A partir de este presupuesto, no se reconoce la importancia intrínseca de la obra y del pensamiento que allí subyace. En contra de tal supuesto, a todas luces cuestionable, porque es esencialmente antihistórico, deberíamos reivindicar un principio elemental que puede formularse de esta forma:

> "Un poco de humildad ante la suerte de nuestras circunstancias actuales nos puede hacer un gran favor. Un poco más de fascinación por las realidades pretéritas, libre de los juicios de los resultados posteriores que solo nosotros podemos conocer, nos puede ayudar a comprender nuestra historia, el origen fundamental de nuestra condición actual. (...) Solo podemos comprender el significado de los acontecimientos pasados en los propios términos y circunstancias, por legítimamente que decidamos juzgar los motivos y las intenciones de nuestros antepasados. Karl Marx empezó su tratado histórico más famoso, su estudio del ascenso al poder de Napoleón III, escribiendo lo siguiente: 'Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su gusto'" (Gould, 2003: 174).

Deberíamos tratar de pensar históricamente una obra, haciendo el esfuerzo de situarnos en el contexto y problemática de su momento y la manera cómo es asumido por un autor. En este sentido, Engels es el crítico más radical de la naciente industrialización, por los efectos negativos que tiene sobre la emergente clase obrera. Como este análisis se apoya en su concepción comunista y en su confianza en las luchas de los trabajadores, Engels va más allá de lo que otros autores decían sobre la industrialización y configura un modelo analítico para estudiar su impacto en la vida de los trabajadores, y dicho modelo contiene en ciernes una perspectiva ecológica social.

En este artículo recurrimos a un procedimiento expositivo que nos parece necesario, al de la *exegesis*, en razón de lo cual reproducimos *in extenso* pasajes del libro. Esto tiene dos objetivos: por una parte, mostrar la enjundia del escrito al referirse a

las formas de explotación del naciente capitalismo industrial que lo convierte en una especie de fresco de todos los tiempos; y, de otra parte, presentar el marco del análisis específico de una ciudad, Manchester, con la finalidad de señalar los problemas humanos y ambientales que genera el capitalismo, los mismos que hoy se presentan en cientos de ciudades de todo el mundo. Solo basta que en las magistrales descripciones de Engels cambiemos Manchester de 1845, por Manila, Daca, Bogotá, Calcuta, Ciudad Juárez, México, Buenos Aires, Sao Paulo, Detroit... en 2020, o cualquiera de las ciudades de miseria que hoy ensombrecen al mundo, con su cortejo de sufrimiento humano y destrucción natural. Por eso, el Engels de Manchester, plasmado en *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*, tiene tanta vigencia como cuando ese libro fue publicado hace 175 años.

La exposición de este ensayo sigue este derrotero: En primer lugar, hacemos unas consideraciones sobre la ecología en general y la ecología social en particular. En segundo lugar, de manera breve indicamos algunas de las apreciaciones existentes en tiempos de Engels sobre Manchester o "Algodonopolis". En tercer lugar, analizamos las contribuciones decisivas de Engels en ese terreno de la ecología social, aunque él por supuesto nunca haya utilizado ese vocablo o alguno próximo. Y, en último lugar, mostramos algunas proyecciones de ese análisis hacia el presente.

Ecología y Sociedad

En tiempos en los que Engels escribió su libro el término ecología ni siquiera existía, pese a lo cual se hacían reflexiones que bien pueden encuadrarse como atisbos de un análisis ecológico, con un énfasis especial: sopesar el impacto de la industrialización en el mundo urbano y en los trabajadores que laboraban en las "oscuras fábricas de Satán", como las catalogaba el poeta William Blake. Y eso es lo que hace Engels. Tratemos de demostrarlo recurriendo a una descripción básica de lo que hoy se entiende por ecología social.

Esta disciplina suele hablar de la existencia de tres subsistemas, así: *El subsistema ambiental humano* corresponde a los seres humanos; el *subsistema ambiental construido* involucra a las estructuras realizadas por los seres humanos; y, el *subsistema ambiental-natural* considera a animales, plantas, microorganismos y elementos físicos (como suelo, agua, aire...).

Puede resultar chocante la utilización de esta terminología de sistemas y subsistemas, vocabulario que usamos para analizar en qué medida lo hecho por Engels se enmarca en el terreno de las preocupaciones de la ecología social, porque él ni mucho menos utiliza ese tipo de terminología.

Si ubicamos en este esquema *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, podemos decir que Engels analiza los dos primeros subsistemas (el humano y el construido), y marginalmente menciona el tercero, el natural, al que solo señala cuando habla de los ríos contaminados por la industrialización en Manchester y en otras ciudades inglesas.

Existen otros elementos analíticos que se plantean desde la ecología social que es bueno considerar, y relacionar con lo que hizo Engels en la obra mencionada. Se habla de sistemas ecológicos y dentro de estos se suelen incluir a varios: *Sistemas eco-*

lógicos urbanos, en los que sobresalen los elementos construidos (edificios, calles, vehículos), con predominio de la especie humana y con pocas manchas naturales (parques, por ejemplo); *sistemas ecológicos periurbanos*, que rodean las grandes ciudades y se caracterizan por la alternancia de sistemas urbanos y rurales, con mezcla de viviendas con manchas de ambientes rurales y agropecuarios; *sistemas ecológicos agropecuarios*, que son sistemas naturales modificados por los seres humanos para producción agrícola y pecuaria; y, *sistemas ecológicos naturales* o ecosistemas, que aún no han sido alterados o destruidos por la acción humana.

Otro elemento digno de destacar en la ecología social, por lo menos en una perspectiva latinoamericana, radica en el énfasis que se le concede al investigador "externo" (agente), quien es el que adopta un campo de interés y de estudio, para lo cual elige un sistema humano determinado y un lugar geográfico perfectamente localizado. En esta perspectiva, Engels escogió a Inglaterra, en forma más especifica la ciudad industrial de Manchester, y lo hizo por diversas razones, fundamentalmente de naturaleza política, concentrándose en el proletariado industrial, que desempeñaba diferentes actividades y al que esbozaba como un sujeto revolucionario y transformador del capitalismo, para allí estudiar los impactos destructivos de ese nuevo modo de producción, que arrasa con los seres humanos y transforma en forma radical el ambiente que circunda a esas ciudades.

Asimismo, la ecología social resalta que en el conocimiento de la realidad elegida para ser estudiada es indispensable efectuar un trabajo de campo con el grupo que se constituye en sujeto interactuante. Recuérdese que Engels se vincula con grupos de obreros, tanto para conocer sus condiciones de vida y de trabajo, como para realizar actividad política de tipo organizativo, con una finalidad anticapitalista.

En la ecología social se destaca que el investigador se mueve también fuera del universo del grupo interactuante, entendiendo por ello los espacios en los cuales se difunden y se dan a conocer los avances o resultados de investigación, mediante la producción de artículos, libros, charlas, conferencias... Al respecto, Engels desplegó una intensa actividad en el momento en que realizaba la investigación y después de concluida, lo cual se evidenciaba en las charlas con los trabajadores, mítines, artículos en revistas y periódicos y por último la publicación del libro *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*, en 1845, en idioma alemán. Valga decir que el escrito fue acogido de manera inmediata por círculos obreros de Alemania. Así, "en las mesas de las tabernas se puede ver abierto el libro de Friedrich Engels, que pone fin a todo disparate sacrosanto y a toda iniquidad" (cit. en Hunt, 2011: 117).

En esta dirección, Engels se movió en un doble terreno: como "pez dentro de la pecera" y fuera de ella. Cuando se dice que se está metido en el agua como el pez, se recalca que eso permite "describir y analizar el espacio físico (ecológico) y social (económico y político) de su pecera". No obstante,

> "esta visión tiene algo de parcial ya que la forma de la pecera se ve distorsionada cuando se mira desde adentro y solo se pueden apreciar sus verdaderas dimensiones mirando desde afuera. Por eso, ambos puntos de vista son válidos y solo la síntesis de ambos permitirá lograr una perspectiva global de la realidad. El punto de vista del que está en el interior ('el ojo del pez') o la perspectiva de la realidad desde la base -cómo la percibe la gente, cómo ésta se ve afectada por la realidad, cómo propone cambiarla- ha sido,

> por lo general, desdeñada por los investigadores de la realidad física y social, que se han relegado a una posición secundaria (Kurien, 1986: 5).

Pero ese no fue el caso de Engels, quien se metió en la pecera (los barrios y viviendas obreras, las fábricas, las asociaciones y sindicatos de trabajadores...) y, por su extracción de clase, se movía en el ámbito de la gerencia de una fábrica, lo que le permitía mirar de una forma multidimensional la situación de los trabajadores en Inglaterra. Engels departe con la gente trabajadora y pobre, entre otras cosas porque entabla relaciones sentimentales con Mary Burns, una trabajadora irlandesa, que lo conecta directamente con un importante círculo de obreros, lo hace entrar, por así decirlo, en la vida cotidiana de los proletarios, en la medida en que los lazos sentimentales abren puertas que de otra manera nunca se hubieran podido franquear.

Por otro lado, recordemos que la ecología desde su surgimiento se perfiló como un saber encaminado a clarificar los nexos existentes entre animales, plantas en sus respectivos ecosistemas y también se dedicó al estudio de los flujos de energía y materia entre plantas, animales y el entorno físico. Este tipo de estudio se consolida como una disciplina científica, con el aporte de la biología y otras ciencias naturales, pero tiene el grave inconveniente que suele ser una perspectiva cerrada, que por lo general no considera a los seres humanos. Y por esa misma circunstancia surge la ecología social, que se ocupa del estudio de las relaciones entre grupos humanos y el medio ambiente, porque "su objetivo se orienta al ser humano, aunque las plantas y animales, y las relaciones que éstos establecen, se integran al sistema ambiental con que interacciona cualquier individuo" (Gudynas y Evia, 1995: 17).

La ecología social recalca las relaciones entre seres humanos, y compartiría esa preocupación con las disciplinas sociales, pero con la diferencia de que esas relaciones las enmarca dentro de los componentes ambientales, tanto los construidos como los naturales. Por supuesto, se analiza a hombres y mujeres como seres sociales e históricos, estudiando las relaciones entre los seres humanos y el ambiente en una perspectiva dinámica, que supone grandes modificaciones y muchas perdidas, de especies, de aguas limpias, de silencio, de tranquilidad, de contemplación del paisaje...

En resumen, "los seres humanos y el ambiente interaccionan estrechamente. Si se encara un estudio aislado de uno u otro se cae en posturas fracturadas. Los elementos claves que hacen a la ecología social no está solamente en decir que el hombre interacciona con el ambiente, sino también cómo se conciben y delimitan estos dos términos. Se apunta a una persona inserta en el ambiente, interaccionando estrechamente con todo lo que lo rodea" (Gudynas y Evia, 1995: 19).

Cada uno de los sistemas, humano, ambiental y su interacción son históricos, es decir, que están situados en un tiempo y en un espacio concretos. Esa historia no puede estudiarse por separado, sino que es un proceso unitario. Por último, el reconocimiento del ambiente lo hace una persona o un grupo de personas, que se ocupan de determinar los nexos existentes entre lo humano y lo natural.

Desde el punto de vista de la ecología social se destacan algunas cuestiones: es una tarea de investigación que incluye una acción y promoción; y la investigación y la práctica parten de una postura ética frente a la vida. La ecología social connota una praxis que "está orientada a los seres humanos en su interacción con el ambiente", lo cual implica que puede desarrollarse en los diversos ámbitos en que se desenvuelven los

seres humanos: en barrios, en fábricas, en el espacio de la vida cotidiana, e involucra a hombres, mujeres, niños... "La praxis de la ecología social es incompatible con una concepción utilitaria del trabajo, solamente como medio de obtener un salario cumpliendo un horario reglamentado. La ecología social es una praxis a tiempo completo" (Gudynas y Evia, 1995: 29).

En breve, la ecología social estudia las relaciones de interdependencia entre un grupo determinado de seres humanos y su entorno y las múltiples interacciones que se generan entre sí. Por su parte, la ecología urbana estudia las interrelaciones entre los habitantes de una aglomeración urbana y sus interacciones con el ambiente circundante. Partiendo de esta definición simple y provisional, vamos a mencionar con más detalle otros elementos que deben tenerse en cuenta.

Un análisis ecológico basado en las ciencias naturales establece la relación entre un organismo y su entorno interno y externo. Así, por ejemplo, si se estudia la ecología de un ave particular, un gorrión por ejemplo, incluiría el análisis del tipo de árboles en que habita, "los alimentos que come, el aire que respira, los parásitos de su sangre, las bacterias de su sistema digestivo, sus depredadores, sus materiales de anidamiento, sus relaciones con otras especies, su ámbito de alcance y territorio, su densidad poblacional, su dinámica social, etc." (Milner, 1995: 225). Siguiendo en esa dirección, y teniendo en cuenta la especificidad de la sociedad humana, un análisis hecho a partir de la ecología social debería destacar aspectos como los referidos a la cantidad de población (densidad demográfica), enfermedades, tipo de vivienda, vestido, alimentación, características del territorio, relaciones entre grupos humanos, utilización y apropiación diferenciada de los bienes comunes (ríos, suelo, montañas), conflictos o asociación entre los grupos humanos, formas de trabajo (con sus niveles de explotación), transformación o destrucción del hábitat natural.

Una gran parte de esos elementos, propios de un análisis ecológico-social, son considerados por el joven Engels al estudiar lo que acontecía en las fábricas y en la ciudad industrial capitalista. En resumen, el libro de Engels "describe con impresionante detalle la 'miseria y la pobreza material' en la que vivían entonces decenas de miles de ingleses" (Watson, 2007: 896). Habría que agregar, para ser justos con Engels, que él aporta en esta primera obra escrita en la perspectiva del materialismo histórico, la mención de "los efectos devastadores de la expansión industrial sobre el medio ambiente natural" (Fetscher, 1984: 245).

Finalmente, el anticipo de Engels indica que el materialismo histórico es una perspectiva amplia, global y sistemática que involucra el análisis de los ecosistemas humanos y naturales, aunque esas posibilidades no siempre hayan sido consideradas con investigaciones concretas. Pero, en tal perspectiva sí pueden recordarse investigaciones tan innovadoras como las realizadas por Mike Davis, en especial su libro *Los holocaustos en la era victoriana tardía*, que sitúa en una dimensión mundial el efecto devastador de la expansión imperialista sobre los ecosistemas y los seres humanos (Davis, 2006).

Teniendo en cuenta estas últimas consideraciones, podemos introducir el término de ecosocialismo, que empezó a usarse a finales del siglo XX en diversos círculos revolucionarios, para intentar una integración entre la ecología y la tradición socialista de estirpe marxista. Se recuperan elementos de la ecología social, para enfatizar que esa derivación humanista de la ecología científica es indispensable para entender el

funcionamiento de los sistemas sociales, pero la perspectiva innovadora del ecosocialismo radica en que es una visión clasista y decididamente anticapitalista, algo que no siempre es evidente en la ecología social. Y esos dos elementos están presentes en Engels, debido a lo cual puede considerarse como un pionero del ecosocialismo, puesto que es el primer autor que demuestra el carácter antiecológico del capitalismo, a partir del estudio empírico de la ciudad de Manchester.

"Algodonopolis" (Manchester) en la mirada de algunos viajeros

Quienes contribuyeron a la formación de la ecología científica (vegetal y animal) fueron grandes viajeros que, mediante sus excursiones por diversos lugares del planeta, demostraron la importancia del mundo natural en varios continentes y de allí aprendieron muchas de las cosas que plasmaron en sus investigaciones y descubrimientos. Tal fue el caso, para señalar algunos ejemplos, de Alexander Humboldt, Charles Darwin, Alfred Wallace...

Algo similar, guardando las proporciones, se produjo en la Inglaterra de la Revolución Industrial y en el surgimiento del mundo fabril, que convocó a diferentes viajeros y observadores. Manchester fue el epicentro de esas visitas, y muchos de los que por allí transitaron dejaron sus impresiones sobre la vida de la ciudad y sus habitantes. Pueden citarse varias de las menciones que plasmaron por escrito algunos individuos que estuvieron en Manchester en las primeras décadas del siglo XIX, cuyo conocimiento fue epidérmico, porque no permanecieron largo tiempo en esa ciudad.

En 1835, el francés Alexis de Tocqueville decía sobre Manchester:

> "Un espeso y negro humo cubre la ciudad. El sol aparece a su través como un disco sin rayos. En medio de esta incompleta luz diurna se agitan sin cesar trescientos mil seres humanos. Mil ruidos se elevan constantemente de este laberinto húmedo y oscuro, pero no son en modo alguno los sonidos ordinarios que salen de los muros de las grandes ciudades. (...) *En esta cloaca infecta encuentra su fuente el mayor río de la industria humana y de aquí parte a fecundar el universo. De esta alcantarilla inmunda brota oro puro. Aquí el entendimiento humano se perfecciona y se embrutece;* aquí la civilización produce sus maravillas y el hombre civilizado retorna casi al salvajismo" (cit. en Beckert, 2016: 111; énfasis nuestro).

George Jacob Holyoake, seguidor de Robert Owen y pionero del movimiento cooperativo, decía en 1850: "Cuando se llega a Manchester (...) la ciudad parece un denso volumen de humo, más intimidante que la entrada al infierno de Dante. Asombrado, entendí que, de no ser por lo que ya se sabe de ella, ningún hombre tendría valor para entrar en la ciudad" (cit. en Hunt, 2011: 85).

Al periodista liberal León Faucher le impactaron "las nieblas que suben de ese distrito pantanoso y las nubes de humo que las incontables chimeneas vomitan sin cesar [y] el río que atraviesa Manchester está tan llenó de desechos de las tintorerías que parece una cuba de tintura. Todo el paisaje es melancólico" (cit. en Hunt, 2011: 87).

Para el historiador francés Hippolyte Tayne, Manchester se le asemejaba a "unos barracones de mala calidad, a un "asilo de pobres" para cuatrocientos mil personas, a un penal de trabajos forzados". En esas fábricas laboraban miles de obreros, "con las

manos en movimiento, los pies quietos, todo el día y todos los días", ante lo que se preguntaba: "¿Puede haber una clase de vida más indigna, más opuesta a los instintos naturales del hombre"? (cit. en Hunt, 2011: 87).

En 1863, el economista Leone Levi, refiriéndose a las fábricas de Manchester, señaló: "Entre un instante a una de esas numerosas factorías; observe las filas compuestas por millares de operarios atareados en una labor ininterrumpida; fíjese que todos y cada uno de los minutos del día, cada metro de espacio, cada ojo experimentado, cada dedo adiestrado y cada ingenioso entendimiento se exprimen para rendir el máximo" (cit. en Beckert, 2016: 223).

Todos estos individuos pasaban muy rápidamente por la ciudad, en la cual permanecían pocas horas o pocos días y se iban porque, como decía Henry Colman, un viajero de los Estados Unidos que estuvo en Manchester en 1845: "Naturaleza humana desventurada, defraudada, oprimida, aplastada, arrojada en fragmentos sangrientos al rostro de la sociedad... Todos los días de mi vida, doy gracias al cielo por no ser un pobre con familia en Inglaterra" (cit. en Watson, 2007: 897).

A diferencia de los personajes antes citados, que dejaron testimonios lacerantes sobre Manchester, Federico Engels no pasó de largo, sino que se quedó a vivir allí y durante dos años observó, convivió con los obreros, aprendió a partir de la experiencia y la lectura sobre las condiciones de vida y trabajo de los proletarios de fábrica. Y eso le permitió elaborar la visión más impactante sobre Manchester, "Algodonopolis", la capital algodonera del mundo, el centro de un imperio que se extendería por el orbe entero. Y en ese acercamiento a Manchester contribuyó a delinear una perspectiva ecosocialista, aunque ese apelativo todavía no existiera.

Así como la estadía en Galápagos y la observación de pinzones, tortugas gigantes y otras especies animales le dieron luces a Darwin para bosquejar su teoría de la evolución, Manchester, sus fábricas, sus obreros, las desigualdades y miserias allí existentes, la contaminación y las enfermedades... fueron la simiente que le permitieron a Engels convertirse en un pionero de muchos ámbitos del saber, entre ellos el que luego va a denominarse ecología social, con un ingrediente adicional: era una perspectiva ecológica de clase y radicalmente anticapitalista.

Para analizar la contribución de Engels a la ecología social, resulta clave guiarnos por un principio formulado por Karl Marx: el capitalismo destruye las dos fuentes de riqueza: la naturaleza y a los seres humanos, Si aplicamos este principio a lo que se dice en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, podemos comprobar que allí se despliega un lúcido análisis, de una impresionante actualidad, sobre ese doble carácter destructivo, porque junto con el aplastamiento de hombres, mujeres y niños, incorporados al trabajo como asalariados, se destruye la naturaleza circundante y dicha destrucción se complementa o refuerza la explotación de los seres humanos. Para entender estos dos tipos de destrucción es menester un análisis ecosocial, como el que hizo en forma magistral Federico Engels, y sobre el que nos detenemos enseguida.

Una visión ecosocialista en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Aunque en el capítulo que se titula "Grandes ciudades" se habla de Londres, Dublín, Edimburgo, Liverpool, sobre las cuales aparecen detalles significativos acerca de sus

construcciones, condiciones de vida e higiene, segmentación espacial, etc.; sin embargo, el análisis se concentra en el caso de Manchester, y en él nos detendremos, para precisar los múltiples elementos que Engels analizó de las condiciones de vida y de trabajo del naciente proletariado. Esto merece ser observado con algún detalle, reproduciendo al pie de la letra las palabras de Engels, para comprobar la hondura y calado de su reflexión, y la creación de una especie de modelo explicativo sobre el capitalismo en la ciudad, y sus implicaciones sociales y ecológicas.

En cuanto al investigador comprometido que se involucra en cuerpo y alma con una comunidad concreta, en este caso la formada por los trabajadores industriales de Manchester, la primera página de la obra, que es una larga dedicatoria a los trabajadores, ilustra el sentido profundo de tamaña investigación:

> "**¡Trabajadores!**
> A vosotros dedico una obra en la que he intentado describir a mis compatriotas alemanes un cuadro fiel de vuestras condiciones de vida, de vuestras penas y de vuestras luchas, de vuestras esperanzas y de vuestras perspectivas. He vivido bastante tiempo entre vosotros, de modo que estoy bien informado de vuestras condiciones de vida; he prestado la mayor atención a fin de conocerlas bien; he estudiado los diferentes documentos, oficiales y no oficiales, que me ha sido posible obtener; este procedimiento no me ha satisfecho enteramente; no es solamente un conocimiento *abstracto* de mi asunto lo que me importaba, yo quería veros en vuestros hogares, observaros en vuestra existencia cotidiana, hablaros de vuestras condiciones de vida y de vuestros sufrimientos, ser testigo de vuestras luchas contra el poder social y político de vuestros opresores" (Engels, 2019: 1)[1].

Más adelante, en el prólogo señala que, eso que después se denominaría el "trabajo de campo", la "inmersión en la comunidad" se desarrolló de esta manera: "Durante veintiún meses, he tenido la ocasión de ir conociendo al proletariado inglés, he visto de cerca sus esfuerzos, sus penas y sus alegrías, lo he tratado personalmente, a la vez que he completado estas observaciones utilizando las fuentes autorizadas indispensables. Lo que he visto, oído y leído lo he utilizado en la presente obra" (Engels, 2019: 5).

El objetivo es estudiar el impacto de la Revolución Industrial en la vida de la gente trabajadora. De manera muy breve se menciona las condiciones de vida de los trabajadores antes de su conversión en obreros asalariados, porque en Inglaterra es "donde puede estudiarse el proletariado en todas sus relaciones y desde todos los ángulos". (Engels, 2019: 41). De manera rápida se considera la forma de trabajo que existía antes de la fábrica en Inglaterra. Al respecto Engels habla de lo que luego se va a llamar "protoindustrialización" y sobre la cual, comparándola con la situación que se vive en

1 Nos hemos basado en dos ediciones de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Uno el publicado por Crítica-Grijalbo en 1978, como parte del proyecto de editar las obras completas de Marx y Engels, titulado *Obras*, Volumen 6, en la que se recogen varios escritos de los dos autores. La segunda versión aparece en Internet, y fue publicada por Marxists.org, en 2019. Esta es la versión que citamos a continuación y cuyo número de página aparece siempre al final entre paréntesis. Lo hacemos por la facilidad de ser consultada por cualquier persona interesada. Puede verse en esta dirección electrónica: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf.

Manchester en el momento en que él escribe su libro, le parece que los trabajadores gozaban de unas condiciones laborales y vitales notablemente superiores:

> "Antes de la introducción del maquinismo, el hilado y el tejido de las materias primas se efectuaban en la propia casa del obrero. Mujeres y niñas hilaban el hilo, que el hombre tejía o que ellas vendían, cuando el padre de familia no lo trabajaba él mismo. Estas familias de tejedores vivían mayormente en el campo, cerca de las ciudades, y lo que ellas ganaban aseguraba perfectamente su existencia, ya que el mercado interior constituía todavía el factor decisivo de la demanda de telas–incluso era el único mercado–, y que la fuerza aplastante de la competencia que habría de aparecer más tarde con la conquista de mercados extranjeros y con la expansión del comercio, no pesaba aun sensiblemente sobre el salario. (...) En términos generales, el tejedor hasta podía tener ahorros y arrendar una parcela de tierra que cultivaba en sus horas de ocio. Él las determinaba a su antojo porque podía tejer cuando y por el tiempo que lo deseara. Desde luego, no se trataba de un verdadero campesino porque se dedicaba a la agricultura con cierta negligencia y sin sacar de ella un beneficio real; pero al menos no era un proletario, y -como dicen los ingleses- había plantado una estaca en el suelo de su patria, tenía un techo y en la escala social se hallaba en un peldaño por encima del obrero inglés de hoy día" (Engels, 2019: 41-42).

De este breve recorrido histórico por la situación previa de los trabajadores, Engels concluye que

> "los obreros vivían una existencia enteramente soportable y llevaban una vida honesta y tranquila en toda piedad y honorabilidad; su situación material era mucho mejor que aquella de sus sucesores; ellos no tenían necesidad alguna de matarse en el trabajo, no hacían más de lo que deseaban, y sin embargo ganaban lo suficiente para cubrir sus necesidades, tenían tiempo para un trabajo sano en su jardín o su parcela, trabajo que era para ellos una distracción, y podían además participar en las diversiones y juegos de sus vecinos; y todos estos juegos: bolos, balón, etc., contribuían al mantenimiento de su salud y a su desarrollo físico" (Engels, 2019: 42).

Luego, por la introducción de la máquina en el espacio fabril, estos trabajadores fueron despojados de sus formas de vida y labor y fueron obligados a buscar empleo en las ciudades en donde se desarrollaba la industrialización, centrada en el algodón.

Condiciones de trabajo

Partimos de rememorar la manera cómo Engels analiza las condiciones de los trabajadores en los lugares donde laboraban, entre los cuales el destaca las fábricas, las minas y algunos sectores del campo, en donde se configuraba el proletariado agrario. En este parágrafo consideramos, a grandes rasgos, el trabajo de hombres, mujeres y niños, así como el impacto sobre el mundo laboral de la migración de irlandeses, los efectos de la introducción de la máquina sobre el ritmo laboral y el control del tiempo y la introducción de un nuevo tipo de disciplinamiento, así como los mecanismos usados para extorsionar aún más a los trabajadores, referidos a alteración del peso de lo que ellos producían, para pagarles menos salario o no pagarles, en el peor de los casos.

La migración de trabajadores a las ciudades inglesas

Las ciudades inglesas que son el epicentro de la industrialización se convierten en foco de atracción de algunos "extranjeros", entre los cuales sobresalen los irlandeses, que huyen de sus lugares de origen, azotados por el hambre y la miseria. Y aquí es interesante destacar que, desde el punto de vista teórico, Engels es el primero en introducir, antes que Karl Marx, la categoría de una "reserva de trabajadores" (que Marx denominará después como Ejercito Industrial de Reserva o Superpoblación relativa). En el momento en que el analiza al capitalismo inglés, constata que esa reserva de trabajadores procede de Irlanda: "El rápido desarrollo de la industria inglesa no hubiera sido posible si Inglaterra no hubiera dispuesto de una reserva: la población numerosa y miserable de Irlanda". Esta migración era tan importante en esos momentos que "alrededor de un millón de irlandeses han emigrado así a Inglaterra, y que todavía hay unos 50.000 inmigrantes por año. Casi todos invaden las regiones industriales y en particular las grandes ciudades, constituyendo en ellas la clase más inferior de la población" (Engels, 2019: 149).

Engels destaca que los trabajadores irlandeses son utilizados por los capitalistas con la finalidad de deprimir aún más el salario de los trabajadores ingleses, a los que ocupan en las labores más simples y con peores salarios. Los irlandeses constituyen un inagotable arsenal demográfico, una reserva de trabajadores a los cuales recurre el capitalismo inglés para abaratar costos, aumentar la explotación, deprimir el salario real de los empleados o sustituirlos cuando sea necesario en determinadas actividades:

> "Esos trabajadores irlandeses que, por 4 peniques hacen la travesía hacinados como ganado y se instalan por todas partes. Las peores viviendas son suficientemente buenas para ellos; la ropa es harapienta; ignoran el uso del calzado; su alimentación consiste únicamente de papas, lo que ganan extra se lo gastan en bebida. ¿Qué necesidad tienen tales seres de un buen salario?" (Engels, 2019: 151).

Trabajo de los obreros varones

A lo largo del libro se exponen las duras condiciones de trabajo que soportan las primeras generaciones de proletarios, en las más diversas ramas de la actividad económica, en las que se incluyen la industria textil, el trabajo en las minas y en algunas actividades del campo en vías de capitalización. En cada uno de esos casos se dan detalles minuciosos de la dureza del trabajo y los impactos que tiene sobre la salud de los trabajadores:

> "Los obreros tienen pocas cosas que hacer, pero son obligados a *permanecer constantemente de pie* sin poder sentarse. Cualquiera que se siente en el reborde de una ventana o en una cesta es castigado; (...). Esa larga y permanente posición de pie provoca, añadiéndose a la atmósfera generalmente rarificada de las fábricas, un agotamiento considerable de toda la energía física y por ende todo género de males (...). La atmósfera de las fábricas es habitualmente a la vez caliente y húmeda, más bien más caliente de lo necesario y si la ventilación no es *muy* buena, la atmósfera es muy impura, asfixiante, pobre en oxígeno, plena de polvos y de vapores del aceite de las máquinas que mancha casi por todas partes el suelo; los trabajadores visten poca ropa debido al calor,

> y se resfriarían automáticamente si cambiara la temperatura de la pieza; pero en ese calor, la menor corriente de aire les parece desagradable, el debilitamiento progresivo que se va apoderando de todas las funciones físicas disminuye el calor animal que debe ser entonces mantenido desde el exterior; y por eso el obrero prefiere permanecer en esa atmósfera calurosa de la fábrica, con todas las ventanas cerradas. A ello viene a añadirse el efecto del cambio brusco de temperatura cuando el obrero deja la atmósfera muy calurosa de la fábrica y tropieza con el aire glacial o muy frío y húmedo de puertas afuera, la imposibilidad para el obrero de protegerse bien de la lluvia y de cambiar de ropas cuando éstas se mojan; esos son factores que constantemente provocan resfriados" (Engels, 2019: 227-228).

Trabajo de las mujeres

Aunque considera diversas actividades en las cuales se desempeñan las mujeres, uno de los episodios más impactantes del libro es el referido al trabajo en las "casas de moda", sobre todo durante la "temporada de moda":

> "Esos establecimientos dan ocupación a un gran número de muchachas jóvenes -unas 15 mil en total- que viven y comen en la misma casa donde trabajan, la mayoría procede del campo y de este modo son completamente esclavas de sus patronos. Durante la estación *fashionable (de moda),* que se extiende unos cuatro meses del año, la duración del trabajo, incluso en los mejores establecimientos, llega a 15 horas diarias, y cuando el trabajo urge, 18 horas. Sin embargo, en la mayoría de las tiendas se trabaja durante ese período sin que sea claramente fijada la duración del trabajo, de modo que las muchachas en el día sólo disponen de 6 horas a lo sumo, a menudo solamente 3 o 4, a veces incluso 2 horas de 24 para dormir y descansar, cuando no son obligadas a trabajar toda la noche, ¡cosa que ocurre con frecuencia! El único límite a su trabajo es la incapacidad física absoluta de manejar la aguja un minuto más. Ha ocurrido que una de esas criaturas indefensas, permanezca nueve horas seguidas sin desvestirse y no pueda descansar sino unos instantes, si llega el caso, en un colchón donde se le sirve comida cortada en pequeños bocados, a fin de que pueda tragar el alimento lo más rápidamente posible" (Engels, 2019: 293).

Engels señala que sobre las mujeres incorporadas a las fábricas, aparte de la explotación a que son sometidas, con los peores salarios, gravita el chantaje sexual de los patronos capitalistas que cobran el derecho a la "primera noche" y se sirven de la amenaza del despido para someter sexualmente a las trabajadoras: "Si el industrial es lo bastante infame su fábrica es al propio tiempo su harén; el que todos los industriales no hagan uso de su derecho no cambia en nada la situación de las muchachas" (Engels, 2019: 221).

El cuadro sobre las condiciones de trabajo de las mujeres es dantesco, con múltiples implicaciones sobre su vida cotidiana, en la que amerita destacar por su crudeza la descripción que cita Engels de la condición de una obrera que siendo madre de una pequeña criatura sufre estos padecimientos, productos directos de las exigencias extenuantes del trabajo fabril:

> "M.H., de 20 años de edad, tiene dos niños, el más pequeño es un niño de pecho que es cuidado en la casa por el otro de más edad; ella parte para la fábrica poco después

> de las 5 de la mañana y regresa a su casa a las 8 de la noche; durante el día, la leche le fluye de los senos hasta el punto de empapar su ropa. H.W. tiene tres niños, deja su casa el lunes a las 5 de la mañana y no regresa hasta el sábado a las 7 de la noche. Ella entonces tiene tantas cosas que hacer para sus hijos que no se acuesta hasta las 3 de la madrugada. Con frecuencia es calada hasta los huesos por la lluvia y por trabajar en ese estado: 'Mis senos me han hecho sufrir horriblemente; me he encontrado inundada de leche'" (Palabras de Lord Ashley, citadas por Engels, 2019: 213-214).

Engels es un analista que anticipa el estudio y denuncia de lo que hoy se denomina la "feminización del trabajo", y con una mirada amplia nos muestra diversos aspectos de la dura condición de las mujeres proletarias, en la fábrica, en el hogar, en la maternidad y en lo referente al acoso sexual.

En cuanto a las impactantes descripciones de Engels sobre la explotación de las mujeres en las fábricas inglesas y en otros lugares de trabajo que se habían capitalizado, vale la pena mencionar que en un extraordinario libro que se publicó hace poco tiempo, *El Imperio del Algodón*, Sve Beckert reconstruye la atmósfera de las fábricas que describió Engels, aunque no lo cita ni una vez en toda su obra. Este libro corrobora las denuncias hechas por Engels en 1845, que se sustentaban en una gran masa documental y en su propia experiencia personal, lo que nos muestra que las apreciaciones de Engels las confirma la moderna investigación historiográfica.

Trabajo de los niños

En la Revolución Industrial se generaliza el trabajo de los niños, los cuales son sometidos a un régimen laboral que los aniquila e impide cualquier desarrollo futuro como seres humanos, porque la explotación los incapacita de por vida y les acorta la existencia. Engels describe el trabajo de niños en numerosas actividades y las terribles condiciones que deben afrontar. Recordemos algunas de sus descripciones. Para empezar, mencionemos la fabricación de encajes:

> "Los niños trabajan en pequeños talleres mal ventilados y confinados, continuamente sentados y encorvados sobre su cojín de encaje. Para mantener su cuerpo en esa posición, las muchachas usan un corsé con ballenas de madera que, dada la gran juventud de la mayoría de ellas, y por ende sus huesos todavía tiernos, unido a la posición encorvada, deforma enteramente el esternón y las costillas, provocando un estrechamiento general de la caja torácica. La mayoría muere de tisis, luego de haber sufrido cierto tiempo, a causa de ese trabajo sentadas, y de la atmósfera viciada, de los efectos más dolorosos de la mala digestión" (Engels, 2019: 274).

También habla de los niños que son empleados en las minas

> "En las minas de carbón y de hierro, donde el método de explotación es poco más o menos el mismo, trabajan niños de 4, 5 y 7 años. La mayoría, sin embargo, tiene más de 8 años. Se les emplea para transportar el mineral del lugar de excavación al pozo principal, o bien para abrir y cerrar las puertas giratorias que separan los diferentes compartimientos de la mina, antes y después del paso de los obreros y del material. Casi siempre son los niños más pequeños los encargados de esta tarea; deben perma-

> necer sentados doce horas diarias en la oscuridad, solo en un corredor estrecho y, en la mayoría de los casos, húmedo, sin tener el poco de trabajo que necesitarían para estar al abrigo del aburrimiento embrutecedor atontador, que engendra la inacción total" (Engels, 2019: 334-335).

Este tipo de trabajo genera enfermedades que los niños experimentan rápidamente, y se sienten fatigados en forma permanente:

> "Se comprueba con frecuencia que apenas los niños regresan a la casa, se acuestan en el piso ante la chimenea y se duermen instantáneamente, sin poder tragar el más mínimo alimento, y entonces sus padres se ven obligados a lavarles la cara enteramente dormidos y ponerlos en la cama. Incluso es frecuente que se acuesten agotados en el camino, y cuando los padres van a buscarlos, tarde en la noche, los hallan a punto de dormir. Parece que de ordinario esos niños pasan la mayor parte del domingo en la cama, para reponerse un poco de las fatigas de la semana. Un número muy pequeño asiste a la iglesia y a la escuela, y los maestros se quejan de su somnolencia y de su embotamiento a pesar de su deseo de instruirse. Se les obliga de la manera más brutal a rendirse de cansancio" (Engels, 2019: 336-337).

El propio Engels resume sus hallazgos sobre la explotación intensificada de hombres, mujeres y niños de esta forma:

> "Mujeres incapacitadas para la procreación, niños lisiados, hombres debilitados, miembros aplastados, generaciones enteras estropeadas; condenadas a la debilidad y la tisis, y todo ello, ¡únicamente para llenar la bolsa de la burguesía! Y eso no es nada comparado con los actos individuales de barbarie que pueden leerse: niños sacados desnudos de la cama por supervisores que los arrastran para la fábrica, con sus ropas bajo el brazo, a puñetazos y puntapiés, se les golpea para despertarlos, y a pesar de todo se duermen en su trabajo" (Engels, 2019: 242).

Trabajo nocturno

El capitalismo introduce el trabajo nocturno de forma permanente y el experimento comenzó en las fábricas textiles de Inglaterra, con la finalidad de acrecentar la ganancia de los capitalistas, "de suerte que el capital invertido en edificios y máquinas fuese rentable, había que hacerlo trabajar lo más posible". Para implementar el infame trabajo nocturno la jornada de trabajo se dividió en dos turnos de 12 horas, uno de noche y otro de día. De inmediato se percibieron los efectos nefastos de "esa privación permanente del reposo nocturno que ningún sueño diurno podría sustituir. La sobreexcitación de todo el sistema nervioso, unida a un debilitamiento y a un agotamiento de todo el cuerpo, tales eran los resultados inevitables". Pero algunas industrias utilizaban "un procedimiento más bárbaro todavía; ellos hacían trabajar a numerosos obreros de 30 a 40 horas de un tirón, varias veces por semana, poniendo en pie equipos de sustitución" (Engels, 2019: 224).

El trabajo nocturno implica una brusca modificación de la temporalidad natural de los seres humanos (de su reloj biológico, de su tiempo interno), puesto que el proceso evolutivo del que formamos parte, como animales que somos, nos condujo a estar despiertos de día y a dormir de noche. La transformación genera una modificación

temporal no solamente en un plano económico, sino ecológico, o sea, es una alteración brusca de los ritmos naturales que guiaban el funcionamiento del cuerpo humano desde nuestra formación como homo sapiens, con alteraciones del sistema nervioso. Aunque, por supuesto, ninguna de estas consideraciones las haga de manera explícita Engels, sí se encuentran en su obra elementos para derivar un análisis ecológico del tiempo en el capitalismo, lo que supone considerar las modificaciones internas del cuerpo humano y los cambios en la relación con la naturaleza y otros seres vivos.

El embrutecimiento de la división del trabajo y del trabajo rutinario

Engels retoma el análisis hecho por Adam Smith en *La riqueza de las naciones,* referido a la división del trabajo y a su carácter destructivo del cuerpo y el espíritu de los trabajadores. Las afirmaciones de Smith son el punto de partida de su análisis que no se queda en la repetición de lo que dijo el economista escoces, sino que le sirve como instrumento analítico para observar procesos concretos, que se presentan en Manchester y otras ciudades inglesas. Engels recalca el impacto del "trabajo forzado" sobre la vida del trabajador:

> "Si la actividad productiva libre es el placer más grande que conocemos, el trabajo forzado es la tortura más cruel, más degradante. Nada es más terrible que tener que hacer de la mañana a la noche algo que nos repugna. Y mientras más sentimientos humanos tiene un obrero, más debe detestar su trabajo, porque siente la obligación que el mismo implica y la inutilidad que esa labor representa para sí mismo.
>
> ¿Para qué, pues, trabaja? ¿Por el placer de crear algo? ¿Por instinto natural? De ningún modo. Él trabaja por dinero, por una cosa que no tiene nada que ver con el trabajo en sí, trabaja porque es forzado a ello; y, además, el trabajo dura tanto tiempo y es tan monótono que ya por esa simple razón su trabajo no puede ser para él, desde las primeras semanas, sino un verdadero suplicio, si tiene todavía algunos sentimientos humanos" (Engels, 2019: 184-185).

Esta es una formulación de la idea del trabajo alienado que en esos mismos momentos elaboraba Karl Marx en algunos de sus reflexiones filosóficas y que Engels ya conocía por su amistad con el pensador de Tréveris, con el que había compartido sus tesis sobre la alienación, que aparecen plasmadas en los *Manuscritos Económicos-Filosóficos de 1844*. A partir de este presupuesto del trabajo forzado y alienado, Engels señala el impacto negativo de la división del trabajo:

> "La división del trabajo, por lo demás también ha multiplicado los efectos embrutecedores del trabajo obligatorio. En la mayor parte de las ramas la actividad del obrero se reduce a un gesto acortado, puramente mecánico, que se repite minuto tras minuto y sigue siendo, un año tras otro, eternamente el mismo. Quienquiera que haya trabajado desde su más tierna juventud doce horas por día y más, fabricando cabezas de alfileres o limando ruedas dentadas, y ha vivido además en las condiciones de vida de un obrero inglés, ¿cuántas facultades y sentimientos humanos ha podido conservar en treinta años?" (Engels, 2019: 185).

La introducción de las máquinas en lugar de atenuar el carácter rutinario, repetitivo y sin sentido del trabajo, acentúa esas características negativas:

> "Igual ocurre con la introducción del vapor y las máquinas. Ello facilita la actividad del obrero, le ahorra esfuerzo muscular, y el trabajo mismo resulta insignificante pero su-

> premamente monótono. Este no le ofrece ninguna posibilidad de actividad intelectual, y sin embargo acapara su atención hasta el punto en que, para cumplir bien su tarea, el obrero no debe pensar en ninguna otra cosa. Y el ser condenado a semejante trabajo, un trabajo que acapara todo el tiempo disponible del obrero, dejándole apenas tiempo para comer y dormir, no permitiéndole siquiera mover su cuerpo al aire libre, disfrutar de la naturaleza, para no hablar de la actividad intelectual, ¿no podría eso reducir al hombre al nivel del animal?" (Engels, 2019: 185).

Enfermedades laborales

El tipo de trabajo que implementa el naciente capitalismo industrial, con las transformaciones que genera en el ritmo biológico de los seres humanos incorporados como trabajadores asalariados, tiene funestas consecuencias. Y eso se evidencia de manera directa en el propio cuerpo de los trabajadores, que padecen todo tipo de enfermedades, envejecen y mueren prematuramente. El nuevo ritmo introducido por el capitalismo genera un envilecimiento de las fuerzas físicas y mentales de los trabajadores, que los destruye rápidamente. Al respecto, Engels cita un informe en el que se sintetizan los impactos negativos del trabajo fabril, donde se resaltan los efectos de las máquinas:

> "Las influencias desfavorables del trabajo fabril sobre los obreros son las siguientes: 1) la necesidad absoluta de sincronizar sus esfuerzos físicos e intelectuales con los movimientos de máquinas movidas por una fuerza regular e infatigable; 2) la posición de pie que hay que soportar durante períodos anormalmente largos y demasiado próximos unos de otros; 3) la privación de sueño (debido a un trabajo prolongado, o a dolor en las piernas y enfermedades físicas generalizadas). Hay que añadir además el efecto de los talleres con frecuencia de techo bajo, exiguos, polvorientos, o húmedos, un aire malsano, una atmósfera recalentada una transpiración continua (...). El niño que trabaja en una fábrica no tiene un momento de ocio, a no ser para comer, y no sale nunca al aire libre sino para comer. Todos los hiladores adultos son pálidos y flacos, sufren de un apetito caprichoso y de malas digestiones" (Reporte General de Sir D. Barry, cit. en Engels, 2019: 230).

El trabajo fabril genera efectos diversos sobre la salud de los obreros que Engels enumera con detalle: pies planos, malformaciones, envejecimiento prematuro, perdida de visión, ceguera, deformaciones de los hombros, las rotulas y las articulaciones. El impacto sobre la salud de las mujeres es destructor, porque ellas trabajan durante el embarazo en interminables jornadas, laboran inmediatamente después del parto, e incluso dan a luz en las fábricas y sufren alteraciones en la periodicidad de la menstruación. En síntesis, el trabajo fabril enferma, destruye física y anímicamente a los obreros y los mata.

El análisis que despliega Engels se mueve en el ámbito de una epidemiologia social, pero también de la *ecología laboral*, si por ella entendemos los múltiples aspectos que entran en juego a la hora de estudiar las alteraciones biológicas en el comportamiento de los seres humanos que introduce la relación capitalista del trabajo asalariado.

Engels estudia con gran precisión lo que sucede en diversas actividades de la producción industrial de la época, la mayor parte de ellas relacionadas con la producción

textil. Así estudia a los calceteros, la fabricación de encajes, fábricas de estampados de algodón, blanqueadores, tintoreros, tundidores de terciopelo, afilado de hojas y tenedores, fabricación de máquinas, sopladores de vidrio, modistas y costureras En cada uno de ellos recalca sus características insalubres y dañinas para la vida de niños, mujeres y varones. Con detalle y con una gran indignación señala los métodos de explotación de los trabajadores, como resultado de los cuales se genera la desigualdad que separa la vida de los trabajadores y la de los burgueses. Por ejemplo, los vestidos y atuendos con que se engalanan las damas de la burguesía tienen un bajo precio: "Simplemente algunos millares de obreros ciegos, simplemente algunas hijas de proletarios tísicas, simplemente una generación raquítica de ese populacho, que trasmitirá sus padecimientos a sus hijos y también a sus nietos" (Engels, 2019: 274).

El proletariado de las minas se examina en el ámbito de sus condiciones de trabajo, cuya dureza origina enfermedades, como la tuberculosis, y reduce su vida en un promedio de diez años:

> "Ciertas operaciones requieren del obrero que mantenga herramientas constantemente apretadas contra su pecho, lo cual provoca la tisis, otras, por ejemplo la picadura de las limas, entorpecen el desarrollo completo del cuerpo y provocan padecimientos abdominales; el corte de los huesos (para hacer cabos de cuchillos) provoca dolores de cabeza, padecimientos biliares y entre las jovencitas, muy numerosas en esos oficios, la anemia" (Engels, 2019: 285).

Una de las actividades que más indigna a Engels es la de los afiladores, que genera una enfermedad específica, el "Asma de los afiladores":

> "Pero el trabajo más malsano de todos es el afilado de hojas y de tenedores, el cual implica invariablemente, sobre todo si se efectúa en piedras secas, una muerte precoz. La insalubridad de ese trabajo reside en parte en la posición encorvada que comprime el pecho y el estómago, pero sobre todo en la cantidad de polvos metálicos de aristas cortantes, que saltan durante el afilado, saturando la atmósfera y que se respira necesariamente. Los afiladores en seco alcanzan apenas la edad de 35 años por término medio, los afiladores en piedras húmedas pasan raramente de los 45 años" (Engels, 2019: 285-286).

Sometimiento a la máquina

Engels es el precursor de una visión crítica a la maquinaria, lo que lo vincula con la crítica romántica al capitalismo, la cual despliega con gran fuerza analítica en numerosos pasajes de su libro. El empleo de las máquinas envilece al ser humano al convertirlo en un apéndice, que se limita a realizar actividades rutinarias, le coarta su creatividad reflexiva y lo postra físicamente. El siguiente pasaje es notable:

> "Así, no se trata aquí, hablando con propiedad, de un trabajo sino de un aburrimiento absoluto, el aburrimiento más paralizador, más deprimente que existe. El obrero fabril está condenado a dejar morir todas sus fuerzas físicas y morales en ese aburrimiento, [porque] su oficio consiste en aburrirse toda la jornada desde la edad de ocho años. Y con eso, él no podría ausentarse un solo instante la máquina de vapor funciona durante toda la jornada, los engranajes, las correas y los husos zumban y resuenan sin cesar

> en sus orejas, y si él quiere descansar no sería más que un instante, ya que el capataz aparece enseguida con la libreta de multas en la mano" (Engels, 2019: 254).

En estas condiciones, la máquina se convierte en un instrumento de tortura, que agobia en todo momento al trabajador, lo aniquila sin miramientos, pero también genera rebelión y lucha contra el sistema que emplea las máquinas para extraer ganancias:

> "El obrero, en efecto, considera que la tortura más penosa que existe es esa condena a ser sepultado vivo en la fábrica, a vigilar sin cesar a la infatigable máquina. Ella ejerce por otra parte un efecto extremadamente embrutecedor, tanto sobre el organismo como sobre las facultades mentales del obrero. No es posible imaginar mejor método de embrutecimiento que el trabajo fabril, y si a pesar de todo, los obreros no solamente han salvado su inteligencia, sino que además la han desarrollado y agudizado más que los demás, ello no ha sido posible sino por la rebelión contra su suerte y contra la burguesía: esta rebelión es el único pensamiento y el único sentimiento que les permite su trabajo" (Engels, 2019: 254-255).

La emergencia del tiempo capitalista en la producción

Otro aspecto destacado en el estudio de Engels es el referido al vuelco radical que connota la imposición de otra temporalidad, regida por la lógica del capital y de la ganancia. Aquí se introducen interesantes ideas sobre las transformaciones del tiempo *ecológico*, con implicaciones en el comportamiento del ser humano como especie biológica, en la medida en que genera cambios de ritmo, velocidad, aceleración, disminuye el tiempo dedicado al sueño y al descanso, y modifica las rutinas y hábitos preexistentes durante miles de años.

La primera modificación es imponer un nuevo horario, regido por el trabajo, algo que para ese momento es brutal, porque antes la temporalidad estaba dictaminada por otros ritmos, en los que existía el "San Lunes" (lunes de zapatero), por ejemplo, y donde el tiempo de trabajo no era el dominante, sino que estaba subordinado al tiempo de la vida. Con la imposición del capitalismo industrial se implanta una nueva temporalidad:

> "La esclavitud en que la burguesía ha encadenado al proletariado no se revela en ninguna parte de una manera tan evidente como en el sistema industrial. Es el fin de toda libertad, de hecho y de derecho. El obrero debe estar en la fábrica a las seis y media de la mañana; si llega con algunos minutos de retraso, no tiene derecho a entrar hasta la hora del desayuno y pierde así la cuarta parte de una jornada de salario (aunque haya estado ausente sólo dos horas y media, de doce horas de trabajo). Él come, bebe y duerme cuando se le ordena. Para la satisfacción de las necesidades más urgentes se le concede sólo el tiempo estrictamente necesario. El industrial no se preocupa de saber si su vivienda se halla a media hora o a una hora entera de la fábrica. La campana tiránica lo saca de la cama, lo arranca de su desayuno y de su almuerzo" (Engels, 2019: 256).

La nueva temporalidad capitalista requiere mecanismos de control, ya que los trabajadores no aceptan de buenas a primeras este nuevo ritmo temporal, se niegan a asistir al trabajo, rechazan la disciplina fabril y por eso huyen. Entre los mecanismos que implementan los capitalistas uno en especial se proyecta desde entonces hasta el día

de hoy, el del adelanto o atraso del reloj de la fábrica de acuerdo con los intereses de los patronos capitalistas:

> "al llegar por la mañana al trabajo con frecuencia los obreros hallan el reloj de la fábrica adelantado un cuarto de hora y por tanto la puerta cerrada, mientras que el oficial recorre los talleres, libreta de multas en mano, anotando los nombres de los ausentes. Según el propio Leach, un día contó hasta 95 obreros delante de las puertas cerradas de una fábrica, cuyo reloj *retardaba* la noche en un cuarto de hora y *avanzaba* la mañana en un cuarto de hora sobre los relojes públicos de la ciudad" (Engels, 2019: 258).

Otro procedimiento que utilizan los capitalistas de Manchester es todavía más perverso, puesto que atrasan el reloj durante la jornada de trabajo, y no solo al principio o al final de la misma:

> "En una fábrica se atrasaba el reloj durante el trabajo, de modo que la duración del mismo se prolongaba indebidamente sin que el obrero recibiera un mayor salario; en otra fábrica, se llegaba hasta hacer trabajar un cuarto de hora de más; en una tercera, había un reloj normal y un reloj mecánico que indicaba el número de rotaciones del eje principal; cuando las máquinas marchaban lentamente, la duración del trabajo era fijada por el reloj mecánico hasta que se lograba el número de rotaciones correspondiente a doce horas de trabajo" (Engels, 2019: 258-259).

Engels menciona que, ante la tiranía del tiempo fabril, los obreros y obreras resisten y se rebelan, como el caso de trabajadoras que "han preferido dedicarse a la prostitución antes que soportar esa tiranía" (Drinkwater, cit. en Engels; 2019: 258-259). Esta es una forma de rebelión pasiva contra el control del tiempo que impone el capital y se sustenta en la idea de que el trabajo asalariado es como la peste y por eso hay que huir de él, para evitar su contagio mortal.

Otro mecanismo de control temporal se centra en la aplicación de multas para aquellos trabajadores que rompen de alguna manera, así sea elemental, con la disciplina interna de la fábrica y su apropiación del tiempo de los trabajadores, como las mujeres que tienen un avanzado estado de embarazo que son "castigadas con multas de seis peniques por sentarse un instante durante su trabajo, a fin de descansar". En general,

> "las multas por trabajo imperfecto son impuestas de modo enteramente arbitrario; la mercancía es examinada en el almacén y el encargado de hacerlo anota las multas en una lista, *sin siquiera llamar a los obreros*; éstos no saben que han sido multados sino cuando el capataz les paga: en ese momento la mercancía tal vez está vendida y en todo caso ordenada" (Engels, 2019: 259).

Un instrumento para controlar el tiempo de los trabajadores es lo que Engels denomina el "látigo moral", el de la amenaza de despido, la imposición de multas y sanciones a los trabajadores, tanto hombres como mujeres. Esta idea del *látigo moral* resalta que la apropiación de trabajo ajeno por parte del capital requiere de unas nuevas formas de control y disciplina laboral que formalmente sustituyan el látigo del capataz de esclavos, por un látigo invisible, cristalizado en el reloj, que manejan los capataces y que pende sobre la cabeza de los trabajadores como si fuera la espada de Damocles.

En esa misma dirección deben inscribirse los fraudes y robos que los capitalistas acometen en forma consiente y premeditada para esquilmar aún más el magro salario de

los trabajadores. Esto es, sencillamente, robo del tiempo del trabajador, lo que quiere decir que este, aparte de ser explotado es robado, y eso se manifiesta en que con diversos artilugios se le extorsiona, como lo describe Engels:

> "Mientras que el carbón se vende por el peso, se paga al obrero por medida, y cuando su artesilla no está enteramente llena, *no se le paga* en absoluto, pero no recibe un centavo por una artesilla demasiado llena. Si en su vagoneta la cantidad de hulla menuda pasa de cierta proporción lo cual depende más de la naturaleza de la veta de carbón que del obrero no solamente no recibe nada, sino que debe pagar también una multa. Por lo demás, el sistema de multas se ha desarrollado a tal punto en las minas que a veces un pobre diablo que ha trabajado toda la semana y va a cobrar su salario se entera por boca del capataz -pues éste aplica las sanciones a su antojo sin notificar al obrero- que no solamente no debe esperar, salario, ¡sino que debe además pagar cierta cantidad de multa!" (Engels, 2019: 344).

Para que esto funcione se requiere el poder despótico del capataz, el que blande el látigo moral, así como el esclavista fustiga el látigo contra la espalda de los esclavos en sus ingenios:

> "El capataz tiene poder absoluto sobre el monto del salario; él es quien lleva la cuenta del trabajo realizado y puede pagar al obrero lo que quiera, y éste se ve forzado a aceptar lo que sea. En algunas minas se paga por peso, se utilizan básculas decimales falseadas cuyos pesos no requieren ser controlados por la autoridad pública.
>
> En una de esas minas se llegó hasta instituir la regla de que todo obrero que quisiera quejarse del mal funcionamiento de la balanza tenía *que notificarlo al capataz con tres semanas por adelantado*. En muchas regiones, especialmente en el norte de Inglaterra, se acostumbra a contratar a los obreros por un año; ellos se comprometen a no trabajar para ninguna otra persona durante ese período, pero el propio patrón no se compromete en modo alguno a darle trabajo, de modo que a menudo permanecen meses sin trabajar y si buscan trabajo en otra parte se les envía a la cárcel durante seis semanas por abandono del puesto. En otros contratos, se les asegura trabajo hasta la cantidad de 26 chelines cada 15 días, pero no se les da nada; en otros distritos, los patronos adelantan a los obreros pequeñas sumas que deben pagar después en trabajo, lo cual es una manera de encadenarlos. En el norte, se acostumbra a retener siempre el salario de una semana a fin de atar a los obreros de esa manera a la mina" (Engels, 2019: 344-345).

Para implantar la nueva temporalidad, que empezó en los lugares de producción (las fábricas), el capitalismo despliega un sinnúmero de estrategias para aniquilar al trabajador y apropiarse hasta el último minuto de su tiempo, porque, al fin y al cabo, hablar de explotación es hablar de apropiación de tiempo ajeno. Para hacer esto posible a vasta escala, como ya lo hacía el capital textil en Manchester en el siglo XIX, se presentó una "revolución del tiempo", que no es otra cosa sino la imposición de una forma diferente de temporalidad, que implica una modificación ecológica, interna, en los seres humanos, con repentinas transformaciones biológicas, cuyo impacto se siente en la vida de los seres humanos que viven sometidos a la cadena productiva de la máquina, y al febril cronometro que marca hasta el último segundo que el trabajador permanece en la fábrica y donde se le expropia toda su capacidad vital. Es, en últimas, un enfrentamiento entre el tiempo de la naturaleza, el tiempo biológico de los seres humanos, y el tiempo del capital. Como resultado de la imposición de este último,

> "el período de la existencia en que el hombre se halla en plena posesión de sus facultades, la edad del hombre, es considerablemente reducida a causa de la prolongación del período infantil de una parte, y por el envejecimiento prematuro de otra parte, y que la duración de la vida es abreviada por una muerte precoz. ¡Hay que cargar esto igualmente al debe de la burguesía!" (Engels, 2019: 340).

La reducción del tiempo de vida de los trabajadores es el costo que el capital le cobra a los seres humanos por extraerles hasta la última gota de energía física y espiritual.

Condiciones de vida de la población trabajadora

En este parágrafo se describen las condiciones en que viven los trabajadores fuera del lugar de trabajo, y para eso se menciona la segmentación espacial, la vivienda, el vestido y las enfermedades. Estos aspectos pueden inscribirse en el ámbito de la *ecología urbana* propiamente dicha, en la cual se establecen unas determinadas relaciones entre los seres humanos con el medio circundante. En este caso, esos seres humanos son los trabajadores de las fábricas y las minas y sus familiares, pero también el resto de la población urbana, como lo que Engels denomina clase media y alta burguesía. El entorno es el subsistema humano construido, que implica referirse a la vivienda, los barrios, los caminos. El subsistema natural de Manchester es apenas mencionado por Engels, y solo se le toca marginalmente para referirse al estado deplorable de los ríos que atraviesan la ciudad. En esta ecología urbana se recalca el carácter de la desigualdad social, como se evidencia con las diferencias en los tipos de vivienda y en el estado sanitario de los barrios. Dicha desigualdad, en el caso de Manchester, entraña una marcada diferenciación de clase.

Ubicación de la vivienda de los obreros

Los tres ríos que atraviesan el casco urbano de Manchester, junto con otros canales, por encontrarse cerca de las fábricas reciben todos sus desechos y se encuentre contaminados. Uno de ellos es el Irk

> "riachuelo oscuro (...) y de olor nauseabundo, lleno de inmundicias y detritos que deposita sobre la orilla derecha que es más baja. En tiempo de seca, subsiste en este río toda una serie de parches fangosos, fétidos, de un verde negruzco, desde el fondo de los cuales suben burbujas de gas mefítico que despide un tufo que, incluso desde lo alto del puente, a 40 o 50 pies sobre el agua, todavía es insoportable. El propio río, además es retenido casi a cada paso por grandes obstáculos detrás de los cuales se depositan en masa el fango y los desperdicios que allí se descomponen. Río arriba desde el puente, se levantan grandes tenerías, más allá tintorerías, fábricas de carbón de huesos y fábricas de gas, cuyas aguas usadas y desperdicios terminan todos en el Irk que recibe además el contenido de las cloacas y retretes que allí desaguan. Río abajo, desde el puente, se ve por encima de los montones de basura, las inmundicias, la suciedad y el deterioro de los patios, situados sobre la escarpada orilla izquierda: Las casas están apiñadas las unas contra las otras y la pendiente del río permite percibir sólo una fracción de ellas, todas ennegrecidas de hollín, decrépitas, vetustas, con sus ventanas de

> cristales rotos. Al fondo se hallan antiguas fábricas que parecen cuarteles. En la orilla derecha muy llana, se levanta una larga fila de casas y fábricas. La segunda casa está en ruinas, sin techo, llena de escombros, y la planta baja no tiene puertas ni ventanas y por tanto es inhabitable" (Engels, 2019: 100).

Las viviendas de los trabajadores se ubican en barrios sucios y abandonados, que se localizan a la vera de los tres ríos que atraviesan la ciudad. Engels resume el asunto de esta forma:

> "Nos hallamos aquí realmente en un barrio obrero apenas camuflado, pues ni las tiendas ni las tabernas de la calle se toman el trabajo de parecer limpias. Pero esto no es nada en comparación con las callejuelas y patios traseros, a donde se llega por pasadizos estrechos y cubiertos por los que apenas pueden cruzarse dos personas.
>
> Es imposible de imaginar la aglomeración desordenada de las casas literalmente hacinadas las unas sobre las otras, verdadero desafío a toda arquitectura racional. (...)
>
> A la derecha y a la izquierda, una multitud de pasajes cubiertos conducen de la calle principal a los numerosos patios y, cuando se penetra allí, encontramos una suciedad y una insalubridad nauseabundas sin igual, en particular en los patios que descienden hacia el Irk y donde se hallan verdaderamente las más horribles viviendas que yo haya podido ver hasta el presente. En uno de esos patios hay justamente a la entrada, al extremo del corredor cubierto, retretes sucios y tan inmundos que los vecinos no pueden entrar o salir del patio sino atravesando un mar de orina pestilente y de excrementos que circundan los retretes; es el primer patio a la orilla del Irk río arriba de Ducie Bridge en caso de que alguien deseara ir allí para comprobarlo. Abajo, a orillas del río, hay varias tenerías que llenan toda la zona de la hediondez resultante de la descomposición de materias orgánicas" (Engels, 2019: 99).

Segmentación socioespacial

En general hablando de toda Inglaterra, Engels señala que se presenta una división espacial y de clase en la ciudad, que él caracteriza de esta manera:

> "Toda gran ciudad tiene uno o varios 'barrios malos', donde se concentra la clase obrera. Desde luego, es frecuente que la pobreza resida en callejuelas recónditas muy cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le ha asignado un campo aparte donde, escondida de la mirada de las clases más afortunadas, tiene que arreglárselas sola como pueda. En Inglaterra, estos 'barrios malos' están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad" (Engels, 2019: 70).

En Manchester, la segmentación socioespacial se manifiesta en que las clases dominantes pueden darse el lujo de huir de la suciedad, la contaminación y la miseria que generan sus fábricas. Por eso, la alta burguesía vive fuera de la ciudad, en la campiña, y "los ricos aristócratas de las finanzas pueden, al atravesar todos los barrios obreros por el camino más corto, trasladarse a sus oficinas en el centro de la ciudad sin fijarse siquiera que flanquean la más sórdida miseria a derecha e izquierda". Eso es así, y en Manchester "el aislamiento tan sistemático de la clase obrera, mantenida apartada

de las grandes vías, un arte además delicado de disfrazar todo lo que pudiera ofender la vista o los nervios de la burguesía" (Engels, 2019: 97).

La localización de los barrios obreros forma parte de un proyecto urbano, en el cual se configura una segmentación socioespacial cuya finalidad es separar los lugares de trabajo y de residencia de los trabajadores, con respecto a los lugares donde habitan la clase media y la alta burguesía. Así, los barrios obreros se encuentran situados en una parte de la ciudad, sucia y abandonada, que se ha moldeado en consonancia con la industrialización, un aspecto que resalta Engels como el eje explicativo de la segmentación espacial:

> "Todo lo que suscita aquí nuestro mayor horror y nuestra indignación es reciente y data de la *época industrial*. Los varios centenares de casas pertenecientes a la antigua Manchester han sido abandonados desde hace tiempo por sus primeros moradores. No hay como la industria para haberlas atestado de las huestes de obreros que albergan actualmente, no hay como la industria para haber hecho construir sobre cada parcela que separaba esas viejas casas, a fin de tener alojamiento para las masas que hacían venir del campo y de Irlanda; no hay como la industria para permitir a los propietarios de esos establos el alquilarlos a precios de viviendas para seres humanos, explotar la miseria de los obreros, minar la salud de millares de personas únicamente en su provecho; no hay como la industria para haber hecho que el trabajador apenas liberado de la servidumbre, haya podido ser utilizado de nuevo como simple material, como una cosa, hasta el punto en que lo hiciera dejarse encerrar en una vivienda demasiado mala para cualquiera otro y que él tiene el derecho de dejar caer completamente en ruinas a cambio de su buen dinero. Sólo la industria ha hecho esto, ella no hubiera podido existir sin esos obreros, sin la miseria y el avasallamiento de esos obreros" (Engels, 2019: 104-105).

La segmentación espacial se sustenta en una lógica de clase implacable: que la contaminación afecte a los trabajadores en forma directa, puesto que el humo llega a los barrios obreros, pero no alcanza a los lugares donde habita la burguesía. Esto se presenta en Manchester, como lo explica Engels. Tal comportamiento ambiental a finales del siglo XX se empezó a denominar ecología de los ricos y racismo ambiental, pero ya aparece prefigurado en esta descripción de Engels:

> "La zona este y nordeste de Manchester es la única donde la burguesía no se ha instalado, por la buena razón de que el viento dominante que sopla diez u once meses del año del oeste y del sudoeste trae de ese lado el humo de todas las fábricas –y ya esta es bastante decir. *Los obreros pueden muy bien respirar ese humo sin dificultad*" (Engels, 2019: 112).

Esta discriminación ambiental de clase la describe Engels en otro pasaje de su libro, cuando habla de la "pequeña Irlanda", el rincón más horrible, donde viven unas 4000 personas:

> "Los cottages [barracas] son viejos, sucios y del tipo más pequeño: las calles desiguales llenas de baches, en parte sin pavimentar y sin alcantarillado; por todas partes una cantidad considerable de inmundicias, de detritos y de fango nauseabundo entre las charcas estancadas; la atmósfera es irrespirable por las emanaciones, ensombrecida y pesada por el humo de una docena de chimeneas de fábricas; una multitud de niños y mujeres en harapos rondan por esos lugares, tan sucios coma los cerdos que se arre-

llanan en los montones de cenizas y en las charcas. (...) La población que vive en esos cottages deteriorados, detrás de ventanas rotas sobre las que se ha pegado papel engrasado, y las puertas hendidas con marcos podridos, incluso en los sótanos húmedos y sombríos, en medio de semejante suciedad y hedor infinitos, en esa atmósfera que parece intencionalmente reducida, esta población debe realmente situarse en la escala más baja de la humanidad. (...) Mas, ¿qué decir cuando se conoce que, en cada una de esas pequeñas casas, que tienen a lo sumo dos piezas y una buhardilla, a veces un sótano, viven veinte personas, que en todo ese barrio no hay más que un retrete -casi siempre inabordable desde luego- para unas 120 personas?" (Engels, 2019: 112- 113).

Vivienda

La diferenciación social en el espacio urbano de Manchester se evidencia en la separación en zonas claramente diferenciadas, en las que viven los trabajadores y en las que habitan la clase media y la alta burguesía, y la desigualdad adquiere plena significación en el tipo de vivienda en el que se arruman los obreros:

> "Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general construidos irregularmente. Estas pequeñas casas de tres o cuatro piezas y una cocina se llaman *cottages* y constituyen comúnmente en toda Inglaterra, salvo en algunos barrios de Londres, la vivienda de la clase obrera. Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas. Además, la ventilación se hace difícil por la mala y confusa construcción de todo el barrio, y como muchas personas viven en un pequeño espacio, es fácil imaginar qué aire se respira en esos barrios obreros. Por otra parte, las calles sirven de secaderos, cuando hace buen tiempo; se amarran cuerdas de una casa a la de enfrente, y se cuelga la ropa mojada a secar" (Engels, 2019: 70).

En general, el trazado urbano donde se ubican los barrios obreros es caótico, con unas casas encima de otras, y no existe un sistema de cañerías ni lugares para depositar la basura. Para completar, allí se construyen unas viviendas con unos patios encerrados, sin ventilación y comunicados con las calles por uno pasadizos cubiertos, que los dejan menos ventilados:

> "Si ese modo de construcción desordenado era ya muy perjudicial para la salud de los vecinos, por cuanto impedía la ventilación, esta manera de encerrar a los obreros en patios enclaustrados, lo es todavía mucho más. Aquí, el aire no puede rigurosamente escaparse; las chimeneas de las casas -mientras no esté encendido el fuego- son las únicas salidas posibles para el aire aprisionado en la trampa del patio" (Engels, 2019: 106).

Esto es resultado de una estrategia que solo busca obtener la mayor ganancia posible, a costa del abandono de los trabajadores y todo aquello relacionado con sus condiciones de reproducción (vivienda, alimento, vestuario, salud, sueño...), con lo que se les reduce a un estado de animalidad. Como consecuencia directa,

> "la casi totalidad de los 35.0000 obreros de Manchester y sus alrededores viven en cottages en mal estado de conservación, húmedos y sucios; que las calles que ellos transitan se hallan casi siempre en el más deplorable estado y sumamente sucias, y que

> han sido construidas sin la menor atención a la ventilación, con la única preocupación de la mayor ganancia posible para el constructor. En una palabra, que en las viviendas obreras de Manchester no hay limpieza, ni comodidad, y por tanto ni vida posible de familia; que sólo una raza deshumanizada, reducida a un nivel bestial, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral, físicamente mórbida, puede sentirse cómoda allí y como en su casa" (Engels, 2019: 116).

Vestimenta y calzado

Los trabajadores, hombres, mujeres y niños usan una vestimenta que no es la adecuada para las condiciones en que viven y laboran:

> "Toda la ropa de los obreros -aun suponiendo que se halle en buen estado- es muy poco adaptada al clima. El aire húmedo de Inglaterra que, más que cualquier otro, debido a los cambios bruscos del tiempo provoca resfriados, obliga a casi toda la clase media a abrigarse el pecho con franela e incluso con piel: pañuelos de seda para el cuello, chaquetas y ceñidores de franela son de uso casi general. La clase obrera no sólo conoce estas precauciones, sino que casi nunca está en situación de poder adquirir el menor hilo de lana para vestirse" (Engels, 2019: 120-121).

Quienes visten sus cuerpos en las peores condiciones son los obreros irlandeses, hasta el extremo de que sus

> "ropas son verdaderos andrajos, que muy a menudo no se pueden remendar, y tanto se han zurcido que es imposible reconocer el color original: Los ingleses o los angloirlandeses, las remiendan, sin embargo todavía y son verdaderos maestros en ese arte; poco importa que sea tela de lana o tela de saco, pana o viceversa. Por lo que toca a los inmigrantes auténticos, ellos no zurcen casi nunca, salvo en el caso extremo cuando la ropa amenace caerse en jirones; es común ver los faldones de la camisa pasar a través de roturas de la ropa o del pantalón; ellos portan, como dice Thomas Carlyle: 'Una indumentaria de harapos: ponérsela y quitársela representa una de las operaciones más delicadas a la cual no se procede sino en los días de fiesta y en momentos particularmente favorables'" (Engels, 2019: 122).

En el caso del calzado, la situación no es mejor, hasta el punto de que "los irlandeses han importado igualmente la costumbre, antes desconocida de los ingleses, de andar descalzos. Actualmente se ve en todas las ciudades industriales una multitud de personas, sobre todo de niños y de mujeres, que andan con los pies desnudos y poco a poco los ingleses pobres adoptan este hábito" (Engels, 2019: 122).

Alimentación

En términos de alimentación, los obreros no disfrutan de una dieta que se acerque a algo digno de seres humanos, tanto por sus bajos salarios como porque no les queda tiempo de comprar los productos en las primeras horas del día, cuando abren la plaza de mercado. Esto genera una situación de exclusión en el acceso a los mejores productos, que se agotan en las primeras horas de funcionamiento de la plaza de mercado. Así,

> "Por la mañana el mercado rebosa de las mejores cosas, pero cuando llegan los obreros

> lo mejor se ha acabado, pero si hubiera todavía realmente no podrían comprarlo. Las papas que los obreros compran son casi siempre de mala calidad, las legumbres marchitas, el queso viejo y mediocre, la manteca rancia, la carne mala, atrasada, correosa, proveniente con frecuencia de animales enfermos o destripados, a menudo medio podrida. Muy frecuentemente los vendedores son pequeños detallistas que compran mercancías de mala calidad a granel y la revenden tan barata precisamente a causa de la mala calidad. Los más pobres de los trabajadores deben arreglárselas de otro modo para poder bandearse con su poco dinero aun cuando los artículos que compran son de la peor calidad. En efecto, como todas las tiendas deben cerrar a la media noche del sábado, y no se puede vender nada el domingo, los artículos de primera necesidad que se dañarían si hubiera que esperar hasta el lunes por la mañana son liquidados a precios irrisorios entre las diez y la media noche. Pero el 90 por ciento de lo que no se ha vendido a las diez de la noche ya no es comible el domingo por la mañana, y esos son precisamente los artículos que constituyen el menú dominical de la clase más pobre. La carne que se vende a los obreros muy a menudo es incomible–pero como la han comprado, tienen que comerla" (Engels, 2019: 122-123).

Adicionalmente, existe una política deliberada de alterar los bienes alimenticios de los trabajadores, como resultado de lo cual se falsifican los productos y, literalmente, se les intoxica, con lo cual se enriquecen un grupo de especuladores y estafadores. Por supuesto, eso tiene un efecto destructivo en la salud de los trabajadores.

Enfermedades

Engels es el pionero de una epidemiologia social, ya que analiza las enfermedades como resultado de las condiciones materiales de existencia y la desigualdad existente en el mundo urbano, que es un resultado de la forma cómo viven los trabajadores, las condiciones de insalubridad que soportan en sus barrios y en las casas donde se encuentran hacinados. El cuadro que él describe involucra diversos ingredientes, que vale la pena citar extensamente:

> "Las basuras y las charcas que existen en los barrios obreros de las grandes ciudades representan por ende un grave peligro para la salud pública, porque ellas producen precisamente esos gases patógenos. Lo mismo ocurre en cuanto a las emanaciones de las corrientes de agua contaminadas. Pero eso no es todo. La sociedad actual trata a la gran masa de pobres de una manera verdaderamente repugnante. Se les trae a las grandes ciudades donde respiran una atmósfera mucho peor que en su campiña natal. Se les asigna barrios cuya construcción hace que la ventilación sea mucho más difícil que en cualquier otra parte. Se les quita todos los medios de mantenerse limpios, se les priva de agua al no instalárseles agua corriente sino mediante pago, y contaminando de tal modo las corrientes de agua, que no podrían lavarse en ellas; se les obliga a arrojar todos los detritos y basuras, todas las aguas sucias; a menudo incluso todas las inmundicias y excremento nauseabundos en la calle, al privárseles de todo medio de desembarazarse de ellos de otro modo; y se les obliga así a contaminar sus propios barrios. (...) No conformes de haber contaminado la atmósfera de la calle, se les encierra por docenas en una sola pieza, de modo que el aire que respiran por la noche es verdaderamente asfixiante. Se les dan viviendas húmedas, sótanos, cuyos pisos rezuman, o buhardillas con techos que dejan pasar el agua: Se les construye casas de donde no

> puede escaparse el aire viciado.
>
> Se les da ropa mala o casi harapienta, alimentos adulterados o indigestos. Se les expone a las emociones más vivas, a las más violentas alternativas de miedo y de esperanza; se les acosa como a animales, y nunca se les da reposo, ni se les deja disfrutar tranquilamente de la existencia. Se les priva de todo placer, a excepción del placer sexual y la bebida, pero en cambio se les hace trabajar cada día hasta el agotamiento total de sus fuerzas físicas y morales, empujándolos de ese modo a los peores excesos en los dos únicos placeres que les quedan" (Engels, 2019: 158).

Las condiciones de vida de los niños, que son trabajadores o hijos de trabajadores, son igualmente deplorables, como resultado de residir en viviendas sucias, en pleno hacinamiento, sin agua potable ni retretes, en medio de unas calles atravesados por charcos putrefactos, con escasa y pésima alimentación, lo cual genera "las enfermedades más diversas de los órganos digestivos que dejan sus huellas para el resto de la existencia". Esa mala digestión origina otros problemas:

> "Las escrófulas son casi una regla general entre los trabajadores, y los padres escrofulosos tienen hijos escrofulosos son, sobre todo si la causa principal de la enfermedad obra a su vez sobre niños que la herencia predispone a ese mal. Una segunda consecuencia de esa insuficiencia alimenticia durante la formación es el raquitismo (enfermedad inglesa, excrecencias nudosas que aparecen en las articulaciones), muy extendido asimismo entre los niños de los trabajadores. La osificación es retardada, todo el desarrollo del esqueleto retrasado, y además de las afecciones raquíticas habituales, se comprueba con bastante frecuencia la deformación de las piernas y la escoliosis de la columna vertebral" (Engels, 2019: 163).

En lo que respeta al análisis de las enfermedades de los trabajadores, la descripción de Engels es amplia, ya que se detiene a examinar diversos oficios y la manera como en cada uno de ellos, por las condiciones de explotación, se ve afectado el trabajador desde el punto de vista físico y moral. Señala que, por esas condiciones de explotación y de hacinamiento y contaminación en sus sitios de vivienda, no sorprende que los trabajadores sufran de tuberculosis, tifo, enfermedades digestivas, epilepsia, asma... Puede decirse que son enfermedades que tienen una clara connotación de clase.

Proyecciones del Engels de 1845 hacia nuestro presente

En una referencia que hizo años después, en 1873, al problema de la vivienda, Engels señala, de paso, dos ideas que retomamos porque complementan lo afirmado en su primer libro y, además, son de gran actualidad.

Una primera se refiere a la forma como se difunden las epidemias, que afectan en primer lugar a los trabajadores, porque golpean inicial y directamente a los habitantes de los barrios obreros y solo después sí tocan a los capitalistas. Por esta razón, estos se ven obligados a tomar medidas forzados y no por ningún espíritu benefactor ni mucho menos:

> "Las ciencias naturales modernas han demostrado que los llamados "barrios insalubres", donde están hacinados los obreros, constituyen los focos de origen de las epide-

> mias que invaden nuestras ciudades de cuando en cuando. El cólera, el tifus, la fiebre tifoidea, la viruela y otras enfermedades devastadoras esparcen sus gérmenes en el aire pestilente y en las aguas contaminadas de estos barrios obreros. Aquí no desaparecen casi nunca y se desarrollan en forma de grandes epidemias cada vez que las circunstancias les son propicias. Estas epidemias se extienden entonces a los otros barrios más aireados y más sanos en que habitan los señores capitalistas. La clase capitalista dominante no puede permitirse impunemente el placer de favorecer las enfermedades epidémicas en el seno de la clase obrera, pues sufriría ella misma las consecuencias, ya que el ángel exterminador es tan implacable con los capitalistas como con los obreros" (Engels, 1971: 145).

Y otra idea sugerente, que de alguna forma prefigura lo que en la actualidad se denomina sistema NIMBY (*Not in My Back Yard*, No en mi Jardín), se esboza en esta afirmación sobre el traslado de los barrios obreros, sucios y malsanos, a otros sitios de la ciudad, aunque eso se encubre con un mejoramiento de las condiciones de vida en un lugar determinado. Recordando el caso analizado en *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels señala que, en ese momento (1873), ya no existe la "Pequeña Irlanda", el principal foco de suciedad y abandono del Manchester de 1845, pero agrega que en verdad no desapareció, sino que se trasladó a otros lugares, a medida que se expandía el casco urbano del centro industrial. Por eso,

> "La burguesía se vanagloriaba de la feliz y definitiva desaparición de Little Ireland como de un gran triunfo. Pero he aquí que el verano último se produjo una formidable inundación como suelen ocasionar año tras año, y por razones fácilmente explicables, los ríos canalizados que cruzan nuestras grandes ciudades. Y entonces se descubrió que Little Ireland no había desaparecido en absoluto, sino que, simplemente, se había trasladado de la parte sur de Oxford Road a la parte norte, donde seguía prosperando" (Engels, 1971: 174.175).

De ese caso particular, Engels extrae una conclusión más de fondo, al señalar que la tendencia es modernizar algunos barrios y trasladar la pobreza y la miseria a otros. Esto es el sistema Nimby, que consiste en pensar que si mi jardín está limpio no hay suciedad ni contaminación en el mundo externo: "Todos estos focos de epidemia, esos agujeros y sótanos inmundos, en los cuales el modo de producción capitalista encierra a nuestros obreros noche tras noche, no son liquidados, sino solamente... desplazados. La misma necesidad económica que los había hecho nacer en un lugar los reproduce más allá" (Engels, 1971: 176).

Esta afirmación nos sirve para conectarla con lo que sucede hoy, cuando la miseria que antes se vivía en centros industriales como Manchester puede haber desaparecido de allí, pero se ha trasladado al resto del mundo. Esto debe recalcarse, porque puede suponerse que, vista desde hoy, la imagen de Manchester que transmitió Engels en su libro sería una mera curiosidad histórica, tanto en el plano laboral (de las grandes fábricas contaminantes y los obreros enfermos, andrajosos y hacinados) como en el urbano (con sus barrios sucios y contaminados, en medio de riachuelos muertos y malolientes). Eso en efecto desapareció en gran medida de algunas de las ciudades europeas, como Manchester, Londres, Paris..., en las que originalmente se desarrolló el capitalismo. En efecto, se sanearon las aguas de los ríos que atraviesan esas ciudades, mejoraron las condiciones higiénicas en los sitios de trabajo y en los barrios, se redujeron las enfermedades, las epidemias y los accidentes de trabajo. Esto demos-

traría que Engels estaba equivocado y que su resentimiento y amargura explican que hubiera pintado un ambiente tan sombrío de Manchester y del capitalismo industrial naciente. Pero nada de eso, la cuestión radica en que hoy Manchester se encuentra por doquier, a donde nos atrevamos a mirar, cerca y lejos de donde habitamos. Porque en este mundo la desigualdad se expresa en

> "Ríos más limpios para los quienes viven a lo grande, pestilentes cloacas allí donde la gente no tiene dinero; el desigual intercambio ecológico lo hace posible. (...) El cielo azul sobre los centros de consumo de este mundo se debe en mayor medida a la externalización de los costes ecológicos a las periferias de esos centros" (Lessenich, 2019: 106).

Al respecto puede mencionarse algunas imágenes, tomadas entre miles, tanto sobre las fábricas de la muerte como las ciudades hiperdegradadas. Las fábricas, con características similares a las que Engels describió en 1845, se encuentran hoy en diversos lugares del mundo y no han desaparecido, sino que se trasladaron de Europa y Estados Unidos a otros lares. Las ciudades, si es que se les puede llamar así a esas aglomeraciones caóticas de chabolas entre alcantarillas y pantanos fétidos, similares a la Manchester de hace 175 años, florecen como hongos en invierno.

Fábricas de la muerte

Sobre la persistencia de las fábricas satánicas que analiza Engels y su permanencia en diversos lugares del mundo, lo mejor es citar algunos fragmentos contemporáneos de diversos espacios geográficos. Empecemos por lo que acontece en Firozabad, la capital de cristal de la India, con una población de 350 mil habitantes. Allí 50 mil niños producen apreciadas pulseras de cristal que son deseadas por las mujeres casadas de ese país y del exterior. Se producen en estas condiciones:

> "Los niños realizan todo tipo de trabajos. Transportan el vidrio derretido en una larga barra de hierro, situada apenas a medio metro de sus cuerpos; retiran el vidrio derretido de los hornos, que se encuentran a una temperatura de entre 1.500 y 1.800 grados centígrados, mientras ponen en peligro sus cortos brazos que casi tocan el horno; acoplan y recuecen las argollas de vidrio, cerca de una pequeña llama de keroseno, en una habitación que casi no tiene ventilación para evitar que un simple soplo de aire pueda apagar la llama. El suelo de la factoría está sembrado de trozos de vidrio y los niños faenan arriba y abajo transportando el ardiente vidrio derretido sin zapatos que protejan sus pies. Hay cables eléctricos al descubierto colgando por todas partes porque los dueños de la factoría no se han molestado en instalar cables aislantes" (Unicef, 1998: 37).

Este cuadro podía trasladarse hacia atrás en el tiempo y nos remitiría a la tremenda explotación que soportaban los niños trabajadores en el Manchester Victoriano.

Y lo mismo acontece con el trabajo de adultos, como se muestra en las fábricas de las multinacionales que funcionan en China, como en aquellas donde se producen los más sofisticados artefactos microelectrónicos. Una de esas empresas es Foxconn, ligada a Apple, con una plantilla de 1.4 millones de trabajadores, una de las más grandes del mundo en cuanto a personal vinculado. En esta gigantesca fábrica, situada a miles de kilómetros de las relucientes tiendas de Apple, se explota intensivamente a

los trabajadores y trabajadoras, hasta el punto de que muchos de ellos se suicidan. Esas muertes fueron noticia en el 2010, cuando trabajadores se suicidaron o intentaron hacerlo dentro de las instalaciones de la empresa en China, en el distrito industrial de Shenzhen. Allí mismo, un obrero describía en 2000 el régimen laboral al que estaba sometido:

> "No hay horario de trabajo fijo. Una jornada de trabajo de doce horas es el mínimo. Nos hacen trabajar a toda prisa y sin parar treinta horas seguidas o más. De día y de noche (...) el turno más largo ha sido de cuarenta horas sin parar (...) Es agotador porque tenemos que estar todo el tiempo de pie para alistar el denim. Siempre nos duelen las piernas. En el suelo del taller no hay lugar para sentarse. Las máquinas no paran durante la pausa del mediodía. Un grupo de tres trabajadores se turna para comer uno por vez (...). Una gruesa capa de polvo cubre el suelo. El cuerpo se nos pone negro de tanto trabajar allí dentro día y de noche. Cuando salgó del trabajo y escupo, escupo saliva negra (Kwan Lee, 2007: 235).

Como puede notarse, las "exageraciones" laborales de Engels se repiten en el capitalismo de nuestro tiempo, con las mismas características e iguales síntomas de explotación, de deterioro físico e intelectual. Puede que, en algunos lugares, como en las fábricas de Foxcomm haya cambiado la tecnología y se empleen máquinas sofisticadas, pero la lógica explotadora es la misma que regía en el Manchester decimonónico, como lo cuenta Yang, una trabajadora de esa fábrica:

> "Las máquinas parecen criaturas extrañas que se tragan la materia prima, la digieren en su interior y la escupen como un producto acabado. El proceso de automatización de la producción simplifica la tarea de trabajadoras y trabajadores, que ya no tienen ningún tipo de función importante, sino que, más bien, sirven a las máquinas. Hemos perdido el valor que nos corresponde como seres humanos y nos hemos convertido en una extensión de las máquinas, su apéndice, sí, su esclavo. Muchas veces pensaba que la máquina era mi señor y mi amo, cuyo cabello tenía [que] peinar como un esclavo" (Yang; Chan, J.; Lizhi, X.; Fei, L. y Xiaoqio, Z., 2019: 12-13).

Este es un cuadro similar con respecto a las máquinas, aunque estas ahora sean microelectrónicas, al relatado por Engels en el Manchester de 1845, como si la historia no hubiera cambiado, se hubiera detenido en el tiempo, con la misma trama y con los mismos personajes sociales como protagonistas de la dantesca realidad: trabajadores que sufren hasta lo indecible y capitalistas que lucran con ese sufrimiento.

Ciudades hiperdegradadas

Un libro ilustrativo sobre la actualidad del análisis urbano de Engels es *Planeta de ciudades Miseria,* de Mike Davis, donde se presenta información de diversos lugares del mundo sobre centenares de ciudades que hoy son similares al Manchester de 1845. Una característica de este mundo urbano de desigualdad y miseria radica en que, desde el punto de vista sanitario, "las ciudades pobres de todo el planeta son poco más que cloacas atascadas y rezumantes". En esta perspectiva,

> "Ocho generaciones después de Engels, la mierda sigue cubriendo la vida de los pobres urbanos (...). Desde luego se puede abrir *La Situación de la clase obrera en Inglaterra* en

> 1844 simultáneamente con una novela contemporánea de algún autor africano como por ejemplo *Going Dowm Road* (1976) de Meja Mwangi y observar la continuidad excremental y existencial que se produce. Hablando de Manchester Engels dice: 'en uno de esos patios, justo a la entrada, donde el pasaje cubierto se acaba, hay un retrete sin puerta. Está tan sucio que los residentes solo pueden entrar o salir del patio vadeando a través de charcos de orines y excrementos'. Meja Mwangi, hablando de Nairobi en 1974 dice: 'la mayor parte de los senderos que cruzan la pradera estaban llenos de excrementos humanos (...) El frio viento que soplaba traía al mismo tiempo que el olor a mierda y orines, el rumor ocasional, la extraña expresión de miseria, incertidumbre y resignación'. (...)
>
> La intimidad constante con la basura del vecino es una de las fronteras más claras de la división social. Al igual que la habitual presencia de parásitos en el cuerpo de los pobres, vivir en medio de la mierda, como bien sabia la burguesía victoriana, delimita realmente la existencia de dos humanidades" (Davis, 2007: 184-186).

Este otro testimonio es elocuente de lo que sucede hoy en términos de lo que pasa en las ciudades, que parece trasladado desde la Inglaterra victoriana de mediados del siglo XIX y que aparte de Engels, fue recreado con lujo de detalles en algunas de las novelas de Charles Dickens. Es la realidad cotidiana de la ciudad de Ningho, en la costa este de China:

> "Prácticamente todos los hogares de los migrantes en los dos pueblos urbanos ocupan una sola habitación. En la mayoría, dos o tres personas comparten una habitación que tiene entre 10 y 20 metros cuadrados. La media es de 2.53 personas por habitación, y el espacio medio per cápita es de 6.76 metros cuadrados (...). La mayoría de los hogares cocinan en el mismo espacio en que duermen. Solamente el 5 por ciento tiene su propio cuarto de baño, el 55 por ciento (la mayoría mujeres) se bañan en el dormitorio con un bidón de agua. (...). Aparte de las atestadas viviendas hay una grave escasez de instalaciones sanitarias. La mayoría de las casas no están conectadas a la red de alcantarillas y las instalaciones de los excusados son muy deficientes. Los casi 5000 migrantes que residen en Changfeng solo tienen acceso a seis letrinas con treinta y cuatro retretes, los 2.000 migrantes de Jinjacao solo tienen dos letrinas con diecisiete retretes. (...) Casi la mitad de los migrantes tiene que hacer cola para ir al baño durante 10 o 20 minutos en las horas punta de la mañana, otro 35 por ciento esperan entre cinco y diez minutos (cit. en Breman, 2015: 257).

Este sombrío panorama nos recuerda la vigencia de Federico Engels, cuando se conmemoran 200 años de su nacimiento y 175 de la publicación de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, esa obra viva y palpitante que impacta como si hubiera sido escrita hace pocas semanas, sencillamente porque "Engels estableció un modo de leer la ciudad a través de una lente completamente distinta, la apreciación de que el poder de clase era el determinante último de la forma urbana" (Hunt, 2011: 112).

Cierre

Engels contribuye a descubrir un nuevo continente, el de las modificaciones ecológicos que generan las fábricas y las ciudades capitalistas, y la forma directa como esas mutaciones afectan diferencialmente, en concordancia con su situación de clase, a

los seres humanos. Así como Bernardini Ramazzini había hecho un aporte invaluable en 1713 cuando publicó su célebre libro *Las enfermedades de los trabajadores*, hasta el punto de que a partir de ese momento debieron cambiar las preguntas de los médicos, como él mismo lo cuenta:

> "Muchas son las preguntas que el medico debe dirigir al enfermo o a los que lo asisten. Hipócrates en *De Affectionibus* dice: Cuando se está frente a un enfermo debes preguntarle de qué sufre, por qué motivo, desde cuándo, si es del cuerpo y qué come. A todas estas preguntas es necesario agregar otra '*Qué trabajo hace*'. Cuando el enfermo es uno del pueblo, esta pregunta resulta importante, más bien necesaria, con la finalidad de individualizar la causa de su enfermedad" (Ramazzini, 2008: 60; énfasis nuestro).

A partir de ese momento, la pregunta central para averiguar el origen de las enfermedades de la gente del pueblo era: ¿Qué trabajo hace? Pues, en esa misma dirección, después del libro de Engels, las preguntas esenciales, que entran a complementar la anterior son de esta índole: ¿Trabaja en una fábrica? ¿Trabaja con máquinas? ¿Cuánto dura su jornada de trabajo? ¿Trabaja en la noche? ¿Cómo es el barrio donde vive y la vivienda en donde habita? ¿Cómo es el agua que consume? ¿Su barrio tiene sistema de alcantarilla? ¿Tiene acceso a retrete y cuantas personas lo utilizan? ¿Cuál es el estado de los ríos y las fuentes de agua que atraviesan la ciudad donde usted habita? ¿A dónde van los desechos industriales de las fábricas?

Estas son algunas de las preguntas ecosociales que desde el libro de Engels nos venimos haciendo y por eso decimos que él inauguró un nuevo continente de análisis, en el cual entran en juego factores laborales y ambientales, que vinculan a los seres humanos con las características del medio ambiente donde trabaja y donde habita. Pero, adicionalmente, Engels es explícito en señalar al responsable de esa situación, al capitalismo. En ese sentido, las palabras condenatorias de Engels del capitalismo y la burguesía siguen sonando en nuestros oídos: "Acuso a la burguesía inglesa, ante todo el mundo, de asesinato, robo y otros crímenes a escala masiva" (cit. en Hunt, 2011: 106). Ese es un "asesinato social", "un asesinato oculto y alevoso, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no parece ser un asesinato porque no puede verse al asesino, porque todos, y a la vez nadie, son ese asesino, porque la muerte del sacrificado parece una muerte natural y porque es menos un pecado por acción que un pecado por omisión. Pero no deja de ser un asesinato" (Engels, 1978: 351).

Engels además de señalar la parte sombría de Manchester, que es la que hemos exaltado en este artículo, también nos indica que solo la lucha de los habitantes de esa ciudad, en su tiempo los nacientes proletarios de la industria, podía transformar esas condiciones mediante la sustitución del modo de producción capitalista por otro tipo de sociedad, justa e igualitaria, en la cual desaparezca la explotación de los trabajadores y la segmentación clasista del espacio urbano. Ese mensaje sigue tan vivo como a mediados del siglo XIX.

Bibliografía

Beckert, S. (2016) *El imperio del algodón. Una historia global*, Editorial Crítica, Barcelona.

Breman, J. (2015) *Fuerza de trabajo paria en Asia,* Traficantes de Sueños, Madrid.

Davis, M (2006) *Los holocaustos de la era victoriana tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Universidad de Valencia, Valencia.

Davis, M. (2007) *Planeta de ciudades miseria*, Editorial Foca, Madrid.

Deléage, J. P. (1993) *Historia de la ecología. Una ciencia del hombre y la naturaleza*, Editorial Icaria, Barcelona.

Engels, F. (1971) *Contribución al problema de la vivienda*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

Engels, F. (1978) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en Marx, K. y Engels, F. *Obras*, Volumen 6, Crítica/Editorial Grijalbo, Barcelona.

Engels, F. (2019) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en Marxists.org, https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf

Fetscher, I. (1984) "Ecología", en Tom Bottomore (Editor), *Diccionario de pensamiento marxista*, Editorial Tecnos, Madrid.

Gould, S. J. (2003) "El caballero darwnista en el funeral de Marx: resolviendo la pareja más extraña de la evolución", en *Acabó de llegar. El final de un principio en historia natural,* Editorial Crítica, Barcelona.

Gudynas, E. y Graciela Evia, G. (1995) *Ecología social. Manual de metodología para educadores populares*, Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá.

Hobsbawm, E. (1989) *La era del capitalismo (1848-1875)*, Editorial Labor, Barcelona.

Hobsbawm, E. (2011) "Sobre Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*", en *Cómo cambiar el mundo,* Editorial Crítica, Buenos Aires.

Hunt, T (2011) *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Kurien, J. (1986) *La documentación de las experiencias de los movimientos de base,* Ecoforum, Nairobi.

Kwan Lee, Ch. (2007) *Against the law: Labor Protests in China's Rulbelt and Sunbelt*, Berkeley.

Lessenich, S. (2019) *La sociedad de la externalización*, Editorial Herder, Barcelona. 2019.

Milner, R. (1995) *Diccionario de la Evolución. La humanidad a la búsqueda de sus orígenes*, Bibliograf, Barcelona.

Ramazzini, B. (2008) *Las enfermedades de los trabajadores. De morbis artificum diatriba,* Editorial Porrua, México.

Unicef (1998) *Estado mundial de la infancia. Trabajo infantil*, Ginebra.

Watson, P. (2007) "La idea de fábrica y sus consecuencias", *en Ideas. Historia intelectual de la humanidad*, Editorial Crítica, Barcelona.

Yang; Chan, J.; Lizhi, X.; Fei, L. y Xiaoqio, Z. (2019) *La máquina es tu amo y señor,* Virus Editorial, Barcelona.

50

Engels y la saga de la crítica de la economía política

José Castillo

Karl Marx y Federico Engels establecieron una fructífera relación política, científica y personal que alcanzó cuatro décadas. Tras una serie de trabajos en colaboración y de firma conjunta (*La Sagrada Familia*, *La Ideología Alemana* y el *Manifiesto Comunista*) y, en particular luego del establecimiento de ambos en Gran Bretaña "a la vuelta" de las grandes batallas revolucionarias de 1848, se constituyó una tácita "división de tareas" entre ambos.

Así, el campo de la "crítica a la economía política" quedó a cargo de Marx. Sin embargo, Federico Engels nunca fue ajeno a esa elaboración. Ni antes del largo período de planificación y escritura de *El Capital*, ni en los ingentes esfuerzos de Marx de avanzar con los tomos II y III, ni después de la muerte de éste, cuando a Engels le quedó la ardua tarea de ordenar y publicar los textos inéditos. En este artículo contamos y reflexionamos sobre esa saga.

La "prehistoria" de la discusión

El primer contacto del joven Federico Engels con lo que podemos denominar el "campo" de estudios de la economía política no fue teórico, sino más bien práctico. Engels primero se familiariza con la contabilidad y la administración de los negocios particulares antes de tomar contacto con la cosmovisión y la teorización de la naciente disciplina de Smith y Ricardo.

El padre de Federico Engels era propietario de dos fábricas de tejidos, una de ellas incluso en el centro de la revolución industrial, Manchester. A los 17 años, el joven Federico es enviado por su padre a Barmen para que se forme como empleado en una oficina comercial (Riazanov, 1933). Permanecerá allí durante tres años, hasta que parte en 1841 a Berlín a cumplir con su servicio militar. Las relaciones conflictivas con su padre, que incluyen cosmovisiones opuestas con respecto a la religión, nacen en esos años. Engels siempre sentirá como una imposición que lo esclavizaba, tener que dedicarse a los negocios familiares. La empresa paterna, y el mundo de los negocios en general, siempre lo vivirá como un infierno personal ("trabajo de perro", lo definirá en varias cartas a Marx).

Será en Berlín, en 1841, donde Engels se vinculará al grupo de los jóvenes hegelianos y se transformará en un demócrata radical, siguiendo un derrotero parecido al de Marx, aunque tal vez mucho más violentamente anti-religioso que el del entonces redactor de la Gaceta del Rhin. Moses Hess será quien lo convertirá poco después al comunismo.

¿Qué pasa en esos dos años, entre 1841 y 1843, cuando Engels le proponga a Marx la publicación de un primer texto de crítica a la economía política? Federico, tras su estadía en Berlín, vive ahora en Manchester, obligado a trabajar en tareas administrativas en la empresa de su padre. Remarquemos tres hechos cruciales de esos tiempos que lo marcarán de por vida. Su primer acercamiento a la realidad del movimiento obre-

ro, inicialmente en la fábrica de su padre y, luego, de la mano de su pareja, la obrera irlandesa Mary Burns, del conjunto de las vivencias de los trabajadores de su tiempo. El hecho de que Engels ve la tremenda contradicción entre una revolución industrial y un mercado que crece y se extiende como nunca, y la extrema miseria, marginación y explotación del proletariado. Y que, buscando respuestas, se acerca a la lectura de una disciplina por entonces muy joven: la economía política. Los nombres de Adam Smith, David Ricardo y Thomas Malthus figuran entre sus lecturas.

Por ese entonces, un joven Marx recién arribado a París está lanzado a una empresa: buscar una unión o cierta síntesis entre la crítica de la filosofía clásica alemana, expresada en el pensamiento post-hegeliano y la enorme producción literaria francesa, donde se mezclaban los planteos revolucionarios herederos de 1789, 1830 y lo que ya se aproximaba e iría a estallar en 1848, con las prolíficas producciones de lo que se llamará el socialismo utópico. "Política" francesa con "filosofía" alemana, todo en clave crítica y, por lo tanto, revolucionaria. Ese era el objetivo de la publicación proyectada (que sólo verá a la luz un número): los *Anales Franco-Alemanes*.

Engels no había conocido a Marx en su estancia en Berlín, aunque seguramente conocía de su existencia por los elogios que de él se realizaban en la izquierda hegeliana. Al parecer, relata Riazanov, su primer encuentro no fue muy fructífero: un artículo anti-religioso no fue publicado en la *Gaceta del Rhin* (periódico del cual Marx era redactor en jefe) y Engels sólo conseguirá ser nombrado "corresponsal en Manchester" del periódico. El reencuentro entre ambos se producirá en los *Anales Franco-Alemanes*.

En esta revista, aparecerá un texto, fruto de la pluma de Federico Engels, que abre un eje diferente al de la relación filosofía alemana-política francesa: su título es "*Esbozo de una crítica de la economía política*". A través del mismo, Engels le llamará la atención a Marx sobre la existencia de lo que luego se terminará denominando como "la tercera fuente o premisa" del marxismo: la economía política clásica inglesa.

Federico recorre, entonces, una lectura (crítica) de Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus y también sus antecesores y algunos de sus sucesores, antes que Marx. E invita, y "obliga" a Marx a sumergirse en esos autores.

¿Qué impresión le causan, en una primera lectura, estos textos? Leamos cómo empieza el "*Esbozo*", y en particular prestemos atención a la "adjetivación" de Engels sobre esta disciplina:

> "La economía política ha surgido como resultado natural de la expansión del comercio. Con la aparición de la ciencia de la economía, la estafa no-científica fue reemplazada por un sistema más desarrollado de fraude permitido -por una completa economía del enriquecimiento. La economía política -la ciencia de cómo hacer dinero- nació de la envidia mutua y de la avaricia de los mercaderes. Lleva la marca del más repugnante egoísmo" (Engels, 1974).

Esto es lo que piensa el joven Engels de la ciencia de la economía política. Que él distingue, y lo aclara, del análisis concreto de lo que sucede con las condiciones materiales de existencia de su época, brillantemente desarrolladas en su libro un poco posterior llamado *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada en 1845. Ese texto será el "complemento" histórico y concreto del *"Esbozo"*. En él, si bien no es un material al que podamos definir, estrictamente, como de crítica a la economía económica, Engels presentará un estilo de investigación y exposición que será prác-

ticamente copiado luego por Marx en sus extensos capítulos acerca de la plusvalía absoluta en el tomo I de *El Capital.*

La economía política, esta ciencia "maldita" y "repugnante", es descubierta entonces como el lugar donde está la "llave" para abrir el camino desde la utopía hacia la ciencia, y Engels obligará a Marx a sumergirse en ella. Ahí estaba el secreto de la miseria en medio de la abundancia, del origen de la explotación y de la dinámica de un capitalismo que llevaba a su propia crisis. En síntesis: la explicación científica de un programa revolucionario para la clase obrera.

Engels dirá varias veces, en años posteriores, que no conocía a fondo la economía política, y que tanto el *"Esbozo"* como las afirmaciones que podemos llamar "económicas" de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, deben ser leídas como primeras aproximaciones, ya que aún los planteos sobre el valor, el trabajo y, sobre todo, el origen de la explotación en la plusvalía, no estaban claras en la mente del autor.

Sin embargo, estos textos son suficientes para que pueda hablarse de "la base común" a la que se refiere Engels cuando insiste en que había llegado por su propio camino a las mismas conclusiones que Marx con respecto a la concepción materialista de la historia. Esto dio paso al trabajo común de "saldar su conciencia filosófica anterior", que realizan primero en *La Sagrada Familia* y luego, en ese texto que permaneció entonces inédito (y lo seguirá por muchas décadas): *La Ideología Alemana*.

Escribir un libro de crítica a la economía política es algo que flota en las conversaciones de Marx y Engels prácticamente desde el comienzo de sus trabajos en común. Los textos que luego darán lugar a los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844* serán vistos como un primer puntapié del citado libro, que incluso llevarán a Marx a iniciar conversaciones con ciertos editores acerca de la publicación de un "libro" de esa temática.

Pero será un poco después que entre ambos conversarán sobre la necesidad ya acuciantemente política de trabajar sobre economía política. Esto estará directamente vinculado al debate contra Proudhon. Si bien se publica la *Miseria de la Filosofía*, resulta claro tanto para Marx como para Engels que esto no es suficiente, que se necesita una crítica omnicomprensiva de esa disciplina resbaladiza llamada "economía política". Engels es sin duda quien insiste más con el tema, quedando claro, sin embargo, que el encargado de realizar esa obra es Marx. Varias cartas que van y vienen ilustran esa situación. Engels prácticamente obliga a Marx a sumergirse en la crítica a la economía política y a materializarlo en un texto. Si seguimos la extensa correspondencia entre Marx y Engels vemos que ambos reflexionan y se consultan acerca de cómo responder a Proudhon. Engels, en particular, muestra un fuerte conocimiento de David Ricardo y de su teoría de la renta diferencial, planteando que, desde ahí, en la discusión sobre el origen del excedente, hay elementos claves para llegar al origen de la explotación del proletariado.

El largo camino de la elaboración de *El Capital*

Si bien ya desde esa época queda establecido que Marx será quién se dedique a la crítica de la economía política, Engels sigue paso a paso las lecturas, las dudas y los interrogantes de Karl. Comenzará un larguísimo período. Finalmente, Marx logrará

publicar el tomo I de *El Capital* en 1867. Toda esta tarea es seguida, comentada y criticada por Engels, en centenares de cartas que van y vienen. En los años que llevan desde principios de la década del ´50 hasta 1883, Engels, aunque dedicado a estudiar otras temáticas, seguirá de cerca los infructuosos esfuerzos de Marx por dar término a su obra.

En el largo proceso que lleva la redacción de *El Capital,* Engels se muestra siguiéndolo paso a paso, acompañando las dudas, las reflexiones y aún los desánimos sobre lo inconmensurable de la tarea. La correspondencia entre ambos colaboradores en esos años llena varios cientos de páginas directamente relacionadas con el tema. Incluso ante los baches, desfallecimientos en el trabajo, o "atrasos" de Marx, será Federico Engels quien insista en "terminar" el famoso libro tantas veces anunciado.

Marx va enviando a Manchester los avances, a veces elaboraciones de capítulos enteros. También consulta a Engels sobre infinidad de cuestiones prácticas, en las que este estaba más familiarizado por su trabajo cotidiano por sus tareas en Manchester. Esto incluye desde el funcionamiento concreto del ciclo de los negocios hasta los debates sobre la coyuntura económica de su tiempo.

Por supuesto, no podemos dejar de mencionar la ayuda material de Engels, que permite finalmente a Marx culminar el tomo I en 1867. Así lo reconoció Marx, en la carta que le escribió en la misma madrugada del 16 de agosto en que terminó de corregir el libro:

> "Sin ti nunca habría podido terminar esta obra y te aseguro que siempre pesó sobre mi conciencia como una pesadilla que malgastaras tus mejores energías y te oxidaras en el comercio principalmente por mí, y que, encima, también tuvieras que compartir todas mis petites misères" (Marx y Engels, 1976).

Cuando finalmente, el tomo I de *El Capital* vea la luz, Engels escribirá brillantes reseñas, que envía a diversos periódicos en su intento casi desesperado de dar publicidad a un libro que, al menos en ese primer momento, permanecerá en las sombras para el gran público.

Engels es un crítico ácido del texto, incluso una vez publicado:

> "¡Pero cómo puedes dejar la estructura exterior del libro en su forma actual! El cuarto capítulo tiene casi doscientas páginas y solo cuatro apartados... Además, el hilo de las ideas se ve constantemente interrumpido por los ejemplos, y el punto a ilustrar nunca se resume después del ejemplo, de modo que el lector pasa directamente de la ilustración de un punto a la exposición de otro. Es terriblemente agotador, y también confuso, si uno no está muy atento" (Marx y Engels, 1976).

Los capítulos "económicos" del *Anti-Dühring, Del socialismo utópico al socialismo científico* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*

Engels volverá a escribir él mismo sobre economía política en los escritos de crítica a Eugene Dühring, que verán la luz en 1878 bajo el formato de libro con el título *Anti-Dühring*. Se trata de un texto sumamente importante. Será considerado el primer

"manual" de marxismo, con todo lo que eso significa, de bueno y de malo. Si bien escrito con el propósito crítico de ir respondiendo metódicamente a cada una de las afirmaciones de Dühring, se transformará en el primer material al que se recurrirá para responder diversos interrogantes acerca de lo que dice "el marxismo" sobre diversas temáticas. Se trata, una vez más, de una obra "en colaboración", pero esta vez el principal redactor es Engels, ya que Marx, si bien es consultado e incluso escribe el último apartado del capítulo de economía política (X. *De la historia crítica*), es partícipe secundario de la obra.

El *Anti-Dühring* está dividido en tres partes: la primera, dedicada centralmente a la filosofía; la segunda, a la economía política; y la tercera al socialismo. La sección dedicada a la economía política, además de las esperables críticas al propio Dühring (partes II, III y IV, denominadas *"teoría de la violencia"*), incluye seis capítulos específicos más sobre economía política (I. *Objeto y Método*, V. *Teoría del valor*, VI. *Trabajo simple y complejo*, VII y VIII. *Capital y plusvalía* y IX. *Leyes naturales de la economía. La renta del suelo*). A ello hay que sumarle el ya mencionado capítulo X, escrito por Marx.

El capítulo sobre *Objeto y método* es muy importante. Tanto por lo que sintetiza, pedagógicamente, de todo lo que dice el propio Marx al respecto, como por los aportes específicos de Engels. Cuando en 1882, Engels desgaje del *Anti-Dühring* algunos capítulos para publicar un texto más popular (*Del socialismo utópico al socialismo científico*), se echará de menos que no haya seleccionado este capítulo para incorporarlo a esa obra, que sin duda hubiera quedado más completa.

Engels tiene una opinión sobre la economía política que merece ser citada, casi como un complemento de aquella que ya leímos en el *"Esbozo"*. Dice ahora:

> "La economía política, como ciencia de las condiciones y las formas bajo las cuales las diversas sociedades humanas producen y cambian lo producido, y bajo las cuales, por lo tanto, se distribuyen los productos en cada caso concreto, la economía política en este sentido amplio está todavía por crearse. Todo lo que hoy poseemos de ciencia económica se reduce casi exclusivamente a la génesis y al desarrollo del régimen capitalista de producción, arranca de la crítica de los restos de las formas feudales de producción y de cambio, pone de relieve la necesidad de su sustitución por formas capitalistas, desarrolla luego las leyes del régimen capitalista de producción, con sus formas congruentes de intercambio, en el aspecto positivo, es decir, en el aspecto en que contribuyen a fomentar los fines generales de la sociedad, y concluye con la crítica socialista del régimen de producción del capitalismo, o lo que tanto vale, con la exposición de las leyes que lo presiden en su aspecto negativo, con la demostración de que este régimen de producción se acerca por la fuerza de su propio desarrollo a un punto en que su existencia se hace imposible" (Engels, 1975).

Teniendo en claro que es un libro escrito con el objetivo central de combatir a Dühring y que, por lo tanto, aunque se lo utilizó muchas veces como tal, no es un "manual" (y mucho menos, uno de esos manuales vulgarizadores a los que luego el stalinismo nos acostumbraría en el siglo XX), los aportes de Engels son importantísimos. Como vimos en el párrafo que acabamos de transcribir, Engels tiene una ligera diferencia con Marx en cuanto a cómo define el alcance de la economía política: mientras que para Marx es una disciplina de las leyes que rigen el modo de producción capitalista, Engels la señala como la ciencia que debe explicar las diferencias de las formas con-

cretas en que se da la reproducción material en distintos modos de producción, en un acercamiento a aquello que luego se denominará "materialismo histórico".

Sin duda, el *Anti-Dühring* no es un texto completo, hay temas que no figuran, como la acumulación del capital, o la plusvalía absoluta y relativa, por citar dos ejemplos. Tampoco están los desarrollos sobre las tendencias del capital a la concentración y la centralización, que preanuncian la próxima época imperialista, tema sobre el que Engels hará importantes anticipaciones, como veremos más adelante. Pero, sin duda, en el *Anti-Dürhing* es dónde podemos encontrar el profundo conocimiento de Engels acerca del estadio en que estaba la investigación de la crítica a la economía política encabezada por Marx.

En el año 1882, Engels publica un texto corto, con el objetivo de popularizar las concepciones de la visión materialista de la historia: *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Se trata de materiales extraídos y corregidos, de esta obra de más vasto alcance, *Anti-Dühring*. En este folleto Engels muestra una enorme capacidad para captar lo esencial de la crítica a la economía política inglesa, aún sin incorporar los capítulos de mayor desarrollo de la parte económica del *Anti-Dürhing*.

El origen de la familia, la propiedad privada y el estado (1884) tal vez sea la obra más importante de Engels, con un sesgo hacia la utilización de los materiales "antropológicos" a disposición en su tiempo. Partiendo de los rasgos de las comunidades primitivas, Engels sostiene que los cambios en la productividad, por la especialización del trabajo en las dichas comunidades, originaron el intercambio y estuvieron en la génesis de la familia patriarcal, el matrimonio y las otras restantes instituciones que tuvieron por objeto garantizar la propiedad privada. Estas elaboraciones, así como las que realiza sobre el origen del estado, son un complemento indispensable para entender los mecanismos de reproducción en los distintos modos de producción, incluyendo la acumulación y reproducción del capital en la sociedad burguesa.

La monumental tarea de publicar los tomos II y III de *El Capital*

La obra cumbre de Karl Marx, en su forma definitiva, llegó a ser publicada gracias a Federico Engels, que ordenará y editará los tomos II y III. *El Capital* no hubiera tomado la forma definitiva que conocemos sin la monumental tarea llevada adelante por Federico Engels. Ahí aparecen incluso conceptos fundamentales para entender la dinámica actual del capitalismo en su fase imperialista.

Pocos días después de la muerte de Marx, Engels escribe a Laura Lafargue: "hoy encontró Nim entre los manuscritos de Mohr un gran paquete que contiene la mayor parte, quizás la totalidad, del tomo de *El Capital*, algo más de 500 folios". Tenemos otra carta, ahora dirigida a Piotr Lavrovitch, del 2 de abril: "he encontrado el manuscrito de la Circulación del capital y el del libro III Las configuraciones del proceso global, aproximadamente 1.000 folios". Y, todavía contamos con una tercera esquela, del 14 de abril, enviada a Edward Bernstein: "tenemos el tomo II de *El Capital*, pero no puedo decir en qué estado se encuentra; 1.000 páginas a ser hojeadas" (citado en Dussel, 1990).

Una vez que tiene los manuscritos en sus manos, Engels se da cuenta de las dificulta-

des. Recordemos que, cronológicamente, Marx ya había escrito borradores de lo que debían ser los tomos II y III incluso antes de la publicación del tomo I en 1867. Pero el desorden era mayúsculo.

Federico Engels se impondrá como tarea central de su vida la publicación de los dos tomos pendientes. La tarea es inmensa, e incluye una nueva edición, y revisión, del propio Tomo I, a partir de notas críticas dejadas por Marx al respecto.

Sin Engels esos materiales no hubieran visto la luz. Él era el único que tenía, además el íntimo conocimiento del pensamiento de Marx como para poder discernir cuál era el orden de las secciones, capítulos y conceptos que mejor respondía al método de exposición fijado para *El Capital.*

Engels realizó la monumental tarea de publicar los tomos II y III. Sin embargo, aún su propia labor quedará inconclusa. Ya en el prólogo al tomo II, al referirse al conjunto de materiales sobre la historia de la teoría de la plusvalía, Engels prometerá: "me reservo el publicar como libro IV de *El Capital* la parte crítica de este manuscrito, luego de suprimir los numerosos pasajes que se reiteran en los libros II y III" (Engels, 1973).

Es difícil exagerar la importancia de la tarea llevada adelante por Engels. Muchas veces se la busca desvalorizar, planteando que la tarea arqueológica de Engels no permitiría conocer *El Capital* "tal como Marx" lo habría escrito. Y que, por lo tanto, solo cabe remitirnos a los *Gründisse* en su estado puro. Y afirmando que los tomos II y III son una "interpretación" entre otras posibles.

Estamos absolutamente en contra de estos planteos. Primero y principal, porque no existía nadie en su tiempo, absolutamente nadie, excepto Engels, que tuviera el conocimiento de los detalles del proceso de elaboración de *El Capital*, tanto del publicado tomo I como de los esqueletos de los tomos II y III, tal como los concebía Marx. Puede haber, por supuesto, otras interpretaciones posibles de cómo ordenar los textos para hipotéticos tomos II y III, o incluso qué materiales publicar y cuáles descartar. Pero, en todos los casos, estarán más lejos de lo que Marx opinaba, que lo efectivamente publicado por Engels.

Pero también cuestionamos políticamente la impugnación del trabajo de Engels. Porque detrás de esto aparece toda una operación que termina poniendo en cuestión el conjunto de la elaboración sobre autores posteriores, como Rosa Luxemburgo, o Lenin. Sin el tomo II, no existen las concepciones de crisis de la revolucionaria alemana, ni su teoría del imperialismo. Sin el tomo III, no se llega a un planteo de fondo sobre la crisis del capitalismo a partir de su mecanismo intrínseco, la tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Todo eso pasa a estar cuestionado, queda sin responder el problema de la transformación de valores a precios de producción (y, por lo tanto, el corazón de la teoría del valor trabajo) y de ahí se despeja el camino para hacer confluir la concepción económica de Marx con planteos reformistas, keynesianos, neorricardianos e incluso de raíz neoclásica. Los derroteros de la política económica socialdemócrata, laborista y, mucho más, de todos los neorreformismos que surgirán a posteriori de la caída del Muro de Berlín, son una muestra de todo esto.

La importancia del trabajo de Engels, a partir de 1883, empieza por lo obvio. Sólo él era capaz de pasar en limpio todas las páginas que, con la letra de Marx, sus oraciones en varios idiomas, sus frases incompletas e incluso sus signos, constituían un auténtico jeroglífico y producir un primer texto legible de todo lo existente. Si Engels

se hubiera limitado a esa sola tarea, su obra ya se hubiera considerado cumplido. Pero él no se detiene allí y avanza en la edición de esos textos, seleccionando, viendo cuál manuscrito es el más conveniente, completo o que expresa el estadio más avanzado del pensamiento de Marx. Así llega a la publicación de ambos tomos.

Las tercera y cuarta ediciones del tomo I de *El Capital*

Escribía Engels el 7 de noviembre de 1883:

> "Marx no ha tenido la suerte de poder corregir para la imprenta la tercera edición de su obra. Aquel formidable pensador ante cuya grandeza se inclinan ahora hasta sus propios enemigos, murió el 14 de marzo de 1883.
>
> Sobre mí, que perdí al amigo de 40 años, al mejor y más inquebrantable de los amigos, a quien debo lo que no podría ser expresado en palabras, pesa ahora el deber de preparar para la imprenta esta tercera edición y el de redactar el segundo volumen, tomando como base para ello los papeles inéditos legados por el autor" (Marx, 1973).

En base a un ejemplar de la segunda edición alemana corregido a mano por el propio Karl y a las referencias de las adiciones agregadas a la edición francesa de 1873, Engels procede a ir dándole forma a lo que ya se buscaba como un texto definitivo del tomo I. Que recién se logrará en 1890, cuando pueda dar cuenta de los últimos arreglos que habían quedado pendientes, en la cuarta edición. Antes, en 1886, Engels supervisará otra tarea titánica: la demorada traducción del libro al inglés, producto de un trabajo en parte de Samuel Moore y en parte de Edward Aveling, con una importante participación en la traducción de las notas de Eleanor, la hija menor de Marx.

El tomo II

Engels logra publicar el Tomo II en 1885. Escribe para ello un prólogo que es una pieza de importancia teórica por sí mismo. Engels seguirá revisando y trabajando sobre dicho tomo, llegando a una segunda edición más cuidada en 1893.

Recordemos que Marx había elaborado una "primera versión" del Tomo II culminándola en 1865. Luego la retomará y llegará a un manuscrito "semi-definitivo" en 1870. Finalmente, realizará algunas reelaboraciones puntuales entre 1877 y 1878. Engels termina escogiendo para la publicación del Tomo II aproximadamente la mitad de todo este material.

En el tomo II, denominado *"El proceso de circulación del capital"*, se despliegan en detalle los esquemas que permiten entender cómo se realiza la reproducción del capital. Ahí se demuestra tanto la anarquía y el despilfarro a que llega esa reproducción en el capitalismo, como también se sientan las bases para poder pensar en concreto los fundamentos para llevar adelante una economía planificada en el socialismo.

Engels tenía plena comprensión de la importancia del tomo II, como paso intermedio antes de pasar del mayor nivel de abstracción del tomo I a los aspectos aparentemente más concretos del tomo III. Ya al final de su vida, en una carta a Víctor Adler,

donde este le pide consejo de cómo encarar la lectura de *El Capital*, Engels responde con respecto al tomo II:

> "Sección I [La metamorfosis del capital y su ciclo] Lee a fondo el capítulo primero [el ciclo del capital-dinero], después podrás comprender más fácilmente los capítulos 2 y 3. El capítulo 4 [las tres fórmulas del proceso cíclico] a leer de nuevo detenidamente; es un resumen; los capítulos 5 y 6 son fáciles, el 6 sobre todo, trata de cuestiones accesorias.
>
> Sección II [La rotación del capital] capítulos del 7 al 9, importantes. Los 10 [teorías sobre el capital fijo y circulante, los fisiócratas y Adam Smith] y 11 [Ídem, Ricardo] particularmente importantes. Lo mismo para los capítulos 12 [período de trabajo], 13 [tiempo de producción] y 14 [tiempo de circulación]. En cambio, los capítulos 15, 16 y 17, simple lectura rápida.
>
> Sección III [La reproducción y circulación del capital social en conjunto]. Contiene una exposición muy importante del conjunto de la circulación de las mercancías y del dinero en la sociedad capitalista desde los fisiócratas, es la primera vez que esta materia es tratada; notable en cuanto a su contenido, pero terriblemente pesada en cuanto a la forma porque 1. Está hecha de piezas y trozos a partir de dos elaboraciones que proceden de dos métodos distintos, y 2. La segunda elaboración ha sido llevada a cabo forzadamente, durante un período de enfermedad en que el cerebro sufría de insomnio crónico. Yo reservaría eso para lo último, después de un trabajo preliminar sobre el libro III" (Marx y Engels, 1976)

Como vemos, Engels reivindica la importancia de las gigantescas y en principio complejas elaboraciones de la reproducción simple (capítulo XX) y ampliada (capítulo XXI). En la necesidad, y a la vez dificultad, de sus equilibrios, está una parte importante de la explicación de la posibilidad de la crisis capitalista. Rosa Luxemburgo hará un uso extenso de estos esquemas para desarrollar su concepción en *La acumulación del capital,* más allá de que se puedan discutir sus conclusiones (debate que fue profusamente desplegado en las primeras décadas del siglo XX). Estos mismos esquemas también serán utilizados, como ya dijimos, en forma "positiva" como guía para la planificación económica en las economías que se postularon como en transición al socialismo.

Engels publica el tomo II, pero, al mismo tiempo, conoce el contenido de lo que luego será el tomo III. Es más, en un primer momento minimiza los problemas que llevará su edición, anunciando que su publicación verá la luz a la brevedad. Esto no sucederá tan pronto, como veremos en el apartado siguiente. Pero Engels, en cierta forma "escondido" tras la excusa de una polémica acerca de si Marx había o no plagiado a Rodbertus, escribe unas extraordinarias páginas como prólogo al tomo II, que tienen valor por sí mismas y anticipan temas que se desarrollarán en el tomo III. Allí, después de recorrer a Adam Smith y a David Ricardo, demostrando que ambos ya consideraban al excedente como una porción del producto no pagada al obrero (o una deducción entre lo que este producía y lo que recibía a cambio), señala lo específico del aporte de Marx:

> "La plusvalía de Marx es la forma general de la suma de valor que se apropian sin equivalencia los poseedores de los medios de producción, suma que se descompone en las formas específicas, transformadas, de ganancia y renta del suelo, con arreglo a leyes

> muy peculiares, que Marx fue el primero en descubrir. Estas leyes se desarrollan en el libro III, donde se verá por vez primera cuántos eslabones son necesarios para llegar de la comprensión de la plusvalía en general a la de su transformación en ganancia y renta del suelo, es decir, a la comprensión de las leyes que rigen el reparto de la plusvalía en el seno de la clase capitalista" (Engels, 1973).

Engels devela acá el secreto de todo lo "pendiente", el paso a un nivel de lo concreto todavía no materializado y exigido por muchos, tanto en el campo de los socialistas como de los adversarios burgueses de Marx. Engels despliega en este prólogo que la confusión entre excedente en general (plusvalía), ganancia y renta es una parte muy importante de los contradictorios y complicados debates en que cae la economía política a posteriori de Ricardo.

Pero Engels aporta algo más. Se pregunta por las consecuencias políticas de los planteos de Marx:

> "¿Qué es, entonces, lo que Marx dice de nuevo acerca de la plusvalía? ¿Cómo se explica que la teoría de la plusvalía de Marx haya desencadenado una tormenta repentina, y además en todos los países civilizados? (...) La existencia de esa parte de valor del producto a que hoy damos el nombre de plusvalía, habíase comprobado mucho antes de Marx; y asimismo se había expresado, con mayor o menor claridad, en lo que consiste, a saber: en el producto del trabajo por el que quien se lo apropia no paga equivalente alguno. Pero no pasaba de ahí. Los unos -los economistas burgueses clásicos- investigaban, a lo sumo, la proporción en que el producto del trabajo se repartía entre el obrero y el poseedor de los medios de producción. Los otros -los socialistas- encontraban ese reparto injusto y buscaban medios utópicos para corregir la injusticia. Pero, tanto unos como otros seguían aferrados a las categorías económicas anteriores.
>
> Fue entonces cuando apareció Marx (...) Allí donde estos veían una solución, Marx vio solamente un problema (...) que no se trataba ni de la simple comprobación de un hecho económico corriente, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho que estaba llamado a revolucionar toda la economía y que daba -a quien supiera interpretarlo- la clave para comprender toda la producción capitalista" (Engels, 1973).

Engels continúa en dicho prólogo con la concatenación entre estos planteos y la teoría del valor, pero no escapa a los dos puntos críticos "contra los cuales Ricardo y su escuela se estrellaron". El primero, ya explicitado en el tomo I, reside en que "el trabajo vivo, al ser cambiado por capital, presenta un valor inferior al del trabajo materializado por el que se cambia". La respuesta: lo que se cambia no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo.

El segundo interrogante es más teórico, parece más alejado de los debates políticos corrientes, pero resulta fundamental para fortalecer el carácter científico del planteo de Marx, y para resolver el tema analítico pendiente de la teoría objetiva del valor, cuya no explicitación ya le estaba costando entre los economistas la popularidad del surgimiento de las concepciones subjetivistas/neoclásicas. Así, dice Engels:

> "Según la ley ricardiana del valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con la misma remuneración, producen en tiempos iguales -suponiendo que todas las demás circunstancias sean idénticas- productos de igual valor y plusvalía o

> ganancia en cantidad también igual. Pues bien, lo que ocurre es precisamente lo contrario. En realidad, capitales iguales, cualquiera sea la cantidad pequeña o grande, de trabajo vivo que empleen, producen, en tiempos iguales, por término medio, ganancias iguales. Se encierra aquí, por tanto, una contradicción a la ley del valor, contradicción descubierta ya por Ricardo, y que su escuela fue también incapaz de resolver (...) La tal contradicción había sido ya resuelta por Marx en el manuscrito titulado ´Contribución a la crítica, etc.´; la solución se encuentra, con arreglo al plan de Marx, en el libro III" (Engels, 1973).

El tomo III

Recordemos que, cronológicamente, Marx escribió primero los materiales que corresponden al tomo III que los del tomo II. Sin embargo, llegar a su publicación le demandará a Engels ingentes esfuerzos. En el prólogo al Tomo II se había previsto realizarlo en unos pocos meses, pero la tarea le llevará nueve años.

Así lo reconocerá en el prólogo al finalmente publicado Tomo III, en 1894:

> "Por fin logro dar a la publicidad el libro III de la obra fundamental de Marx, el remate de la parte teórica. Al editar el libro II, en 1885, estaba persuadido de que la edición del III sólo presentaría algunas dificultades técnicas, con excepción de algunos capítulos muy importantes. Así ha sido, en efecto; pero entonces no podía formarme una idea de las dificultades que habían de plantearme precisamente estos capítulos, los más importantes de todos, ni de otros obstáculos surgidos posteriormente y que contribuyeron también a retrasar la aparición del libro" (Engels, 1973).

Se ve obligado a trabajar muchísimo. Decidir entre marañas de manuscritos diversos. Hacer "inserciones" y aún "emprolijar" capítulos que estaban redactados en formato de borrador. Sólo Engels podía llevar adelante esa empresa sin violentar el espíritu de cómo Marx proyectaba ese tomo. Por eso, sin duda, acá sí, se trata de una obra conjunta.

Para el tomo III, Engels tenía delante de sí un manuscrito principal, redactado entre 1864-65; una serie de textos elaborados entre 1863 y 1870 sobre la renta diferencial, la ley de la tasa de ganancia, las diferencias entre tasas de ganancia, la tasa de plusvalor, una serie de cálculos matemáticos y unas notas sobre Malthus. A todo esto, se le agregan otra serie de materiales, escritos entre 1870 y 1882, con varios borradores que modifican parte del manuscrito principal, nuevos cálculos sobre la tasa de ganancia e investigaciones sobre la reforma agraria en Rusia, para ilustrar los capítulos sobre la renta.

Si bien Engels se ve obligado a realizar bastantes agregados para completar la redacción literaria del tomo, en todos los casos, como él mismo lo aclara en el prólogo, los mismos están claramente especificados en el texto, por lo que se puede apreciar claramente qué es obra de Marx y qué no.

Así, sabemos que Engels es el autor pleno del capítulo IV *"Cómo influye la rotación sobre la cuota de ganancia"*.

La sección V (Ganancia e Interés) del Tomo III ofreció, dice Engels, una gran dificultad.

Trató de unir los innumerables fragmentos sueltos, lo cual era casi imposible. Finalmente, "no me quedó otro recurso, en cierto sentido, que cortar por lo sano, limitarme a poner en el mayor orden posible lo ya existente, y agregar sólo los complementos más imprescindibles" (Engels, 1973).

Engels subraya la importancia teórica de este tomo III en el prólogo. Y llega a desarrollarlo más aún en el "*Complemento y apéndice al tomo III de El Capital*" y en otro texto denominado *"La Bolsa"*, ambos escritos por Engels en 1895, meses antes de su muerte (Engels, 1982).

En el *"Complemento"* hay aportes muy valiosos. Frente a los que acusaban a Marx de que, al plantear los precios de producción, se contradecía con la afirmación del tomo I de que las mercancías se intercambian conforme a su valor, Engels coloca en su lugar cada concepto. Explica que la teoría del valor trabajo es lo fundamental para derivar la plusvalía. Señala un primer acuerdo con el economista burgués Werner Sombart, citando a este cuando señala que el valor

> "no es un hecho empírico, sino un hecho lógico, conceptual; el concepto de valor, tal como aparece materialmente determinado en Marx, es simplemente la expresión económica del hecho de la fuerza social productiva del trabajo como base de la existencia económica" (Engels, 1982).

Engels acuerda con esto en general, pero le parece que hay que precisar más. Lo mismo que cuando, citando ahora a Conrad Schmidt, se plantea que "al derivar la ganancia media de la plusvalía, Marx resuelve por primera vez el problema, que los economistas anteriores a él ni siquiera se habían planteado, de cómo se determina el tipo de esta cuota media de ganancia" (Engels, 1982).

Pero Engels no se queda ahí y afirma:

> "Tanto Sombart como Schmidt (...) no tienen en cuenta suficientemente que no estamos sólo ante un proceso puramente lógico, sino ante un proceso histórico y ante el reflejo especulativo de este proceso en el pensamiento, ante las consecuencias lógicas de su concatenación interna" (Engels, 1982).

Engels reconoce que todo esto es un tema que ha quedado oscuro en Marx:

> "Si Marx hubiese podido revisar el libro III antes de su publicación, es indudable que habría desarrollado considerablemente este pasaje, que, en su actual redacción, no hace más que esbozar su punto de vista acerca de este punto litigioso. Examinemos, pues, un poco más de cerca el problema" (Engels, 1982).

¿Cuál era el fondo de toda esta discusión? Engels era consciente que resolver la aparente contradicción entre el intercambio de mercancías por su valor y la igualación de tasas de ganancia en bienes con distinta composición orgánica del capital se tornaba una cuestión decisiva. Ya no sólo era el tema "irresuelto" por los ricardianos. A esa altura había surgido toda una corriente en el pensamiento económico que iba directamente contra la teoría del valor trabajo, los subjetivistas-marginalistas. En su vertiente austriaca, con Karl Menger a la cabeza, pronto aparecerán como un ariete directo contra la concepción marxista. Engels será un visionario, ya que poco después se publicará el libro de Eugen Böhm-Bawerk, *El cierre del sistema marxista*, que pretende "refutar" al conjunto del planteo marxista a partir de estas discusiones.

Ahora bien, si al bajar a lo concreto en el tomo III, y ya en el campo de la competencia entre capitales particulares, se planteaba para la concurrencia (el intercambio) la transformación de valores a precios, una pregunta pertinente era para qué haber pasado previamente por la teoría del valor tal como se postulaba en el tomo I. Las respuestas de Sombart y Schmidt, acepta Engels, son correctas: ahí está el basamento para explicar, no el intercambio en concreto entre mercancías en el modo de producción capitalista, sino el origen del valor y por lo tanto del excedente, el plusvalor que se apropia el capitalista. Paso previo indispensable para luego "bajar" a su materialización en ganancia, interés y renta.

Pero Engels aceptando que esa es la derivación lógica correcta, plantea que también hay una derivación histórica: existió efectivamente el intercambio entre equivalentes en base al tiempo de trabajo. Así lo aclara:

> "La ley del valor de Marx rige con carácter general, en la medida en que rigen siempre las leyes económicas, para todo el período de la producción simple de mercancías; es decir, hasta el momento en que esta es modificada por la aparición de la forma de producción capitalista. Hasta entonces, los precios gravitan con arreglo a los valores determinados por la ley de Marx y oscilan en torno a ellos, y cuanto más se desarrolla en su plenitud la producción simple de mercancías, más coinciden los precios medios con los valores (...) La ley del valor de Marx, tiene, pues, una vigencia económico-general, la cual abarca todo el período que va desde los comienzos del cambio por medio del cual los productos se convierten en mercancías hasta el siglo XV de nuestra era. Y el cambio de mercancías data de una época anterior a toda la historia escrita y que en Egipto se remonta, por lo menos, a 3.500 y acaso a 5.000 años, en Babilonia a 4.000 y, tal vez, a 6.000 años antes de nuestra era. La ley del valor rigió, pues, durante un período de cinco a siete mil años" (Engels, 1982).

De estas admirables afirmaciones, deduce luego Engels el rol "revolucionario" (así lo denomina) del comerciante, con el cual aparece por primera vez el concepto de ganancia (y de tasa de ganancia media), siendo el capital comercial, junto el capital usurario, el paso previo para la aparición del capital industrial. Pero ya con la existencia propia de una sociedad que tiene como objetivo valorizar capital (y donde el productor ha sido expropiado de sus medios de producción), las transacciones tienen que realizarse a partir de los precios de producción (o sea sumando al capital constante y variable la tasa media de ganancia), produciéndose esa mudanza histórica radical con respecto al intercambio simple de mercancías y por lo tanto al cambio de bienes por el tiempo de trabajo que contienen.

Como ya estamos viendo, sin duda, la mayor importancia del trabajo de Engels se encuentra en la publicación de este Tomo III. Hay innumerables temas de importancia teórica y política, tales como el recién citado sobre la transformación de los valores a precios de producción y sus exactas implicancias. O la teoría de la renta de la tierra.

Pero lo fundamental será el recorrido de cómo la tasa de plusvalía se transforma en tasa media de ganancia y desde ahí los mecanismos por los cuáles las diferentes fracciones de la burguesía se apropian de ella, tales como ganancia industrial, comercial, el interés del especulador financiero o la renta del terrateniente.

Porque este es el necesario paso intermedio para la explicación del origen de la crisis capitalista: la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Independientemente de las

distintas formas concretas que asuma cada crisis y sus estallidos (si son producto de la devaluación de una moneda, una crisis bursátil, el estallido de una burbuja inmobiliaria o la especulación con una mercancía clave determinada, sean los tulipanes holandeses del siglo XVII, o el petróleo en la década del '70 del siglo XX), las crisis capitalistas estallan porque cae el indicador central que tiene la burguesía para decidir si reinvierte o no su capital: la tasa de ganancia de las ramas productivas más importantes de la economía. Cuando esta tasa desciende, los burgueses no invierten, o redirigen sus capitales a los negocios especulativos. Las fábricas cierran, crece la desocupación y la miseria. Inmensas masas de capital sobrante quedan "flotando", sin valorización productiva, generando los fenómenos más perversos.

Comprender la importancia de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como elemento central de la inmanencia de la crisis capitalista, de la tendencia del capitalismo a su propio colapso (que, aclaremos, no quiere decir su necesaria superación por el socialismo), es fundamental. Porque en textos anteriores de los propios Marx y Engels, había prevalecido una concepción de la crisis capitalista (incluso de la recurrencia de dichas crisis) en base al subconsumo, o a su contrapartida, la sobreproducción. El problema es que, si nos limitamos a esta manifestación de la crisis (presente por ejemplo en el *Manifiesto Comunista*), que sin duda existe, pero está lejos de explicar la génesis de la crisis a partir de la propia acumulación y reproducción del capital, se abre todo un campo problemático con respecto al propio programa anticapitalista. Ello se verá en el siglo XX, cuando el reformismo utilizará estos planteos para postular salidas de tipo keynesiana.

En cambio, entender a fondo la tendencia a la caída de la tasa de ganancia nos permite comprender lo profundamente estratégico del programa con que los capitalistas y sus gobiernos buscan entonces imponer su plan para salir de la crisis: aumentar la superexplotación de los trabajadores, para así recuperar su tasa de ganancia. Porque es eso o la destrucción física de sus capitales a partir de la desvalorización de estos. Si logran derrotar a los trabajadores, la economía capitalista se relanza, sólo para volver a caer en una nueva crisis, peor a la anterior, más adelante.

Si, en cambio, la fuerza de la lucha obrera consigue evitar que se aplique el ajuste sobre ellos, la crisis se torna crónica. Eso es lo que viene sucediendo sistemáticamente en la economía capitalista imperialista mundial desde los años 70. De ahí la actualidad absoluta de estos análisis de Marx, publicados gracias a Engels. Porque hoy, en el marco del capitalismo imperialista hay sólo dos caminos, ambos terribles para los pueblos del mundo: o la imposición de una auténtica contrarrevolución económica contra los trabajadores, o la continuidad de una crisis crónica que hunde cada vez más a la humanidad. De ahí que la explicitación de la propia dinámica del sistema capitalista hacia su crisis sea en sí mismo un llamado a la urgencia de la revolución socialista.

El seguimiento al detalle de las tendencias históricas del capitalismo

Federico Engels no llegó a ver lo que Lenin llamaría "la era del imperialismo". Sin embargo, en sus últimos textos muestra un conocimiento meticuloso de las transformaciones que se iban produciendo en el modo de producción capitalista, a medida que

avanzaban las tendencias a la concentración y centralización del capital. En lo que se suele considerar, por muchos motivos, su "testamento político", la "*Introducción a La lucha de clases en Francia*" (1895), Engels realizó varias apreciaciones fundamentales que serán desarrolladas por autores posteriores, como Rosa Luxemburgo, Hilferding o el citado Lenin. También es destacable su artículo *"La Bolsa"*, que ya hemos citado como comentario complementario al tomo III de *El Capital*. Allí Engels, adelantándose a los análisis que luego desarrollarán los autores antes mencionados, escribirá:

> "En 1865 la Bolsa era todavía un elemento secundario en el sistema capitalista (...) Hoy la cosa ha cambiado. Desde la crisis de 1866, la acumulación se ha desarrollado con una velocidad sin cesar creciente (...) Y, a la par con esta acumulación, crecía la masa de rentistas (...) aparecieron en todas partes, donde aún no existían, para facilitar la inversión de esa masa flotante de capital-dinero, las nuevas formas legales de las sociedades de responsabilidad limitada, reduciendo más o menos las obligaciones de los accionistas. (...) Añádase a esto las inversiones extranjeras, todas en acciones (...) Además, la colonización. Esta es, hoy, una simple sucursal de la Bolsa, al servicio de la cual las potencias europeas se han repartido el África hace un par de años y los franceses han conquistado Túnez y Tonkín. El África, arrendada directamente a compañías (el Níger, Sudáfrica, el África alemana del Sudoeste y del Este) y Maschonalad y Natalland ocupadas para la Bolsa de Rodas" (Engels, 1982).

Engels: el mejor "lector" de Marx

Nadie podía "leer" a Marx como Federico Engels. El planteo incluso se lo puede tomar literalmente: era uno de los pocos que podía descifrar la endiablada letra manuscrita de Karl.

Engels, sin duda, no era economista. Sin embargo, de lejos, era quién mejor comprensión tenía del sistema elaborado por Marx. No hay quien pueda superarlo en la comprensión primaria de lo que Marx quería decir exactamente con cada uno de sus conceptos. Podrán, sin duda, aparecer nuevos lectores de Marx que desarrollen y desplieguen su obra hacia nuevos horizontes. ¡Qué duda cabe! Y deseamos que así suceda. Pero siempre quedará la interpretación "ortodoxa" del viejo Engels. Una columna contra los revisionismos que, en aras de traer "novedades", terminan vulnerando los pilares básicos del marxismo, sin los cuáles éste ya no es tal. Cada vez que esto sucede, siempre asomará un prólogo, una carta, un folleto, del otro barbado, el que también se animó a hablar de economía ante la tumba de su amigo, en Highgate, esa triste mañana de 1883:

> "Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a

> la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas" (Engels, 1883).

Acordando con el viejo Engels, la hoy pomposamente llamada "ciencia económica" sigue vagando en las tinieblas, condenada a ser mera apología de las ganancias capitalistas.

Por eso reivindicamos la monumental tarea de Engels al darle "vida" a los tomos II y III de *El Capital.* Ahí está la base para comprender entonces que la única salida para la clase obrera y las oprimidas y oprimidos es luchar por el poder, por el gobierno de los trabajadores, expropiando a la burguesía e imponiendo el socialismo. "Socialismo o barbarie", dirá unos pocos años más adelante Rosa Luxemburgo (1976). "Sin una revolución socialista, y además en el período inmediato, toda la civilización humana está amenazada por una catástrofe [...] La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria", agregará León Trotsky (1999).

El viejo Engels estaría de acuerdo, sin dudas, a 200 años de su nacimiento.

Bibliografía:

Engels, F. (1975) *Anti-Dühring*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

Engels, F. (1974) "Esbozo de una crítica de la economía política", en *Escritos,* Ediciones Península, Barcelona.

Engels, F. (1974) "Del socialismo utópico al socialismo científico", en *Escritos,* Ediciones Península, Barcelona.

Engels, F. (1974) *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* Editorial Esencias, Buenos Aires.

Engels, F. (1973) "Prólogos", en Marx, Karl, *El Capital,* Siglo XXI, Buenos Aires.

Engels, F. (1982) "Complemento y apéndice al tomo III de El Capital" y "La Bolsa", en Marx, Karl, *El Capital,* FCE, México.

Engels, F. (1883) "Discurso ante la tumba de Karl Marx", en página web https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm.

Gemkow, H. y otros (1976) *Federico Engels: biografía completa,* en *Marx, Carlos y Engels, Federico, Obras Escogidas,* Tomo XIV, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires.

Luxemburgo, R. (1976) *El folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana,* en *Obras Escogidas*, Ediciones Pluma, Buenos Aires.

Marx, K. y Engels, F. (1976) *Cartas sobre El Capital,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Riazanov, D. (1933) *Marx y Engels,* Claridad, Buenos Aires.

Trotsky, L. (1999) *Programa de Transición,* Ediciones Socialistas, Buenos Aires.

15H
ALCOCHE
ANTOS

Engels revisitado en clave feminista[1]

*alejandra ciriza y claudia korol**

Es una alegría homenajear a Engels a 200 años de su nacimiento, porque como feministas marxistas, hijas de nuestra época, hemos dialogado con él a lo largo de mucho tiempo. Los años '70 del siglo pasado -inostalgias dinosáuricas!- fueron una oportunidad inigualable para acercarnos al pensamiento marxista. En las condiciones de movilización social y política de ese tiempo, se debatieron intensamente proyectos revolucionarios y emancipatorios.

La tradición marxista estuvo en el centro del pensamiento crítico, y la relación entre feminismo y marxismo fue parte de las búsquedas que incluían temas como la relación entre la producción y la reproducción de la vida humana, el carácter heterogéneo de los sujetos y sujetas de las revoluciones, las relaciones entre las condiciones estructurales y la división sexual del trabajo, entre el mundo público y el privado, entre capitalismo y patriarcado.

Los aportes de las feministas negras cuestionaron la pretendida universalidad del feminismo occidental y eurocéntrico, poniendo en discusión el racismo, el colonialismo, el legado de la esclavitud y de la servidumbre, las herencias de los primeros genocidios en el continente, tal como señalaba Eduardo Galeano en ese escrito que fue leído por nuestra generación, *Las venas abiertas de América Latina* (1971). Esas huellas, que marcaron en la piel y en la memoria las experiencias de violencia sexual contra mujeres indígenas y negras, generaron diferentes modos de percibir las emancipaciones, sospechando de la idea de que las "mujeres" sean un grupo con intereses homogéneos.

Los procesos de descolonización permitieron profundizar las reflexiones sobre las luchas antirracistas. Se interpelaron las perspectivas eurocéntricas tanto de los feminismos como de los marxismos. Se miró críticamente a la familia patriarcal y a la división sexual del trabajo como dinámicas fundantes de la acumulación capitalista. Transgresoras como éramos, saltamos las vallas de la monogamia, la heterosexualidad compulsiva y la educación recibida sin tanta solemnidad ni tanta regla, poniendo en cuestión de hecho los roles asignados y asumiendo una vida de iguales (Vassallo, 2009).

Sin embargo, hubo un marxismo dogmático y un feminismo liberal que pasaron de largo estos debates. Por eso, volver sobre algunos de estos temas puede ser interesante para generar puentes con compañeras y compañeres que se acercaron a la lucha feminista en el 2015 -con el Ni Una Menos-, e identifican su protagonismo reciente con la memoria del movimiento. La interpretación de la masificación de la lucha feminista, de la ola verde, como la "revolución de las hijas", puede crear simplificaciones, producir el borramiento de genealogías, colaborar con el olvido de una trayectoria y una historia que tienen un recorrido al que queremos nombrar –para revisitar desde este nuevo momento que revoluciona una vez más nuestras vidas, pero que no niega

* Nombramos con minúscula es un gesto de desobediencia a las normas de una lengua en la que las mujeres entramos con dificultad.

1 Este texto está re-elaborado en diálogo entre nosotras al borde de la pandemia, partiendo de una intervención realizada por alejandra en el Centro de Pensamiento Crítico Pedro Paz.

lo pensado, creado y sentido medio siglo atrás-.

A partir de la valoración de la importancia de la masividad actual de los movimientos feministas, intentamos pensar en sus raíces históricas. En ese camino, Engels nos resulta una compañía maravillosa y estimulante, sobre todo para el esfuerzo de recentrar los análisis en lo que tienen de estructural los sistemas de explotación y opresión como el capitalismo, el colonialismo, y el patriarcado.

En este momento el movimiento feminista de mujeres, lesbianas, trans, travestis, se encuentra situado de lleno en el debate por las identidades. Desde nuestra herencia teórica y política del feminismo marxista, queremos pensar a Engels en la perspectiva de los desafíos de este tiempo, compartiendo los interrogantes que se pueden hacer en el presente a textos escritos en la segunda mitad del siglo XIX, y pensando también en la relación entre lo personal y lo político.

La primera obra de Engels, escrita en 1845, *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* es un texto que su autor publicó una innumerable cantidad de veces, y en cada ocasión lo precedió de una introducción. Dice en la introducción alemana de 1885 que en 1844, cuando estaba en proceso de escribirlo, no existía el moderno socialismo internacional, y por lo tanto, más que de reescribir lo escrito en 1845, se trataba de traer ese texto escrito 40 años antes, mostrando las claves interpretativas que podía contener para ese presente (Engels, 1845).

Tras los pasos de Engels, vamos a intentar traer al presente el texto escrito en 1884, *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, porque proporciona claves para leer el presente, ubicado como está en el centro de un debate importantísimo para los feminismos. Organizado alrededor de la búsqueda de explicación a la relación entre capitalismo y patriarcado, se pregunta por la historia de la constitución de las familias, las relaciones entre los sexos, la dominación de los hombres sobre las mujeres y los niños y niñas, la relación entre naturaleza y cultura, entre cuerpo y política, poniendo en cuestión las claves liberales, burguesas y capitalistas que tienden a eternizar la idea de individuo aislado, y a dotar de entidad transhistórica la forma burguesa de organización familiar.

Apuntes biográficos:
Lo personal y lo político. La cofundación del marxismo

Celebrar los 200 años del nacimiento de Engels es una oportunidad para recorrer algunos momentos de su vida, para comprender desde esa biografía sus aportes teóricos y prácticos a la elaboración de algunos conceptos fundamentales para la crítica del orden establecido, y para la construcción del andamiaje conceptual que nos permite leer el conflicto social con vistas a una praxis política emancipatoria.

Es fundamental para "conocer a Engels", comprender su vínculo de amistad y compañerismo con Karl Marx, con quien constituyeron una pareja política y teórica singular en la historia de la humanidad[2].

2 Existe un precioso y breve artículo de Georges Labica que da cuenta tanto del proceso de cofundación del marxismo y el estrecho trabajo de colaboración intelectual entre Marx y Engels, como de la especificidad de los aportes de este último (Labica, 1997).

Cuando algunas y algunos intelectuales interpretan a Engels y Marx como autores individuales de obras separadas y en pugna, lo que hacen es proyectar sobre quienes construyeron el "socialismo científico" -como ellos mismos le llamaron-, las prácticas y formas de trabajo intelectual de muchos académicos y académicas actuales, gente preocupada por la competencia individual, por la originalidad de sus ideas -como si éstas fuesen propiedad privada-.

Hay una experiencia académica de este tiempo que estimula la meritocracia, el afán por publicar "papers", para validar cada idea como propiedad privada que debe ser citada de un modo concreto para su reconocimiento. Se trata de una práctica que omite el nacer de las ideas desde las prácticas colectivas, el diálogo de saberes, las experiencias sociales. Se interpreta el conocimiento desde la lógica que se ha ido imponiendo en la academia: revistas indexadas, referatos, y un largo etcétera. Se estimula la propiedad privada de las palabras, las ideas, los modos de nombrar, incluso cuando se trata de la teoría socialista o de las propuestas comunitarias. A menudo ese modo de homogeneización a partir de la normalización del presente, impide pensar cómo se fue imponiendo, en qué momento cambiaron las reglas, y el mundo académico se cerró al debate de ideas para concentrarse cada vez más en la obediencia a normas impuestas desde afuera: desde los estándares de la academia sajona, desde los criterios de las denominadas "ciencias duras", desde la extrema burocratización que todo lo mide, cuantifica y pesa. Es claro que esas reglas se han transformado en condiciones de supervivencia, y quienes habitan en el mundo académico muchas veces se ven en la obligación de asumirlas. Pero vale la pena preguntarse por esas normas que se entienden como el modo de hacer "pensamiento serio", aceptado, "científico".

Engels y Marx no tenían esas preocupaciones. Su preocupación primordial, que sostenemos y compartimos, era -tal como señala Marx en la Tesis 11-, la de transformar el mundo. De allí la esterilidad de las perspectivas que analizan la producción de Marx y Engels como si fuesen académicos contemporáneos. Lo que se jugaba entonces no era publicar en revistas indexadas sino transformar el mundo. Pensar en expurgar la obra de Engels o Marx, buscando las ideas originales de cada uno, es una actitud vinculada al individualismo, una actitud que para ellos estaba puesta en el centro de la crítica. Entonces resulta fundamental, y es una posición política decir: Engels es el compañero de Marx, no es su competencia. Abundan en ese sentido los testimonios contemporáneos. Baste recuperar las palabras de Paul Lafargue:

> "Tras la derrota de la revolución los dos amigos debieron separarse: El uno se radicó en Manchester, el otro permaneció en Londres. Pero no han dejado de vivir el uno en el otro por el pensamiento: cada día (o casi) durante veinte años, compartieron en sus cartas sus impresiones y reflexiones sobre los acontecimientos políticos y la marcha de sus estudios" (Lafargue, 1904) [3].

Engels mismo pensaba su relación con Marx como una relación de generosísimo intercambio, económico, intelectual, político e incluso familiar. Tenían una amistad basada en una cooperación estrecha, en una confianza intelectual y una admiración mutua muy profundas. Ambos tenían como uno de sus objetivos más importantes combatir la putrefacción del espíritu absoluto, y destinaron a eso escritos como *La Sagrada familia* y *La ideología alemana*.

3 La traducción es nuestra.

Escribieron juntos *El Manifiesto Comunista*, una de las obras más conmovedoras y convocantes que muchos y muchas hayamos leído, un texto con una enorme capacidad para movilizar la imaginación política no sólo en 1848, sino entre quienes fuimos parte de la generación del 60 y del 70, y buscábamos un compromiso fuerte entre el pensar y el transformar el mundo.

Por otra parte, en lo que hace a sus responsabilidades afectivas, Engels se hizo cargo del cuidado de su madre, y de sostener relaciones afectivas con las hijas y el hijo de Marx, llamado Friedrich. Además de sostener a Marx y a su familia desde el punto de vista material, durante un tiempo largo mantuvo una relación estrecha con Eleanor, la hija menor de Marx, que fue activista política y trabajó intensamente en el cuidado de la obra de su padre.

Engels -como Marx- no era tanto un hijo de su familia, sino un hijo de su tiempo, de la Primavera de los Pueblos que había conmovido a la vieja Europa en 1848, que se concretó en movimientos insurreccionales en Francia, España, Italia, Alemania, Austria, Rumania, Hungría y otros estados, llenando de entusiasmo a los nacientes movimientos obreros europeos y a sus intelectuales orgánicos. Si hubiera sido sólo hijo de su familia, habría resultado seguramente un riquísimo empresario textil. Pero renunció a ese lugar, realizando lo que el líder caboverdiano Amílcar Cabral nombró como "suicidio de clase", para convertirse en combatiente de las barricadas, agitador de muchas tentativas de asaltar el cielo -como la revolución alemana de 1848-1870-. Fue un lector agudo de las condiciones para hacerlo, organizador incansable de la primera Internacional obrera (la Asociación Internacional de Trabajadores, AIT) de la que fue su secretario desde 1870.

El *Informe sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra,* escrito a partir de la experiencia de haber compartido su tiempo con trabajadores y trabajadoras, revela su empatía ante el nivel de explotación y brutalidad del capitalismo de ese momento de acumulación originaria del capital, y de veloz transformación en las condiciones de vida laboral y familiar de quienes devenían proletarios y proletarias.

El interés de Engels por la familia y por la crítica de la organización burguesa de la sociedad no sólo era un asunto de textos. Hubo una relación muy cercana entre lo que pensaba y cómo vivía su propia vida. A contrapelo de los prejuicios de la época, en un momento en que la burguesía, tan hipócrita en sus prácticas, buscaba consolidar la idea de monogamia, del matrimonio heterosexual monógamo, Engels convivió con dos obreras irlandesas, Mary y Lizzie Burns, quienes fueron sus guías en el mundo de los y las trabajadoras. Sostuvo una relación con ambas hermanas hasta la muerte de Mary, y luego sólo con Lizzie. En este aspecto, Engels fue coherente con lo que sostenía sobre las relaciones amorosas, ya que muchas veces escribió la crítica del matrimonio burgués. La tradición marxista moralista y mojigata, se dedicó a barrer bajo la alfombra y a ocultar ese dato biográfico.

Sabemos sin embargo que Engels -como muchos hombres de su época- era homofóbico. En *El Origen de la familia...,* publicado en 1884, escribe a propósito de los modos de familia de la antigua Grecia: "el envilecimiento de las mujeres se vengó en los hombres, y los envileció a su vez, llevándolos hasta la repugnante práctica de la pederastia, y a deshonrar a sus dioses y a sí mismos con el mito de Ganímedes" (Engels, 2017: 45). También en una carta a Marx, respondiendo al pedido de apoyo de activistas del movimiento sexual europeo como Karl Heinrich Ulrichs y Magnus Hirschfeld para

difundir su pensamiento y sus proyectos, le escribió a Marx diciendo que los "pederastas" son "extremadamente contra natura", considerando que la plataforma de los derechos de los homosexuales de Ulrichs era como "convertir obscenidades en teorías". Estas miradas homofóbicas -que también compartía Marx-, dejaron su marca conservadora en algunos movimientos socialistas, que en muchos casos reprodujeron sin críticas la moralina de la familia patriarcal, monogámica y heteronormativa.

Por otra parte, la seriedad de sus trabajos e investigaciones, tenía como contrapartida en Engels un singular sentido del humor. Éste aparece registrado en las *Confesiones* (1868), un juego de preguntas que entretenía a las hijas de Marx, conservado por Jenny. En los años sesenta, un bisnieto de Marx acercó la hojita, gracias a la cual podemos tener una dimensión cotidiana de la vida familiar. Mientras la confesión de Marx es un tanto formal, probablemente porque era el padre de las niñas, la confesión de Engels derrama picardía. Una de las respuestas que les da, es que su rasgo distintivo más importante "era saberlo todo a medias". Engels, sin embargo, hablaba doce lenguas. Escribía no solo en alemán e inglés. Mantenía correspondencia en la lengua rusa con la revolucionaria Vera Zasúlich y con el líder socialista Georgui Plejanov. Escribía además en francés, italiano, español. Conocía las lenguas eslavas y el turco, además del persa, y obviamente el griego y latín -por la formación de la época-. Se puede pensar ese interés como erudito, pero en realidad tenía que ver con el carácter internacionalista de las organizaciones socialistas. Años después, Rosa Luxemburgo también se destacó por hablar una gran cantidad de idiomas -se dice que once-, pudiendo así comunicarse con las y los líderes internacionalistas de su tiempo.

En el juego de *Confesiones*, Engels señala su preferencia por el Château Margaux 1848, el vino rojo por el que tenía tanto gusto como por la revolución y por el rojo de la Internacional. Afirma que no tenía ningún héroe. En cuanto a sus heroínas preferidas, respondió que eran demasiadas para mencionarlas. Marx en cambio nombra como su heroína a Margarita (Gretchen), la desdichada protagonista del Fausto (Engels, 1868).

La capacidad que tenía Engels para situar las cosas en su punto abarcaba su internacionalismo, incluida su relación con Owen y los socialistas ingleses durante su estadía en Manchester; su relación política y afectiva con dos mujeres obreras irlandesas; su interés en la cuestión irlandesa, que iluminó la posibilidad de pensar las relaciones entre capitalismo y colonialismo, pues los irlandeses e irlandesas eran, en ese momento histórico, los proletarios y proletarias de los proletarios. Por cierto era un internacionalismo que continúa la herencia de Flora Tristán, internacionalista y feminista, pues es Flora la primera que advierte que la lucha proletaria será internacional o no será, incluso antes de la conformación de la I° Internacional[4] .

Sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*

Queremos concentrarnos en las líneas argumentativas de Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, tratando de obtener algunas conclusiones en orden al debate actual. Una de las cuestiones para pensar es cuáles son las condicio-

4 Flora formula su propuesta de organización internacionalista de la clase obrera en 1843 en su célebre escrito, *La Unión obrera* (Tristán, 1977 (1843)). Marx y Engels reconocen el valor de su posición en *La Sagrada Familia*. *Cfr.* https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/sagfamilia/04.htm#i

nes de escritura de ese libro, en un momento de crisis del capitalismo, de transición del capitalismo de la libre competencia al capitalismo monopólico.

Engels fue capaz de ir registrando a lo largo de su vida los cambios en la relación entre economía, política y cultura, y de advertir cuánto habían cambiado las condiciones de acción para la clase obrera entre 1848 y el fin de siglo, luego del levantamiento y derrota de la Comuna de París.

Por esos años, hacia 1869, un liberal inglés, John Stuart Mill, escribía *The subjection of Women* (un texto que se ha traducido como *La sujeción de las mujeres* o *La esclavitud de las mujeres*), presentando un ideal de feminismo que ha persistido a lo largo de los siglos (Mill, 1869). El feminismo liberal tiene una tradición continua. Es el liberalismo el que ha instalado los ideales más sencillos de reconocer como feministas: la creencia en una especie de hermandad universal de las mujeres, que es inmune a las desigualdades de clase y raciales, y la idea de que en el centro de las demandas feministas están los derechos. El feminismo liberal ha ido consolidándose a lo largo de la historia como "El Feminismo".

Gramsci diría que las clases dominantes tienen la capacidad de presentar su historia como continua, y como la historia sin más. Entre los logros del feminismo liberal está la construcción de esa imagen del feminismo: demandas de derechos, supuestamente ajenas a los conflictos de clase, vinculadas a la dominación más que a la explotación, como un asunto de política sexual exclusivamente, como alguna vez lo señalara Kate Millet.

A diferencia de otras caracterizaciones de la situación de las mujeres, nombrada a menudo como "condición femenina", o "condición sexual" -cuando se hace extensiva a disidentes corporales y sexuales- Engels ubica la cuestión de las mujeres en el punto de articulación entre capitalismo y patriarcado, procurando hacer visibles los nexos entre dominación, control y explotación.

Su contribución crítica a la concepción de la familia burguesa, permite ubicarla no sólo como una posibilidad entre otras de organización de las relaciones de parentesco, sino como el modelo de organización familiar adecuado para la organización capitalista de la producción. Si la burguesía construye su modelo de familia monogámica presentándolo como una forma de organización de la vida diaria y de las relaciones afectivas, un modo de arreglo familiar independiente de la organización de la producción, Engels se ocupa de establecer los nexos invisibilizados entre organización familiar y economía política, entre arreglos amorosos y división sexual del trabajo, entre producción y reproducción.

Las sociedades capitalistas necesitan presentar a los/as sujetos/as como individuos contratantes, aislados/as, que tan pronto contratan sus vínculos familiares como la venta de su fuerza de trabajo. La clave está en la homología entre contrato matrimonial y contrato de trabajo. Si los varones venden su fuerza de trabajo en el mercado, las mujeres, cuyo trabajo ha sido despojado de "valor" pues producen bienes de uso, venden su sexo y sus capacidades reproductivas en el mercado matrimonial o en el mercado de la prostitución.

Uno de los grandes encantos de la idea burguesa de familia es que consigue presentar las relaciones familiares como si se tratase del espacio de los afectos, de los arreglos domésticos y los asuntos de la filiación y de la alianza. Los brutales montos de trabajo

impago, las relaciones de poder y sometimiento, los grados de inseguridad a que se exponen las personas, permanecen en una suerte de sombra. La privatización de la familia la despolitiza, a la vez que desdibuja las relaciones entre orden familiar y orden económico, que se convierten en un nexo difícil de percibir y todavía más difícil de conceptualizar.

Engels recurre a una triple genealogía para pensar el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Necesita dialogar con la antropología, a fin de desnaturalizar la familia monogámica. De allí el recurso al texto de Lewis Morgan *Ancient Society.* Por múltiples razones la apelación a Morgan se ha convertido en uno de los puntos centrales de la crítica hacia Engels, pues se argumenta que se trata de una obra perimida. El escrito de Morgan, que estudia a los iroqueses, es un texto fundador de la antropología como disciplina científica, impregnado de nociones decimonónicas como el célebre esquema barbarie, salvajismo, civilización. En muchos de los debates de los años '60, '70, cuando se iniciaban los estudios de mujeres, esa deuda con respecto a la obra de Morgan fue subrayada como uno de los elementos que hacían del libro de Engels un escrito desechable, porque contiene información científica anticuada.

Algo semejante sucede con la referencia que hace Engels al derecho materno. La idea de derecho materno y de matriarcado procede de la obra de J.J. Bachofen, que sostenía que las mujeres habían sido políticamente derrotadas en el momento en el cual la organización familiar comenzó a atenerse al nombre y a la ley del padre. Bachofen utiliza materiales de la mitología y la literatura griega para pensar, desde el punto de vista jurídico, el ordenamiento patriarcal en sus dimensiones legal, cultural y simbólica. Se trata de un viejo tema en el campo de la cultura europea que ya había sido trabajado en relación a la figura de Antígona y Creonte por Hegel. Esta doble genealogía, la deuda con Morgan y con Bachofen, harían del texto una pieza de museo.

Esa crítica, sin embargo, tiende a minimizar el modo como se entabla la relación pasado /presente, y la manera como el texto se inscribe en la genealogía de las investigaciones que Engels y Marx llevaban a cabo, lo cual constituye el tercer (o tal vez primer) lazo genealógico del escrito[5].

En ese momento histórico las investigaciones de Lewis y Bachofen eran contemporáneas, a la vez que cumplían una función en la economía de las investigaciones que Engels y Marx estaban llevando a cabo para la desmitificación de la familia burguesa. Aportaban información sobre otras formas de organización familiar que se inscribía en el horizonte de sus propias preocupaciones respecto de la relación entre división social y sexual del trabajo, entre la organización patriarcal del parentesco y pérdida de autoridad y poder por parte de las mujeres, entre organización comunitaria de la producción y otras maneras de organización de la vida familiar.

Uno de los puntos centrales del texto es determinar los efectos que tiene para la vida de las mujeres y los varones la división sexual del trabajo, y la pérdida del valor del trabajo de las mujeres como productoras de bienes de uso, y por otra parte indagar en la importancia social del hecho de que las mujeres fuesen reproductoras biológicas de la vida humana, una capacidad que lejos de haberles otorgado ventajas sociales parece ser la clave de su opresión. El asunto es un verdadero jeroglífico social.

Si en las sociedades denominadas primitivas el trabajo de las mujeres es relevante y

5 Cfr. al respecto un extenso estudio introductorio de Alejandra Ciriza para la edición de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* editada por Luxemburg (Ciriza, 2007).

su lugar social cuenta para la comunidad, ese trabajo –convertido en las sociedades capitalistas en un asunto privado- se desvaloriza. Escribe Engels:

> "...La señora de la civilización, rodeada de aparentes homenajes, extraña a todo trabajo efectivo, tiene una posición social muy inferior a la de la mujer de la barbarie, que trabaja de firme, se ve en su pueblo conceptuada como una verdadera dama (lady, frowa, frau = señora) y lo es efectivamente por su propia disposición" (Engels, 1884: 36).

Al mismo tiempo, si en las sociedades organizadas comunitariamente el control de la sexualidad de las mujeres carece de relevancia, en las sociedades en las cuales el excedente es apropiado privadamente, el control del cuerpo de las mujeres, de su sexualidad y sus capacidades reproductivas se transforma en una pieza central. Esta observación merece también ser considerada, ya que en Abya Yala coexisten diversas formas de organización social, y hay pueblos completos para los cuales la comunidad sigue siendo el modo de vincularse. La tensión entre la familia patriarcal, y el "Derecho" y culturas que la normalizan, ha sido siempre un elemento de debate para quienes tienen la intención de homogeneizar la cultura, sobre la base de la imposición de la familia y la ley patriarcal. A pesar de la pretensión colonial y capitalista de embellecimiento de la familia patriarcal, y de su identidad como modo de "civilización" frente a la "barbarie" comunitaria, podemos recuperar a Engels cuando analiza que en la familia patriarcal no solamente se trata del control del trabajo de las mujeres, que se convierte en trabajo impago -edulcorado como habilidad natural o amor maternal-, sino también del control de su cuerpo, porque las mujeres son fundamentales para la reproducción de la vida y para la trasmisión de la herencia, de la propiedad privada. Entonces la familia monogámica, patriarcal, no solo tiene que ver con el control del trabajo, sino con el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres. Hay que asegurar que los hijos sean hijos de ese varón, que transmitirá de manera privada la propiedad.

Estos temas: los efectos de la división sexual del trabajo sobre la vida de las mujeres, el control sobre sus cuerpos y sexualidades, son absolutamente cruciales en este momento histórico en el cual se hace visible que la reproducción de la vida bajo el capitalismo está altamente feminizada y desvalorizada (porque feminizada).

Sobre el concepto de patriarcado

Uno de los elementos relevantes en la elaboración engelsiana, a diferencia de las muchas ideas sobre el patriarcado que florecieron en los años 60-70, es que atiende no sólo a la dominación, sino también a la explotación. Engels ubica los orígenes de la familia monogámica en relación con la apropiación privada de excedentes socialmente producidos, con el ingreso en la historia escrita, y la imposición de relaciones de dominación de los varones sobre las mujeres. La pregunta por la relación entre propiedad privada y organización familiar, entre relaciones de producción y reproducción de la vida humana, se puso en primer plano. La categoría patriarcado proporcionaba herramientas para dar cuenta del control que los varones ejercen sobre el conjunto de la reproducción humana: la sexualidad (pues el dominio patriarcal, a través de complejos dispositivos de poder, establece determinadas relaciones de parentesco que –como decían las feministas italianas- clasifican a las mujeres en putas y santas), la repro-

ducción humana sexuada, y las relaciones de reproducción social (que comprenden el cuidado de los seres humanos en la unidad doméstica, y las tareas de producción de bienes de uso) (Ciriza, 1993).

Esa riqueza de determinaciones, sin embargo, se fue perdiendo a lo largo de la historia de la construcción de organizaciones socialistas para quedar reducida a una contradicción del capitalismo que se resolvería con la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo asalariado. El análisis engelsiano es bastante más complejo.

Engels señala que la familia monogámica y la división sexual del trabajo en una sociedad productora de mercancías, sólo deja a las mujeres dos alternativas: la prostitución pública o la prostitución privada. En un momento histórico en el cual el individualismo afectivo aparecía como la superación de matrimonios concertados y de arreglos familiares ligados a alianzas políticas o necesidades económicas, Engels señala que el matrimonio burgués, lejos de emancipar a las mujeres, las coloca en condición de prostitutas privadas, mientras quienes tienen menor suerte en el mercado matrimonial, sólo tienen la posibilidad de ser prostitutas públicas, con el agravante de que es sobre ellas (cuando ejercen la prostitución pública) que recae el peso de la reprobación social.

Engels retoma la idea de Bachofen sobre el cambio que significó la abolición del derecho materno y su sustitución por el derecho paterno, en el proceso de crecimiento de riquezas en la sociedad. Dice Engels:

> "El derrocamiento del derecho materno fue *la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo*. El hombre empuñó también las riendas en la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esta baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos sitios, hasta revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos, abolida. El primer efecto del poder exclusivo de los hombres... (es) la 'organización de cierto número de individuos, libres y no libres, en una familia sometida al poder paterno del jefe... *Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y *familia* es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre" (Engels, 2017: 40).

El poder del padre, y su relación con la propiedad privada y con la herencia, son datos fundamentales de la organización patriarcal. Esto explica también la férrea oposición en la actualidad de los sectores conservadores de la sociedad a aceptar el matrimonio igualitario, que pone en cuestión precisamente este juego de poder masculino fundado en el dominio, la propiedad y la herencia. No se trata solamente de una posición basada en el odio, sino de todas sus implicancias respecto de la estructura de la familia patriarcal y su funcionalidad para la lógica del capital y del coloniaje.

El paciente trabajo de recuperación de los procesos históricos le permite a Engels develar tras las escenas edulcoradas el ejercicio de poder, la dominación sobre las mujeres y el control sobre sus sexualidades, sus capacidades reproductivas y su trabajo, del cual el varón dispone en cuanto jefe y propietario. Las reflexiones de Engels, pensadas desde ahora, nos permiten recuperar los procesos históricos, políticos y económicos a través de los cuales se legitimó y naturalizó la violencia patriarcal, el robo de mujeres, la prostitución pública y privada, e incluso los feminicidios. Dice Engels:

> "Para asegurar la fidelidad de la mujer y, por consiguiente, la paternidad de los hijos, aquella es entregada sin reservas al poder del hombre: cuando éste la mata, no hace más que ejercer su derecho" (Engels, 2017: 41).

Contrato de trabajo, contrato de matrimonio, producción y reproducción de la vida

Así como a través del contrato de trabajo el proletario vende su fuerza de trabajo en condiciones que no elige, el contrato matrimonial ubica a las mujeres como vendedoras "libres" de sus cuerpos y capacidades sexuales y reproductivas en el mercado matrimonial. El relato burgués y patriarcal de la libertad de trabajadores y trabajadoras para vender su fuerza de trabajo, y la narrativa del individualismo afectivo y la mujer doméstica encubren, lejos del ideal de la libertad y la nueva organización de la afectividad, un contrato en condiciones desiguales.

El capitalista compra la fuerza de trabajo en el mercado a un precio que no depende de la libertad del trabajador o la trabajadora, sino de las relaciones de fuerza entre propietarios de los medios de producción y proletarios y proletarias. De la misma manera, las mujeres venden su cuerpo en el mercado matrimonial, no en relación a su libre elección sino a esa relación de fuerza previamente establecida.

Para que pudiera suceder esta transacción se dio paso a la monogamia, que al decir de Engels:

> "(...)el origen de la monogamia, según hemos podido seguirla en el pueblo más culto y más desarrollado de la antigüedad, de ninguna manera fue fruto del amor sexual individual, con el que no tenía nada en común, siendo el cálculo, ahora como antes, el móvil de los matrimonios. Fue la primera forma de familia que no se basaba en condiciones naturales, sino económicas, y concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva, originada espontáneamente. Preponderancia del hombre en la familia y procreación de hijos que sólo pudieran ser de él y destinados a heredarle: tales fueron, abiertamente proclamados por los griegos, los únicos objetivos de la monogamia" (Engels, 2017: 45).

La relación entre la monogamia y la división sexual del trabajo que esclaviza a la mujer, es también apuntada con claridad por Engels:

> "(...) la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Por el contrario, entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1846 por Marx y por mí, encuentro esta frase: ´La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos´. Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino" (Engels, 2017: 45).

El manuscrito al que alude Engels es *La ideología alemana (1846)*, en el que realizan un intento de explicación materialista de la historia.

¿Cómo sucedió el tránsito hacia la monogamia y su naturalización como el único modo de familia o de vínculos sexo-afectivos posibles, deslegitimándose los distintos modos de poliamor, o las relaciones que se concretan más allá de la familia patriarcal, ocultadas y deslegitimadas socialmente?

Los feminismos actualmente pueden repensar el amor, la sexualidad, el deseo, los vínculos afectivos, no como una conquista liberal e individualista de la "posmodernidad", sino como una manera de superar las regulaciones conservadoras que ataron el vínculo amoroso a los conceptos de propiedad privada y de herencia.

Las críticas al amor romántico, a las jerarquías establecidas en los grupos familiares –tanto el poder del varón, como el adultocentrismo-, los ensayos de diversos modos de relaciones poliamorosas que cuiden no la propiedad sino la integridad afectiva de los vínculos, el valor de la comunidad, la libertad de elegir, recuperan de la tradición marxista una perspectiva material e histórica. La mirada crítica hacia los límites de esa tradición en lo que tiene de eurocéntrica, de un registro heteronormativo, y en una posición sobre los modos de avanzar hacia la emancipación de las mujeres que no se ha verificado en el devenir histórico –fundada en la esperanza de que la incorporación de las mujeres a lo que entonces se denominaba la "moderna industria" fuera el camino para hacerlo- no impide rescatar lo que sí ha habido de indagación sobre estos temas que devienen centrales en esta instancia de profunda crisis de las condiciones de reproducción de la vida humana y la naturaleza.

El elemento crítico que aporta Engels fue enormemente esclarecedor en un momento en el cual la apología de la familia, las escenas sentimentales, y el imaginario del dulce hogar estaban a la orden del día, aunque no fuera en modo alguno la realidad efectiva de las mujeres de la clase obrera. Feministas anticapitalistas –como Silvia Federici- criticaron que la manera en que Marx y Engels interpretaron la división sexual del trabajo, mantiene invisible el trabajo de la mujer en la casa, donde se reproduce la fuerza de trabajo. Al circunscribir la mirada a la esfera de producción de mercancías, queda invisible todo lo que implica la producción y reproducción de la vida (una dicotomía que puede mirarse críticamente desde la perspectiva actual). Señala Federici que lo que Marx y Engels no vieron es lo siguiente:

> "(...) que en el proceso de acumulación originaria, no sólo se separa al campesinado de la tierra, sino que también tiene lugar la separación entre el proceso de producción (producción para el mercado, producción de mercancías) y el proceso de reproducción (producción de la fuerza de trabajo); estos dos procesos empiezan a separarse físicamente, y además, a ser desarrollados por distintos sujetos. El primero es mayormente masculino, el segundo femenino; el primero asalariado, el segundo no asalariado. Con esta división de salario / no salario, toda una parte de la explotación capitalista empieza a desaparecer. Este análisis fue muy importante para comprender los mecanismos y los procesos históricos que llevaron a la desvalorización y la invisibilización del trabajo doméstico, y a su naturalización como el trabajo de las mujeres" (Federici, 2018).

En nuestra mirada, era necesario que surgiera y se desplegara con fuerza la experiencia feminista, para que lo invisible se volviera visible. Esto es importante también para pensar la materialidad que sostiene las ideas de transformación social. Así como el

movimiento obrero en su forja y crecimiento pudo levantarse frente a la explotación capitalista, fue la organización de las mujeres la que posibilitó pensar en la relación estructural entre capitalismo y patriarcado, y los levantamientos de mujeres indígenas y negras las que aportaron a visibilizar los modos en que el colonialismo y el racismo se entretejen con el patriarcado capitalista.

En el centro del pensamiento y del aporte de Engels a estas miradas, se halla una crítica radical a la concepción burguesa de la sociedad, la familia, los sujetos sociales pues su perspectiva contiene una crítica del individualismo burgués, que enlaza con su mirada acerca del proceso de hominización. Para Engels los seres humanos sólo podemos sobrevivir en comunidad, pues nos hemos hominizado a lo largo de un proceso en el que también hemos humanizado la naturaleza, es decir, para Engels y Marx no hay, como sí lo hay para la tradición liberal, la idea de un estado de naturaleza primigenia, sino que la relación con la naturaleza es siempre histórica y social, pues la transformamos a medida que nos transformamos a nosotros y nosotras mismas.

Mientras el pensamiento liberal está montado sobre la escisión entre naturaleza y cultura, y la sociedad se funda por una suerte de salto que marca la discontinuidad con la naturaleza, en la visión engelsiana esos seres que los/las/les humanos/humanas/humanes somos, hemos debido reemplazar la insuficiente capacidad defensiva por la fuerza de la acción colectiva de la horda: es la sociabilidad lo que hace del animal un ser humano, lo que habilita el tránsito de la animalidad a la humanidad. Es en este proceso complejo, no determinado por la biología sino ligado a las formas de organización del trabajo, que se produce el proceso de hominización, un proceso por el cual la naturaleza deviene naturaleza histórica. El planteo engelsiano nos ubica en continuidad con otras especies, a la vez que pone en cuestión un elemento central de la filosofía política del liberalismo, que es la idea de los individuos aislados competitivos y del contrato interindividual como origen de la sociedad y como forma de vinculación de los individuos entre sí: si el contrato asegura la conversión de la posesión en propiedad, también regula las relaciones de trabajo en el mercado laboral y las formas de la afectividad en el contrato matrimonial. De allí la relevancia que tiene la crítica engelsiana como recuperación de las relaciones comunitarias y base de otras formas de sociabilidad.

De las notas sobre prostitución como provocación para pensar

Valdría la pena detenerse en las reflexiones de Friedrich Engels y Karl Marx sobre la prostitución, un debate que hoy atraviesa a los feminismos. Sin pretender agotarlo en esa mirada histórica, cabe puntualizar que Engels se refiere al nacimiento de la prostitución como extremo del "heterismo", al que considera una práctica sexual promiscua. En el momento en que se impone culturalmente la monogamia, ésta convive con el heterismo. Engels llama la atención:

> "El heterismo es una institución social como otra cualquiera y mantiene la antigua libertad sexual... en provecho de los hombres. De hecho no sólo tolerado, sino practicado libremente, sobre todo por las clases dominantes, repruébase la palabra. Pero en realidad, esta reprobación nunca va dirigida contra los hombres que lo practican, sino solamente contra las mujeres; a éstas se las desprecia y se las rechaza, para proclamar

> con eso una vez más, como ley fundamental de la sociedad, la supremacía absoluta del hombre sobre el sexo femenino" (Engels, 2017 :46).

Despojado el análisis de la prostitución de la moralina de las versiones religiosas que la condenaban como experiencia de sexualidad abierta, Engels subraya cómo en ésta se expresa la opresión masculina sobre las mujeres que la ejercen. Partiendo de Engels podemos intentar realizar un análisis de la prostitución desprovista de la carga "religiosa" o "moral", entendiendo cómo actúa en el conjunto de los vínculos sociales, familiares, en la división sexual de los roles, que se establece cuando la mercantilización de los cuerpos es una posibilidad destinada fundamentalmente a mujeres, travestis, trans, lesbianas. Nos brinda así una oportunidad para analizar las relaciones estructurales que se condensan en la organización patriarcal de la sociedad y en la construcción de la misma atravesada por las dimensiones coloniales, racistas, machistas, capitalistas.

Sería necesario también analizar los vínculos entre las redes de prostitución y las redes de trata, y cómo se entrelazan materialmente con las redes de narcotráfico y con el mercado de armas y cuerpos, que siguen siendo capítulos centrales de la explotación y acumulación capitalista sustentada en la crueldad más extrema. Esto no implica desconocer cómo se autopercibe y nombra cada colectivo de mujeres, travestis, trans, lesbianas que ejercen la prostitución, o quienes se reconocen como trabajadoras sexuales, sino pensar en un análisis que coloque a cada una de estas actividades sociales, sexuales, y económicas, en una perspectiva amplia de interpelación a las lógicas capitalistas, patriarcales y coloniales en la actualidad.

La emancipación de las mujeres

Así como la deuda de Engels con Morgan se convirtió en un obstáculo para traerlo al presente, hay otro obstáculo, probablemente mucho más poderoso. La salida emancipatoria para las mujeres, planteada por Engels en el capítulo IX, *Barbarie y Civilización*, es una salida precipitada. Si el conjunto del texto plantea una historia matizada y compleja, en el cierre del texto Engels argumenta que la única forma posible de liberación de las mujeres es la incorporación al trabajo productivo.

> "(...) la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando ésta puede participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública (Engels, 2017: 106).

Esa afirmación engelsiana es retomada una infinidad de veces para decir que no hay, no sólo a lo largo del texto, sino en el conjunto de la producción de Engels/Marx, ninguna herramienta interpretativa que permita comprender la especificidad del lugar de las mujeres, pues el marxismo, dicen, es "ciego al sexo". Iniciada la interpretación del patriarcado en relación con la división sexual del trabajo y el control de las capacida-

des productivas y reproductivas de las mujeres, el marxismo no contaría, desde este punto de vista, con categorías específicas para la lectura de los efectos políticos de la sexuación. Desde Millet a Mitchell, pasando por Hartmann, una larga serie de autoras y activistas han cantado la saga del matrimonio infeliz entre feminismo y marxismo.

Engels bregaba por la incorporación de las mujeres al trabajo público, y por la socialización del trabajo doméstico -devenido una ocupación de todos los miembros de la comunidad-, y predecía su desaparición debido al avance de las fuerzas productivas en un momento histórico en el cual el horizonte emancipatorio que era posible atisbar parecía señalar en dirección a la emancipación del mundo de la necesidad.

La dificultad no se halla en que Engels, hacia fines del siglo XIX. anticipara la posibilidad de la disolución de la vida doméstica debido al avance de la industria, sino en la dificultad para registrar otros elementos que el escrito engelsiano ofrece, e inclusive en la elaboración, que sin lugar a dudas excede ampliamente a Engels para internarse en la sinuosa historia de la tradición socialista, de un rígido determinismo económico que construyó una suerte de esquema según el cual la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo aseguraría, sin más, su emancipación.

Sin embargo, coexisten con esta perspectiva una serie de elementos de los que probablemente podamos obtener incentivos provocadores para pensar:

• La idea de que no habrá emancipación sino cuando exista una generación de hombres y mujeres capaces de construir otras relaciones no sólo en el trabajo sino en el amor, relaciones desmercantilizadas entre sujetos que no se hubiesen visto obligados a comprar ni a vender sexo, es decir, personas educadas en una forma enteramente nueva de libertad sexual y capaces de relacionarse sin temor a la pérdida de la posibilidad de reproducir la propia vida y la de sus hijos e hijas, en el caso de que los hubiese.

Demasiado a menudo el temor a la intemperie y la dependencia económica son buenas razones para permanecer sujetas a una relación indeseada.

La crítica de la mercantilización constituye uno de los asuntos más complejos en el campo de la tradición marxista. Es precisamente vía la mercantilización que es posible considerar cosas cualitativamente muy diferentes como equivalentes, es precisamente en razón de la mercantilización que el trabajo deviene abstracto y que el producto del trabajo se enfrenta a trabajadoras y trabajadores produciendo la fantasmagoría de un mundo de mercancías separadas de quienes las producen. El último avatar de esa fantasmagoría es el dinero que pare dinero, la forma predatoria del capital financiero que imagina la posibilidad de avance sin límite sobre la naturaleza y sobre la vida misma. En ese sentido la tradición marxista aporta una herencia robusta para la producción de una crítica del presente. Avanzar en la desmercantilización de la vida y del trabajo, de las relaciones entre los/las/les seres humanos, humanas, humanes constituye en este momento histórico no sólo una idea normativa, sino probablemente la única salida ante la expansión de la barbarie capitalista

• La reflexión sobre las articulaciones entre capitalismo y patriarcado proporciona una perspectiva que ilumina, desde un horizonte de totalidad, las transformaciones en la división sexual del trabajo y las formas de organización familiar. La atención a las relaciones entre las inflexiones del capitalismo y las transformaciones del patriarcado proporciona claves interpretativas allí donde la sola atención a las identidades o a la demanda de derechos en términos individuales se revela insuficiente.

En ese sentido asumimos que la emergencia del movimiento de reclamo de un salario para las amas de casa constituyó el efecto de una transformación en las relaciones entre capitalismo y patriarcado que hizo visible el carácter impago de la reproducción de la fuerza de trabajo, tal como lo revelaran Dalla Costa, James y Federici en Italia, Benston y James en Estados Unidos, e Isabel Larguía en Cuba (Larguía, s/f). El movimiento internacional denominado *Wages for Housework* demandaba la salarización del trabajo doméstico señalando la capacidad del capitalismo para explotar y beneficiarse de un enorme monto de trabajo gratuito.

Hace algunos años Angela Davis argumentaba en contra de los límites de clase de la demanda de un salario para el ama de casa, a la vez que daba cuenta del proceso histórico que dio por resultado la pérdida de valor del trabajo doméstico merced el avance de la industria. Al mismo tiempo depositaba su expectativa en el avance de la industrialización sobre el conjunto de tareas asociadas al trabajo doméstico. El ejemplo que Davis trae a colación es el de la comida rápida (Davis, 2005).

El asunto es sumamente complejo, pues refiere a la historia desigual de las mujeres llamadas blancas y las racializadas ante el trabajo doméstico, a la historia escasamente narrada de un trabajo definido como no trabajo por contraposición al trabajo asalariado, a la expectativa de su industrialización, que por cierto difiere de la aspiración a su comunalización.

Bajo el horizonte actual el trabajo doméstico, o tal vez sería más propio denominarle de reproducción de la vida humana, que incluye la limpieza y la comida, pero también el cuidado de las personas con algún grado de dependencia, se ha revelado esencial. La pregunta que se abre es si consideramos que la salida se encuentra en la demanda de salarización, o más bien de lo que se trata es de un reparto justo que no haga de las mujeres y personas feminizadas las encargadas exclusivas de una tarea que es a la vez indispensable e inextinguible a manos de la industrialización. La pregunta es, además, si la industrialización es deseable.

•La crítica del individualismo y del contractualismo como elementos centrales de la tradición liberal y la expectativa de recuperación de formas comunitarias de organización de la vida pues la comunidad hace parte de la historia de la relación entre seres humanos y naturaleza.

Como feministas que nos reconocemos en la tradición marxista, volver a Engels, o continuar a Engels, es un modo de proponer un debate de los temas más acuciantes de nuestra agenda política e ideológica, apartándonos de las consignas y la cultura liberal que predomina con su carga posmoderna en la Academia y en muchos colectivos activistas, para proponer una lectura histórica, materialista y situada de nuestras experiencias en el Abya Yala, que en estos años revolucionan una y otra vez la cultura política emancipatoria. Es pensar en el legado marxista sin nostalgias dogmáticas, ni negaciones academicistas. Es volver a afirmar que en la base de las revoluciones están los sujetos y sujetas capaces de rebelarse frente a todas las dominaciones. Y que para comprender esas opresiones es necesario moverse, porque, como decía Rosa Luxemburgo: "Quien no se mueve, no siente las cadenas". Al movernos, sin embargo, no sólo sentimos las cadenas, sino las huellas de la herencia de las revoluciones marcando caminos.

Bibliografía citada

Fuentes

Engels, F. 2002 (1845) *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed. MIA, 2002. Disponible en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm

Engels, F. 2020 (1868) "Confession", London, early April 1868. Disponible en MIA https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1868/04/01.htm

Engels, F. 2017 (1884) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ed. Archivo Marx-Engels de la Sección en Español del Marxists Internet Archive (www.marxists.org)

Lafargue, P. 2020 (1904) *Souvenirs personnels sur F. Engels*, en https://www.marxists.org/francais/lafargue/works/1904/00/lafargue_19040000.htm

Marx, K. y Engels, F. 2011 (1844) *La sagrada familia*, Ed. MIA. Disponible en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/sagfamilia/index.htm

Marx, K. y Engels, F. 1974 (1846) *La Ideología Alemana, Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán, en las de sus diferentes profetas* (traducido del alemán por Wenceslao Roces), Pueblos Unidos, Bs. As.

Marx, K. y Engels, F. 1957(1848) "Manifiesto del partido comunista", en Carlos Marx- Federico Engels, *Obras escogidas*, Buenos Aires: Cartago, pp. 9-36.

Mill, J. S. 1869 *La esclavitud femenina*. Con prólogo de Emilia Pardo Bazán. En: http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-esclavitud-femenina--0/

Tristán, F. 1977(1843) *La unión obrera*, Fontamara, Barcelona

Bibliografía general

Ciriza, A. 1993 "Feminismo, política y crisis de la modernidad", E*l cielo por asalto*, Año II, Nº 5, otoño 1993, pp. 141-160.

Ciriza, A. 2007 "Retornar a Engels". Estudio Introductorio a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, pp. 9-79.

Federeci, S. 2018 *El patriarcado del Salario. Críticas feministas al marxismo*. Sevilla: Libros con duende. Madrid: Traficantes de Sueños.

Galeano, E. 1971. Las venas abiertas de América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.

Labica, G. 1997 *Engels savant et revolutionnaire*. Paris: PUF.

Larguía, I. (s.f.). "La mujer". En, Mirta Henault et al., *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires: Nueva Mujer, pp. 71-128.

Vasallo, M. 2009 "Militancia y transgresión". A. Andújar et al. (Comp.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburg (pp. 19-32).

¿Arte o tendencia?
Sobre la crítica literaria del joven Engels

Miguel Vedda

I

Querríamos anteponer a nuestros comentarios sobre la crítica literaria temprana de Engels algunas breves observaciones generales sobre el método de Marx; en particular, sobre aquel que sostiene la crítica de la economía política desarrollada ante todo a partir de la segunda mitad de la década de 1850. Uno de los aspectos cardinales de esta metodología aplicada a un análisis inmanente del capitalismo es la convicción de que este ha mostrado una capacidad para generar, en la conciencia cotidiana, mistificaciones y fetichismos que ningún modo de producción anterior había poseído. Fascinada por la conmocionada superficie de la vida moderna, dicha conciencia (y la de sus representantes intelectuales; entre ellos, en primera línea: los economistas vulgares) permanece cautiva de la inmediatez y, arrastrada de un extremo a otro por los fenómenos coyunturales, se muestra incapaz de percibir la relación que ellos tienen con la estructura total del capitalismo. El economista vulgar "cree hacer un gran descubrimiento cuando, puesto ante la revelación de la estructura interna de las cosas, proclama con insistencia que estas cosas, tal como aparecen, tienen un aspecto muy diferente. En realidad, se jacta de su apego a la apariencia, a la que considera como la verdad última (Marx, 1975:106).

Esto explica el empeño del filósofo alemán, no en descuidar la apariencia del capitalismo, sino en colocar a esta en relación con las leyes estructurales que rigen todo ese modo de producción; es decir, con lo que Marx denominaba su *fisiología.* A fin de tomar distancia de la inmediatez que deslumbra a la conciencia ordinaria y a quienes sería lícito presentar como sus portavoces intelectuales, es preciso recurrir a aquel instrumento que del que se hace mención al comienzo de *El capital*: la capacidad de abstracción. Esta perspectiva metodológica permite entender por qué el libro primero de *El capital* se desarrolla a un nivel tan alto de abstracción: de lo que en él se trata es de examinar la estructura profunda, la esencia del capitalismo como un todo; progresivamente va desplazándose el análisis hacia niveles más superficiales, hasta alcanzar, en el libro III, las categorías que expresan la empiria de las relaciones capitalistas y, con ellas, el modo en que este modo de producción se presenta inmediatamente a la intuición. Las configuraciones del capital se aproximan "paulatinamente a la forma con la cual se manifiestan en la superficie de la sociedad, en la acción recíproca de los diversos capitales entre sí, en la competencia, y en la conciencia habitual de los propios agentes de la producción" (Marx, 1976: III/1, 29). Un análisis amplio, comprensivo del capitalismo tiene que tener continuamente presente que, en este, el nivel superficial de la dinámica social al mismo tiempo expresa y vela la esencia, y por eso ha escrito con acierto Postone que una teoría inspirada en Marx debería captar tanto la superficie como la realidad subyacente, de un modo tal que logre apuntar a la posible superación histórica del todo (Postone, 2003).[1]

Semejante proceder se diferenciaba de manera tajante de un estilo de pensamiento

1 Cuando no se indica algo diferente, las traducciones son nuestras.

y escritura muy habitual en tiempos de Marx; particularmente, en los inicios de su trayectoria intelectual, a comienzos de la década de 1840. En un contexto de plena expansión de las publicaciones periódicas en Alemania, se había difundido un modelo de praxis literaria y reflexiva que, en oposición franca al presunto alejamiento de la realidad cotidiana de los pensadores y artistas de la época de Goethe y de Hegel, consideraba prioritario concentrar su atención en las cuestiones de actualidad. La figura del escritor se aproximaba a la del periodista y a la del polemista político, y es así que pasaron a ocupar transitoriamente un lugar decisivo figuras como las de los Jóvenes Alemanes y Ludwig Börne; intelectuales que, con el correr del tiempo, pasaron a convertirse en autores pertenecientes –como decía Borges–, no a la literatura, sino a la historia de la literatura, es decir: a volverse asunto de la investigación de los especialistas, sin la vitalidad que aún hoy poseen las obras más importantes del período clásico y romántico. Muchos de los artículos y reseñas publicados por autores contemporáneos de Marx, que desataron agudas polémicas en su tiempo, no consiguieron sobrevivir a sus condiciones históricas de publicación, y quedaron en gran medida olvidados. Muy por encima de esta literatura publicística se encuentran personajes inusuales que, como Heine y Marx –dos discípulos heréticos de Hegel–, prefirieron dedicar a su tiempo una mirada más profunda, en la que lo efímero y lo sustancial, la apariencia y la esencia aparecen siempre dialécticamente vinculados.

Esto explica las preferencias literarias de Marx. Durante toda su vida, el autor de *El capital* siguió con interés la producción contemporánea –de Dickens y Thackeray a Dumas, las hermanas Brontë y la poesía política–; pero, de cara a la literatura del pasado y del presente, siempre mostró predilección por aquellos autores que, distanciándose de un apego naturalista a la representación de la superficie de la vida, mostraban un talento especial para abstraer los rasgos esenciales de toda una época: Esquilo, Dante, Shakespeare, Goethe, Balzac. En una entrevista de 1968, Lukács ha dicho que lo que aprendió Marx de la literatura es "a comprender los conflictos en la historia y los períodos de transición no solamente como la suma total de las jugadas de ajedrez individuales, sino a ver la forma en la que estaban conectadas, es decir, a verlas en su propio contexto" (Lukács, 2003:118). En una dirección parecida había dicho ya el joven Lukács que el dramaturgo isabelino no escribió la historia, sino la filosofía de la historia del feudalismo decadente: es como si Shakespeare se encontrara en lo alto de una atalaya desde la cual observa, no los "pequeños" detalles fácticos, sino las grandes fuerzas históricas, con una notable capacidad de abstracción. Estas ideas de Lukács están en consonancia con el gusto estético de Marx: justamente, lo que este celebraba en Balzac es que el novelista francés "no fue solo el historiador de la sociedad de su tiempo, sino también el creador de personajes proféticos que aún se encontraban en estado embrionario bajo Louis-Philippe y que solo después de la muerte de este, bajo Napoleón III, se desarrollaron de manera completa" (Lafargue, 1964:325).2 Pensamos que existe una relación íntima entre estas preferencias estéticas de Marx y la propia metodología de análisis del capitalismo propuesta en *El capital:* en su obra tardía, la indagación marxiana parte en busca de las determinaciones *fundamentales* de una época determinada; determinaciones que, en cuanto tales, poseen un alto grado de estabilidad y permanencia. La teoría marxiana madura no se propone narrar la historia del capitalismo, ni describir una fase específica de este –digamos: el del *laissez faire* y la libre competencia, a diferencia de la posterior etapa

2 Cuando no se indica algo diferente, las traducciones son nuestras.

imperialista–, sino que busca exponer "la organización interna del modo capitalista de producción, por así decirlo, en su término medio ideal" (Marx, 1976: III/8, 1057); la "*ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*" (Marx, 1976: I/1, 8). Esta decisión de atender a los rasgos esenciales del capitalismo, que persisten más allá de las variaciones históricas de ese modo de producción, explica el notable grado de generalización de la crítica de la economía política marxiana; justifica la validez que esta, hasta el día de hoy, no ha dejado de poseer. Al mismo tiempo, esto distingue a Marx de esa atracción –y distracción– con los fenómenos coyunturales que define tanto a los economistas políticos y vulgares como a numerosos intelectuales socialistas de su época. Marx, como el viejo Goethe, como Balzac, promueve un estilo de pensamiento que toma distancia de la inmediatez sin renunciar a comprenderla; que, consciente de que las *formas comunes y corrientes del pensar* están cautivas de la mistificación y el fetichismo, investiga en diversidad de planos la dialéctica entre fenómeno de superficie y estructura fundamental.

La tentativa para distanciarse de las inversiones y distorsiones de la conciencia ordinaria, no para desdeñarlas, sino para comprenderlas en su historicidad, se vincula con esa capacidad excepcional para la crítica y la autocrítica que define a Marx. Algo que distingue a este de otros intelectuales de su tiempo –incluso de algunos muy lúcidos y comprometidos, como Lassalle o Heß– es que nunca, ni siquiera en sus años de juventud, se vio a sí mismo ante todo como el discípulo de un venerado referente. De manera productiva y provocadora, Marx asimiló con notable profundidad complejos sistemas de pensamiento abocándose, desde un primer momento, a la descomposición y la demolición críticas; de esa manera se enfrentó, por ejemplo, con la filosofía de Hegel o con los economistas políticos clásicos. Una y otra vez se ha visto Marx obligado a afirmar, en su confrontación polémica con otros pensadores, que el *aprendizaje de la realidad* –una vez más: como en Goethe y en Hegel– es infinitamente más productivo que cualquier intento para imponerle a ella fórmulas intelectuales preconcebidas. Este aspecto, que persistirá en toda su producción, aparece ya a menudo en las polémicas tempranas con los jóvenes hegelianos. En estos cuestiona Marx recurrentemente la obstinación en perderse en bizantinas especulaciones intelectuales, en lugar de anteponerles una inmersión libre en el objeto. Lukács demostró persuasivamente que neohegelianos "ortodoxos" como Lassalle y Heß, tratando de superar a Hegel moviéndose dentro de los límites de la letra del filósofo alemán, retrocedieron detrás de este, hasta las posiciones no dialécticas de Fichte, quien se obstinaba en contraponer las "malas" condiciones del presente con un principio especulativo (Lukács, 2014). En tanto estos Jóvenes Hegelianos buscaban imponer sobre la realidad principios abstractos –como en Fichte: si los hechos no están de acuerdo con esos principios, tanto peor para los hechos–, Marx piensa que solo es dialéctico un pensamiento que no permanece inmovilizado, sino que se corrige una y otra vez a partir del trabajo con el objeto. Para el pensamiento dialéctico, no existe ninguna cosa que exista de una vez y para siempre, que no esté en movimiento o en devenir.

Este pensamiento, precisamente por su imperativo de dinamismo, se rehúsa a hacer violencia a sus objetos. Su intención es más bien plantear al objeto como algo prioritario, y el esfuerzo del pensamiento debe estar volcado a amoldarse del modo más profundo posible a las particularidades del objeto. Dicho de otro modo: la dialéctica extrae los conceptos de la cosa, y no le impone coercitivamente a esta un principio *a priori*. Esta perspectiva, que representa, a nivel metodológico, uno de los elementos

más importantes que aprendió Marx de Hegel, estuvo presente en el pensador alemán desde temprano. Aparece formulada en la conocida carta al padre del 10 de noviembre de 1837, donde el joven estudiante de derecho condena sus anteriores intentos filosóficos porque en ellos se encuentra "la misma contradicción entre la realidad y el deber ser característica del idealismo" (Marx, 1982: 6); consistían en "principios, reflexiones, definiciones de conceptos, al margen de todo derecho real y de toda forma real del derecho, como vemos en Fichte, sólo que en mí de un modo más moderno y más carente de contenido" (Marx, 1982:6). El procedimiento correcto, en cambio, consiste en "pararse a escuchar atentamente el objeto mismo en su desarrollo, sin empeñarse en insertar en él clasificaciones arbitrarias, sino dejando que la razón misma de la cosa siga su curso contradictorio y encuentre en sí mismo su propia unidad" (Marx, 1982:7). Fiel a estos propósitos tempranos, la obra de Marx se ha desarrollado como un *pensamiento en movimiento*, siempre reacio a la cristalización en un sistema fijo y normativo.

Este preámbulo es necesario para precisar algunas diferencias entre la fisonomía de Marx y la de Engels, a quienes tan frecuentemente trataron de considerar los dogmáticos como las mitades de una unidad indivisa y como los apóstoles de la filosofía finalmente verdadera, inmóvil y única. Engels, que comenzó su carrera intelectual como crítico literario, era mucho más proclive que Marx a dejarse atraer por la superficie de la vida social, por la transitoria Modernidad y por las modas. En sus críticas tempranas, en particular, no solo se dedica prioritariamente a reseñar la literatura del momento, sino que sus modelos son los de la escritura publicística entonces dominante, a la que se esfuerza en parecerse. Es persistente en él la búsqueda de referentes y mentores; y, en lo que concierne a Marx, su actitud en cuanto discípulo se orientó, en parte, en el sentido de otorgarle al pensamiento de su amigo una sistematicidad que le es totalmente ajena. De hecho, el reemplazo de la teoría crítica de Marx por una visión del mundo omniabarcadora, presuntamente capaz de ofrecer respuesta a todas las preguntas, se inicia con el *Anti-Dühring* (1878) de Engels, la obra que de algún modo funda una orientación llamada marxismo. En esta perspectiva sistematizadora –inmovilizadora– se apoyan posiciones posteriores; como la de Lenin, cuando sostiene que la "doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera. Es completa y armónica, y brinda a los hombres una concepción integral del mundo" (Lenin, 1979: 31). Rasgos característicos de Engels son, por un lado, esta tendencia a generalizar e inmovilizar el dinamismo de la filosofía marxiana; en una medida importante, para adecuarlas a las tendencias científicas en boga en la segunda mitad del siglo XIX; ante todo: el positivismo, con sus principios evolucionistas y su predilección por el establecimiento de leyes universales, fundadas en el paradigma de las ciencias naturales por entonces imperante. Por otro lado, el hecho de que las leyes propuestas poseen ante todo un carácter formal se diferencian del método rigurosamente inmanente e historicista de Marx, quien analiza el capitalismo como una totalidad estructurada por leyes que asumen, en su seno, funciones totalmente particulares.

A partir de este análisis inmanente a la Modernidad capitalista, y no de un punto arquimédico externo a ella, aquella totalidad es expuesta por Marx, no como una armonía preestablecida imperecedera y autosuficiente, sino como un todo internamente contradictorio, expuesto a periódicas crisis y, eventualmente, a la declinación y la muerte. Con razón se ha subrayado que esta cualidad le concede a la teoría marxiana un sesgo radicalmente autorreflexivo, en virtud del cual su punto de vista no es trans-

histórico o trascendental, sino históricamente inmanente (Postone, 2003).

Al decir esto, no nos proponemos cuestionar la estatura intelectual, y menos aún el compromiso político de Engels. Este fue un pensador brillante y un luchador incansable, que en cuanto tal merece ser recordado y celebrado como una de las figuras más sobresalientes en la historia de los movimientos revolucionarios. Solo querríamos sugerir que, a la hora de analizar un fenómeno histórico específico, un análisis dialéctico debería buscar ante todo la significación histórica de ese fenómeno; y un examen semejante, desarrollado sin preconceptos, muestra una divergencia entre la metodología de *El capital* y la que se extrae del *Anti-Dühring* o de la *Dialéctica de la naturaleza*. Por otra parte, como veremos, en aquellos casos en que Engels se aferra al proceder dinámico e inmanente de Hegel y Marx, antes que a la búsqueda de leyes y la construcción de sistemas, realiza análisis extremadamente sutiles, que van más allá de los límites de sus inclinaciones especulativas y sistemáticas. Tendremos ocasión de mostrar esto a propósito de sus escritos sobre literatura.

II

Los comienzos de la crítica literaria engelsiana se encuentran marcados por las circunstancias históricas de Alemania y, en particular, por las características que en ella llegó a adquirir la literatura, a diferencia de las que definían a épocas anteriores. En los escritores del período de la Restauración (1815-48), particularmente a partir de la conmoción que produjo la Revolución de Julio en Francia (1830) entre los intelectuales alemanes, fue desarrollándose una conciencia de que los cambios que estaban produciéndose tenían que afectar a la literatura, arrancándola del alejamiento esteticista de la vida que la había caracterizado durante el período clásico. En 1834 destacó Ludolf Wienbarg –uno de los integrantes de la "Joven Alemania", uno de los movimientos gravitantes en aquellos años– que aquello que distingue a la poesía clásica de la "estética literaria más reciente" es "la placidez que habla desde la prosa de Goethe y Jean Paul, y que falta por completo en la de los más recientes" (Wienbarg, 1966: 115). La nueva literatura ha emprendido el intento de abandonar el Parnaso para sumergirse en la agitada vida contemporánea:

> "Aquellas grandes figuras de nuestra literatura precedente vivían en una esfera separada del mundo, instalados blanda y cálidamente en un mundo encantado, ideal, arrojando una mirada desde lo alto –semejantes a dioses mortales– a los padecimientos y alegrías del mundo real, y nutriéndose del humo sacrificial de los sentimientos y deseos del público. Los nuevos escritores han descendido desde esa segura eminencia, constituyen una parte del público, deambulan con la masa, se enardecen, se alegran, aman y se indignan como cualquier otra persona, nadan en medio de la corriente del mundo (...)" (Wienbarg: 1966: 115).

Una intensa *politización de la literatura* es una de las signaturas del período; de ahí las propuestas liberales de borrar los límites entre arte y vida, entre estética y ética, entre ciencia y política que recorren la literatura de la época; también la voluntad de promover una legitimación y emancipación de la prosa (Mundt), frente a la primacía anteriormente acordada a la poesía. Heine acuñó, para designar este proceso, la expresión de "fin del período artístico"; con él aludía tanto a la descomposición del culto

idealista de la forma que había sido hegemónico durante la época clásica, como a los síntomas de un naciente realismo que comienzan a insinuarse en la literatura alemana a partir de la década de 1830. En este contexto, el ensayo abandonó su posición relativamente marginal dentro del sistema de los géneros para cobrar un prestigio y una popularidad crecientes. En concordancia con el proceso de politización de la literatura, la forma ensayística se aparta de la propensión a lo lírico o a la reflexión filosófica para ocuparse de los asuntos del día; tal como señala Jost Hermand, el ensayo de la Restauración encuentra atractivo "No lo poético, sublime, romántico (...) sino el aquí y ahora, la situación concrete del presente, que a cada día exige una nueva toma de posición" (Hermand, 1966: 371). A diferencia de lo que ocurría durante el período clásico, la temática del ensayo no está centrada ya en planteos universalistas en torno a la ética, la estética o la religión, sino en la discusión de problemas y sucesos políticos, sociales y estéticos concretos; también en la formulación de un proyecto de "rehabilitación de la carne" (Heine) y, en términos generales, de la realidad material. Los planteos especulativos en torno a cuestiones generales de la estética y la poética son reemplazados por la crítica de obras particulares, como pretexto para una discusión de los asuntos políticos, de acuerdo con el programa –formulado por Ludwig Börne– de transformar la "opinión pública literaria" en una "opinión pública política". Entre los intelectuales destacados de la época, solo unos pocos percibieron con claridad los riesgos de estas perspectivas: que la concentración de la literatura en cuestiones coyunturales, pasajeras, sin desplegar la capacidad de abstracción necesaria para distinguir lo esencial de lo accesorio, y una reducción unilateral de la crítica a la agitación y la denuncia representan una reacción todavía más parcial y restrictiva que el alejamiento idealista del mundo que definía a muchas figuras del período precedente. En la década de 1840, obras como las de Heine y Marx se alzan por encima de una plétora de figuras menores que tienen poco que decirles a los lectores de épocas posteriores.

La Joven Alemania es uno de los movimientos representativos de esos años, y los inicios de Engels como escritor están marcados por la veneración hacia las figuras más conocidas de ese grupo. En particular, el joven Engels sintió por Karl Gutzkow una intensa admiración que no se circunscribe a la producción literaria, sino que se extiende al modelo de intelectual encarnado en ese escritor alemán. Bajo los auspicios de Gutzkow –y en el periódico que este dirigía, el *Telegraph für Deutschland* ('Telégrafo para Alemania')– Engels inicia, a los diecinueve años, su actividad literaria, publicando las *Briefe aus dem Wuppertal* (Cartas desde Wuppertal, 1839)[3], una serie de comentarios satíricos acerca de la vida religiosa e intelectual en Barmen-Elberfeld, localidad de la que era oriundo precisamente el futuro líder comunista. Los juicios formulados en la correspondencia y en los artículos de crítica literaria escritos durante 1839 delatan el influjo de Gutzkow[4]; más aún: Engels declara expresamente su voluntad de sumarse a la causa de la Joven Alemania, y cierra sus cartas con la signatura "Friedrich Engels, Junger Deutscher" ('Friedrich Engels, Joven Alemán').

Hacia finales de ese año comienzan a mostrarse algunos cambios en las concepciones del crítico. Incitado, en parte, por la lectura del ensayo *Vergangenheit und Gegenwart* ('Pasado y presente', 1839), de Gutzkow, Engels comienza a desenvolver un creciente interés por la obra y por la persona de Ludwig Börne, quien pasa a convertirse desde

3 Las *Cartas* comenzaron a publicarse sin indicación del nombre del autor; luego, bajo el pseudónimo de Friedrich Oswald.
4 Así, los comentarios de Engels acerca de, por ejemplo, Karl Leberecht Immermann o Karl Beck coinciden puntualmente con los de Gutzkow.

entonces en su nuevo ídolo. En una carta del 8 de octubre de 1839, despliega un elogio exaltado de la prosa de Börne, en la que encuentra la más perfecta expresión del "estilo moderno", que

> "une dentro de sí todas las excelencias del estilo; una condensada brevedad y una precisión que alcanzan el objeto con *una* palabra, y que se alternan con la exposición épica, serena; un lenguaje sencillo, que alterna con imágenes relucientes y brillantes chispas de ingenio; un Ganímedes juvenilmente vigoroso, con la cabeza coronada de rosas, que tiene en la mano el proyectil que mató a Pitón" (Engels, 1967a: 400).

El ensayo *Menzel der Franzosenfresser* ('Menzel, el devorador de franceses', 1836), de Börne, es presentado como "sin duda, lo mejor que tenemos en la prosa alemana, tanto en lo que respecta al estilo como a la fuerza y riqueza de los pensamientos; es espléndido; quien no lo conoce, no cree que nuestro idioma posea semejante fuerza" (cit. en Demetz, 1959: 39). La sustitución de Gutzkow por Börne en cuanto modelo acarreó algunas riesgosas consecuencias; al margen de sus compromisos éticos y políticos, el primero era (aunque no sin oscilaciones) adverso a los designios de subordinar la literatura a la política; idea que, hasta el momento, había compartido Engels. La lectura de Börne condujo transitoriamente a Engels a concebir la obra literaria como una herramienta para difundir los ideales republicanos. En el artículo *"Die deutschen Volksbücher"* ('Los libros populares alemanes'), concluido en octubre de 1839, afirma que las obras correspondientes a este género tienen, por cierto, la misión de entretener y fascinar a sus lectores, pero que su misión esencial consiste en estimular el sentido moral del pueblo, despertar su conciencia de la libertad y alentar al amor a la patria. Entre las derivaciones del "culto de Börne" se encuentran, asimismo, una cierta desvalorización de Goethe y un ostensible desprecio hacia Heine.

Pero a la admiración por Börne se añade, poco después, el amplio interés despertado en Alemania por las discusiones en torno al legado hegeliano. Engels leyó *Das Leben Jesu* ('La vida de Jesús' (1835-6), de David Strauß –precisamente, la obra que precipitó la división entre Viejos y Jóvenes Hegelianos–, y esa lectura no solo lo incitó a estudiar escrupulosamente la obra de Hegel, sino también a informarse acerca de los debates entre los discípulos del filósofo de izquierda y de derecha. No debe sorprender, en vista del radicalismo del joven Engels, que este se sintiera atraído por las posiciones sostenidas por Arnold Ruge y sus colaboradores en los *Hallische Jahrbücher* ('Anuarios de Halle'). La búsqueda de afinidades entre Börne y Hegel marca el siguiente estadío en la evolución de Engels; en un artículo sobre Ernst Moritz Arndt compuesto entre octubre y diciembre de 1840, sostiene que el objetivo central de la época es establecer una síntesis entre Hegel y Börne:

> "Börne es el hombre de la praxis política, y su posición histórica está dada por el hecho de que él cumplió perfectamente con esta vocación. [...] La magnificencia de la acción no ha sido expuesta por nadie como por él. En Börne, todo es vida, todo es fuerza. Solo de *sus* escritos cabe decir que son *acciones* a favor de la libertad [...] Junto a Börne, y frente a él, Hegel, el hombre del pensamiento, presentó ante la nación su sistema ya terminado. La autoridad no se tomó el esfuerzo de abrirse paso a través de las formas abstrusas del sistema y del férreo estilo de Hegel; ¿cómo podría aquella saber que esta filosofía se atrevía a aventurarse desde el sereno puerto de la teoría al mar tempestuoso de los acontecimientos; que ella ya desenvaina la espada para salir a enfrentarse directamente con la praxis de lo existente?" (Engels, 1967b: 473).

La reconciliación entre Hegel y Börne representaría, pues, la síntesis entre pensamiento y acción; en vista de tal propuesta integradora, es comprensible que Engels se apartara cada vez más de sus anteriores devociones hacia la Joven Alemania. En el artículo "*Moderne Polemik*" ('*Polémica moderna*', comienzos de 1840) se advierte todavía una actitud comparativamente favorable hacia Gutzkow; pero en una reseña del *Richard Savage* de Gutzkow, publicada el 31 de julio del mismo año, da ya más claras muestras de distanciamiento. En el curso de los próximos años se consumará la plena ruptura con la Joven Alemania; en "*Alexander Jung, Lecciones sobre la literatura moderna de los alemanes*" (1842), Engels cuestiona a Jung por seguir cantando loas a la Joven Alemania en momentos en que esta "ha pasado, ha arribado la escuela neohegeliana" y en que "Strauß, Feuerbach, Bauer, los *Jahrbücher* han atraído la atención general" (Marx y Engels, 2003: 66). En el mismo artículo, Engels impugna la determinación, asumida por el autor de las *Lecciones*, de establecer afinidades entre los principios de la Joven Alemania y la filosofía hegeliana, y la enfrenta con su propia propuesta de síntesis entre Börne –"el único *hombre* en la Alemania de su época" (Marx y Engels, 2003: 63)– y Hegel.

Pero, a pesar de la importancia que tuvo el descubrimiento de la filosofía de los Jóvenes Hegelianos, un punto de viraje decisivo en la evolución del joven Engels está dado, tal como señala Lukács, por la lectura de Feuerbach y el contacto con el movimiento obrero inglés (Lukács, 2003: 254). Los frutos de ambas experiencias pueden verse en el artículo sobre "*La situación de Inglaterra*" (1844) publicado en los *Anales Franco-Alemanes*; particularmente, en las reflexiones acerca de la crítica social y cultural de Thomas Carlyle. En obras como *Chartism* ('Cartismo', 1839) y *Past and Present* ('Pasado y presente', 1843), el escritor escocés había abordado lo que él mismo designaba "el problema de la Condición de Inglaterra", criticando la economía del *laissez-faire* y detallando, no sin patetismo, las miserias del proletariado industrial. Engels alaba a Carlyle por ser el primer intelectual inglés que se ocupa de la situación social de su país; pero muestra descontento ante los múltiples elementos románticos presentes, por ejemplo, en *Past and Present*. Al traducir parcialmente este ensayo, Engels se tomó el cuidado de descartar las evocaciones idílicas del Medioevo, en el que veía Carlyle un contrapunto positivo frente al desencantado mundo moderno de las maquinarias y la especialización. Las esperanzas engelsianas estaban puestas en un viraje del autor escocés hacia posiciones más democráticas que, en realidad, no habría de producirse jamás. De hecho, las obras posteriores de Carlyle abundan en alabanzas hacia el feudalismo y hacia el poderío despótico del "*Strong Just Man*: el *Occasional discourse on the nigger question*" ('Discurso ocasional sobre la cuestión de los negros', 1849) y los "*Latter-day Pamphlets*" ('Panfletos de estos días', 1850) son una muestra de la orientación drásticamente antidemocrática de su pensamiento maduro y tardío.

Otros de los aspectos que Engels pone de manifiesto en su crítica son las limitaciones y deficiencias del panteísmo de Carlyle. Un punto más significativo, en lo que respecta a la evolución de Engels como crítico literario, es un cambio en la valoración de Goethe en el que podría verse un distanciamiento respecto de las posiciones de Börne. En "*La situación de Inglaterra*", se lee: "Goethe no tenía nada que ver con 'Dios'; la palabra lo incomodaba; él se sentía a gusto solo en el ámbito humano, y esa humanidad, esa emancipación del arte respecto de las cadenas de la religión, es lo que constituye precisamente la grandeza de Goethe. Ni los antiguos ni Shakespeare pueden igualarlo

en este punto" (Engels, 1967c). El artículo sobre Carlyle fue compuesto en enero de 1844; a fines de agosto de ese mismo año, Engels, que regresaba a Alemania después de una estadía en Inglaterra, visitó a Marx que, en aquel momento, residía en París. Ese encuentro representó, para Engels, el punto de viraje más significativo dentro de su propia evolución intelectual, y significó el inicio de una intensa labor en común que habría de extenderse durante casi cuarenta años, hasta la muerte de Marx.

La disconformidad de Marx frente a las tentativas de subordinar la literatura a fines prácticos (y, en particular agitatorios), como asimismo su predilección por los autores más significativos dentro de la literatura mundial, antes que por figuras menores de la literatura alemana contemporánea, debieron de ejercer influencia sobre Engels e inducirlo a revisar –por ejemplo– su incondicional devoción por Börne, así como a propiciar una reevaluación de la obra de Goethe. La extensa reseña que Engels consagra al libro de Karl Grün sobre Goethe en la segunda parte de *Deutscher Sozialismus in Versen und Prosa* ('El socialismo alemán, en versos y en prosa', 1846-7) testimonia este cambio de orientación. La reseña debe entenderse en el marco de la polémica de Marx y Engels con los representantes del llamado "socialismo verdadero". Grün, que pertenecía a este grupo, era un seguidor de Proudhon y, como tal, un ferviente defensor de una orientación que Marx y Engels calificaban de pequeñoburguesa.[5] En *Goethe, vom menschlichen Standpunkte* ('Goethe, desde un punto de vista humano', 1846), Grün ofrece una imagen del autor de *Fausto* estrictamente contraria a la que habían esbozado Börne y los escritores liberales de la Restauración: Goethe emerge, en dicho libro, como un filántropo benévolo que, a través de obras como *Prometeo* y *Werther*, se constituye en defensor de los pobres y desamparados y en apóstol de la pura humanidad. Siguiendo, en parte, la interpretación realizada por Ludolf Wienbarg, y diferenciándose tanto de la imagen ideada por Börne como de la esbozada por Grün, Engels encuentra en Goethe una figura compleja y contradictoria, y señala las diferencias existentes

> "entre el poeta genial, al cual le repugna la *Misère* de su entorno, y el cauteloso hijo del representante del ayuntamiento en Frankfurt, o el consejero secreto de Weimar, que se ve obligado a concertar un armisticio con dicha miseria y a acostumbrarse a ella. De este modo, Goethe es, por momentos, colosal, por momentos, mezquino; por momentos, genio obstinado, burlón, misántropo; por momentos, filisteo respetuoso, fácil de contentar, estrecho. Ni siquiera Goethe estuvo en condiciones de vencer a la miseria alemana; al contrario, ella lo venció a él, y esta victoria de la miseria sobre el más grande de los alemanes es la mejor prueba de que no puede ser superada en absoluto 'desde adentro'" (Marx y Engels, 2003: 158).

A diferencia de otros escritores, artistas y pensadores alemanes de la época, que encontraron menos dificultades para capitular ante la "miseria alemana", Goethe "era demasiado universal, de naturaleza demasiado activa, demasiado carnal como para buscar salvarse de la miseria refugiándose, como Schiller, en el ideal kantiano; era demasiado perspicaz como para no ver que esa huida se reducía finalmente a la sustitución de la miseria llana por la exuberante" (Marx y Engels, 2003: 158). No menos revelador es el hecho de que Engels subraye la importancia del sensualismo goetheano frente al predominante espiritualismo de la intelectualidad alemana contemporánea; en este plano, este análisis se aproxima a las ideas desarrolladas por Marx a propósito

5 En el capítulo IV de *La ideología alemana* se desarrolla una extensa crítica de las concepciones sociales de Grün.

de los *Misterios de París*, la novela de Eugène Sue, en *La Sagrada Familia* (1845).

La disposición que este artículo revela para escuchar atentamente el objeto mismo en su desarrollo, sin empeñarse en insertar en él clasificaciones arbitrarias –para reiterar aquí la cita de la carta Marx a su padre–, muestra en qué medida podía Engels desarrollar lecturas sutiles, que hicieran justicia a la particularidad del tema analizado. Esto se advierte también en la obra posterior del pensador alemán: las interpretaciones de este son tanto más sutiles cuanto más se distancian de la búsqueda de leyes universales –de inspiración hegeliana o positivista– para dedicarse a un análisis de la lógica inmanente al objeto. Felizmente, existen muchas ocasiones en que la reflexión posterior de Engels muestra una atención semejante las latencias de las materias que examina. Tenemos evidencias de esto en las discusiones literarias posteriores. Por ejemplo, en el "Debate sobre el *Sickingen*", en el que Marx y Engels objetan precisamente en el drama el hecho de que el autor, Ferdinand Lassalle, ha manipulado sus materiales estéticos desde una perspectiva logicista, de inspiración hegeliana, y ha producido por esto una pieza en la cual la tendencia subjetiva violenta sus objetos, con infortunados resultados. Posiciones como esta se encuentran en la base de muchos de los mejores aportes de Engels, que promueven una aproximación comprensiva y abierta hacia los objetos de la reflexión. Una difusión mucho mayor que la que ha experimentado hasta ahora debería tener aquela carta de Engels a Joseph Bloch del 21 de septiembre de 1890 en que el filósofo alemán destaca los límites de una aplicación dogmática de la relación entre base y superestructura: "Si algunas veces los jóvenes dan mayor importancia de la que tiene al aspecto económico, somos Marx y yo, parcialmente, los responsables. Frente a nuestros adversarios, nos fue preciso subrayar el principio esencial, negado por ellos, y no siempre hemos tenido tiempo, ni lugar, ni ocasión de hacer justicia a los otros factores que participan en la acción recíproca" (Marx y Engels, s/a: 53). En contra de lo que sostenían ciertos intelectuales pretendidamente marxistas, dice Engels:

> "La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura.... ejercen igualmente su acción sobre el curso de las luchas históricas y determinan de manera preponderante la forma en muchos casos. Hay acción y reacción de todos estos factores en el seno de los cuales el movimiento económico acaba necesariamente por abrirse camino a través de la multitud infinita de casualidades (es decir, de cosas y acontecimientos cuya ligazón íntima es tan lejana, o tan difícil de demostrar, que podemos considerarla como inexistente y descuidarla). De lo contrario, la aplicación de la teoría a cualquier período histórico sería mucho más fácil que la resolución de una simple ecuación de primer grado" (Marx y Engels, s/a: 51).

No menos importante es esa antipatía del viejo Engels a la literatura de tendencia que muestra una coincidencia intensa con el gusto y con las convicciones de Marx. Esto es lo que se expresa en la conocida carta a Minna Kautsky del 26 de noviembre de 1885, en la que se discute el concepto de literatura de tendencia, indicando que esta debería surgir de la situación y la acción mismas de la obra, sin que el autor llame la atención expresamente sobre ella. Engels añade –en términos que recuerdan a los expresados en *La Sagrada Familia*, o en el debate sobre el *Sickingen* (1859)– que el poeta no tiene por qué darle en mano al lector la solución histórica futura de los conflictos sociales a los que concede una configuración literaria. En un esbozo de carta a Margareth Harkness escrito en abril de 1888, sostiene Engels que cuanto más ocultas permanezcan

las opiniones del autor, tanto mejor será la obra de arte; e identifica su concepto de realismo con la honesta sobriedad de un Balzac, a la que contrapone con la composición "tendenciosa" de Zola. El justo respeto frente a la materia artística condujo al autor de la *Comedia humana* –que, a diferencia de Sue, Lassalle o Zola, no accede a convertir a sus personajes en portavoces de sus ideas políticas– a alcanzar un verdadero "triunfo del realismo":

> "Considero como uno de los más grandes triunfos del realismo y como uno de los rasgos más grandiosos del viejo Balzac, que haya estado tan compelido a actuar contra sus propias simpatías de clase y sus propios prejuicios políticos; que *viera* la necesidad de la decadencia de sus amados nobles y los representara como hombres que no se merecen ningún destino mejor; y que *viera* a los verdaderos hombres del futuro allí donde sólo podían encontrarse en aquel entonces" (Marx y Engels, 2003: 234).

"Realismo" no significa en este caso la apología de un movimiento estético particular, representado por un elenco de grandes autores decimonónicos y de una multitud de figuras menores de ese mismo período. Significa una actitud mucho más básica: una disposición para aprender de la realidad, anteponiendo ese aprendizaje a la afirmación doctrinaria de principios teóricos; significa una atención dialéctica a las latencias del objeto de la que se desprenden importantes derivaciones en los planos filosófico, político, y también estético. Frente a las especulaciones de los doctrinarios y de los voluntaristas exacerbados –y con ambos se ha mostrado a menudo afín la literatura de tendencia– se trata ante todo de alcanzar un triunfo del realismo.

Bibliografía

Demetz, P. (1959) *Marx, Engels und die Dichter. Zur Grundlagenforschung des Marxismus*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart.

Engels, F. (1967a) "Carta a Wilhelm Graeber. Bremen, 8 de octubre de 1839", en Marx, K./ Engels F. Über *Kunst und Literatur*, selección de Manfred Kliem, vol. II, Dietz, Berlín.

Engels, F. (1967b) "Ernst Moritz Arndt", en Über Kunst und Literatur, vol. II, selección de Manfred Kliem, vol. II, 2 vols., Dietz, Berlín.

Engels, F. (1967c) "Die Lage Englands ('Past and Present' by Thomas Carlyle, London 1843)", en Über Kunst und Literatur, selección de Manfred Kliem, vol. II, 2 vols., Dietz, Berlín.

Hermand, J. (1966) "Nachwort", en Hermand, Jost (ed.) Das Junge Deutschland. Texte und Dokumente, Philipp Reclam, Stuttgart.

Lafargue, P. (1964) "Persönliche Erinnerungen an Karl Marx" en VV.AA. Mohr und General. Erinnerungen an Marx und Engels, Dietz, Berlín.

Lenin, V. I. (1979) "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo", en Obras escogidas vol. 1, varios traductores, 3 vols., Progreso, Moscú.

Lukács, G. (2003) "Entrevista: En casa, con György Lukács", en Lukács, György. Testamento político y otros escritos de política y filosofía, traducción de Mariela Ferrari, edición, introducción y notas de Antonino Infranca y Miguel Vedda, Herramienta, Buenos Aires.

Lukács, György, "Friedrich Engels como teórico y crítico de la literatura" en Marx, K. y Engels, F. Escritos sobre literatura, traducción de Miguel Vedda.

Lukács, G. (2014) "Moses Heß y los problemas de la dialéctica idealista" en Táctica y ética. Escritos tempranos (1919-1929), edición al cuidado de Antonino Infranca y Miguel Vedda, traducción de Miguel Vedda, Herramienta, Buenos Aires.

Marx, K. (1975) Cartas a Kugelmann, traducción de Giannina Bertarelli, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Marx, K. (1976) El capital. Crítica de la economía política, edición, traducción y notas de Pedro Scaron. 8 vols, Siglo XXI, México.

Marx, K. (1982) "Carta al padre", en Escritos de juventud, traducción de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México.

Marx, K. y Engels, F. (s/a) Sobre la literatura y el arte, escogido, traducido y presentado por Jean Freville, Editorial Problemas, Buenos Aires.

Marx, K. y Engels, F. (2003) Escritos sobre literatura, selección e introducción de Miguel Vedda, traducción y notas de Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda, Colihue, Buenos Aires.

Postone, M. (2003) Time, Labour and Social Domination. A reinterpretation of Marx's critical theory, Cambridge U.P, Cambridge.

Wienbarg, L. (1966) "Heine als Vorbild eines witzigen Stils", en Hermand, Jost (ed.) Das Junge Deutschland. Texte und Dokumente, Philipp Reclam, Stuttgart.

Friedrich Engels sobre la religión y la lucha de clases[1]

Michael Löwy

La reconocida frase "la religión es el opio de los pueblos" es considerada como la quintaesencia de la concepción marxista del fenómeno religioso por la mayoría de sus partidarios y sus oponentes. Pero, ¿hasta qué punto esta es una perspectiva acertada? En primer lugar, debería enfatizarse que *esta declaración no es en absoluto específicamente marxista.* La misma frase puede ser encontrada, en varios contextos, en los escritos de Kant, Herder, Feuerbach, Bruno Bauer, Moses Hess y Heinrich Heine... Por ejemplo, en su ensayo sobre Ludwig Börne (1840), Heine ya la emplea de una manera bastante positiva (aunque irónica): "¡Salve una religión que, en el amargo cáliz de la humanidad, vertió algunas gotas dulces, soporíferas; un opio espiritual, algunas gotas de amor, esperanza y fe!" (Heine, 2009: 173-174). Moses Hess, en sus ensayos publicados en Suiza en 1843, adopta una postura más crítica (pero aún ambigua): "La religión puede hacer soportable (...) la infeliz conciencia de servidumbre (...) del mismo modo en que el opio es de buena ayuda ante enfermedades dolorosas" (cit. en Gollwitzer, 1962: 15-16).[2]

La expresión apareció poco después en un artículo de Marx sobre la filosofía del derecho de Hegel (1844). Una lectura atenta del párrafo marxiano en el que aparece esta frase revela que esta cuestión es más compleja y menos unívoca de lo que usualmente se cree. Aunque obviamente crítico con la religión, Marx toma en cuenta el *carácter dual* del fenómeno:

> "La miseria religiosa es, por un lado, la expresión de la miseria real, y por otro, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado de ánimo de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de los estados de cosas carentes de espíritu. La religión es el opio del pueblo" (Marx, 1970: 102).

Al leer el ensayo completo, surge claramente que el punto de vista marxista le debe más al neohegelianismo de izquierda, que veía la religión como la alienación de la esencia humana, que a la filosofía de la Ilustración, que simplemente la denunciaba como una conspiración clerical. De hecho, cuando Marx escribió el párrafo anterior era aún discípulo de Feuerbach, y un neohegeliano. Su análisis de la religión era por lo tanto "premarxista", sin ninguna referencia de clase y más bien ahistórico. Pero tenía una *cualidad dialéctica* que capta el carácter contradictorio de la "angustia" religiosa: tanto una legitimación de las condiciones existentes como una protesta contra ella.

Fue solo después, particularmente en la obra escrita en colaboración por Marx y Engels *La ideología alemana* (1846), que el estudio propiamente marxista de la religión como una realidad social e histórica comenzó. El elemento clave de este nuevo método para el análisis de la religión es aproximarse a ella como una de las muchas formas de la *ideología*; es decir, de la *producción espiritual* de un pueblo, de la producción de ideas, representaciones y conciencia, necesariamente condicionadas por la producción material y las correspondientes relaciones sociales. Aunque Marx y Engels usaron de tanto en tanto el concepto de "reflejo" –que conduciría a varias generaciones

1 Löwy, Michael. "Friedrich Engels on religion and class struggle". Traducido del inglés por Jesica Lenga.
2 Pueden encontrarse otras referencias a esta expresión en este artículo. Donde no se menciona algo diferente, las versiones son de la traductora.

de marxistas a un atolladero–, la idea clave del libro es la necesidad de explicar la génesis y desarrollo de las varias formas de conciencia (religión, ética, filosofía, etc.) a partir de las relaciones sociales, "lo que, naturalmente, permitirá exponer las cosas en su totalidad (y también, por ello mismo, la acción recíproca entre estos diversos aspectos)" (Engels y Marx, 1974: 40).

Una escuela completamente disidente en la sociología marxista de la cultura (Lukács, Goldmann) privilegiaría el concepto dialéctico de *totalidad* en lugar de la teoría del *reflejo*.

Tras escribir, con Engels, *La ideología alemana,* Marx prestó muy poca atención a la religión como tal, esto es: como un universo cultural ideológico específico de significado. Hay unas pocas menciones del papel del protestantismo en *El capital,* pero no existe un estudio sistemático por parte de Marx de ningún movimiento religioso.

Friedrich Engels desplegó (probablemente por su formación pietista) un interés mucho mayor que Marx por los fenómenos religiosos y su papel histórico. La principal contribución de Engels al estudio marxista de las religiones –y un aporte importante al materialismo histórico en general– es su análisis de la relación de las representaciones religiosas con la *lucha de clases*. Más allá de la polémica filosófica de "materialismo contra idealismo", estaba interesado en entender y explicar formas concretas sociales e históricas de la religión. La cristiandad ya no aparece (como en Feuerbach) como una "esencia" atemporal, sino como un sistema cultural que atraviesa transformaciones en diferentes períodos históricos: primero, como la religión de los esclavos; más tarde, como la ideología de Estado del Imperio Romano; luego, hecha a medida de las jerarquías feudales y, finalmente, adaptada a la sociedad burguesa. Así pues, aparece como espacio simbólico disputado por fuerzas sociales antagónicas –por ejemplo, en el siglo XVI, la teología feudal, el protestantismo burgués y las herejías plebeyas–.

Ocasionalmente, su análisis de desliza hacia una interpretación estrechamente utilitaria, instrumental de los movimientos religiosos: "y cada una de las distintas clases utiliza para este fin su propia y congruente religión: (...) siendo indiferente, para estos efectos, que los señores crean o no, ellos mismos, en sus respectivas religiones" (Engels, 2006: 54). Engels parece a menudo no encontrar nada más que el "disfraz religioso" de intereses de clase en las diferentes formas de fe. Sin embargo, gracias a su método de lucha de clases, él notó –a diferencia de los filósofos de la Ilustración– que el clero no era un cuerpo socialmente homogéneo: en ciertas coyunturas históricas, se dividía internamente de acuerdo con su composición de clase. Así, durante la Reforma, tenemos por un lado el alto clero, la cima feudal de la jerarquía, y por el otro, el bajo clero, que sustentó a los ideólogos de la Reforma y del movimiento campesino revolucionario (Engels, 1946: 25-28).

Siendo materialista, ateo y enemigo irreconciliable de la religión, Engels no obstante captó, como el joven Marx, el carácter dual del fenómeno [religioso]: su papel en la legitimación del orden establecido, pero también, según las circunstancias sociales, su papel crítico, de protesta e incluso revolucionario. De hecho, la mayoría de los estudios concretos que escribió se ocuparon de las formas rebeldes de la religión.

Primero que todo, él estaba interesado en el *cristianismo primitivo*, al que definió como la religión de los pobres, los desterrados, los condenados, los perseguidos y los oprimidos. Los primeros cristianos provenían de los niveles más bajos de la sociedad:

esclavos, hombres libres que habían sido despojados de sus derechos y pequeños campesinos agobiados por las deudas (Engels, 1969: 334).

Engels incluso fue tan lejos como para trazar un sorprendente paralelismo entre el cristianismo primitivo y el socialismo moderno: a) los dos grandes movimientos son, no la creación de líderes y profetas –aunque los profetas nunca escasean en ninguno de ellos–, sino movimientos de masas; b) ambos son movimientos de los oprimidos, que sufren persecuciones, sus miembros son proscritos, acechados por las autoridades gobernantes; c) ambos predican la liberación inminente de la esclavitud y la miseria. Para realzar su comparación, Engels, de un modo un tanto provocador, citó una sentencia del historiador francés Renan: "si quiere tener una idea de cómo fueron las primeras comunidades cristianas, mire la rama local de la Asociación Internacional de Trabajadores".

Según Engels, el paralelismo entre socialismo y cristianismo temprano está presente en todos los movimientos que sueñan, a través de los siglos, con restaurar la religión cristiana primitiva, desde los taboritas de John Zizka ("de gloriosa memoria") y los anabaptistas de Thomas Münzer, hasta (después de 1830) los revolucionarios comunistas franceses y los partisanos del comunista utópico alemán Wilhelm Weitling.

Persiste, sin embargo, a los ojos de Engels, una diferencia esencial entre los dos movimientos: los cristianos primitivos traspusieron la liberación al más allá, mientras que el socialismo la coloca en este mundo (Engels, 1973: 450).

Pero ¿es esta diferencia tan nítida como aparece a primera vista? En su estudio de las grandes guerras campesinas en Alemania, parece volverse borrosa: Thomas Münzer, el teólogo y líder de los campesinos revolucionarios y los plebeyos heréticos (anabaptistas) del siglo XVI, quería el establecimiento inmediato *en la tierra* del Reino de Dios, el reino milenario de los profetas. Según Engels, el Reino de Dios para Münzer era una sociedad sin diferencias de clases, sin propiedad privada y sin una autoridad estatal independiente de –o ajena a– los miembros de esa sociedad.

Sin embargo, Engels estaba aún tentado de reducir la religión a una estratagema: él hablaba de la "fraseología" cristiana de Münzer" y su disfraz bíblico (*biblischer Deckmantel*). La dimensión específicamente religiosa del milenarismo münzeriano, su fuerza espiritual y moral, su profundidad mística auténticamente sentida, parecen habérsele escapado.

Engels no oculta su admiración por el profeta quiliástico alemán, cuyas ideas describe como "cuasi comunistas" y revolucionario religiosas (*revolutionäre religiöse Anschauungen*): ellas eran menos una síntesis de las demandas plebeyas de aquellos tiempos que una "anticipación brillante" (*geniale Antizipation*) de futuras metas emancipatorias proletarias. Esta dimensión anticipatoria y utópica de la religión –no explicable en términos de la "teoría del reflejo"– no es explorada más profundamente por Engels, pero es intensa y ricamente trabajada por Ernst Bloch en su libro *Thomas Münzer, teólogo de la revolución* (1920) (Engels, 1970).

El último movimiento revolucionario que se libró en nombre de la religión fue, según Engels, el movimiento puritano inglés del siglo XVII. Si la religión, y no el materialismo proporcionó la ideología de esta revolución, es debido a la naturaleza políticamente reaccionaria de esta filosofía en Inglaterra, representada por Hobbes y otros par-

tidarios del absolutismo monárquico. En contraste con este materialismo y deísmo conservadores, las sectas protestantes proveyeron a la guerra contra los Estuardo su bandera religiosa y sus combatientes. (Engels, 1973: 303).

Este análisis es sumamente interesante: rompiendo con la visión lineal de la historia heredada de la Ilustración, Engels reconoce que la lucha entre materialismo y religión no se corresponde necesariamente con la guerra entre revolución y contrarrevolución, progreso y regresión, libertad y despotismo, clases oprimidas y dominantes. En este caso preciso, la relación es exactamente la opuesta: la religión revolucionaria contra el materialismo absolutista...

Como Marx, Engels estaba interesado en la conexión entre protestantismo y la burguesía, particularmente en relación con la revolución inglesa del siglo XVII, cuando "el calvinismo se acreditó como el auténtico disfraz religioso de los intereses de la burguesía de aquella época" (Engels, 2006: 53). Afortunadamente, esta metáfora teatral (¿o carnavalesca?), que parece reducir la relación compleja y dialéctica entre clases e imaginación religiosa a una ocultación simple y mecánica del rostro por una máscara, no fue el único análisis del calvinismo propuesto por Engels. Es posible también encontrar en sus escritos una hipótesis más amplia, que relaciona la religión con la condición existencial de la burguesía: el dogma calvinista de la predestinación es la expresión religiosa del hecho de que el éxito o fracaso en la competencia comercial no depende de la actividad humana, sino de circunstancias incontrolables, de poderes económicos superiores y desconocidos (Engels, 1972: 300).

La analogía entre el enfoque de Engels y el estudio de Weber sobre la conexión entre calvinismo y capitalismo no dejó de llamar la atención de Georg Lukács, que utilizó ambos análisis para formular su propia teoría sobre la cosificación capitalista:

> "no es en modo alguno casual que precisamente la religiosidad de las sectas revolucionarias haya sido la que ha suministrado la ideología adecuada para el capitalismo en sus formas más puras (el inglés y el norteamericano) (...) Podría incluso decirse que la vinculación calvinista –también revolucionaria- de la ética individual del triunfo (la ascética intramundana) con la trascendencia completa de los poderes objetivos del movimiento del mundo y la configuración material del destino del hombre (*Deus absconditus* y predestinación), representa mitológicamente, pero con pureza de laboratorio, la estructura burguesa, de cosa-en-sí, de la conciencia cosificada" (Lukács, 1969: 213).

En una nota al pie, Lukács se refiere al pasaje de Engels anteriormente mencionado y a los ensayos de Weber sobre sociología de la religión. La cuestión de la compatibilidad entre la interpretación materialista de Engels y la supuestamente "idealista" de Weber es descartada como irrelevante: "para la estimación de cuyo material fáctico es del todo indiferente el que se coincida o no con su [= Weber] interpretación causal" (Lukács, 1969: 214).

Curiosamente, a pesar de sus cuarenta años de vida en Inglaterra, Engels nunca mostró interés por las corrientes político-religiosas radicales, igualitarias o comunistas (los *Diggers*), que aparecieron en la Revolución Puritana del siglo XVII. A diferencia de la Reforma Alemana del siglo XVI, el gran levantamiento inglés es analizado por él exclusivamente en su dimensión burguesa.

Engels estaba convencido de que la revolución inglesa fue la última en la que la ideología religiosa todavía jugó un papel revolucionario. La Gran Revolución Francesa recha-

zó cualquier disfraz religioso y libró sus batallas en un campo abiertamente político: desde entonces, la religión sólo podía ser una fuerza social y políticamente regresiva (Engels, 1972: 303).

Por esa razón él estaba (como Marx) desagradablemente sorprendido y sinceramente desconcertado por la persistencia, entre los primeros movimientos proletarios y comunistas del siglo XIX, de una fuerte referencia al cristianismo primitivo. En su artículo de 1843 sobre "El progreso de la reforma social en el continente", Engels se muestra asombrado por el hecho de que los comunistas franceses:

> "aunque pertenecen a una nación famosa por su incredulidad, son cristianos. Uno de sus axiomas favoritos es que 'el cristianismo es comunismo'. Ellos tratan de probar esto a través de la Biblia, el supuesto estatuto de las primeras comunidades cristianas, etc." (Engels, 1961: 487).

Él no pudo encontrar otra explicación a esta paradoja que la falta de... conocimiento bíblico entre los comunistas franceses: si hubieran estado más familiarizados con las Escrituras, habrían sabido que "el espíritu general de sus enseñanzas es totalmente opuesto" al comunismo. Para su consternación, Engels tiene que admitir que no sólo los icarianos franceses (los seguidores comunistas de Etienne Cabet) sino también Wilhelm Weitling, "el fundador del comunismo alemán", cree en la identidad básica entre los principios cristianos y comunistas. Rechazando este tipo de sincretismo político-religioso, Engels prefiere, por razones filosóficas, a los socialistas ingleses (i.e. owenistas) que "luchan, como nosotros, contra los prejuicios religiosos"; en contraste con los comunistas franceses que "perpetúan la religión, arrastrándola a la nueva forma de sociedad planeada" (Engels, 1961: 490 y 495). Este desacuerdo acerca de la religión fue una de las razones principales para la no participación de los comunistas franceses en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (1844) y para la ruptura con Weitling en 1846, incitada por la circular de Marx y Engels contra el *Liebeskommunismus* de Hermann Kriege.

Treinta años más tarde, Engels registra con satisfacción el hecho de que el nuevo movimiento socialista obrero es no-religioso –un término que le parece más adecuado que "ateo"–. Su principal argumento para burlarse de las pretensiones de ciertos revolucionarios (seguidores de Blanqui o Bakunin) de "transformar a la gente en ateos por orden del muftí", "suprimir a Dios por decreto" o "hacer del ateísmo un artículo de fe obligatorio", fue que el ateísmo dejó de ser un concepto relevante para la mayoría de los trabajadores socialistas alemanes y franceses:

> "este término puramente negativo no se aplica a ellos, porque ya no están en oposición teórica, sino sólo de manera práctica, con la confianza en Dios; *simplemente han terminado con Dios* (*Sie sind mit Gott einfach fertig*), porque viven y piensan en el mundo real y por lo tanto son materialistas" (Engels, 1964: 531-532).

Obviamente, este diagnóstico –muy acertado para ese momento histórico (fin del siglo XIX– estaba conectado con la hipótesis básica de Engels, a saber, que desde el siglo XVIII, con el advenimiento de la Ilustración francesa (¡Voltaire!), la cristiandad entró en su última fase y "ya no podía servir de ropaje ideológico para envolver las aspiraciones de una clase progresiva cualquiera" (Engels, 2006: 53). No obstante, en ciertos análisis concretos, es más flexible y está preparado para admitir la existencia

de movimientos religiosos potencialmente subversivos, o de movimientos revolucionarios que toman prestada una "forma" religiosa.

Por ejemplo, en un artículo de 1853 sobre el conflicto entre el obispo Friburgo y las autoridades protestantes (el príncipe de Baden), Engels menciona un levantamiento armado de campesinos para defender a su clero (católico) y expulsar a los gendarmes prusianos. ¿Cómo explicar este regreso inesperado de los antiguos conflictos religiosos del siglo XVII?

> "El secreto es simplemente el hecho de que todos los movimientos populares que fermentan bajo la superficie son forzados por el gobierno a adoptar al principio la forma mística e incontrolable de movimientos religiosos. Los miembros del clero son engañados por las apariencias, y mientras creen conducir las pasiones populares contra el gobierno para su propio beneficio, son en realidad los instrumentos inconscientes e involuntarios de la misma revolución" (Marx y Engels, 1954: 633-634).

Aún más sorprendente es el análisis de Engels sobre el Ejército de Salvación en Inglaterra: en su esfuerzo por mantener vivo, a cualquier precio, el espíritu religioso entre la clase obrera, la burguesía inglesa

> "aceptó incluso hasta la ayuda peligrosa del Ejército de Salvación, que viene a restaurar los recursos de propaganda del cristianismo primitivo, que se dirige a los pobres como a los elegidos, combatiendo al capitalismo a su manera religiosa y atizando así un elemento de lucha de clases del cristianismo primitivo, que un buen día puede llegar a ser molesto para las gentes ricas que hoy suministran de su bolsillo el dinero para esta propaganda" (Engels, 1962).

No hay necesidad de enfatizar que Engels se equivocó en sus predicciones, y que ni los campesinos católicos alemanes ni los salvacionistas británicos se volvieron "peligrosos para los ricos". Pero lo que es importante y debería ser enfatizado con respecto a estos pasajes es que documentan la apertura mental de Engels y su voluntad de considerar la posibilidad de que la religión se convierta una vez más en la ideología y la cultura de un movimiento anticapitalista y/o revolucionario.

Esto tendría lugar unas décadas más tarde, en el siglo XX, bajo formas mucho más significativas que el Ejército de Salvación –que, por cierto, fascinó también a Bertolt Brecht, que lo convirtió en el tema de su drama teatral *Santa Juana de los Mataderos*– en la Izquierda Cristiana Francesa entre las décadas de 1930 y 1970 y en la Teología de la Liberación Latinoamericana, de los años 60 hasta nuestros días. Pero esta es otra historia, que ni Marx ni Engels podrían haber vaticinado...

* * *

Gracias a su análisis de los fenómenos religiosos desde el punto de vista de la lucha de clases, Friedrich Engels sacó a la luz el potencial de protesta de la religión y abrió el camino para un nuevo enfoque –distinto tanto de la filosofía de la Ilustración (la religión como una conspiración clerical) como del neohegelianismo alemán (la religión como esencia humana alienada)– de la relación entre la religión y la sociedad.

Bibliografía

Engels, F. (1946) *Der deutsche Bauernkrieg*, Verlag Neuer Weg, Berlín.

Engels, F. (1961) "Fortschritte der Sozialreform auf dem Kontinent", en *Werke*, Dietz Verlag, vol. 1, Berlín.

Engels, F. (1962) "Del socialismo utópico al socialismo científico", en Marx, C. y Engels, F. *Obras Escogidas. Tomo II*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Engels, F. (1964) "Flüchtlingsliteratur", en *Werke*, Dietz Verlag , vol. 18, Berlín.

Engels, F. (1969) *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, trad. de Manuel Sacristán, Grijalbo, México.

Engels, F. (1970) *Las guerras campesinas en Alemania*. Editorial Andes, Buenos Aires.

Engels, F. (1972) "Einleitung zur englischen Ausgabe (1892) der 'Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft'", en *Werke*, vol. 22, Berlín.

Engels. F. (1972) "Über historischen Materialismus", en *Werke*, vol. 22, Berlín.

Engels, F. (1973) "Zur Geschichte des Urchristentums", en *Werke*, vol. 21, Berlín.

Engels, F. (2006) "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en Engels, F. y Marx, K. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (y otros escritos sobre Feuerbach)*, traducción del grupo de traductores de la Fundación Federico Engels, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid.

Engels, F. y Marx, K. (1974) *La ideología alemana*, Pueblos Unidos/Grijalbo, Montevideo y Barcelona

Gollwitzer. H. (1962) "Marxistische Religionskritik und christlicher Glaube", *Marxismusstudien*, 4ª serie, J.C.B. Mohr, Tubinga.

Heine, H. (2009) *Ludwig Börne. Un obituario*. Introd., trad. y notas de M. Vedda. Gorla, Buenos Aires.

Lukács, G. (1969). *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica Marxista*. Trad. de M. Sacristán, Grijalbo, México.

Marx, K. y Engels, F. (1954) "Die religiöse Bewegung in Preussen", en *Zur Deutschen Geschichte*, Dietz Verlag, II, 1, Berlín.

Marx, K. (1970) "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en Marx, K. y Ruge, A. *Anales Francoalemanes*. Trad. de J. M. Bravo, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.

Repensar la praxis con Engels

Elvira Concheiro Bórquez

Reflexionar y volver a pensar la crítica que dio sentido a la vida de Federico Engels y que da especificidad a su obra, resulta la forma que empata con sus propia visión del mundo y no mero ritual vacío con motivo de la celebración de los 200 años del natalicio. Engels no es sólo el compañero de Marx en una vida llena de acontecimientos y en la elaboración de una obra que trasciende con mucho su momento, sino que su compromiso y sus múltiples combates lo hacen personaje vivo, cuya labor política e intelectual ha sido fuertemente debatida y merece seguirlo siendo.

Bajo esa idea, queremos hacer aquí una reflexión terriblemente sintética, para lo mucho que el tema carga, y sobre el que preferentemente se cita a Marx, pese a que Engels no sólo lo acompaña en su propuesta sino que en distintos momentos contribuye a darle amplio contenido, adentrándose por momentos, como veremos, en tierras movedizas.

Proponemos un abordaje que parte de concebir la *praxis* como eje de una concepción que hemos de entender en su integralidad y en su inserción histórica, es decir, inseparable de la perspectiva de la *totalidad concreta*. Esta mirada tiene en su contra el hecho de que, en contraste, prevalece en los días que corren una visión fragmentada, que puede conjugarse con varias tradiciones y contradictorias conclusiones. La pérdida del significado domina hasta el grado de generar una actitud indiferente a los propósitos del propio autor. Esta producción llega a ser, incluso, acuciosa en el análisis de conceptos o en el contraste entre autores, pero ajena a la problematización general que implica la concreta transformación de la realidad social, de la que se prescinde ahora con enorme facilidad, y que requiere del estudio de la interacción de los fenómenos sociales.

Aunque en forma un tanto aislada y hasta tímida, tenemos algunos aportes que, ciertamente, en años pasados han hecho frente a esta visión que niega las posibilidades del conocimiento de la totalidad social, pero en general se ha tenido serias dificultades para remontar el ambiente oscurantista que en las últimas décadas se prohijó en general y que nos obliga a repensar la función de la ciencia misma y a mirar críticamente las formas aprendidas de comprensión del aporte del pensamiento marxista.

En estas aguas turbias, los marxismos de nuestros días debaten poco y, sobre todo, han quedado prácticamente fuera de los movimientos de transformación que, con dificultades crecientes, se abren paso en un mundo al borde del desastre. Aunque con mejor cartel en el seno de ciertos ámbitos académicos e intelectuales, Marx continúa inquietando conciencias pero ya sin la fuerza, el impulso y los instrumentos políticos de un movimiento que durante más de un siglo hizo que su obra creciera y circulara extensamente por todo el mundo.

Las formas políticas de nuestros días han sido modificadas a partir de fenómenos regresivos que violentan la democracia, la vacían de contenido y logran alejar de la intervención en los asuntos públicos a la mayor parte de la sociedad. Son renovadas élites políticas, en un ensamble más aceitado con las élites económicas, las que monopolizan la dirección del ámbito estatal y se recrean en un ambiente descompuesto, en el que campean formas diversas de corrupción de empresarios y altos funcionarios

públicos, de creciente desigualdad y de fenómenos de violencia y discriminación por razones de raza, clase, género, entre las principales. La regresión en este campo, que ha despolitizado y retraído las miras y el alcance de la transformación social, representa un reto que obliga a renovados esfuerzos que involucran, en estricto sentido, a la *praxis* en los términos expuestos tanto por Marx como por Engels.

En efecto, desde hace ya varias décadas la actuación de los trabajadores industriales, que durante más de un siglo fue de una pujanza imponente, ha enfrentado obstáculos enormes y su voz ha dejado de ser escuchada. Hoy es un sector innombrable, que aparece en forma marginal y cuyas organizaciones ya sean políticas o gremiales, si no han desaparecido, al menos sufren de graves crisis y bastante desprestigio. Su lugar en la lucha por transformar la sociedad de hoy ha sido tomado por un conglomerado múltiple, diverso y polimorfo que, a diferencia de lo que hizo la clase obrera, actúa y desaparece, toma acciones de impacto y se diluye, se sabe unir en potentes movimientos ante ciertas coyunturas y luego aparece en mil pequeños pedazos; sus organizaciones resultan bastante inestables y sus objetivos son imprecisos o muy puntuales, incluso acotados, pese a todo lo cual en algunos lugares del mundo han logrado llamaradas revolucionarias a la vieja usanza, y en muchos otros han posicionado importantes tareas del cambio social y cultural, como lo ha hecho el feminismo.

Durante lo que va de este siglo, en América Latina el enfrentamiento con el neoliberalismo ha prohijado novedosos movimientos transformadores y cambios políticos y de gobierno que, articulados a partir de fuertes liderazgos personales, han enfrentado muchas dificultades y mostrado límites, algunos de los cuales han devenido en relevantes reveses.

Dicho en forma muy sintética, este complejo panorama, marcado en particular en nuestra región por un flujo de acontecimientos, de cambios que caminan con dificultad o se frustran, seguidos de nuevos intentos que no cejan en alcanzar sus propósitos, en una especie de vaivén incesante que reclama estas y muchas otras reflexiones sobre la temática de la *praxis*. Con lo cual queremos remarcar que no se trata de un ejercicio para intentar encontrar el *concepto absoluto* (a la manera hegeliana tan de moda) que da sentido a la obra de Engels y de Marx. La *praxis* es vista no precisamente como categoría a descifrar, sino más bien como problema de la transformación revolucionaria de nuestros días.

Sostenemos que, siguiendo tanto a Marx como a Engels, la *praxis* no sólo es resultado de una relación dialéctica entre la actividad teórica y la realidad social que, con tanta frecuencia como simplicidad, se cita siempre, sino una propuesta que rompe los esquemas filosóficos, destruye las fronteras del conocimiento y replantea la transformación radical de la sociedad, al ver la *praxis* como reto del desarrollo sociohistórico y del despliegue de la realidad como una totalidad concreta. En otras palabras, *la praxis* en términos de Marx y de Engels apunta a la superación de ancestrales parámetros de comprensión tanto de la realidad como de la forma en la que la abordamos tanto teórica como prácticamente.

Es conocido que Engels da a conocer el texto canónico de la cuestión de la *praxis*, las "*Tesis sobre Feuerbach*", escritas por Marx seguramente entre 1845 y 18461 y que

1 En relación a la posible fecha de elaboración de las *Tesis*, Bolívar Echeverría señala: "Se supone generalmente que las *Tesis* fueron anotadas por Marx en marzo de 1845, otras consideraciones permitirían pensar, sin embargo, que fueron escritas a principios de 1846" (Echeverría, 2011: 11).

abandonó entre sus papeles sin tener intención alguna de publicarlas, hasta que su amigo lo hace como anexo del escrito *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* el año de 1886[2]. A partir de ese momento, el mismo en el que el compañero y albacea de la obra de Marx considera oportuno validar lo que de algún modo ya venía ocurriendo con la denominación de la obra por ellos elaborada, es decir, dar paso a lo que conocemos como *marxismo*[3], el tema de la *praxis* ha sido ampliamente tratado, llegando, incluso, a convertirse en uno de los signos de identificación de esta corriente. Sólo recordemos, al respecto, que Antonio Gramsci consideró necesario rebautizar el pensamiento de Marx como *Filosofía de la praxis.*

Es larga la historia de esta corriente y diversos los muchos momentos en los que la *praxis* ha sido trabajada; son muchos también los marxistas que han discutido y aportado a su comprensión y desarrollo. Pero no es el propósito de éste texto adentrarnos en ese análisis, aunque no deja de ser tarea pendiente y necesaria. No obstante, no podemos dejar de señalar, en particular, el abuso que se ha hecho y se sigue haciendo de la tesis 11, para hacer explícita cierta posición en apariencia radical, pero en realidad bastante esquemática, que muestra desdén por la teoría en abono de un elogio de la práctica política o del movimiento mismo. En contraste con esa posición tan frecuente, Ernest Bloch señaló al referirse a las *Tesis*: "Nunca se ha valorado más alto el pensamiento que aquí, donde la luz se hace acción, ni nunca tampoco tan alto la acción como aquí, donde se convierte en corazón de la verdad" (Bloch, 2007: 321).

Este solo hecho hace relevante insistir en la idea de que es necesario retomar el análisis de la *praxis,* volver de nueva cuenta sobre nuestros pasos y preguntarnos si la forma en que se ha realizado su abordaje es la correcta y hacia dónde nos ha llevado para comprender una de las propuestas, como ya hemos dicho, más originales, complejas e importantes de lo elaborado por Marx y Engels. En otras palabras, salir del canon establecido, que insiste en ver la *praxis* sólo desde Marx y como problema o categoría filosófica por antonomasia, para desde la mirada de Engels, con sus virtudes y limitaciones, adentrarnos en lo que sin duda fue elaboración conjunta, como veremos, de esta pareja de revolucionarios alemanes.

El camino de ver en particular la obra de Engels, el aporte que pudo o no dar a este tema, desde luego implica mucho más de lo que en este ensayo podemos hacer. Aquí nos limitamos, por tanto, a dar sólo algunos elementos de ciertas obras emblemáticas de Engels, (una de ellas redactada mano a mano de Marx), que nos permiten cuestionar la manera en que tradicionalmente nos hemos acercado a la problemática y que dan elementos para superar la querencia a ver la *praxis* como mero concepto filosófico traducible en una fórmula que, por más que se procure lo contrario, termina siendo mecánica. Buscamos proponer, pues, que la manera de afrontar la *praxis* sea desde otro lugar, para no terminar por reproducir, al menos en parte, lo que se quiere combatir. La fórmula de la unidad de teoría y práctica, sobre todo en un mundo como el nuestro, en el que la fragmentación e individualización de procesos de reproducción

2 El breve texto de Marx fue encontrado, tras su muerte, en una vieja libreta de anotaciones domésticas. Por su relevancia, Federico Engels decidió realizar puntuales correcciones y publicarlas en 1888 como anexo del ensayo *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, trabajo que estaba terminando y que precisamente trata el tema (cfe. Marx y Engels, 1962: 377-428).

3 En el mismo texto en el que aparecen las *Tesis sobre Feuerbach*, leemos en una nota a pie de página: "yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; los demás, a lo sumo, hombre de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre." (Marx y Engels, 1962: 407).

de la vida se ha profundizado, hace caer de manera mucho más fácil en la simple tautología y reproducir finalmente la separación que es necesario superar.

En general, los filósofos, hasta la fecha, cometen el error de no historizar esa escisión, razón por la cual con frecuencia, en la propia exposición que hacen del planteamiento marxista, incurren en ambigüedades, cuando no en contradicciones. Entender esa escisión como un requerimiento del sistema de reproducción de la vida nos permite entender la dimensión en la que la obra de Engels nos invita a entrar y sobre la que expondremos a continuación algunas ideas.

Queremos mencionar aquí tres obras-momentos de Engels, en las que este diferente tratamiento de la *praxis* es manifiesto. En la primera, realizada en un ejercicio de compaginación intelectual extraordinario, Engels trabaja con Marx la nueva perspectiva en *La Ideología Alemana,* de la que las *"Tesis sobre Feuerbach"*, vendrían siendo, desde la perspectiva de Bolívar Echeverría, un complemento, algo no redundante (Echeverría, 2011). El conocido como *AntiDühring* será un segundo momento en el que, ya desde una perspectiva de partido y acompañado por Marx en esa obra, Engels insistió y desplegó nuevos contenidos de la *praxis* como problema de la transformación social al discutir que los fundamentos del socialismo moderno no están en "la voluntad moralista, sino en el conocimiento de la realidad", como observa Manuel Sacristán. El último es el que podríamos llamar *anti Feuerbach* en el que, ya sin Marx, Engels nos ofrece una visión de conjunto de aquella primera ruptura filosófica para rematar con la idea central que queremos argumentar escuetamente aquí.

I. De la ideología a la realidad

En los inicios del primer momento, el cual abarca los años de 1842 hasta 1845, Engels descubre, además del mundo "comunista" que prolifera aquellos tiempos entre pequeñas organizaciones revolucionarias del continente europeo (y sobre el que escribió varios artículos), el mundo obrero de la industrial ciudad de Manchester, que lo lleva a una primera investigación, de alto valor sociológico, que plasmó en su conocido libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

Con ese bagaje Engels logra, además, un primer análisis crítico de la economía política[4], lo cual lo acerca a Marx y le permite establecer con él una profunda amistad y colaboración política e intelectual. De forma que al momento de reunirse en 1845 en Bruselas, ciudad donde Marx se traslada a vivir al ser expulsado de París, está en condiciones para escribir conjuntamente la que posteriormente será conocida como *La Ideología Alemana,* obra que, de acuerdo con Engels, les permite poner en claro las conclusiones a las que habían llegado sobre su nueva concepción (Engels, 1962).[5]

En ese momento, su experiencia en Manchester había permitido a Engels sostener que:

4 El artículo "Esbozo de crítica de la Economía Política" fue escrito por Engels entre diciembre de 1843 y enero de 1844, y publicado en *Los anuarios franco-alemanes*, proyecto que impulsó Arnold Ruge y que llevó a Marx a París. El escrito fue siempre muy valorado por Marx, el cual lo cita en varias ocasiones en *El Capital*. (véase, Marx y Engels, 1981).

5 Por su parte, Marx se expresó, también años después, en similares términos sobre el papel que cumplió *La Ideología Alemana*: "Confiamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, de tanto mejor grado cuanto que habíamos conseguido ya nuestro propósito fundamental, el cual no era otro que esclarecer las cosas frente a nosotros mismos." (Marx, 1962).

> "los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clases actuales y que esos antagonismos de clase, en los países en que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la transformación de los partidos políticos, para las luchas de partidos y, por consiguiente, para toda la historia política" (Marx, 1962: 362).

Sin embargo, varios aspectos desarrollados en ese texto no volvieron a ser planteados con tanta claridad o en forma tan directa. Pero no así el tema de la *praxis* que va a ser retomado desde la perspectiva adoptada desde entonces, en obras tan importantes como *El Capital*, por Marx, en 1867, o *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels en 1884, donde éste recogía y daba a conocer algunos de los últimos escritos de Marx; también, desde luego, ya lo había hecho en el *Anti-Dühring* y, finalmente, en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, escrita en 1886.

En aquel manuscrito abandonado "a la crítica roedora" --un primer ejercicio cuya base es el descubrimiento de una concepción materialista nueva, histórica, como la definieron--, la *praxis* pasa, en la nueva mirada de Marx y Engels, a ser un asunto de la realidad social y, por tanto, problema que ha de analizar la ciencia social en su conjunto. Pero en el camino a este planteamiento, se desgrana el proceso histórico que ha llevado al planteamiento mismo de la escisión entre el ser y el pensamiento (Marx y Engels, 1962: 388)[6]. La interrogante de dónde emana esa escisión que permite al pensamiento idealista declarar la supremacía de este último, recibe una insólita respuesta que cambia por completo los términos del análisis al señalar a la realidad concreta.

La explicación en la *Ideología* está centrada en la recuperación de la historia y el desenvolvimiento social de los fenómenos. Por tanto, la escisión entre el ser y la conciencia es abordado desde ese terreno sociohistórico, en el que ésta se despliega, pero no deja de ser parte de esa misma realidad:

> "La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazadas con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son productores de su representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal y como se hayan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser conciente, y el ser conciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real" (Marx y Engels, 1962: 25-26).

6 Federico Engels escribe: "El problema cardinal de toda filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser" (Marx y Engels, 1962: 388).

Ahora bien, este planteamiento es punto de partida que permite desentrañar los procesos que se producen ante nuestros ojos y que implican la construcción de las bases materiales para una separación que será llave de un desarrollo alienado:

> "Esta conciencia gregaria o tribal se desarrolla y perfecciona después, al aumentar la producción, al acrecentarse las necesidades y al multiplicarse la población, que es el factor sobre que descansan los dos anteriores. De este modo se desarrolla la división del trabajo, que originalmente no pasaba de la división del trabajo en el acto sexual y, más tarde, de una división del trabajo introducida de un modo 'natural' en atención a las dotes físicas (por ejemplo, la fuerza corporal), a las necesidades, las coincidencias fortuitas, etc. etc. La división del trabajo solo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual" (Marx y Engels, 1962: 32).

Si el problema de la escisión del ser y el pensamiento es resultado, como se analiza en esta obra, de un proceso histórico en el que aparece la propiedad privada y la división social del trabajo como "términos idénticos" (uno referido al trabajo, el otro al producto de éste), su reintegración en estricto sentido pasa a ser un asunto de lucha política por la transformación de las condiciones socioeconómicas que hacen posible esa propiedad privada y esa específica división del trabajo.

No obstante, la forma de relación alienada logra que la escisión parezca válida y permita imponer en la masa de los trabajadores manuales una actividad cada vez más automatizada y repetitiva, que prescinda de la actividad intelectual, mientras que en el otro polo, se despliega un tipo de trabajo especializado, que construye un cierto sentido de lo que es la ciencia y el pensamiento, hasta dotarles de autonomía y superioridad.

Por lo demás, la división del trabajo es permanentemente cambiante y ha tenido a lo largo de la historia de la humanidad muy diversas formas y expresiones así como distintos impactos en la organización social, pero en forma constante el desarrollo de esa separación del trabajo físico y el trabajo intelectual ha provocado a su vez una larga serie de escisiones entre dirigentes y dirigidos, como remarca Gramsci, y entre los que "saben" y los que "no saben", acordes todas a la reproducción del poder como ejercicio de dominación de unos seres sobre otros.

Sin duda, los términos en que es planteada la *praxis* en el primer capítulo de la *Ideología* se aleja ya del debate filosófico y nos remite al ancho campo de posibilidades que implica la transformación histórica de la sociedad. Ciertamente, Engels está convencido de que la superación de ese conjunto de escisiones que plantea esa germinal separación de la humanidad está en el terreno de la lucha política que las desnuda como formas aparentes. Por ello, Engels escribe años después:

> "no se puede en modo alguno evitar que todo cuanto mueve al hombre tenga que pasar por su cabeza; hasta el comer y el beber, procesos que comienzan con la sensación de hambre y sed y terminan con la sensación de satisfacción, reflejadas todas ellas en el cerebro" (Marx y Engels, 1962: 397).

A partir de ese reconocimiento elemental, hasta llegar a la conciencia de su condición social y del conocimiento de las causas y los procesos que determinan estas escisio-

nes del propio ser, la autoemancipación se convierte tempranamente en el eje de la propuesta revolucionaria de Engels y Marx.

II. El socialismo como concepción del mundo

De forma que aquella frase que Marx registra en hoja suelta del manuscrito de la *Ideología* adquiere dimensión en el marco de esta perspectiva histórica que reclama revisar el papel de la división del trabajo en la ciencia[7], aspecto que él retomará con toda seriedad en *El Capital*. Por su parte Engels, en la respuesta solicitada por los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán a un mediocre profesor que predicaba una especie de socialismo retórico, al que quisieron refutar por la influencia que ejercía sobre jóvenes militantes del partido[8], en el que terminó siendo un extenso libro en el que la pareja de revolucionarios alemanes incursionan no solo en la exposición de conjunto de la concepción por ellos fundada, sino en su divulgación, expone de nueva cuenta la *praxis* como parte de esta concepción materialista.

En el conocido como *Anti-Dühring,* Engels sostiene con convicción y recuperando los viejos términos de Marx en la *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, que el nuevo materialismo, el de ellos, "*no es una filosofía, sino una simple concepción del mundo que tiene que sostenerse y actuarse no en una sustantiva ciencia de la ciencia, sino en las ciencias reales. En él queda 'superada' la filosofía, es decir, 'tanto superada cuando preservada'; superada en cuanto a su forma, preservada en cuanto a su contenido real.*"

Como sabemos, la corriente principal del marxismo desde el siglo XIX, y sobre todo la del marxismo soviético en el siglo XX tomó una ruta diferente para no solo terminar subsumiéndose a la mirada disciplinar y dando, además, primacía en estos temas al pensamiento filosófico, sino proyectando la idea de que el pensamiento de Marx es una ciencia positiva.

En referencia a lo anterior vale la pena recuperar los tempranos señalamientos críticos de Karl Korsch, el cual en 1924 expresaba:

> "De hecho, los marxistas han interpretado posteriormente el socialismo científico cada vez más como una suma de conocimientos puramente científicos, sin relación inmediata con la práctica política o de otra índole de la lucha de clases... no puede haber ciencias parciales, aisladas, independientes unas de las otras; como no puede haber una investigación puramente teórica, científica, sin supuestos y al margen de la praxis revolucionaria" (Korsch, 1971: 31).

A partir de ahí, la recuperación de la *praxis* como eje de la concepción comunista resulta posible cuando, como señala Engels que hizo Marx, se deja atrás el culto al hombre abstracto y ahistórico, dando lugar a "la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico" (Marx y Engels, 1962: 406). O como expresa Sacristán a propósito del *Anti-Dühring*: "Precisamente el conocimiento científico empieza a contar en la

7 En una nueva edición de *La Ideología Alemana*, podemos leer una breve anotación de Marx que dice: "Influencia de la división del trabajo sobre la ciencia", sin agregar nada más (véase Marx y Engels, 2018: 503).
8 Véase F. Engels, "La subversión de la filosoía por el señor Dühring".

vida humana cuando se libera de tan aproximadas e imprecisas descripciones, meras paráfrasis verbales de la experiencia en bruto." (Sacristán, 1983: 28)[9]

III. De la filosofía a la *praxis*

Como hemos tratado de mostrar, la *praxis* en los términos de la obra de Engels, como también en la de Marx, representa no sólo la ruptura con el idealismo de su época -y que tiene ya una clara connotación política en el momento prerrevolucionario de la década de los cuarenta del siglo XIX-, sino la llave del nuevo terreno de la crítica revolucionaria, que está muy lejana de la pretensión de construir una nueva filosofía. La especificidad, como nos recuerda Henri Lefevre, del nuevo materialismo expresado extensamente por Engels en su obra, no es otro que su carácter práctico, que combate abiertamente el pensamiento especulativo y, en esos términos, a la filosofía clásica y, particularmente, al idealismo. También la crítica a Feuerbach tiene como sustento el reclamo de que no se adhiere al movimiento comunista real y se queda atrapado por la filosofía especulativa y, finalmente, idealista.

Así, en síntesis, en la ruta tomada a partir de *La Ideología Alemana*, la *praxis* aparece no como la unión formal o mecánica de la teoría y la práctica, y menos a partir de una construcción filosófica que las reúne a partir de entenderlas como actividades formalmente disociadas, sino como una sola actividad crítico-revolucionaria, a la que hace explícita referencia Marx. En estos términos, la *praxis* sale del terreno filosófico para entrar en el de la amplia y radical crítica de la totalidad social, inserta en el mundo real y cuyo fundamento es la transformación práctica del mundo.

Bibliografía

Bloch, E. (2007) *El principio esperanza I*, Editorial Trotta, Madrid.

Echeverría, B. (2011) *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, Editorial Itaca, México.

Engels, F. (1962) "Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas", en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas en dos tomos, Tomo II,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Korsch, K. (1971) *Marxismo y Filosofía*, Editorial Era, México.

Marx, K. (1962) "Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política", en Marx,

9 En términos bastante críticos por la inconsistencia de Engels en esta obra en la que olvida el que llama "principio de la práctica", Sacristán agrega: "la tarea de Engels en el *Anti-Dühring*, que consiste en explicitar, desde su particular situación histórico-cultural, la concepción comunista del mundo, es una tarea esencial al pensamiento marxista, tarea que éste debe replantearse constantemente. Seguramente más en el "análisis concreto de la situación concreta", horizonte en el cual se hace operativa la dialéctica materialista, que en laxas exposiciones de conjunto, progresivamente vacías a medida que se alejan de la ciencia positiva y de lo concreto. Pero también, sin gran pretensión de contenido, a la mayor lejanía de la investigación positiva, a saber, en el ámbito de la visión general de la realidad, la cual inspira de hecho, aunque no como factor único, la ciencia misma" (Sacristán, 1983: 42).

C. y Engels, F. *Obras escogidas en dos tomos, Tomo I,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Marx, C. y Engels, F. (1962) *Obras escogidas en dos tomos, Tomo II,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Marx C. y Engels, F. (1981) *Obras fundamentales 2, Escritos de Juventud,* FCE, México.

Marx, K. y Engels, F. (2018) *La Ideología Alemana*, Editorial Akal, Madrid.

Sacristán, M. (1983) *Sobre Marx y marxismo, Panfletos y Materiales I*. Editorial Icaria, Barcelona.

El "general" y el "profeta": apuntes sobre el vínculo de Federico Engels con la guerra y otros temas militares

Pablo Augusto Bonavena

Carlos Marx y Federico Engels abordaron con amplitud y recurrencia el tema de la guerra junto a diversos aspectos de la actividad militar, aunque no siempre se percibió el esfuerzo dedicado a ese emprendimiento, tal vez con la excepción de la importante atención brindada en la Academia Militar "Federico Engels", institución universitaria de la ex República Democrática Alemana (Gotze, 1990). Ese vínculo con el arte militar quedó plasmado en diferentes tipos de escritos como folletos, enciclopedias, notas periodísticas, correspondencia, trabajos históricos y elaboraciones de nivel sociológico. Agudizaron sus análisis luego de cada suceso revolucionario, especialmente con posterioridad al ascenso revolucionario de 1848 y la Comuna de París en el marco de la guerra franco-prusiana, que anudó la guerra entre Estados con la guerra revolucionaria, eslabonamiento que siempre ocupó sus reflexiones. Particularmente Engels llenó un vacío en el desarrollo de los estudios militares que vinculaban la idea de revolución y guerra, aunque tempranamente, en la década del cuarenta, el uno y el otro habían comprendido que "la guerra y la revolución estaban inextricablemente vinculadas" (Boden, 2001; Blackledge, 2019).

Ambos, asimismo, escudriñaban la guerra y el ámbito militar para construir teoría. Ciertamente, detectaban en ese entorno una apretada síntesis de los fenómenos que luego se expandirían en el entramado social. Marx apuntó en los *Grundrisse* una proposición importante para explayar en la exposición final de *El Capital*:

> "La guerra se ha desarrollado antes que la paz: mostrar la manera en que ciertas relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el maquinismo, etc., han sido desarrolladas por la guerra y en los ejércitos antes que en el interior de la sociedad burguesa. Del mismo modo, la relación entre fuerzas productivas y relaciones de tráfico, particularmente visibles en el ejército" (Marx, 1987: 30).

Los fundadores del materialismo histórico suponían que las formas más acabadas de numerosas relaciones sociales se encontraban prefiguradas en las organizaciones militares (Kulakov, 1972). Incluso, Engels avizoraba el progreso social en el desarrollo de los ejércitos. A propósito del artículo de Engels, titulado "*El Ejército*", publicado en la *Nueva Enciclopedia Americana*, Marx le ofreció algunos comentarios en una carta remitida desde Londres el 25 de septiembre de 1857. Manifestó allí que la historia del ejército probaba la certeza del enfoque teórico que ellos detentaban sobre la conexión ineludible entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales. Asimismo, aseguró que, en términos generales, los ejércitos tenían relevancia en el desarrollo económico, tema de gran proyección en la posterior teoría sociológica. Añadió:

> "Es en el ejército donde, en los antiguos, encontramos el salario primero con su pleno desarrollo. Igual entre los romanos, el peculio de los soldados en campaña es la primera forma jurídica donde se reconoce la propiedad mobiliaria de los que no son padres de familia. Así también, el sistema de guildas de la corporación de los fabri (herreros). Así como el primer empleo de la maquinaria. Hasta el valor particular de los metales y su utilización como moneda parece descansar primitivamente, pasada la edad de piedra

> de Grimm, en su importancia militar. En el ejército se realizó por primera vez la división del trabajo en el marco de una especificidad" (Marx, 1857: 2).

Vemos cómo Marx enlazó a los ejércitos con la proliferación del salario; también conectó la sedimentación del régimen gremial a través de las corporaciones de artesanos, que resultaban incorporadas a la esfera militar para la asistencia y abasto de las fuerzas militares (Kulakov, 1972). Marx, en la misma misiva, insinuó a Engels que en alguna oportunidad debería analizar el tema desde este punto de vista, perspectiva que el autor de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* ya había desplegado con destreza. Concretamente, acordaron una idea de gran densidad teórica: toda la historia de las formas que asumía la sociedad burguesa quedaba notablemente resumida en lo militar. En *El Capital*, Marx también consideró el impacto de lo militar en la construcción de relaciones sociales, reponiendo así la proposición hilvanada en los *Grundrisse*:

> "El servicio militar, que tanto aceleró la ruina de los plebeyos romanos, fue también uno de los medios fundamentales empleados por Carlomagno para fomentar, como en un invernadero, la transformación de los campesinos alemanes libres y semi-libres en siervos" (Marx, 1988: 909).

Engels, en sintonía, percibió las posibilidades que generaba el servicio militar masivo y obligatorio en Alemania como un instrumento que podía democratizar la sociedad de manera favorable para la clase obrera (habla de una "tendencia democrática inherente al servicio militar obligatorio") pues, en definitiva, significaba más obreros armados y entrenados para guerrear. Habilitaba así la posibilidad de proyectar una "nación en armas", puesto que al poner armas masivamente en manos de los trabajadores se generaba una potencial base social para la democracia obrera (Neumann, 1968; Blackledge, 2019; Engels, 1865). Pasados 20 años de la Comuna, decía:

> "cuando cada hombre sano pasa por las filas del ejército comienza a reflejar cada vez más el estado de ánimo y los pensamientos del pueblo; ese ejército, gran instrumento de opresión, se hace menos seguro de día en día" (Engels, 1891).

En esta dirección que marca la influencia de la guerra en la sociedad, Engels y Marx recalcaban el surgimiento de la guerra en el mismo proceso de emergencia y reproducción de las relaciones sociales de propiedad (Marín, 1984). Destacaron, igualmente, el estrecho vínculo entre la ciencia, la técnica, la guerra y el tejido del poder. Engels, en particular, trabajó la cuestión en el *Anti-Dühring*:

> "Todos los escolares saben que, a comienzos del siglo XIV, el conocimiento de la pólvora pasó de los árabes a los europeos de Occidente, y revolucionó todo el arte de la guerra. Pero la introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue en modo alguno un acto de violencia, sino un progreso industrial y, por lo tanto, económico. La industria sigue tal, ya se aplique a la producción o destrucción de objetos. Y la introducción de las armas de fuego no sólo influyó en la propia conducción de la guerra, sino también en las relaciones políticas de poder y opresión" (Engels, 1974).

Observamos cómo la investigación sobre problemas militares nutría la teoría de la lucha de clases, pero esta no era la única causa que los empujaba a considerar el arte de la guerra y sus implicancias. En cada estudio subyacía una motivación orientada

a la acción, es decir, asociada a la preparación de las huestes obreras para la lucha revolucionaria.

En efecto, los requerimientos de la política revolucionaria imponían peregrinar por la materia, fundamentalmente por su concepción acerca del Estado en tanto expresión de la violencia organizada de una clase para oprimir a otra. El Estado del poder surgía de la guerra y sólo podía ser trastocado con el mismo recurso. Engels y Marx periodizaron en el *Manifiesto Comunista* y en *El Capital*, por ejemplo, que la lucha del proletariado atraviesa una etapa de guerra civil más o menos embozada, encubierta, hasta que se llega, producto de la acumulación de poder como fuerza emancipada, a un momento de guerra civil abierta para derrocar por la violencia todo el orden social existente. El cambio revolucionario para Max y Engels es una guerra que como evidenció la Comuna de París, podía brotar en el marco de un pleito armado entre Estados: una guerra (civil) dentro de otra (inter estatal).

Claro que esta premisa tampoco agotó las causas que impulsaron a Marx y Engels a ocuparse de la guerra. Ambos estimaban que los revolucionarios debían estar educados para el momento militar de la lucha de clases. Sus reflexiones dejaron entrever que los agudos sucesos en la Europa de los años 1848 y 1849 habían puesto al descubierto, como mínimo, la falta de pericia militar del campo revolucionario, en tres dimensiones: a) la estrategia política (problemas de fundamentación de la acción revolucionaria), b) la estrategia operacional y, c) la maniobra táctica (disposición de fuerzas en el campo de batalla, trazado de barricadas y movimiento de los destacamentos y partidas) (Ancona, 1979). Engels y Marx, en consecuencia, buscaron superar estas carencias. Engels detectó las deficiencias militares de los campesinos en Alemania de 1525 (*La guerra de los campesinos en Alemania* de 1850) y señaló el peso de los errores militares en el resultado de las confrontaciones. Por eso, de inmediato, trazó un paralelismo entre aquellos acontecimientos y los de 1848 en la búsqueda de enseñanzas. Al mismo tiempo, esperaba que la alusión a aquellas viejas luchas inspirara a los sectores radicalizados de Alemania para retomar los bríos combativos luego del descalabro sufrido en el 48 y 49 (Anfra, 2013; Hunt, 2011). Ambos amigos estaban convencidos de que las lecciones que había dejado la derrota "debían revelar las reglas de una futura estrategia de insurrección" (Neumann, 1968: 17).

La habilidad militar era un recurso tan vital que Marx y Engels no pretendían enajenar la conducción de la lucha armada en militares de profesión. El campo revolucionario ganaba adeptos entre cuadros profesionales de las fuerzas armadas estatales, pero una vez que comenzaba el combate, sobre el terreno, tendían a subordinar a los "civiles" en la dirección de los enfrentamientos. La superioridad teórica y política de los revolucionarios quedaba eclipsada por el adiestramiento de los militares profesionales. Este dato, emanado de la vivencia concreta, alertaba sobre la necesidad de que los dirigentes políticos tuvieran una sólida instrucción militar. Especialmente, Engels insistía en el carácter perentorio de "poder alzar la voz en los debates teóricos sin quedar en descubierto" por debilidad militar frente a los cuadros profesionales (Ancona, 1979; Freedman, 2016; Mehring, 1958; Neumann, 1968).

Esta situación cobró magnitud luego de la derrota de las insurrecciones alemanas de 1849, pues Engels y Marx debieron responder a varias acusaciones como las de traición o aventureros, por no avalar todas las iniciativas armadas y políticas de los grupos democrático/burgueses. Una de las críticas provenía del antiguo general Au-

gust von Willich, que desdeñaba a los que llamaba "personajes literarios" como ellos. Engels afirmaba que a pesar de que era fácil refutar tales imputaciones en el fuero teórico/político, aparecían algunos contratiempos cuando la discusión se instalaba en el plano puramente bélico, donde los militares profesionales se aferraban a los dictados de su esquemática formación. No había cabal conciencia, aseveraba Engels, sobre el opaco rendimiento de los oficiales que se habían pasado al campo del pueblo durante los años de la revolución. El corolario era claro: la revolución necesita cuadros políticos y militares consustanciados con la teoría de la guerra. La convicción y el coraje no alcanzaban para triunfar y menos aún las instrucciones de manual. Devenía una urgencia aprender más y sacar conclusiones, meta que Engels alcanzó casi de inmediato después de los fallidos alzamientos (Ancona, 1979).

Detrás del objetivo de fortalecer el conocimiento militar, Engels y Marx generaron de hecho valiosos principios teóricos y metodológicos para la investigación y reflexión sobre todas las configuraciones de los acontecimientos bélicos y sus protagonistas (Kulakov, 1972). El hecho de no haber ceñido su interés a la guerra revolucionaria no expresaba la presencia en ellos de una curiosidad intelectual por la guerra en otra escala y su contenido social, sino que exponía una convicción teórica y política: la revolución es una guerra y se rige, en gran parte, por las leyes (reglas) y fundamentos de las grandes conflagraciones (Engels, 1852). Prefiguraron desde ese presupuesto un guión teórico-metodológico para el estudio de la guerra con la finalidad de promover la guerra civil, aquel que décadas después culminó Mao Tse Tung en "*Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China*", al proponer estudiar, en principio, las leyes generales de la guerra para luego desentrañar las leyes de la guerra revolucionaria en particular y, finalmente, aplicar ese bagaje a un caso histórico-concreto.

La hoja de ruta de los estudios efectuados demuestra que su lugar de llegada, la guerra civil en particular, tenía como punto de partida la comprensión de la guerra en general. Sigmund Neumann capta de manera parcial la elaboración de ese esquema al localizar tres fases en el pensamiento de Marx y Engels referidos al tema militar. Una primera, referenciada con la cuestión táctica de la guerra civil de 1848; la segunda, signada por la investigación de las estrategias militares de las grandes potencias (1850/1860) y, por último, una tercera, que sintetiza a las anteriores y que se acerca "a los patrones de la guerra totalitaria moderna" (guerra absoluta o guerra total) (Neumann, 1968: 15).

Engels, además, argumentó que las posibilidades para comprender y explicar la guerra dependían de un marco conceptual flexible y objetivo. Proponía no sesgar políticamente los análisis, ni afrontar el fenómeno con prejuicios. Anticipándose a Mao, defendió frente a sus camaradas la necesidad de abrevar en los teóricos militares de las fuerzas armadas de las clases explotadoras, postura de amplitud intelectual que había inculcado a Marx respecto de la economía política. Enfatizó, en 1854, incluso, que "la ciencia militar, como las matemáticas o la geografía, no tiene opinión política particular" (Engels, 2010: 181-182). Tiempo después, durante el año 1865, en *La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán*, Engels resaltó que una de las ventajas del campo socialista para analizar la guerra provenía de su mirada "imparcial y fría", circunstancia que favorecía una "mente abierta" que no poseían los cuadros militares de los grandes ejércitos contaminados por los intereses de sus Estados.

Esa "mente abierta" facilitó la generación de un prisma intelectual para abordar la guerra, que aparte del mencionado método luego culminado por Mao, instaló un reconocido teorema para la producción teórica: "La nueva ciencia de la guerra debe ser un producto necesario de las nuevas condiciones sociales". El enfoque analítico sobre la guerra, asentía, debía mutar al ritmo de los cambios en las condiciones sociales (Scheler, 1990). Con amparo en la dialéctica, la fórmula acuñada principalmente por Marx, que resaltaba como la guerra prefiguraba y moldeaba lo social, encontró su terminación en el teorema de Engels que marcaba la influencia de lo social sobre la teoría de la guerra. Calculaba que el cambio en las relaciones sociales cincela la forma de las luchas y la teoría necesitaba actualizar sus lindes en consonancia con la metamorfosis social. Quedaba de este modo alejado de todo dogmatismo y en armonía con el pensamiento de Clausewitz condensado en *De la guerra*. Sabía que la guerra independentista norteamericana y la Revolución Francesa habían generado nuevas formas de luchar asentadas en un cambio en las relaciones sociales, que posibilitaban, por ejemplo, la presencia de tiradores por fuera del orden lineal.

> "Frente a esas líneas rígidas y sin recursos (refiere al orden de batalla tradicional) aparecieron en la Guerra de Independencia americana grupos de rebeldes que estaban, ciertamente, poco entrenados, pero sabían usar muy bien sus carabinas, combatían por sus propios intereses -lo que quiere decir que no desertaban como las tropas mercenarias-, y que no hicieron a los ingleses el favor de enfrentarse a ellos en línea y en campo abierto, sino como un enjambre de tiradores separados, muy rápidos, y protegidos por los bosques. La infantería de línea resultó impotente y sucumbió a los enemigos invisibles e inalcanzables. Así, a consecuencia de un cambio en la composición del elemento militar, se encontró un nuevo método de combate: el tirador suelto" (Engels, 1973: 275).

Esa variación requería ser registrada por la teoría. Engels, por ejemplo, explicó que la alta movilidad de las tropas posteriores a la Revolución Francesa eran el correlato de la movilidad social. La rigidez de los ejércitos absolutistas, con la misma lógica, correspondía a la rigidez social. Entendía que el sistema moderno de conducción de la guerra residía en la emancipación social y política de la burguesía y el pequeño campesinado generado por la Revolución Francesa (Engels, 1851). Cavilaba que la teoría debía ser sensible a estas mudanzas.

Marx y Engels ofrecieron, asimismo, sustanciales exámenes de muchos litigios armados desde un ángulo que favoreció un aporte destacable de reflexiones sobre estrategia y táctica militar (Fasola, 2017). Sus consideraciones los llevaron a ser ubicados por los especialistas como parte de los creadores de la moderna estrategia, aunque tal atribución cayó más sobre Engels que Marx. Esta calificación no proviene sólo desde el interior del marxismo, tal como lo hicieron, entre otros, Vladimir Lenin, León Trotsky o Franz Mehring. Fuera del marxismo, los elogios cayeron sobre Engels, aunque Marx también fue alcanzado por las buenas ponderaciones. Sigmund Neumann, por ejemplo, localizó a Engels como uno de los mayores autores sobre temas militares del siglo XIX y reconoció que manejaba un buen conocimiento de la historia de las guerras según la información disponible en su época (Neumann, 1968). Este mismo especialista, en un artículo común con Mark von Hagen, afirmó que aquello dicho por Marx y Engels sobre Clausewitz, bien podría repetirse fácilmente sobre el propio Engels: "Es un genio en la crítica. Sus juicios son tan claros y pesados como el

oro. Muestra cómo la grandeza en el pensamiento estratégico consiste en la sencillez" (Neumann y von Hagen 1986: 265).

Klaus Gotze, por su parte, observa en Engels dotes de "metodólogo" para el estudio de la guerra y un perfil como "sociólogo militar" (Gotze, 1990: 181). Paul Blackledge evalúa que su método ilumina una profunda comprensión de la relación entre estrategia y táctica, tanto en niveles militares como políticos (Blackledge, 2019). El reputado historiador británico-canadiense Martin Kitchen es otro de los que elogia la capacidad de Engels sobre temas militares (Kitchen, 1977). Walter Bryce Gallie repone la opinión de Joseph Schumpeter, quien consideró a Engels como "el más perspicaz crítico militar del siglo XIX" (Gallie, 2014: 131). El politólogo alemán Herfried Münkler no duda en caracterizar a Engels como un "teórico de la guerra" (Münkler, 2008). El mayor del ejército norteamericano Michael A. Boden realza la idoneidad de Engels para la materia, aún en los temas tácticos, cuestión poco reconocida de la producción engelsiana. Arguye que Engels poseía notables conocimientos militares, aún en los niveles operacional y táctico, pericia normalmente detentada con exclusividad por los profesionales de las armas. Ese manejo, juzga, localizó a Engels entre los contribuyentes más importantes al campo de la historia y teoría militar de los siglos XIX y XX (Boden, 2001).

Martin Berger evalúa que la trayectoria de Engels como periodista militar fue destacable y obtuvo respeto en círculos militares burgueses y aristocráticos. Sin embargo, este autor asegura que Engels estuvo lejos de signar el curso del pensamiento militar del siglo XIX, y con corrección, agrega: "durante la vida de Engels, la ciencia militar tuvo más impacto en el marxismo que el marxismo en la ciencia militar" (Berger, 1977: 51-13). Esta tendencia, tal vez, se revirtió en el siglo XX con Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Minh y Giap. Debido a los amplios conocimientos de Engels, más de uno de sus artículos anónimos resultaron erróneamente adjudicados a oficiales de alto rango de los ejércitos nacionales (Achcar, 2002). Las notas periodísticas publicadas en el periódico *New York Tribune* concernientes a la guerra de Crimea, entre los años 1853 y 1855, por ejemplo, fueron atribuidas al afamado general norteamericano Winfield Scott. El folleto "*Pó y Rhin*", impreso en abril de 1859, igualmente fue endilgado al general de infantería prusiano Ernst Heinrich Adolf von Pfuel (Neumann, 1968: 13).

Existen también opiniones que brindan alcances más acotados a la producción engelsiana sobre temáticas militares. Damian Winczewski, por ejemplo, comenta que Engels a menudo reproducía en sus análisis algunos estereotipos característicos del pensamiento militar de su tiempo, pero reconoce que esta limitación no logra opacar sus méritos en la disciplina (Winczewski, 2018). Numerosos pareceres críticos vindican exclusivamente las contribuciones de Engels al "arte de la insurrección", para asignarle únicamente el perfil de un "buen crítico militar" por sus crónicas de las guerras de otro signo (Restrepo, 2002: 122).

El "General", el "Ministro de Guerra de Manchester" o el "Clausewitz Rojo"

La intensa actividad de Engels sobre tópicos referidos a la guerra generó los tres sobrenombres del subtítulo, tanto por su trabajo intelectual como por su permanente voluntad de convertirse en un hombre de acción en el área militar. El mismo se de-

finía como un "soldado" cuya "escuela militar" había sido la artillería prusiana (Engels, 1854: 424). En efecto, Engels realizó el servicio militar como voluntario en el regimiento de artillería de la Guardia de Berlín, en el cuartel ubicado en Kupfergraben, entre octubre de 1841 y octubre de 1842. Obtuvo el grado de cabo (suboficial bombardero). Unos años después probaría sus habilidades en el campo de batalla en el proceso revolucionario alemán. En esa oportunidad, si bien dudaba sobre las posibilidades de los revolucionarios, ya que la organización de la insurgencia no permitía hacerse grandes ilusiones, se involucró en las acciones con el fin de instalar una determinación moral combativa para prestigiar la causa comunista. Apreciaba que era muy significativo poner de relieve la superioridad comunista en comparación con otros partidos, para "demostrar su derecho moral a liderar la lucha del proletariado". Más allá de este argumento, en una carta a Jenny Marx confesó: "no pude resistir la tentación de participar en la guerra" (Winczewski, 2018). En diciembre de 1848 ya había puesto de manifiesto su hartazgo por permanecer en los márgenes de las rebeliones armadas (Hunt, 2011). Además, expresó: "no quería desaprovechar la oportunidad de instruirme un poco en la escuela de la guerra" (Engels, 1989: 440).

La insurrección alemana comenzó el 9 y 10 de mayo de 1849 en Elberfeld, uno de los centros industriales de la provincia Renana. Engels llegó allí con un importante conocimiento teórico de los hechos armados acuñado durante el año anterior, luego de varios esmerados exámenes de los acontecimientos, que incluyeron la reconstrucción y análisis de operaciones como el movimiento de las columnas obreras en París durante junio de 1848 y el aprovechamiento de la trama urbana y la territorialidad social de la ciudad (Engels, 1848). Palpablemente, Engels intentó aprender de cada equivocación y de cada acierto de los bandos enfrentados para aplicarlo en los combates por venir, y la situación en Alemania ofrecía una posibilidad inmediata para actuar (Claudín, 1985).

Engels admiraba la expertise militar del húngaro Lajos Kossuth, que había quedado confirmada en la Revolución Húngara de 1848. Una de las conclusiones que manejaban Engels y Marx respecto de la táctica, era el rechazo de los ataques frontales, acción que procuraron desalentar. La experiencia húngara probaba que la insurrección debía conjugar al levantamiento de masas con guerrillas distribuidas en todo el territorio, sin prestarse a los encuentros cara a cara. Argumentaron que esta forma de lucha era necesaria por la disparidad de fuerzas (Hunte, 2011). Engels era consciente de la imposibilidad que tenía una fuerza militar poco desarrollada de enfrentar de manera regular ("guerra usual") a un ejército más fuerte y mejor organizado. En desventaja, exclamaba, el débil no puede adoptar métodos de guerra ordinarios (Engels, 1989). Uno de sus textos más importantes al respecto fue la "*Introducción*" de 1895 a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Marx.

Engels relató su arribo a Elberfeld en "*La campaña por la Constitución Imperial alemana*", artículo redactado entre mediados de agosto de 1849 y febrero de 1850. Afirmó que cuando llegó el 11 de mayo los hombres armados eran entre 2.500 a 3.000. El día anterior había constituido un grupo de trabajadores en Solingen para reforzar la insurrección en Elberfeld. Trasladó aquí dos cajas de cartuchos que habían sido capturados por ese grupo en el asalto al arsenal de Gräfrath (Engels, 1949). Su primera acción fue presentarse frente al *Comité de Seguridad* Pública para informar sobre la situación en Colonia y ponerse a disposición de ese organismo. Aclaró que se ceñiría al plano estrictamente militar y no haría agitación política. El comité, por lo tanto,

decidió autorizarlo para inspeccionar todas las barricadas y completar las fortificaciones. Paso seguido, Engels propuso evitar cualquier acción en las plazas fuertes del enemigo y en aquellas ciudades con alguna guarnición. Postuló la necesidad de crear una diversión en la orilla izquierda del Rin, en las ciudades pequeñas, en las ciudades industriales y en el campo para distraer a las tropas prusianas y, por sorpresa, lanzar todas las fuerzas disponibles en la orilla derecha del Rin. Recomendó una reforma de la milicia cívica e ideó un impuesto que gravaba a la burguesía con el fin de solventar la manutención de los obreros armados (Claudín, 1985; Engels, 1989).

Al percibir cierta desorganización y debilidad de la conducción militar local, reivindicó la necesidad de poseer una dirección centralizada de las operaciones y moverse con audacia y velocidad en cada encuentro. Asumió la dirección de unos cientos de obreros armados, formó destacamentos de zapadores y se abocó a la construcción de las barricadas. Trazó nuevas defensas y rehízo varias de las ya instaladas. Además, se ocupó de la distribución del armamento y las piezas de artillería entre los obreros ubicados en los puestos de combate. Proyectó organizar una defensa adecuada de toda la región, articular los levantamientos dispersos y extender la acción insurgente a las zonas vecinas. La frenética actividad de Engels fue abortada el 15 de mayo, cuando el *Comité de Seguridad Pública* solicitó que abandonara su puesto por miedo a que con su ideología radical "contagiara" al resto.

En junio y julio se enroló en el ejército insurreccional de Baden y el Palatinado. Integró un destacamento como ayudante de campo del antiguo general August von Willich[1] miembro de la *Unión de los Comunistas*, el ejército insurgente más grande. Participó de cuatro batallas y múltiples escaramuzas hasta que se replegó a Suiza ante una arrolladora ofensiva prusiana. El choque más duro del que fue parte ocurrió en la fortaleza junto al río Murg. Engels, sin falsas modestias, se refería a su participación militar en Baden como "mi gloriosa campaña" (Winczewski, 2018; Ancona, 1979). No obstante, no hacía alarde de su valentía, aunque varios camaradas hablaron de sus acciones temerarias. Es interesante considerar su propio relato:

> "Estuve en cuatro enfrentamientos, dos de ellos bastante importantes, particularmente el de Rastatt, y descubrí que la tan cacareada valentía bajo el fuego es la cualidad más común que uno puede poseer. El silbido de las balas es realmente un asunto bastante trivial y aunque, durante toda la campaña, hubo mucha cobardía evidente, no vi más que una docena de hombres cuya conducta fue cobarde en la batalla" (Engels, 1849).

Independientemente de su opinión, según varios testimonios sobresalió por hacerse cargo de las misiones más peligrosas. Eleonora Marx comentó esa participación luego de unos años: "Todos aquellos que lo vieron durante mucho tiempo después se refirieron a su extraordinaria sangre fría y a su absoluto desprecio del peligro" (Golikov, 1972; Stepanova, 1986) .

La guerra civil europea fue un acontecimiento político enorme, que por su escala en el plano militar introdujo un nuevo paradigma. Involucró el levantamiento de masas, la presencia de ejércitos reales, ejércitos democráticos "nacionales", unidades de milicias y grupos de ciudadanos armados. La guerra entre todos estos actores revistió un

1 "Willich era el único oficial que era bueno, me uní a él y me convertí en su ayudante... En la batalla, Willich es valiente, sereno y hábil, y es capaz de apreciar una situación de forma rápida y precisa" (Engels, 1849).

notable carácter urbano y el tipo de batalla estándar propio de la guerra regular tuvo poco peso. El conflicto no fue estructurado; su impronta fue operaciones de guerrilla, lucha en la calles poco organizada, movilización de masas, barricadas (fueron muy difíciles de doblegar) y el uso militar de fuerzas ciudadanas no capacitadas para la tarea (Boden, 2001; Hunt, 2011; Neumann, 1968). Sin duda, la Primavera de los Pueblos impactó en todo el mundo y Engels no fue inmune a su influjo, especialmente debido a su intensa experiencia militante. Signó y orientó, de allí en más, gran parte de su esfuerzo intelectual.

Cuando Engels se estableció en Manchester a fines de 1850 inició un programa de lectura sobre diferentes aspectos relativos a la guerra, pero volvió una y otra vez a realizar observaciones críticas de las revoluciones de mediados de siglo. Puso la lupa sobre distintos aspectos del combate irregular. Razonaba que la guerrilla, por ejemplo, era una de las especies de la guerra que, incluso, debía ser reconocida como un componente de cualquier cruzada regular. En verdad, Engels no había prestado atención a la guerrilla y la lucha insurgente antes de 1848, pero la realidad impuso su sello. Con su trabajo sobre el tema, sentó las bases sobre los modelos generales de la guerrilla que luego serían un patrimonio del campo revolucionario. De allí que se lo suele considerar "un teórico pionero de la guerra de guerrillas" (Boden, 2001; Hunt, 2011).

Mientras tanto, se preocupaba por mantener una buena forma física para estar en condiciones de asumir el combate cuando la situación lo indicara. Practicaba la caza y trataba de no perder su condición de buen jinete, actividades que de joven combinó con la esgrima y el boxeo. Engels pretendía estar en forma física e intelectual para los acontecimientos insurreccionales futuros. Al mismo tiempo, inició una carrera profesional como escritor sobre cuestiones militares con un estilo que desdeñaba la filosofía de la guerra, pues su interés era la ciencia militar, sin pretender una manera original de pensar la guerra. Esa carrera se proyectó en el periodismo. Reconocía el problema y limitaciones que había con las fuentes, pero siempre se proponía escribir artículos serios con la información disponible, asumiendo que la elaboración de análisis para robustecer la teoría revolucionaria en muchas ocasiones demandaba más precisiones (Boden, 2001; Engels, 1851 y 2010; Anfra, 2013).

El estudio que emprendió de manera lenta y no sistemática fue parte de una división del trabajo acordada con Marx (Ancona, 1979; Anfra, 2013). En la mencionada carta de Marx a Engels del 25 de septiembre de 1857, se trasluce la existencia de la interacción sobre temas militares y, asimismo, se hace observable el seguimiento de Marx sobre las publicaciones militares de Engels, haciéndole sugerencias y proponiéndole lecturas.

Con idas y venidas inició el plan de trabajo con el nivel más elemental, aquel que en la época se exigía para ingresar a las academias militares. Investigó, asimismo, las organizaciones de los ejércitos atendiendo los detalles técnicos de manera minuciosa (destacaba la necesidad de estudiar los ejércitos prusiano, austríaco, bávaro y francés), las estadísticas sobre la temática, los sistemas de fortificaciones del ingeniero militar Sébastien Le Prestre de Vauban y del arquitecto y pintor Albrech Durero, el sistema moderno de fuertes, la construcción de puentes, el atrincheramiento de campaña, la construcción de cureñas de campo, la guerra en las montañas, la industria del armamento, los sistemas sanitarios y la historia general de las guerras regulares e irregulares. Resulta especialmente atractiva la investigación de Engels sobre

las armas, como la historia de la carabina, pero también demostró un considerable conocimiento sobre sobre la caballería, la artillería y cuestiones tanto tácticas como estratégicas (la ofensiva, el combate, la concentración de fuerzas, la importancia de la superioridad numérica, el peso de la fuerza moral, etc.).

En suma, se convirtió en uno de los primeros socialistas en dedicar energía a las operaciones reales de los ejércitos en el campo (Boden, 2001). La lista sobre los especialistas militares que transitó es muy extensa. Recorrió, entre otros, la obra de Maquiavelo (sentía gran admiración por sus trabajos), William Napier, Carl von Clausewitz, Raimondo Montecucculi, Antoine Henri Jomini, Wilhelm von Willisen y Moltke, August von Gneisenau, Gerhard von Scharnhorst y Arthur Wellington (Mehring, 1958; Mayer, 1979). Consultó en reiteradas ocasiones aspectos profesionales de la guerra con Joseph Weydemeyer, ex-oficial del ejército prusiano que se pasó al bando revolucionario (Gat, 1992).

La depresión de 1857 fue evaluada por Engels y Marx como la apertura de una situación de mucha algidez en la lucha de clases, que ameritaba profundizar la preparación militar. Engels, entonces, redobló sus estudios y entrenamiento. Luego de su narrada primera experiencia, empero, no pudo volcar de manera directa su formación militar en la práctica concreta, pero con su sabiduría se constituyó en un andamio para el campo revolucionario hasta hoy. Dejó muchas páginas como legado. Las obras militares publicadas de Engels superan en número a las de todas las demás temáticas. La edición alemana completa reúne más de 2000 páginas en letra menuda. Sigmund Neumann recalca que: "Los escritos de Engels en el campo de la ciencia militar son más numerosos que el resto de su trabajo literario" (Neumann, 1968).

El siguiente cuadro brinda un panorama sobre la dedicación de Engels a los temas militares en su faena periodística, sólo tomando como referencia sus publicaciones en el *New York Daily Tribune* (Ferreira y Coggiola, 1969):

Tema	Número de Páginas
Diplomacia y Política Internacional	126
Economía y Comercio Internacional	53
Guerras y conflitos entre Estados Nacionales	170
Total	349
Fuente: Muniz Gonçalves Ferreira (1999: 80)	

Debido a su capacidad de análisis, predijo el desenlace de varias guerras y en numerosas oportunidades acertó sobre los lugares donde se desenvolvieron algunas batallas decisivas. Aventajó con este tipo de sus vaticinios a muchos comentaristas de la prensa y opiniones de profesionales de la guerra. Advirtió que la Guerra de Secesión de Estados Unidos era un "drama sin paralelo en los anales de la historia militar", cuando en Europa se desestimaba sus alcances. En contraste con Engels, Molke la había minimizado al caracterizar el conflicto como un movimiento de "tumultos armados". Sin embargo, Engels auguró acertadamente que esta guerra marcaría la tendencia de las futuras colisiones armadas. Entre otros aspectos, la eclosión de las trincheras le dieron la razón (Neumann, 1968; Winczewski, 2018; Neumann y Von Hagen, 1986) .

También visualizó que el desarrollo capitalista provocaría una guerra mundial. En una carta con fecha del 22 de diciembre de 1882, consideraba que una guerra europea

sería un verdadero desastre (Engels, 1882). En 1887, continuaba alertando sobre las posibilidades de un choque armado y sus repercusiones. Anunciaba que el desarrollo de Prusia-Alemania promovería una guerra a escala mundial, con una ferocidad sin precedentes: "de ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente y, al hacerlo, devastarán toda Europa" (Engels, 1887). Colisionaba así con aquellas opiniones que imaginaban un inicio de siglo XX armónico y pacificado, como las esgrimidas por la sociología industrialista. Esa capacidad de predicción fue resaltada por Lenin cuando se apagaba la Gran Guerra y se asomaba el primer estado soviético:

> "Hoy ya nadie cree en milagros, a Dios gracias. La profecía milagrosa no es más que una fábula. Pero, la profecía científica es un hecho. Y en nuestros días, cuando encontramos en derredor muy frecuentemente el abatimiento vergonzoso e incluso la desesperación, es útil recordar una profecía científica que se ha confirmado" (Kitchen, 1977: 123) .

Por las palabras de Engels que se adelantaron a la historia, Lenin lo calificó como un "profeta" (Lenin, 1980). Igualmente, se atribuye a sus pronósticos haber bosquejado "la silueta distante de la Segunda Guerra Mundial" (Bellany, 2013: 39). Podemos recordarlo, entonces, como el "general profeta" de la causa proletaria.

Bibliografía y fuentes:

Achcar, G. (2002) "Engels: theorist of war, theorist of revolution", in International Socialism Journal. Nro. 97, disponible en: http://pubs.socialistreviewindex.org.uk/isj97/achcar.htm.

Ancona, C. (1979) "La influencia de *De la Guerra* de Clausewitz en el pensamiento marxista de Marx a Lenin", en Lenin, Ancona, Braun, Razin, Stalin y otros: *Clausewitz en el pensamiento marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente 75, México.

Anfra, D. (2013) *Friedrich Engels: guerra e política. Uma investigação sobre a análise marxista da guerra e das organizações militares*, Universidade de SaoPaulo, Faculdades de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Departamento de Filosofia, Programa de Pós-Graduação em Filosofia, en: https://teses.usp.br/teses/disponiveis/8/8133/tde-30072013-114121/pt-br.php.

Bellany, C. (2013) *Guerra absoluta*, Peguin Random House, Grupo Editorial España, Barcelona.

Berger, M. (1977) *Engels, Armies, and Revolution: The Revolutionary Tactics of Classical Marxism*, Archon Books, Connecticut.

Blackledge, P. (2019) "War and revolution: Friedrich Engels as a military and political thinker", in Journal War and Society 38 (2), Maney Publishing, http://paulblackledge.com/war-and-revolution-friedrich-engels-as-a-military-and-political-thinker/.

Boden, M. (2001) *The First Red Clausewitz: Friedrich Engels and Early Socialist Military Theory, 1848-1870*, Thesis, Master of military Art and Science. Military History, Faculty of the U.S. Army Command and General Staff College, Fort Leavenworth, Kansas.

Claudín, F. (1985) *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI, Madrid.

Engels, F. (1848) "La revolución de junio. El curso del levantamiento de París", en *Neue Rheinis-*

che Zeitung Nro. 32, en https://www.marxists.org/archive/marx/works/1848/07/01.htm.

Engels, F. (1849) "Elberfeld, 16 de mayo de 1849"; en *Neue Rheinische Zeitung*. Nro. 300 (segunda edición), 17 de mayo, en https://wikirouge.net/texts/en/Elberfeld,_May_16,_1849.

Engels, F. (1849) "Cartas Jenny Marx en París" del 25 de julio, en https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1849/letters/49_07_25.htm.

Engels, F (1851) "Carta a Marx del 3 de abril", en https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1851/letters/51_04_03.htm.

Engels, F. (1852) *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, en http://www.archivo-chile.com/Ideas_Autores/engelsf/engelsde00010.pdf.

Engels, F. (1851) "Posibilidades y premisas de la guerra de la Santa Alianza contra Francia en 1852", en https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1851/04/holy-alliance.htm.

Engels, F. (1865) "The prussian military question and the german workers' party", en: https://www.marxists.org/archive/marx/works/1865/02/12.htm.

Engels, F. (1887) "Prólogo al folleto de *Segismundo Borkheim: En memoria de los ultrapatriotas alemanes, 1806-1807*", en: http://www.mlwerke.de/me/me21/me21_346.htm.

Engels, F. (1891) "Con motivo del 20 aniversario de la Comuna de París. Carta a la redacción del diario *Le Socialiste*", en Engels, F. (1974) *Temas militares. Selección de trabajos. 1848-1895*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

Engels, F. (1973) "Apéndice del Anti Dühring. La subversión de la ciencia por el Señor Eugen-Dühring", en *Obras Escogidas,* Ciencias del Hombre, Buenos Aires.

Engels, F. (1974) "Anti-Dühring. Capítulo Teoría de la violencia (Continuación)", en Engels, Federico: *Temas militares. Selección de trabajos. 1848-1895*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

Engels, F. (1983) *Dialéctica de la Naturaleza*, Editorial Cartago, México.

Engels, F. (1989) [1849] "La derrota de los piamonteses", en Marx, C. y Engels, F. *Las revoluciones de* 1848, Fondo de Cultura Económica, México.

Engels, F. (1989) [1850] "La campaña alemana en pro de la Constitución del Imperio"; en Marx, C. y Engels, F. *Las revoluciones de 1848*, Fondo de Cultura Económica, México.

Engels, F. (2010) [1852] "Carta a Marx del 7 de mayo". Marx, K. and Engels, F. *Letters 1852-55*, Volume 39, Lawrence & Wishart Electric Book.

Engels, F. (2010) [1854] "Carta a H. S. Lincoln. Editor de The Daily New", in Marx, K. y Engels, F. *Letters 1852-55*. Volume 39, Lawrence & Wishart Electric Book.

Engels, F. (2014) [1882] "Carta a A. Bebel del 22 de diciembre", en Lerouge, Herwig (2014); "Le mouvement socialiste et la Première Guerre mondiale", en *Bulletin Études Marxistes*. Nro. 106, Dossier: 14-18: La Grande Guerre des Classes, Édition Institud d' Études Marxistes. Bruxelles.

Fasola, Nicolò (2017) "Comunismo, non pacifismo. Il concetto di guerra nel pensiero di Marx ed Engels", *East Journal, una bottega digitale*, en: http://www.eastjournal.net/archives/87007.

Ferreira, G. y Coggiola, O. (1999) *Mercados, diplomacia e conflitos: uma abordagem histórica das relações internacionais, a partir dos artigos publicados por Karl Marx e Friedrich Engels no New York Daily Tribune no período 1851/1862*, Universidade de São Paulo, São Paulo.

Freedman, L. (2016) *Estrategia: Una historia*, La Esfera de los Libros, Madrid.

Gallie, W. (2014) *Filósofos de la paz y de la guerra. Kant, Clausewitz, Marx, Engels y Tolstoi*, Fondo de Cultura Económica, México.

Gat, A. (1992) "Clausewitz and the Marxists: Yet Another Look", in *Journal of Contemporary History* Vol. 27, No. 2, Sage Publications.

Golikov, S. (1972) "Federico Engels, gran especialista en el arte militar", en Kulakov, B.; Golikov. S. y Grechoko, A. *El marxismo y la ciencia militar*, Editorial Independencia, Buenos Aires.

Gotze, K. (1990) "30 Jahre Friedrich-Engels-Forschung an der Militärakademie Dresden - Ergebnisse, kritischer Rückblick, Perspektiven", im *Clausewitz- und Engels-Forschung im Blick auf eine europäische Strategie- und Militärwissenschaft für die neunziger Jahre (Werkstattgespräche)*. Zusammengestellt von Wolfgang S c h e l e r. Herausgeber, Dresdener Studiengemeinschaft SicheRheltsPolitike.

Hunt, T. (2011) *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Frierich Engels*, Anagrama, Madrid.

Kitchen, M. (1977) "Friedrich Engels: teoría de la guerra", en *Revista Military Affairs*. V. 41 Nro. 3, American Military Institute.

Kulakov, B. (1972) El marxismo y cuestiones de metodología de la ciencia histórico militar", Kulakov, B.; Golikov. S. y Grechoko, A. *El marxismo y la ciencia militar*, Editorial Independencia, Buenos Aires.

Lenin, V. (1980) [1918]; "Palabras Proféticas" (URSS: Pravda, Nro.133); en *De la colección: V. I. Lenin, Marx, Engels y Marxismo*. Pekín: Ediciones de Lenguas Extranjeras.

Tse Tung, M. (1972); *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China*. Selección de Escritos Militares. Buenos Aires: La Rosa Blindada.

Marín, J. C. (1984); "Acerca del origen del poder. Ruptura y propiedad. Buenos Aires, Cuadernos del CICSO, Serie Teoría. Nro. 10. Buenos Aires.

Martins Filho, J. (2006) "Engels & Marx: guerra e revolução", en *Crítica Marxista*. Nro. 22. V. XI, Editora Revan, Río de Janeiro.

Marx, K. [1857] "Carta a Engels. Londres, 25 de septiembre", en Marxists Internet Archive: https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m25-9-57.htm.

Marx, K. (1987) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse). 1857-1858*, Tomo I, Siglo XXI, México.

Marx, K. (1988) *El Capital*, Tomo I. Vol. 3, Siglo XXI, México.

Mayer, G. (1979) *Friedrich Engels. Biografía*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mehring, F. (1958) *Carlos Marx. El fundador del socialismo científico*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

Münkler, H. (2008); *Über den krieg. Stationen der kriegsgeschichte im spiegel ihrer theo-retischen reflexion*. Welerswirt: Velbrück Wissenschaft.

Neumann, S. (1968) "Engels y Marx: conceptos militares de los revolucionarios sociales", en Mead E. *Creadores de la Estrategia Moderna*. Tomo II, Círculo Militar, Buenos Aires.

Neumann, S. y von Hagen, M. (1986) "Engels and Marx on Revolution, War and the Army in Society", in Paret, P. (ed.) *Makers of Modern Strategy*, Princeton University Press.

Restrepo Sierra, G. (2002) "Marx y Engels: guerra y lucha de clases", en Gagin, F. y otros: *Los filósofos, la política y la guerra*, Grupo Praxis. Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle, Cali.

Scheler, Wolfgang (1990) "Das Engels-Theorem über die neueKriegswissenschaft als Notwendiges Produkt der neuen gesellschaftlichen Verhältnisse–Rahmenorientierung für perspektivische Analysen der künftigen europäischen/deutschen Sicherheits-und Wehrstruktur", im *Clausewitz- und Engels-Forschung im Blick auf eine europäische Strategie- und Militärwissenschaft für die neunziger Jahre (Werkstattgespräche)*. Zusammengestellt von Wolfgang S c h e l e r, Dresdener Studiengemeinschaft SicheRheltsPolitike, Herausgeber.

Trotsky, L. (2011) [1924] *Las notas de Friedrich Engels sobre la guerra de 1870-71*, traducción de Gabriela Liszt, en http://www.ips.org.ar/?p=3096.

Stepanova, E. (1986) *Federico Engels. Esbozo biográfico*, Editorial Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú.

Winczewski, D. (2018) "Engels Military Thought: A Few Critical Remarks", in https://www.researchgate.net/publication/326149110_Engels_Military_Thought_A_Few_Critical_Remarks.

Estado capitalista y revolución de la mayoría en el Engels tardío

Hernán Ouviña

Las desventuras de un intelectual orgánico eclipsado por un "genio"

La conmemoración de los 200 años del nacimiento de Friedrich Engels, constituye una excelente oportunidad para revisitar su obra y cepillarla a contrapelo, desmalezándola de aquellos prejuicios y lecturas que, durante el siglo XX, supieron calar hondo en el seno del pensamiento crítico y en un sector importante del activismo de izquierda. Como sabemos, su itinerario biográfico, intelectual y político ha sido conocido a partir del estrecho vínculo que supo entablar con Karl Marx, de quien fue su mejor amigo, incansable compañero de andanzas militantes, escritor a cuatro manos de textos señeros como el *Manifiesto Comunista* (uno de los libros más traducidos y reproducidos en la historia de la literatura) y heredero testamentario de sus principales borradores e ideas.

El haber acompañado sin concesiones, como la sombra al cuerpo, a un "genio" de ese tenor, eclipsó sin duda su enorme lucidez teórica y los aportes específicos que brindó a la causa socialista y al enriquecimiento del pensamiento crítico en diversas temáticas, que van de la ecología al feminismo, pasando por la estrategia militar, el urbanismo, la crítica de la economía política, la estética, la filosofía, la literatura, las ciencias naturales, la sociología de la religión y la teoría del Estado, por nombrar sólo algunas de las problemáticas que habitan este libro. El propio Engels reforzó esta percepción es una conocida nota del folleto *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, escrito en 1886:

> "Últimamente, se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría; no puedo, pues, por menos de decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de mi colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente en la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico e histórico, y en especial su formulación nítida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté -si se exceptúa, todo lo más, dos o tres ramas especiales- pudo haberlo aportado también Marx aun sin mí. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; nosotros, los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre" (Engels, 1975: 65).

Por ello, si hoy se hace alusión a numerosos "ismos" dentro de la compleja y variopinta constelación revolucionaria de las izquierdas, comenzando por aquel que refiere al propio Marx, curiosamente no existen organizaciones políticas, escuelas de pensamiento ni corrientes filosóficas que se autodefinan como "engelsianas" (y menos aún, que reivindiquen un supuesto "engelsianismo"). Como reverso simétrico, el manto de sospecha que aun recae sobre este autodidacta alemán, que vivió buena parte de su ajetreada vida en el exilio y dedicó todas sus fuerzas a la construcción del socialismo a escala global, le adjudica casi todos los malos "ismos" que asolaron durante el siglo

XX a los proyectos y teorizaciones anticapitalistas. Economicismo, positivismo, determinismo, mecanicismo y reformismo, son algunos de los epítetos que embadurnan a un Engels tosco y epígono, cuyos contornos se reducen en la mayoría de los casos a los de un simple acompañante y sostenedor financiero de Marx, que para colmo devino, tras su muerte en 1883, en esquemático vulgarizador de sus contribuciones y aciertos, convirtiendo en dogma aquello que -de acuerdo al barbudo de Tréveris- jamás debió ser considerado un sistema acabado.

No es este el momento de dar cuenta de todo lo original e imperecedero de la voluminosa obra de Engels, que como toda que se precie de tal no está exenta de claroscuros y evidentes equívocos. Baste decir que una inestable tensión atraviesa toda su producción: por un lado, la voluntad de ponderar el análisis situado, la intencionalidad política, el aprendizaje y la elaboración intelectual desde el diálogo de saberes y las luchas populares, así como la historicidad y el carácter provisional de las relaciones sociales -y, por tanto, de las propias categorías teórico-analíticas gestadas al compás de la praxis colectiva; por el otro, la necesidad de constituir un sistema acabado de interpretación, científico y totalizador, que permita identificar leyes, tendencias y regularidades del sistema, a la vez que trazar una hoja de ruta previsible de tránsito hacia el horizonte de una sociedad comunista.

Tanto una como otra imagen conviven en la figura de Engels, aunque la presión externa en sus últimos años de vida parece privilegiar y reforzar la segunda opción, plasmada en volúmenes como el *Antidühring*, obra que, a pesar de no tener el propósito iniciar de oficiar de "manual" introductorio al marxismo, involucra "una exposición más o menos unitaria del método dialéctico y de la visión comunista del mundo representada por Marx y por mí, y también en una serie amplia de campos" (Engels, 1948: 20), y cobró protagonismo como material formativo de las nuevas generaciones que se sumaron a las filas del socialismo. No obstante, Engels no se cansó de resaltar el carácter provisional de aquel corpus teórico, tal como insistió en una de las últimas cartas, enviada el 11 de marzo de 1895 a Werner Sombart, a quien le aclara que "toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación" (Engels, 1998: 2).

Sumado a esto, otra cuestión no menor ha sido el papel cumplido por Engels en la etapa final de su vida, como propagandista y *divulgador* de los principios socialistas, práctica que, por momentos -y no siempre de manera genuina-, tendió a ser interpretada como lisa y llana *vulgarización*. Es cierto que desde el registro de escritura hasta el vuelo teórico y las elucubraciones conceptuales no son del todo coincidentes en ambos. Pero eso no hace más que reforzar que estamos en presencia de dos figuras con "espesor" intelectual y político propio, que si bien ejercieron en forma deliberada una "división del trabajo" -como solían repetir-, ello no diluye por completo los matices, énfasis y hasta parciales contrapuntos entre uno y otro.

Sin omitir el peligro de una tendencia no del todo consciente a "enciclopedizar" el marxismo (por caso, la tentación de concebir a libros como el *Antidühring*, en la clave de un manual o compendio de doctrina socialista donde encontrar las respuestas a todas las cuestiones), consideramos que en el viejo Engels hay ante todo una vocación de índole pedagógico-política, que tiene como centro de gravedad y preocupación principal al dilema de la "traducibilidad de lenguajes" que supo obsesionar a

Gramsci: ¿Cómo divulgar un concepto o conjunto de ideas entre las masas, a través de un lenguaje comprensible, sin que se lesione o vulnere su núcleo fundamental? (Gramsci, 1986).

Lograr que el marxismo devenga un "nuevo sentido común" en las jóvenes generaciones fue el objetivo prioritario de Engels, quien fiel a ese espíritu de *filósofo democrático* o *intelectual orgánico* (como lo llamaría Gramsci), y no sin contradicciones y ambigüedades, redobló esfuerzos para aunar ciencia y revolución desde un vínculo de dialoguicidad permanente con el movimiento obrero y las organizaciones de izquierda, mediante la edición artículos sueltos, libros no tan conocidos o manuscritos inéditos de Marx; la sistematización y el minucioso orden inteligible que le dio a los borradores inconclusos de *El Capital* (literalmente, miles de páginas de menuda e indescifrable letra); la respuesta a través de epístolas, prólogos, notas aclaratorias y documentos políticos, a interrogantes y dilemas que aquejaban a quienes a finales del siglo XIX, se sumaban -en las más diversas latitudes- por primera vez a la lucha popular u ostentaban el papel de dirigentes, sin conocer en profundidad los principios socialistas; así como subsanar, finalmente, numerosas lagunas que habían generado sus textos y en especial los de Marx, de gran complejidad, anclados en otras coyunturas históricas y escritos además con un lenguaje un tanto encriptado.

Atendiendo a todos estos factores y condicionamientos, en este artículo optamos por reconstruir brevemente algunos trazos relevantes del itinerario intelectual y militante de Engels en sus últimas dos décadas y media de vida, porque creemos que en ellos -tras la caída de la Comuna de París y las profundas transformaciones que se suceden a nivel societal y en los Estados europeos- se atisban elementos para un estudio y aprehensión más rigurosa del poder político y su metamorfosis, al calor de las crisis y los procesos de reestructuración capitalista que se vivencian en aquel entonces a nivel mundial, y que tienen consecuencias profundas -ejercicio de "traducción" y actualización mediante- para reinterpretar el proyecto emancipatorio socialista y elaborar una estrategia revolucionaria acorde a los desafíos que nos depara este momento histórico tan difícil de asir. De ahí que podamos afirmar que el viejo Engels, a contrapelo de lo que muchos propugnan, en cierto sentido se nos presenta cada día más joven. Veamos con mayor profundidad por qué.

La Comuna de París como parteaguas de un cambio de época

Es sabido que la derrota de la Comuna de París a fines de mayo de 1871, implicó un quiebre en el decurso de la lucha de clases no solamente en Francia, sino también a nivel continental e incluso global. La brutal represión de esta experiencia única de autogobierno, y las acaloradas polémicas que ella generó en el seno del movimiento obrero y en las filas de la Asociación Internacional de los Trabajadores, resultó un verdadero cimbronazo tanto teórico como político-práctico. En efecto, las desavenencias entre los dirigentes de los un tanto burocratizados *trade-unions* ingleses y Marx en torno al apoyo o no a la revolución de los *communards*, sumado a desgastantes intrigas y querellas que los enemistan también con los sectores anarquistas, hace implosionar a la Internacional poco tiempo después del desmoronamiento de la Comuna.

A partir de allí, Marx y Engels extraerán hondas enseñanzas, y el eje geopolítico que

estructure sus reflexiones y apuestas militantes se correrá hacia el oriente de Europa. En primer lugar, cifran sus esperanzas en territorio alemán, en función del crecimiento y la consolidación de un partido de base obrera y con adscripción a muchas de sus ideas, pero también -en forma simultánea- observan la ebullición que se vivencia en Rusia, bastión de la reacción a escala continental, donde el populismo de izquierda ensaya diversas formas de acción directa, e imaginan un levantamiento armado que logre evitar las penurias de un capitalismo cada vez más omnipresente.

Estas expectativas bifrontes, en ocasiones vacilantes y pendulares, estarán presentes en buena parte de la década del '70 y '80 del siglo XIX, en el diálogo y las conjeturas de un Marx azorado ante las potencialidades de una comuna rural que puede fungir de puntapié para la regeneración de la sociedad rusa, que también cifra ciertas esperanzas en el flamante partido que se crea en la ciudad Gotha en 1875, a partir de la fusión de dos organizaciones de muy distinta tradición (los "eisenacheanos", amigos de Marx y Engels, y los "lassalleanos", muy cuestionados por ellos debido a su concepción del cambio social y de las leyes que rigen el funcionamiento del capitalismo).

Las reflexiones y escritos de Engels también estarán mediados por ambas apuestas, aunque lo cierto es que su convicción tendrá a Alemania como territorio emblemático, sobre todo en sus años finales de vida, inmerso además en una ardua labor de darle difusión y mayor claridad a los principales postulados y conceptos elaborados por ambos, pero especialmente por Marx, quien fallece en 1883.

Estos años posteriores a la muerte de su amigo y compañero vital, coinciden con un momento de formación del "marxismo" en tanto doctrina teórica global, ciencia explicativa del capitalismo y proyecto político de corte emancipatorio, lo que a su vez condiciona el programa y la táctica de la socialdemocracia alemana e incluso de la II Internacional, creada en 1889 y difícilmente concebible sin el esfuerzo y empuje del viejo Engels. Consideramos que este período, que por lo general ha sido leído como un momento en el cual Engels construye los fundamentos de "dogmatización" del marxismo y vulgariza sus postulados claves, en realidad debe ser complejizado, ya que, en los sucesivos escritos, documentos políticos, libros y epístolas que elabora, Engels dista de transmitir de manera unívoca una actitud anclada en el puro determinismo o en la mera glosa de las hipótesis planteadas por Marx.

Antes bien, nos parece que brinda pistas para analizar las transformaciones vividas por la sociedad capitalista y por el Estado, que amerita "dialectizar" ciertas afirmaciones y sopesar algunos postulados defendidos en la coyuntura precedente, así como reinventar el proyecto revolucionario en función de los desafíos de un tiempo histórico signado por fenómenos no previstos y cambios estructurales de enorme complejidad.

La primera cuestión, que el propio Marx "en caliente" vuelca en *La guerra civil en Francia* y será recuperada por Engels una y otra vez ante los olvidadizos dirigentes socialdemócratas, es la necesidad de "la destrucción del viejo poder estatal" y su reemplazo por una forma política nueva y democrática. Esta afirmación ya había sido lanzada tempranamente, tras el ciclo revolucionario de 1848-1849 en París, y explicitada -aunque sin extraer todas las consecuencias que se inferían de ella- en los artículos de análisis de coyuntura que Marx escribe para periódicos de la época, luego compilados en formato de libros bajo los títulos de *La lucha de clases en Francia* y *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. También en cartas contemporáneas a este momento candente y de crisis aguda, se desliza una similar hipótesis. Pero lo cierto es

que "la forma al fin descubierta" de con qué sustituir al Estado burgués la brinda el proletariado parisino al crear en la praxis colectiva misma a la *Comuna*.

En segundo lugar, la violenta derrota implicó un aprendizaje trágico para el movimiento obrero europeo y mundial. Las otrora burguesías enemigas entre sí de Francia y Alemania, no tuvieron reparo en coaligarse y deponer desconfianzas mutuas en favor de un interés común más elemental: la defensa de la propiedad privada y el orden capitalista, al que la Comuna le asestó un golpe mortal con su ejemplo. El peligro de que esta experiencia se irradiase como reguero de pólvora hacia otros territorios del continente, hizo que los ejércitos de ambos imperios se conjurasen para acometer una masacre de proporciones siderales en París, que elevó a más de 30 mil las personas asesinadas y a cientos de miles las encarceladas y exiliadas.

Así, si en las revoluciones de 1830 y 1848 una embrionaria clase trabajadora supo actuar con vaivenes -e incipiente "espíritu de escisión" en términos gramscianos- aunque en estrecha alianza con la burguesía, por contraste, lo acontecido en 1871 puso en evidencia la imperiosa necesidad de una completa "independencia" organizativa, ideológica y política de parte del proletariado. Engels lo explica de la siguiente manera:

> "Era la primera vez que la burguesía mostraba a cuán desmedida crueldad de venganza es capaz de recurrir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentársele, como clase aparte con sus propios intereses y reivindicaciones" (Engels, 1978: 4-5)

Como veremos, muchos de los escritos y documentos elaborados por Engels en los años posteriores, no harán sino insistir en la importancia de que la clase trabajadora se organice en forma *autónoma* respecto de la burguesía y los terratenientes, asumiendo además que el comunismo "ya no consistía en exprimir de la fantasía un ideal de la sociedad lo más perfecto posible, sino en comprender el carácter, las condiciones y, como consecuencia de ello, los objetivos generales de la lucha librada por el proletariado" (Engels, 1974a: 186).

Finalmente, una tercera cuestión, de primer orden y que incidirá en la producción a posteriori de Marx, pero sobre todo del Engels tardío, es el balance autocrítico respecto de las expectativas puestas en una posible revolución triunfante, bajo las formas predominantes hasta ese momento histórico. La derrota de la Comuna de París obligará a replantear la "adscripción" a un modelo insurreccional cuya referencia descollante venía siendo la "gran revolución francesa" (como la denominan), iniciada en 1789 y prolongada, con vaivenes que incluyen levantamientos populares en 1830 y 1848, hasta la caída del Segunda Imperio en 1870 y la experiencia comunal de marzo-mayo de 1871.

En efecto, tal como señala Gramsci en sus notas de encierro, durante este convulsionado período la estrategia que prima es la del *ataque frontal*, que bajo la metáfora de una "guerra de movimiento" tiene sus raíces en el jacobinismo. No es ocioso recordar que Marx y Engels retoman y reivindican ciertos conceptos y propuestas que remiten a la estrategia blanquista, en particular en la coyuntura revolucionaria de 1848-1849, en la que de hecho tienden puentes con organizaciones de este tipo y confluyen en la acción directa y la propaganda militante[1]. Incluso una vez ocurrido el reflujo, en

1 August Blanqui (1805-1881) fue un activista francés que lideró varios alzamientos durante el siglo XIX, producto de los cuales padeció décadas de encierro en la cárcel. El tipo de organización que supo pregonar para la toma del poder fue la sociedad secreta, totalmente clandestina y en la cual sus miembros –rigurosamente elegidos– por lo general no se conocían entre sí hasta el día de la insurrección, que era definida por una élite o dirección conspirativa. Su proyecto buscó darle continuidad

abril de 1950, llegan a conformar y establecer en Londres la *Sociedad Universal de Comunistas Revolucionarios*, cuyos estatutos firman tres integrantes de la Liga de los Comunistas (dos de los cuales eran Marx y Engels), dos representantes de las organizaciones blanquistas en el exilio y un miembro del ala izquierda del movimiento cartista. De acuerdo a Stanley Moore,

> "este fue el punto de máxima unión -doctrinal y organizativa- entre Marx y Blanqui. A los pocos meses Marx y Engels resolvieron que la crisis revolucionaria había concluido y muerto la asociación secreta. Nunca estuvieron tan cerca de Blanqui como entonces" (Moore, 1964: 16).

Será durante esta álgida coyuntura que Marx apele a dos conceptos novedosos que, sintomáticamente, no volverá a utilizar luego sino de manera excepcional: el de *revolución permanente* y *dictadura del proletariado*, ambos de indudable matriz blanquista. Respecto del primero de ellos, Gramsci detallará en una de sus clásicas notas carcelarias el marco general de época en el que emerge y se inscribe:

> "Concepto político de la llamada 'revolución permanente' surgido antes de 1848, como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 hasta el Termidor. La fórmula es propia de un período histórico en el que no existían todavía los grandes partidos políticos de masa ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, por así decirlo, en un estado de fluidez en muchos aspectos: mayor atraso en las zonas rurales y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o incluso en una sola (París para Francia), aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad respecto de la actividad estatal, determinado sistema de las fuerzas militares y del armamento nacional, mayor autonomía de las economías nacionales respecto a las relaciones económicas del mercado mundial, etcétera" (Gramsci, 1999: 22).

La querella contra el abstencionismo político y la veneración estatal

Marx y Engels no fueron para nada ingenuos en sus expectativas políticas, aunque quizás, como conjetura Lelio Basso, se vieron desgarrados por una tensión que los acompañó a lo largo de sus vidas, y que terminó permeando a la propia estrategia de transformación que pulieron cual artesanos: por un lado, el ser *hombres de ciencia* que supieron analizar con suma rigurosidad las contradicciones y tendencias inmanentes a la sociedad capitalista; por el otro, el pensar y actuar como *militantes apasionados*, que consideraban con frecuencia como inminente la revolución social. Este carácter bifronte e inestable de su praxis, si bien no necesariamente debe verse en los términos de una contraposición irreductible, sí amerita ser tenido en cuenta para revisar y cepillar a contrapelo las sucesivas búsquedas, que tanto Marx como Engels realizan de forma constante, ya sea de posibles focos insurreccionales

al ala más radical de la revolución francesa (de ahí las asociaciones entre jacobinismo y blanquismo), que tuvo a Gracchus Babeuf (1760-1797) como su máximo líder, y cuyo horizonte era un comunismo igualitarista, que dote de un contenido social y económico a la República. A través de una organización clandestina, el Comité de Insurrectos intentó realizar un levantamiento armado que fue descubierto, siendo varios de sus integrantes sentenciados a muerte. Filippo Buonarroti, uno de los sobrevivientes de la llamada "conspiración de los iguales", publicará en Bruselas en 1828 un libro donde relata esta experiencia y su proyecto político, que tendrá una influencia muy grande en los años siguientes, tanto en sectas secretas y sociedades neobabouvistas, como en numerosos intelectuales orgánicos del incipiente movimiento obrero europeo, entre ellos Marx y Engels en sus respectivas etapas juveniles.

como de agudas crisis económicas, teniendo "siempre nuevos motivos para alimentar sus esperanzas" (Basso, 1983: 183).

Por ello, tras la derrota de la Comuna de París, acompañan a distancia el proceso organizativo en Alemania, aunque sin dejar de desconfiar de sus resabios "lassalleanos" (que agitan la posibilidad de edificar un socialismo desde arriba, basado en una idealización del Estado), y de las prácticas crecientemente burocratizadas que, en particular, despuntan en la cotidianeidad de funcionarios y referentes del partido. A pesar de no ser publicadas en vida, las "notas críticas" al Programa de Gotha, que Marx escribe en 1875 como respuesta a un congreso de unificación llevado a cabo en esa ciudad por dos organizaciones de izquierda (las cuales confluyen para dar nacimiento al partido obrero alemán, germen de la futura socialdemocracia), prefiguran algunos de los cuestionamientos y tendencias que se agudizarán con el correr de los años, y con los que tendrá que lidiar el viejo Engels a distancia.

Por ello no es azaroso que en su etapa tardía decida dar a conocer públicamente este manuscrito, precisamente en 1891, el año en el que un ya consolidado partido socialdemócrata de masas se dispone en Alemania a dotarse de un nuevo programa, el de Erfurt, de contenido y lenguaje "marxista", en una coyuntura de grandes esperanzas en torno a la disputa electoral y el crecimiento de su caudal de votos. En el breve prólogo que le incorpora a la edición de las "Glosas marginales" de Marx, conocidas popularmente como *Crítica al Programa de Gotha*, reconstruye la particular situación que los llevó a cuestionar en 1875 esta propuesta punto por punto:

> "En primer lugar, Marx y yo estábamos más estrechamente vinculados con el movimiento alemán que con ningún otro, por eso, el decisivo retroceso que se manifestaba en este proyecto de programa tenía por fuerza que afectarnos muy seriamente. En segundo lugar, nosotros nos encontrábamos entonces -pasados apenas dos años desde el Congreso de La Haya de la Internacional- en pleno apogeo de la lucha contra Bakunin y sus anarquistas, que nos hacían responsables de todo lo que ocurría en el movimiento obrero de Alemania; era, pues, de esperar, que nos atribuyesen también la paternidad secreta de este programa" (Engels, 1985: 221-222).

La explicación resulta clave por cuanto pone en evidencia dos arduas polémicas a las que Marx y Engels destinarán sus energías tras la represión de la Comuna de París, y que en cierta forma se emparentan con los que acaso sean dos de los mayores peligros reales de todo proyecto de izquierda con vocación anti-sistémica: el *sectarismo* y el *pragmatismo*. Respecto del primero, saldarán cuentas en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) y en otros ámbitos europeos, en los meses inmediatamente posteriores a mayo de 1871, a través de una confrontación con aquellos sectores del anarquismo que pregonan el "indiferentismo político", cuestionan todo tipo de "autoridad" y hacen de la abstención electoral un principio absoluto. Pero también dentro de estas lógicas sectarias están incluidos otros nucleamientos, como el liderado por Lasalle y sus seguidores, que según Engels sostienen "una veneración supersticiosa hacia el Estado" (Engels, 1978: 17).

En una epístola enviada a finales de ese mismo año a Bolte, Marx formula una hipótesis por demás interesante:

> "El desarrollo de las sectas y el del movimiento obrero real obran, constantemente, en relación inversa. Si la clase obrera no está todavía madura para darse un movimiento autónomo verdadero, las sectas tienen su justificación histórica; mas cuando alcanza esa madurez, las sectas se aparecen reaccionarias en esencia" (Marx, 1968: 81).

A lo cual insiste, en marzo de 1872, a través de una circular de la AIT, en que "por su propia naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a toda acción real, a la política, a las huelgas, a las alianzas, en una palabra, a todo movimiento de conjunto", emprendido por la clase trabajadora "para mejor un tanto su suerte" (Marx y Engels, 1974: 79). Por su parte, en una misma tónica, Engels arremete en una epístola a Teodoro Cuno, escrita a comienzos de 1872, que "los obreros son *políticos activos* por naturaleza", por lo que predicarle "la abstención en todas las circunstancias, equivale a ponerlos en manos de los curas o de los republicanos burgueses" (Marx y Engels, 1974: 52).

Ahora bien, este reconocimiento de la necesidad de intervenir políticamente y con iniciativa propia, incluye por supuesto la posibilidad de participar de elecciones (algo desde ya de orden táctico) y "arrancar" mejoras al Estado burgués por medio de la lucha y la movilización popular, pero no equivale a olvidar que éste constituye una maquinaria especial cuya columna vertebral continúa siendo la *violencia*, ni tampoco implica adjurar del horizonte de quiebre y trastocamiento integral que supone el proceso revolucionario, concebido cada vez más como prolongado en términos temporales y multidimensional en cuanto a los territorios de disputa y confrontación. Por ello en esa misma carta anteriormente citada, Engels aclara que "el poder del Estado no es más que una organización adoptada por las clases dominantes -los terratenientes y los capitalistas- para proteger sus intereses sociales", por lo que "la abolición del Estado sin una revolución social previa es un absurdo" (Engels, 1974: 51).

A pesar de estas y muchas otras advertencias, como contracara simétrica de aquel *sectarismo* cuestionado por Marx y Engels, cobrará fuerza al compás del crecimiento de la socialdemocracia alemana una política de corte *pragmático*, que al margen de mantener a nivel teórico determinados preceptos revolucionarios, ejercitará en la práctica una táctica de disociación cada vez mayor entre "reivindicaciones inmediatas" y "objetivo final". En 1879, ambos redactarán una extensa misiva dirigida a los referentes principales de la organización, en la que se preguntan si "la socialdemocracia alemana está realmente infectada por la enfermedad parlamentaria y cree que por la elección por el pueblo se cierne sobre el electo el Espíritu Santo", a un nivel tal que considere que "no hay que combatir de modo alguno a la burguesía, sino que hay que ganarla mediante una enérgica propaganda" (Marx y Engels, 1971: 68)2. Sin medias tintas, concluirán este borrador describiendo un cuadro que resulta por demás visionario:

> "En lugar de resuelta oposición, compromiso general; en lugar de lucha contra el gobierno y la burguesía, intento de ganarlos y persuadirlos; en lugar de desafiante resistencia al maltrato de arriba, humilde sumisión y confesión de que el castigo era mere-

2 En una carta enviada a Sorge, Marx ya se había lamentado de que "en Alemania nuestro partido, no tanto entre la masa como entre los dirigentes (provenientes de las clases altas y 'obreros', huele a podrido" (Marx y Engels, 1973: 287). El entrecomillado irónico que utiliza en este último caso, alude a quienes, según él, "dejan de trabajar y se convierten en *escritores profesionales* (...) siempre listos a adherirse a estúpidos de la casta supuestamente 'culta'" (Marx y Engels, 1973: 287; destacados en el original).

> cido (...) Lo mismo sucede con la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Se la reconoce en el papel porque ya no puede negarse su existencia, pero en la práctica se la oculta, se la diluye, se la atenúa" (Marx y Engels, 1971: 70-71).

Como sabemos, Marx fallecerá en 1883, pero Engels logrará vivir un tiempo suficiente como para presenciar tremendas transformaciones, tanto en la sociedad como en el seno del Estado, que tendrán un notable impacto en el desenvolvimiento de la lucha de clases y, por lo tanto, en la estrategia revolucionaria. Como veremos, varios de sus escritos e intervenciones polémicas intentarán dar cuenta precisamente de ello.

Las complejidades del Estado

Saldada la polémica con las posiciones sectarias vinculadas con el "indiferentismo político", en los años posteriores la creación y el crecimiento de partidos socialistas de masas, así como la conquista de voto universal masculino en diferentes países y la complejización de la mayoría de los Estados europeos (que redundan en su "ampliación" en términos gramscianos), obligan a Engels a reflexionar más en detalle acerca de las potencialidades, y a la vez los peligros, de un tipo de apuesta política que ya no puede concebirse de manera absolutamente externa a la institucionalidad estatal. Alemania deviene epicentro del movimiento obrero y referencia descollante para otros países del continente y hasta de América. Las particularidades del proyecto de unificación del Estado "desde arriba" que encabeza Bismarck, y un contexto signado por la vigencia de las leyes de excepción antisocialistas (entre 1878 y 1890), requieren por tanto azuzar el pensamiento crítico en función de un análisis histórico concreto, pero también de una actualización del corpus teórico en función de una genealogía de más largo aliento.

En diferentes artículos, folletos y libros que llega a publicar en vida, Engels brinda ciertas claves de interpretación del Estado que abrevan en una perspectiva clasista amplia en función de la cual, si bien las relaciones de producción son la base sobre la que se erige todo un edificio "superestructural", no puede decirse que lo que acontece en éste resulte mera expresión o reflejo de la estructura económica. Pero al mismo tiempo que edita y difunde estos materiales, sostiene un intercambio epistolar con numerosos dirigentes, pensadores y activistas de las más variadas latitudes del mundo: rusos, norteamericanos, alemanes, austríacos, suizos, checos, belgas, italianos, ingleses, rumanos, españoles, franceses, holandeses, daneses y hasta algún corresponsal desconocido del que no se tiene registro alguno, pero sí testimonio a través de la respuesta dada por Engels. Recordemos que, para esa época, el viejo revolucionario ya leía fluido cerca de 20 idiomas.

En la historia del pensar crítico -y de la literatura en general- el género epistolar ha tenido una gravitación siempre mayúscula. Sin embargo, en muchas ocasiones lo vertido en cartas y misivas no ha sido lo suficientemente valorado. En el caso específico de Engels, en cantidad y calidad ellas son una cantera de un enorme potencial, porque allí intenta responder, o al menos complejizar y tornar más dialéctico aún, el método de análisis esbozado junto a Marx durante las décadas precedentes. La concepción del vínculo tradicional entre "base" y "superestructura" asume, pues, dinamismo

desde su mutuo condicionamiento e interconexión. Vale la pena reproducir in extenso ciertos fragmentos de algunas de estas cartas en las que Engels profundiza en esta cuestión. En primer lugar, aquellos vertidos en una enviada a Konrad Schmidt:

> "Como mejor se comprende la cosa es desde el punto de vista de la división del trabajo. La sociedad crea ciertas funciones comunes, de las que no puede prescindir. Las personas nombradas para ellas forman una nueva rama de la división del trabajo dentro de la sociedad. De este modo, asumen también intereses especiales, opuestos a los de sus mandantes, se independizan frente a ellos y ya tenemos ahí el Estado. Luego, ocurre algo parecido a lo que ocurre con el comercio de mercancías, y más tarde con el comercio de dinero: la nueva potencia independiente tiene que seguir en términos generales al movimiento de la producción, pero reacciona también, a su vez, sobre las condiciones y la marcha de ésta, gracias a la independencia relativa a ella inherente, es decir, a la que se le ha transferido y que luego ha ido desarrollándose poco a poco. Es un juego de acciones entre dos fuerzas desiguales: de una parte, el movimiento económico, y de otra, el nuevo poder político, que aspira a la mayor independencia posible y que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio. El movimiento económico se impone siempre, en términos generales, pero se halla también sujeto a las repercusiones del movimiento político creado por él mismo y dotado de una relativa independencia: el movimiento del poder estatal, de una parte, y de otra el de la oposición, creada al mismo tiempo que aquél. (...) La reacción del poder del Estado sobre el desarrollo económico puede efectuarse de tres maneras: puede proyectarse en la misma dirección, en cuyo caso éste discurre más de prisa; puede ir en contra de él, y entonces, en nuestros días, y si se trata de un pueblo grande, acaba siempre, a la larga, sucumbiendo; o puede, finalmente, cerrar al desarrollo económico ciertos derroteros y trazarle imperativamente otros, caso éste que se reduce, en última instancia, a uno de los dos anteriores. Pero es evidente que en el segundo y en el tercer caso el poder político puede causar grandes daños al desarrollo económico y originar un derroche en masa de fuerza y de materia. (...) Por tanto, si Barth cree que nosotros negamos todas y cada una de las repercusiones de los reflejos políticos, etc., del movimiento económico sobre este mismo movimiento económico, lucha contra molinos de viento. Le bastará con leer El Dieciocho Brumario, de Marx, obra que trata casi exclusivamente del papel especial que desempeñan las luchas y los acontecimientos políticos, claro está que dentro de su supeditación general a las condiciones económicas. O El Capital, por ejemplo, el capítulo que trata de la jornada de trabajo, donde la legislación, que es, desde luego, un acto político, ejerce una influencia tan tajante. O el capítulo dedicado a la historia de la burguesía (capítulo 24). Si el poder político es económicamente impotente, ¿por qué entonces luchamos por la dictadura política del proletariado? ¡La violencia (es decir, el poder del Estado) es también una potencia económica!" (Marx y Engels, 1973: 382-386).

Asimismo, en otra misiva que le manda a Starkenburg también desde Londres, aclara:

> "No es que la situación económica sea la causa, lo único activo, y todo lo demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre, en última instancia. El Estado, por ejemplo, actúa por medio de los aranceles protectores, el librecambio, el buen o mal régimen fiscal; y hasta la mortal agonía y la impotencia del filisteo alemán por efecto de la mísera situación económica de Alemania desde 1648 hasta 1830, y que se revelaron primero en el pietismo y luego en el sentimentalismo y en la sumisión servil a los príncipes y a

> la nobleza, no dejaron de surtir su efecto económico. Fue este uno de los principales obstáculos para el renacimiento del país, que sólo pudo ser sacudido cuando las guerras revolucionarias y napoleónicas vinieron a agudizar la miseria crónica. No es, pues, como de vez en cuando, por razones de comodidad, se quiere imaginar, que la situación económica ejerza un efecto automático; no, son los mismos hombres los que hacen la historia, aunque dentro de un medio dado que los condiciona, y a base de las relaciones efectivas con que se encuentran, entre las cuales las decisivas, en última instancia, y las que nos dan el único hilo de engarce que puede servirnos para entender los acontecimientos son las económicas, por mucho que en ellas puedan influir, a su vez, las demás, las políticas e ideológicas" (Marx y Engels, 1973: 412; destacados en el original).

Si bien insiste en ponderar a las relaciones económicas, establece una compleja interacción y simultaneidad, que será el punto de partida para que a lo largo del siglo XX cierta tradición del marxismo desarrolle conceptos relevantes y lecturas de la realidad, que tomen distancia de las interpretaciones más deterministas y lineales, privilegiando una óptica multicausal y dialéctica.

De manera complementaria a estas reflexiones más generales, Engels supo realizar análisis de los procesos históricos concretos, tanto pasados como contemporáneos, en los que por ejemplo el Estado adquiere considerables márgenes de autonomía respecto de las clases en pugna, aunque sin perder jamás su connotación de ser una institución garante del dominio de clase. En el caso puntual de Alemania, leerá al bismarckismo como una forma específica de *bonapartismo*, asentado en un doble equilibrio inestable: el existente entre la nobleza terrateniente y la burguesía, y el originado entre ésta y el proletariado. Esto lo lleva a afirmar que

> "en la monarquía bonapartista moderna, el verdadero poder gubernamental se encuentra en manos de una casta particular de oficiales y de funcionarios que en Prusia se recluta en parte entre sus propias filas, en parte entre la pequeña nobleza, y en menor medida aún entre la burguesía. La autonomía de esta casta, que parece mantenerse fuera y, por decirlo así, por encima de la sociedad, confiere al Estado un viso de autonomía respecto de la sociedad (Engels, 1980: 76).

Aquí y en otros escritos, Engels pone en evidencia que la clase capitalista resulta incapaz de "gobernar directamente por sí misma", es decir, sin mediaciones, debido a que tiene dificultades para darse una representación política propia, por lo que como supo expresar en una carta tempranamente "el bonapartismo es la religión de la burguesía moderna" (Marx y Engels, 1973: 174). Pero al igual que planteó Marx en *El XVIII Brumario*, más allá de las posibles desavenencias y luchas políticas entre clases y fracciones, lo cierto es que, también para Engels es esa misma relativa independencia del Estado la que permite que se perpetúe el orden dominante y no se vulneren las condiciones generales de reproducción del sistema capitalista.

En este punto, atendiendo tanto a la intensificación de la lucha de clases como a la expansión y desarrollo del capitalismo en los albores de los trusts y monopolios, Engels elabora una conceptualización del Estado de enorme importancia en su texto "*El socialismo: de la utopía a la ciencia*" (traducido al castellano como *Del socialismo utópico al socialismo científico*), en el que realiza un aporte sustancial al postular que

> "el Estado moderno no es más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción

> contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera sea su forma, es una maquina esencialmente capitalista (...) es el capitalista colectivo ideal" (Engels, 1973b: 110).

Desde esta perspectiva, el Estado expresaría el interés *general* del capital, más allá de las pugnas y disidencias que fragmentan y generan desencuentros al interior de la clase burguesa. Al decir de Elmar Altvater (1976), quien retomará esta definición de Engels en los años '70 del siglo XX, esto implica que el Estado no sustituye la arena competitiva inter-burguesa, sino que se alinea con ella: debido a que no se encuentra sujeto a las limitaciones del propio capital (lógica lucrativa, de acumulación y producción de plusvalor) y que es una institución especial en el sentido de que está *junto* a la sociedad burguesa y a la vez *al margen* de ella, el sistema capitalista desarrolla en el Estado una forma específica que expresa y resulta garante de las condiciones generales del proceso de acumulación capitalista (y de la relación social de dominación que involucra), protegiendo al modo de producción en su conjunto. Lo cual supone, por cierto, desentenderse de una concepción reduccionista del Estado como mero "instrumento", manipulable por la burguesía para hacer valer sus intereses particulares al interior de la sociedad.

Todo lo que nace merece perecer

En sus *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, José Aricó sugiere una diferencia entre Marx y Engels que viene a cuento, aunque no acordemos del todo con ella: mientras que el primero puso el foco en la *crítica* (ejercicio que posibilita el descubrimiento de la naturaleza real de un proceso, a partir de su manifestación actual), en el segundo hay una concepción "positivista" o "evolucionista", que "lo lleva a creer que el análisis de los *orígenes* permite tener acceso a las explicaciones" (Aricó, 2011: 59). A este cuestionamiento subyace una lectura asociada a la impugnación foucaultiana de aquella visión tradicional, que concibe a la interpretación de la Historia como la búsqueda de una "esencia", cuyo "origen" o "verdad" exclusiva se encuentra en el pasado, permaneciendo inalterable en él a la espera de su descubrimiento (Foucault, 1992).

Más allá de lo pertinente de esta advertencia, habría que relativizarla en lo que refiere a la contraposición entre Marx y Engels, ya que en el autor de *El Capital* también esa reconstrucción histórica -en un sentido distinto a la "metafísica" que ancla en aquella idea del *origen* que Foucault critica- cumple un papel de enorme relevancia, a pesar de no haber podido concluirla, en particular durante la última década de su vida. Las miles de páginas de borradores dedicados al estudio del surgimiento y expansión del capitalismo en la periferia mundial, y en Rusia particularmente, al igual que su obsesión por auscultar y entender ese "momento constitutivo" fundamental que fue -y es- la llamada "acumulación originaria" en la propia Inglaterra (y por qué no, en el resto del planeta), o sus anotaciones centradas en las formas comunitarias de vida social compiladas póstumamente bajo el nombre de *Cuadernos Etnológicos*, dan cuenta ante todo de una vocación que encontramos también en Engels: la necesidad de *desnaturalizar* la trama de relaciones de producción y reproducción de la vida que configuran a la sociedad capitalista, resaltando su carácter *histórico*, es decir, transitorio. Una intencionalidad política que busca, primordialmente, transmitir la posibilidad real de trastocar y revolucionar este mundo tan injusto e irracional, (el cual dista

de ser inevitable), para ceder paso a otras formas de convivencialidad emparentadas con lo comunitario.

Justamente en este punto Engels levanta el guante y, casi en simultáneo a la recaída y fallecimiento de Marx, investiga, releva datos, sistematiza materiales, ordena infinidad de papeles y anotaciones de su eterno amigo, "desaprende" prejuicios y lugares comunes a partir del conocimiento exhaustivo de otras realidades y formas de sociabilidad, aunando temporalidades discordantes, en territorios tan distantes como distintos, situados en un pasado remoto o bien en el presente, hasta producir un libro único como es *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, publicado en 1884.

Tomando como base fundamental el trabajo etnográfico de Lewis Morgan -condensado en su obra *La sociedad antigua* de 1877- y otros aportes de antropólogos de la época, pero también "el estado actual de la ciencia", Engels indaga en las claves que permiten descifrar los enigmas del surgimiento histórico de aquellas instituciones propiamente humanas, entre ellas por supuesto el Estado. El punto de partida, explicitado en el prefacio a la primera edición de este libro, es reafirmar que

> "según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, *la producción y reproducción de la vida inmediata*. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie (Engels, 1983: 28; énfasis nuestro).

En este libro, Engels demuestra cómo el surgimiento de la propiedad privada y de la explotación de clase constituyen una regresión social que tiene como contracara el "progreso" de una minoría. En el marco de esta dialéctica histórica, donde la supuesta "evolución" genera un violento "retroceso" de la clase oprimida ("el beneficio para unos es necesariamente un perjuicio para otros", dirá), asocia la emergencia del Estado a la complejización de la división del trabajo y al surgimiento de clases con intereses antagónicos e irreconciliables, remontándose a tiempos históricos y sociedades previas al capitalismo:

> "a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna, no se devoren a sí mismos y no se consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del 'orden'. Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado" (Engels, 1983: 290).

Esta institución, concluirá, puede ser definida a partir de un serie de atributos o características que le resultan comunes e indelegables: 1) la *territorialidad*; 2) ser una fuerza pública especial y separada del pueblo, que *monopoliza la represión*; 3) la contribución por parte de la ciudadanía al sostenimiento material a través de *impuestos* (tributación); 4) un conjunto de *funcionarios* (cuerpo administrativo) que ostentan determinados privilegios y se ubican por encima de la propia sociedad, a pesar de emerger de ella (Engels, 1983).

La vigencia del "testamento político" de Engels

Si en todos los materiales precedentes Engels atisba a revisar y pulir su concepción del Estado y de la propia sociedad, en función de lo que percibía como una época de grandes transformaciones, será en el que es considerado su "testamento político" donde reformule y plantee cuestiones de enorme gravitación para la reinvención del marxismo. Elaborada a comienzos de 1895, esta extensa Introducción es escrita como prólogo para una nueva edición de *La lucha de clases en Francia* a publicarse en Alemania. Recordemos que este volumen está compuesto por un conjunto de escritos de Marx, compilados en formato de libro tras su circulación en periódicos de la época, que analizan los acontecimientos del proceso revolucionario de 1848 y 1849 en el país galo.

En el caso de la Introducción de Engels, redactada desde Inglaterra y recortada para su difusión en tierra alemana, a pesar de las reiteradas protestas epistolares de Engels sólo será conocida íntegramente en 1930, por lo que la versión difundida aquel mismo año, así como en los posteriores, resultó ser la amputada por los dirigentes de la socialdemocracia, que veían como muy incendiarios ciertos planteos políticos del viejo Engels.

Es importante tener en cuenta la coyuntura en la que la elabora. Acusando recibo de las advertencias de August Bebel, Richard Fischer y otros dirigentes de la socialdemocracia, que le sugieren moderar el tono y ser cuidadoso al escribir el texto -debido a que en Alemania se estaba debatiendo un proyecto de ley "anti-subversivo", a partir del cual se podía volver a prohibir las actividades públicas del partido-, Engels acepta de mala gana acotadas enmiendas en la versión original del manuscrito, aunque rechazando cualquier publicación sesgada que pudiera dar lugar a interpretarlo en clave reformista3.

En sucesivas misivas advierte acerca de cómo el contexto condicionó las apreciaciones vertidas en él. Una carta enviada a Kautsky, en la que le adjunta la Introducción "corregida", confiesa lo siguiente: "Mi texto ha sufrido un poco a consecuencia de las aprensiones de nuestros amigos de Berlín, que temen el proyecto de ley sobre las actividades subversivas; debía tenerlas en cuenta en estas circunstancias" (Kautsky 1978: 208). A su vez, en otra carta dirigida a Fischer en respuesta a sus recomendaciones de excluir los párrafos más controvertidos, le escribe:

> "no puedo suponer que quiera entregarse en cuerpo y alma a la absoluta legalidad, a la legalidad a toda costa, a la legalidad aun frente a las leyes transgredidas por sus propios autores, en una palabra, a la política de quien ofrece la mejilla izquierda al que le ha abofeteado la derecha. En *Vorwärts*, a decir verdad, la revolución aparece a veces renegada con la misma energía con que primero -y como tal vez volverá a serlo pronto- se la predicaba. Pero esto no puedo considerarlo como una norma. (...) Cuando en plena discusión de temas generales, piensan en el hecho de que -quien sabe en cuánto tiempo- puede volver la época que se tomará en serio la cancelación de lo 'legal' que se le exigió en tiempos inmemoriales, a Widen. ¡Miren a los austríacos, con amenazas

3 En diciembre de 1894, el canciller Hohenlohe-Schllingusfürst había presentado un proyecto de "ley contra actividades subversivas", previendo la agravación de la normativa existente. Con idéntica preocupación por el crecimiento de la socialdemocracia, el Reichstag envía el 14 de enero de 1895 dicho proyecto a una comisión parlamentaria, en la que será debatido hasta finales de abril. Precisamente en este intervalo tan particular, Engels recibe una carta de Richard Fischer, miembro de la dirección del partido y director de la editorial Dietz, en la que le solicita su autorización para publicar los artículos de Marx sobre el proceso revolucionario francés de 1848 y 1849 (bajo el título de *La lucha de clases en Francia*), junto con un prólogo o estudio introductorio, motivo por el cual decidirá elaborar lo que luego se conocerá como su "testamento político".

> con recurrir, lo más directamente posible, a la violencia, si no llega pronto el derecho electoral! ¡Piensen en la ilegalidad de ustedes con las leyes anti-socialistas, que quieren volver a descargarles! ¡Legalidad hasta cuándo y en la medida que nos convenga, pero ninguna legalidad a cualquier precio ni siquiera de palabra!" (Engels, cit. en Longinotti, 1975: 29).

Días más tarde, ya con el material publicado en Alemania, le manifiesta a Paul Lafargue que Liebknecht le ha jugado una *mala pasada*:

> "Ha tomado de mi Introducción a los artículos de Marx acerca de Francia de los años 1848 a 1850 todo lo que le podía servir para la defensa de *la táctica pacífica contraria a todo precio a la violencia*, que desde hace cierto tiempo le agrada predicar, sobre todo ahora, cuando en Berlín se preparan las leyes de excepción. Pero yo recomiendo esa táctica nada más que para *la Alemania de nuestros días*, y, además, *con mucha reserva*. En Francia, Bélgica, Italia y Austria no sería posible atenerse enteramente a esa táctica, y para Alemania puede ser ya mañana inaceptable" (Engels, cit. en Lenin, 1978: 26; destacados en el original).

Las expresiones vertidas en estas cartas resultan sumamente contundentes y dejan en claro lo erróneo del planteo defendido por aquellos socialdemócratas que, en el afán por justificar las prácticas cotidianas del partido, confundían su propio anhelo con la incendiaria pluma epistolar de Engels. Si bien no podemos profundizarlo en este artículo, cabe mencionar que este "testamento político" dio lugar a numerosas interpretaciones en el seno del marxismo, producto en parte de las censuras sufridas en sus primeras ediciones, aunque también por las hipótesis osadas y la perspectiva relativamente novedosa que formula en sus páginas.

Además de realizar un balance autocrítico de la concepción de la crisis y las expectativas revolucionarias sostenidas por Marx y por él en la coyuntura crítica de 1848, que los llevó a presumir erróneamente tanto el agotamiento terminal del sistema capitalista como una victoria inminente de la clase trabajadora, en esta Introducción Engels postula una lectura exhaustiva de las alteraciones operadas en la sociedad y el poder político a lo largo de casi medio siglo.

Así, en cada una de sus páginas delimita y describe con minuciosidad la profunda reestructuración productiva y la inédita modernización "desde arriba" que supuso la unificación y fortalecimiento de determinados Estados europeos (en una clave que anticipa el concepto gramsciano de "revolución pasiva"), pero también analiza y pondera las consecuencias para la lucha de clases de aquellos cambios sufridos a nivel arquitectónico y urbanístico en ciertas ciudades, en particular en las calles de París tras la derrota de la Comuna en 1871, así como la desventaja militar que impone la profesionalización y perfeccionamiento técnico de los ejércitos modernos, la ampliación del caudal electoral de los partidos de izquierda y hasta la mutación del sentido común dominante en cuanto a la percepción de la táctica de barricadas.

Engels parte de reconocer que tanto Marx como él, durante la coyuntura de 1848, estaban

> "en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, fascinados con la experiencia histórica anterior, particularmente con la de Francia. ¿No era precisamente este país, que desempeñaba el primer

> papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora partía nuevamente la señal para la subversión general? (...) Pero la historia también nos desmintió a nosotros y reveló como ilusión nuestro punto de vista de entonces" (Engels, 2004: 47-48).

Lo sugerente de esta Introducción es que entiende que el proceso revolucionario dista de acotarse a un mero ataque frontal, reivindicando una perspectiva de transformación de la realidad de largo aliento, que sin desechar el momento de quiebre violento (el "combate decisivo" lo llama en uno de los párrafos suprimidos), asume la creciente complejidad de la sociedad y el Estado capitalista, por lo que pondera a *la revolución como un prolongado proceso, multidimensional y de disputa integral*, que se inicia aquí y ahora, aunque sin perder de vista el horizonte estratégico de trastocamiento y superación del orden dominante, en una óptica que prefigura lo formulado por Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel*. Y si bien resulta indudable que Engels realiza una reformulación de sus posturas (y las de Marx) con respecto a las diversas formas de lucha en la construcción del socialismo, entre las que destaca por ejemplo el potencial del sufragio universal y las campañas electorales como coyunturas propicias para entrar en contacto con las masas y ampliar su politización, está lejos de haber descartado la lucha callejera y la necesidad de la revolución en tanto momento de quiebre que permita trascender la barbarie capitalista.

Se trata, más bien, de "avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz", dirá Engels, quedando atrás las apuestas vanguardistas -jacobinas o blanquistas, de acuerdo al lenguaje de ese momento histórico- que reducen su estrategia política a un mero asalto abrupto al poder, por parte de una minoría esclarecida que desconfía de la capacidad autoemancipatoria de las masas trabajadoras. Por ello reconoce sin tapujos que

> "lo común a todas estas revoluciones era el ser revoluciones de minorías. Aun cuando la mayoría cooperase con ellas, lo hacía -consciente o inconscientemente- al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo" (Engels, 2004: 49).

De ahí que Engels concluya de manera lapidaria:

> "La época de las revoluciones por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante" (Engels, 2004: 62).

Este último punto es sumamente interesante, porque pone el foco en la dimensión específicamente *pedagógica* de la praxis política. La persuasión, el debate y la confrontación de ideas, el conocimiento riguroso de la realidad y la autoformación colectiva, el trabajo de propaganda y la politización que generan las campañas públicas, abonan a la maduración de la clase trabajadora en tanto sujeto político, que en su articulación orgánica deviene para Engels un pivote fundamental de la lucha y organización socialista, al fortalecer la autonomía y la conciencia propia, desde lo que tiempo más tarde Gramsci denominará "espíritu de escisión". La subversión del orden existente requie-

re entonces *convencer, para poder vencer*. O dicho en palabras del marxista italiano, implica irradiar al conjunto de la sociedad una concepción del mundo alternativa, que arraigue en -y sea constituida por- las masas en su devenir protagonistas, al punto de conquistar una nueva hegemonía antes de lograr ser dominante.

Esta reinvención del proyecto emancipatorio incluye una caracterización de las instituciones estatales que no niega su carácter clasista, ya que es allí "donde se organiza la dominación de la burguesía", pero asume el riesgo de dar una disputa y confrontación también en alguna de estas instancias adversas (las que "ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones"), en una perspectiva que se acerca a la "ampliación" del concepto del Estado y la definición del poder como correlación de fuerzas que Gramsci (1999) profundiza en sus notas de encierro, a la vez que anticipa la propuesta de Rosa Luxemburgo (1976) de combinar la lucha por reformas sin disociarla del objetivo último de la revolución.

Asimismo, una cuestión adicional que esboza, pero que no llega a profundizar Engels en la Introducción y también en otros escritos precedentes, es la referida a la *alianza* de las fuerzas en lucha. Lejos de ser considerada algo táctico o residual, emerge como una apuesta cada vez más estratégica en sus reflexiones tardías, sobre todo en lo referente al campesinado y lo que denomina "la gran masa del pueblo". Por un lado, debido a la fragmentación y desencuentro que el propio capitalismo genera en su dinámica de configuración de la sociedad y puesta en práctica de diversas modalidades de explotación/opresión, bajo una común "inseguridad de la existencia", que Engels percibe también en Inglaterra. Por el otro, a raíz de una necesidad de concebir al sujeto político no como un mero dato de la realidad, sino en tanto constitución que involucra procesos socio-culturales, ideológicos, político-institucionales y de autoafirmación relacional.

Finalmente, a diferencia de las lecturas que pretenden interpretar a esta Introducción como un texto que pondera una visión pacifista de tránsito al socialismo, entendemos que un punto cardinal de él es su genuina reivindicación del "derecho a la revolución" como "el único *derecho* realmente histórico en que descansan todos los Estados modernos sin excepción" (Engels, 2004: 64). En efecto, hasta el final de sus días el viejo Engels siguió teniendo expectativas en la posibilidad no solamente del triunfo revolucionario, sino también de poder enviar "al basurero de la historia" a esa "institución meramente transitoria" a la que llamamos Estado, para hacer realidad aquel anhelo invariante de suprimir toda forma de explotación, así como la separación entre gobernantes y gobernados/as. Por eso se quejaba de la gente que "se acostumbra desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden ser mirados de manera distinta a como han sido mirados hasta aquí, es decir, a través del Estado y de sus bien retribuidos funcionarios" (Engels, 1978: 17).

Podemos concluir, junto a José Carlos Mariátegui, reafirmando que no existe contrapunto ni enemistad alguna entre los verdaderos revolucionarios y la tradición, salvo para quienes conciben a ésta como una momia o un museo. Exhumar y revisitar a una figura incómoda y un tanto olvidada como la de Engels, es un ejercicio que demuestra con creces que es posible y hasta necesario conjugar pasado y presente, para hacer del futuro que añoramos un horizonte más cercano a nuestra vida cotidiana. En este sentido, aquel viejo e incansable pedagogo de la praxis, eterno exiliado de barba tupida y largas batallas, sin dejar de cabalgar con la contradicción a cuestas tiene todavía

mucho para aportarnos, más aún en la actual crisis civilizatoria por la que transitamos. Será cuestión de prestar oídos para escuchar sus ecos heterodoxos que, a pesar del tiempo transcurrido, aún resuenan en la memoria colectiva de nuestros pueblos.

Bibliografía

Altvater, E. (1976) "Estado y capitalismo. Notas sobre algunos problemas de intervención estatal", en Revista Cuadernos Políticos 9, Editorial Era, México.

Aricó, J. (2011) *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, El Colegio de México, México.

Basso, L. (1983) *Socialismo y revolución*, Editorial Siglo XXI, México.

Engels, F. (1973) *Correspondencia*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

Engels, F. (1973b) "Del socialismo utópico al socialismo científico", en *Obras escogidas*, Tomo III, Editorial Progreso, Moscú.

Engels, F. (1974) "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", en Marx, KI y Engels, F. *Obras Escogidas*, Tomo 3, Editorial Progreso, Buenos Aires.

Engels, F. (1975) *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, La Rosa Blindada, Buenos Aires.

Engels, F. (1978) "Introducción", en Marx, K. *La guerra civil en Francia*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín

Engels, F. (1980) *Contribución al problema de la vivienda*, Editorial Progreso, Moscú.

Engels, F. (1983) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Editorial Sarpe, Madrid.

Engels, F. (1985) "Prólogo a Glosas marginales del Programa del Partido Obrero Alemán", en Marx, K. *El Manifiesto Comunista y otros ensayos*, Editorial Sarpe, Madrid.

Engels, F. (1998) *Correspondencia*, Marxists.org, https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/index.htm

Engels, F. (2004) *Introducción a La lucha de clases en Francia*, edición y estudio introductorio a cargo de Hernán Ouviña, Papel Negro, Buenos Aires.

Foucault, M. (1992) *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Editorial Pretextos, Valencia.

Gramsci, A. (1986) *Cuadernos de la Cárcel*, Tomo 4, Editorial Era, México.

Gramsci, A. (1999) *Cuadernos de la Cárcel*, Tomo 5, Editorial Era, México.

Kautsky, K. (1978) *La revolución social / El camino al poder*, Cuadernos de Pasado y Presente 68, México.

Kellog, P. (1995) "Engels, y las raíces del revisionismo", en Revista Crítica de Nuestro Tiempo 12, Buenos Aires.

Lenin, V. (1978) *El marxismo y el Estado*, Ediciones Júcar, Madrid.

Longinotti, L. (1975) *La revolución de la mayoría*, Editorial Avance, Madrid.

Luxemburgo, Rosa (1976) *Reforma o revolución*, en *Obras Escogidas*, Editorial Pluma,

Buenos Aires.

Marx, C. y Engels, F. (1971) *Epistolario*, Editorial Grijalbo, México.

Marx, C. y Engels, F. (1973) *Correspondencia*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

Marx, C., Engels, F. y Lenin, V. (1974) *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, Editorial Progreso, Moscú.

Moore, Stanley (1964) "Tres tácticas. Su origen en Marx", en Revista Monthly Review 13, Buenos Aires.

Texier, J. (1994) *Democracia y revolución*, Editorial Tesis XI, Buenos Aires.

Autores/as

María Carla Rodríguez es socióloga y profesora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto Gino Germani y del CONICET. Militante del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos e integrante del equipo pedagógico de la Escuela de Autogestión del Hábitat de la Selvihp.

Renan Vega Cantor es historiador y doctor en estudios políticos. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Autor de diversos libros, entre ellos *El Capitaloceno. Crisis civilizatoria, imperialismo ecológico y límites naturales.*

José Castillo es economista, profesor de Elementos de Economía y Concepciones del Desarrollo y de Sociología Política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Es dirigente de Izquierda Socialista.

claudia korol es educadora popular y activista feminista, integrante de pañuelos en rebeldía y feministas del abya yala. Es compiladora y autora de diversos libros, entre ellos, Las revoluciones de Berta.

alejandra ciriza es activista feminista y militante por memoria, verdad y justicia; profesora de introducción a la filosofía y el pensamiento feministas UNCuyo e investigadora del CONICET

Miguel Vedda es profesor titular de Literatura Alemana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, investigador principal del CONICET e integrante del colectivo marxista Herramienta.

Michael Löwy es sociólogo, filósofo y director de investigación emérito del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) en Francia. Autor de numerosos libros, entre ellos *Guerra de dioses: religión y política en América Latina.*

Elvira Concheiro Bórquez es profesora e investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido directora de la Revista *Memoria* y actualmente coordina el Grupo de Trabajo de CLACSO "Herencias y perspectivas del marxismo".

Pablo Augusto Bonavena es sociólogo, profesor de las carreras de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de La Plata. Investigador del instituto Gino Germani de la UBA y Director de *Cuadernos de Marte*, Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra.

Hernán Ouviña es politólogo, doctor en ciencias sociales y educador popular. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Buenos Aires.

Ignacio Andrés Pardo Vásquez es artista visual y poeta. Nacido en Osorno (Chile), actualmente se desenvuelve en Santiago, donde colabora desde 2014 con la Editorial Quimantú y durante el último tiempo, también con Espejo Somos (México).

NUESTRO ENGELS

La presente compilación se asemeja a un *cortaziano* modelo para armar en el que, al decir de Mariátegui, "las imágenes engendran conceptos, lo mismo que los conceptos inspiran imágenes". Sus modalidades de abordaje, ensamble y lectura son variadas, pero lejos de poder pensarse cada texto e ilustración por separado, como meras sumatorias o piezas sueltas, hay un magnetismo que propicia el collage, algo así como una idea-fuerza que atraviesa y enhebra la totalidad del libro: compartir conceptos e imágenes que, en su interrelación y complementariedad, inviten a revisar críticamente los aportes engelsianos desde Nuestra América, asumiendo, como alguna vez expresó Gramsci sobre el propio Marx, que no estamos ante un "pastor con báculo", sino a lo sumo, entre otros posibles, frente a *nuestro Engels.*

MUCHOSMUNDOS ediciones